la cuestión nacional y la formación de los estados

traducción de
conrado ceretti

compilación de
josé aricó

karl marx
friedrich engels

la cuestión nacional y la formación de los estados

69
CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

primera edición, 1980

impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-1008-3

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

GEORGES HAUPT
CLAUDIE WEILL

MARX Y ENGELS FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONES

I.

En Marx y Engels el estudio de la problemática nacional es sólo esporádico; por eso no existen textos básicos a los que pueda uno referirse. Más bien abundan los escritos circunstanciales, polémicos, las reflexiones y las respuestas emanadas de situaciones especiales (sobre todo en la vasta correspondencia entre ambos, en la que pululan las observaciones espontáneas, desconcertantes y reveladoras). Hay, sin embargo, un material capaz de alimentar la reflexión y de exigir la investigación. A través de los escritos dispersos, artículos de actualidad, Marx y Engels dejaron un conjunto de puntos de referencia, de indicaciones, de hipótesis, que han servido de base para que los marxistas de la época de la II Internacional llevaran a cabo el estudio teórico y político; las referencias a los fundadores han alimentado sus controversias, que a menudo han tomado la forma de una lucha del espíritu contra la letra del marxismo; partiendo de estas observaciones tan restringidas (y que en dicha época sólo se hallaban parcialmente disponibles), y ampliando el esquema ya trazado y la temática que se les había trasmitido, incluyeron la problemática nacional dentro del mismo cuerpo teórico del marxismo y trataron de superar o de disimular las antinomias y las dificultades que se presentaban en la investigación de los fundadores del socialismo científico.

¿Qué lograron rescatar y asimilar de esta herencia tan rica y contradictoria las dos generaciones de marxistas que sucedieron a Marx y a Engels? ¿Principios teóricos estructurados, procedimientos rigurosos de análisis político, un método para introducirse en el terreno nacional en su carácter de variable dependiente de la estrategia global y de los intereses esenciales del movimiento obrero? ¿O, más bien, un lenguaje, una forma de expresarse y una proyección ideológica? ¿Reflexiones incidentales y contradictorias que podían proporcionar referencias útiles para el cálculo táctico, argumentos justificadores de las elecciones más disparatadas?

La búsqueda de una respuesta a estas preguntas —que vuelven a plantear el problema de la permanencia de esta herencia dentro de la estructura mental de los marxistas y de las modificaciones que sufrió— constituye el punto central de este trabajo y delimita su finalidad y orientación. Tarea sencilla sólo en apariencia. La cuestión de las posiciones adoptadas por Marx y Engels sobre la problemática nacional constituye la secuencia mejor estudiada, a juzgar por el número de estudios realizados sobre el tema. En realidad, al leer esta abundante literatura uno tiene la impresión de que los innumerables intentos de explicación y los juicios caprichosamente

contradictorios —en su mayor parte de inspiración ideológica— han hecho todavía más oscura la reflexión, en lugar de aclararla. La naturaleza misma de la herencia literaria de Marx, a este respecto, deja la puerta completamente abierta tanto a las controversias como a las utilizaciones abusivas: una mina de la cual se pueden extraer muchas citas. Los adversarios de Marx y Engels, así como también sus exégetas ortodoxos y heterodoxos, no han dejado de sacar argumentos para alimentar sus prejuicios, para encontrar ilustraciones y legitimaciones. Una vez que pasaron, el campo de la investigación quedó sembrado de falsos problemas. Los investigadores se ven obligados, aún hoy, a desescombrar el campo de detritus, a reparar los daños ocasionados por los ideólogos. Los marxólogos han exhumado los textos, han identificado y colocado nuevamente en su legítimo lugar fuentes de origen muy distinto. Los historiadores las han ordenado, utilizado: la monografía ya clásica de Solomon S. Bloom, el minucioso estudio de Roman Rosdolsky, las hipótesis explicativas de H. U. Wehler[1] son otras tantas guías con que se cuenta para desenredar la intrincada maraña, para situar en su contexto histórico las posiciones adoptadas y las actitudes políticas transitorias, para aclarar su articulación y para comprender el significado de los temas y la coherencia del esquema.

II.

La reflexión sobre el fenómeno "nación" y sobre el hecho nacional está constantemente presente en los escritos de Marx y Engels. No descuidan la realidad de las naciones ni su significado histórico, aun cuando algunas veces sobrevaloran la importancia que tiene la problemática nacional en su época. Con ocasión del debate sostenido en el Consejo general de la Asociación internacional de los trabajadores en 1866, Marx ridiculiza a los delegados franceses —entre los cuales se encontraba su futuro yerno Lafargue—, quienes sostienen que la nacionalidad y las naciones son "prejuicios ya superados" y los considera como "stirnerianos proudhonizados".[2]

Sin embargo, no es exagerado hablar de una renuencia para abordar la problemática nacional desde un punto de vista global, para asignarle un espacio teórico autónomo, para emprender una teorización de conjunto. El problema de lo nacional se encuentra colocado en los márgenes respecto a los grandes temas que se sitúan en el centro de sus investigaciones teóricas y de sus reflexiones políticas, y no se desarrolla si no es a propósito

[1] Solomon F. Bloom, *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Roman Rosdolsky, *Engels y el problema de los pueblos "sin historia"*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 88, México, 1980; Hans-Ulrich Wehler, *Sozialdemokratie und Nationalstaat. Nationalitätenfrage in Deutschland, 1840-1914*, Götingen, 1971.

[2] Carta de Marx a Engels del 20 de junio de 1866, *Marx-Engels-Werke* (en adelante citaremos MEW), t. 31, p. 229.

de algunos problemas relacionados con las exigencias de la acción o en dependencia de ella.

La actitud de Marx parte de una posición de principio que adquiere todo su significado y toda su importancia únicamente cuando se la relaciona con la situación histórica y con el ambiente ideológico de una época en la que el hecho nacional, fenómeno reciente, surgido en la segunda mitad del siglo XVIII, sorprende y desconcierta por su novedad al pensamiento universalista que finca sus raíces en el surco de la filosofía iluminista. La relación con la nación tiende entonces no sólo a superar todas las otras relaciones, sino que llega a sustituirlas, y la nueva colectividad del "pueblo", un conglomerado de habitantes que aparentemente guardan una relación necesaria o verosímil, tiende a encontrar su propia expresión en un "estado nacional" soberano.[3]

La atmósfera de Alemania, en la cual el nacionalismo aparecía como un fenómeno de compensación y como la consecuencia del desarrollo retrasado de ésta, contribuye ampliamente a cristalizar las posiciones de los jóvenes Marx y Engels, quienes en 1844 verifican: "Si la mezquindad nacional es siempre odiosa, en Alemania resulta especialmente repugnante, porque junto con la ilusión de ser superiores a la nacionalidad y a todos los intereses reales, se contrapone a las nacionalidades, que admiten abiertamente su mezquindad nacional y reconocen que dependen de intereses reales." En un período en que el nacionalismo —"este reino celestial del sueño, reino de la esencia del hombre"— conquista la ideología burguesa, en que la historiografía romántica se esfuerza por definir la identidad nacional como valor supremo, por poner en primer plano la unidad de la patria y de la nación, frente a esta "soberbia nacional altanera y arrogante",[4] Marx insiste en la misión histórica de la clase, en la necesidad de la unidad de los proletarios del mundo entero, o "por lo menos de los trabajadores de los países civilizados". Para el joven Marx, "el proletariado sólo puede existir, pues, a nivel *de la historia universal*, como el comunismo, que constituye su forma de actuar, no puede existir más que como existencia 'histórica universal' ".[5] Por consiguiente, lo que distingue a los comunistas "de los demás partidos proletarios" es el hecho de que "ellos dan mucha importancia y hacen valer los intereses comunes, independientes de la nacionalidad, de todo el proletariado en las luchas nacionales de los proletarios". Los proletarios no tienen patria porque se los excluye de la nación; deben levantarse como clase nacional, constituirse ellos mismos en nación, adueñándose del poder político.[6] Convencidos de que la

[3] Eric J. Hobsbawm, "Some Reflections on Nationalism". En trad. alemana, "Ammerkungen über den Nationalismus", *Wiener Tagebuch*, julio-agosto de 1972, núm. 7-8, pp. 28-32.

[4] K. Marx-F. Engels, *La ideología alemana*, Montevideo, EPU, 1968, p. 565.

[5] *Ibid.*, p. 38.

[6] La ambigüedad de la fórmula de Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* ha suscitado, desde comienzos del siglo XX, interpretaciones diversas en el medio socialista. ¿Se trata de una coincidencia entre la conciencia nacional y la conciencia de clase, de una disolución de la primera en la se-

humanidad no avanza hacia "la edad tricolor", los autores del *Manifiesto Comunista* tratan, ante todo, de demostrar y de desarrollar sus premisas metodológicas fundamentales: la base del proceso histórico debe buscarse en el análisis de los modos de producción; el objeto de la historia son las clases sociales; su fuerza motora, la lucha de clases; el agente histórico privilegiado es la clase trabajadora.

Su batalla y las posiciones de principio que le corresponden imponen los temas, definen la actitud, esclarecen las discusiones y los silencios de Marx. Estas prioridades, sin embargo, de ninguna manera les impiden a los fundadores del marxismo pensar teóricamente un fenómeno considerado como contingente pero que se impone por su gran actualidad: la problemática nacional. El razonamiento se irá desarrollando a través de las décadas, se modificará en la medida en que la historia vaya disipando la prudencia provocada por la novedad del fenómeno, necesitará datos, y pondrá en evidencia las constantes. El énfasis cambiará, se alargará el horizonte, se afinará la problemática sin que queden en discusión las premisas a partir de las cuales se plantea la problemática nacional y lo que se prevé en el *Manifiesto Comunista*: "Las separaciones y los antagonismos nacionales de los pueblos van desapareciendo cada vez más con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y con la uniformidad de las condiciones de existencia correspondientes". Después del advenimiento del socialismo, este proceso no hará otra cosa que acentuarse, "el dominio del proletariado en el poder los hará desaparecer todavía más [porque] la explotación de una nación por otra queda abolida en la medida que queda abolida la explotación de un individuo por otro". El antagonismo entre las naciones

gunda, o de una emergencia de la conciencia nacional en la clase obrera? Los intérpretes de Marx han ocultado el problema antes que esclarecerlo.

Según Heinrich Cunow, en *Die Marxsche Geschichts-Gesellschafts-und Staatstheorie, Grundzuge der Marxschen Soziologie*, t. II, Berlín, 1923, pp. 30-31, Marx reconoció la posibilidad de una ulterior eclosión del sentimiento nacional en la clase obrera, mientras que los marxistas, incluyendo a Bauer, descartaron esta eventualidad. Aquí hay que tomar en consideración la justificación, en Cunow, de su posición socialpatriota durante la primera guerra mundial. En un estudio reciente, dedicado a la interacción de los conceptos de pueblo, de proletariado y de nación en los escritos de juventud de Marx y Engels, Johannes Gertler, en "Zur Bedeutung der Kategorien Volk, und Nation in den frühen Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels", en *Forschungen zur Osteuropäischen Geschichte*, Berlín, 1973, pp. 22-23, ofrece una interpretación distinta: "La solución del dilema entre la individualidad de una nación y la nacionalidad del proletariado que resulta de ella se presenta gracias a la importancia creciente de las condiciones económicas y sociales para la desnacionalización del proletariado." Esta "desnacionalización" acontece con la victoria del proletariado, que borra todos los conflictos nacionales. Es entonces cuando en Marx, concluye Johannes Gertler, "el proletariado —¿o los proletariados?— ocupa el lugar de la nación. Proletariado y nación, nación y proletariado, se han vuelto idénticos".

desaparecerá junto con las oposiciones entre las clases en el interior de las naciones.[7]

¿Se puede hablar en Marx y Engels de una teoría de la nación desde esa fecha? De acuerdo con lo que ha logrado precisar S. F. Bloom a raíz de una lectura cuidadosa de varios textos dispersos, en su pensamiento se hayan presentes los elementos de una teoría histórica de la "realidad nacional", aun cuando rehusen codificar sus puntos de vista, de sistematizarlos o de formular una definición "marxista". A riesgo de ser esquemáticos, se podrían resumir así sus puntos de referencia, los elementos de su teoría sobre las naciones, implícitos o explícitos, que los marxistas de la época de la Segunda Internacional —Bauer, Kautsky, y sobre todo Stalin— vuelven a tomar, sistematizan, desarrollan y deforman:

* La nación es una condición objetiva, y no una elección subjetiva, producto de un largo desarrollo histórico, condicionada por diversos datos prexistentes, como el medio ambiente, el clima, el terreno, etc., y por la actuación de la colectividad humana que se traduce en la historia, en la economía y en la cultura de la comunidad. La estructura interna de una nación (y las relaciones de las naciones entre sí) depende del nivel de sus fuerzas productivas, que encuentra su expresión mas clara en el grado que ha alcanzado la división del trabajo, en el grado de su desarrollo productivo y en el grado de desarrollo de su mercado interno y externo.

* La nación moderna es una categoría histórica ligada a un modo de producción específico y a una época determinada, la del capitalismo en ascenso; se transforma en una lucha por la creación de las condiciones de desarrollo de la sociedad burguesa a la que corresponde una formación política: el estado nacional centralizado que se realiza en contra de las formas y de los cuadros patrimoniales y patriarcales del feudo.

* Producto e instrumento, al mismo tiempo, de una clase en ascenso —la burguesía—, indispensable para la formación económico-social capitalista y para la estructura política que requiere, la nación es una comunidad estable; "funciona y dispone de una continuidad histórica en cuanto tal debido a la interdependencia de las distintas clases en cuestión dentro del funcionamiento de un sistema económico dado".

* Como entidad histórica orgánica, no constituye un todo homogéneo, sino la sede de los intereses, de las luchas de clase; las ideas y las tendencias de la nación guardan una relación importante con la estructura formada por las clases que la componen. La problemática nacional tiene por consiguiente un contenido de clase, sirve a intereses distintos en función de la clase que la impone y desde el momento que la impone.[8]

[7] *Manifiesto comunista*, en *Obras escogidas*, Moscú, 1973, t. I, p.127

[8] *La ideología alemana*, cit., pp. 20 y *ss.* Véase también Bloom, *op. cit.*, p. 25; Ljubomir Tadic, "Nationalisme et internationalisme", en *Praxis*, 1968, núm. 3-4, p. 318. Maxime Rodinson, "Le marxisme et la nation", en *L'Homme et la Société* enero-marzo de 1968, p. 132. Cf. también Pierre Vilar en *La Catalogne dans l'Espagne moderne, Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, t. I, París, 1962, p. 36.

La discusión de Marx y de Engels se desarrolla prioritariamente en torno al desarrollo europeo y especialmente en torno a las sociedades y naciones avanzadas, aun cuando discuten sobre procesos y modos de producción distintos y rechazan el determinismo histórico rígido y lineal (lo que podría explicar también su renuencia por desarrollar una teoría de la nación universalmente válida). Enfatizan los rasgos comunes a las sociedades capitalistas avanzadas de occidente y las comparan con las sociedades agrícolas que van retrasadas en su desarrollo, como Rusia y Turquía, y con las sociedades atrasadas, estáticas, incapaces de encontrar en sí mismas el motor de un desarrollo autónomo; no dejan de tener cierta sensibilidad por las situaciones nacionales, no pierden de vista las peculiaridades y las diferencias nacionales correspondientes y hablan también de la superioridad económica de los ingleses, política de los franceses, teórica de los alemanes.

Según la convincente conclusión de S. F. Bloom, "si Marx se ocupó sólo indirectamente de formular una teoría sobre las nacionalidades, se ocupó, por el contrario, muy de cerca del carácter y de los problemas de las naciones modernas en su peculiaridad. Estaba particularmente interesado en la experiencia, en la historia y en los rasgos comunes de las naciones importantes del mundo occidental".[9] Marx y Engels aceptan la realidad nacional y las diferencias nacionales como un factor esencial de la historia, pero lo que más les interesa es la consolidación de las naciones modernas como factor de la dinámica revolucionaria. La problemática nacional tiene como eje principal su teoría del progreso social, que determina sus resultados analíticos y sus pronósticos. Se sitúan en la perspectiva de las transformaciones estructurales que implica el desarrollo del capitalismo: destrucción de las viejas estructuras, abolición de las fronteras y de las barreras que bloquean y mantienen la existencia de los grupos étnicos, para abrirle el camino a la creación de grandes entidades nacionales, de grandes espacios estatales centralizados, sin aduanas, económica y socialmente dinámicos, condición preliminar para un desarrollo histórico orientado al progreso social, factor necesario para abrirle el camino a la creación de un área amplia y más favorable a las confrontaciones sociales, a la lucha de clase del proletariado. Ya que sólo el gran estado nacional "representa la organización normal de la burguesía dominante en Europa y es indispensable también para el establecimiento de una cooperación internacional armoniosa sin la cual es imposible el gobierno del proletariado".[10] En otras pa-

[9] Bloom, *op. cit.*, p. 22.

[10] F. Engels, "Gewalt und Okonomie bei der Herstellung des neuen Deutschen Reiches", en *Die Neue Zeit*, XIV, 1, p. 79. Respecto del mismo tema véase las introducciones de Engels de 1892 y 1893 a las ediciones polaca e italiana del *Manifiesto comunista* en que se trata el asunto de la importancia del ámbito nacional en el marco del desarrollo del movimiento obrero. En este estudio, sin embargo, hemos dejado de lado este problema, al que ya hemos dedicado algunas reflexiones en la ponencia presentada en el Coloquio sobre Rosa Luxemburg (Reggio Emilia, Italia, septiembre de 1973. [Cf. la traducción al español del trabajo de G. Haupt en Rosa Luxemburg, *El desarrollo industrial de Polonia*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 71, México, 1979, pp. 7-48.]

labras, en la etapa del capitalismo, el estado nacional es una forma indispensable, un primer paso en el camino del internacionalismo y de la desaparición de los antagonismos nacionales que deben caracterizar el advenimiento del socialismo. Las modificaciones que se presentan en el mapa de Europa deben favorecer el proceso de formación y consolidación de las grandes naciones vitales, de las grandes entidades estatales, necesidad histórica y premisa para el progreso de todo el mundo civilizado, como afirma explícitamente Engels: "Todos los cambios, cuando tienen una cierta duración, deben tender en mayor o menor medida a definirles cada vez mejor a las naciones europeas grandes y vitales sus *efectivos* confines naturales, determinados por las lenguas y por las simpatías; mientras que, al mismo tiempo, los fragmentos de pueblo, que aún se encuentran dispersos por aquí y por allá y que no son capaces de tener una existencia nacional, siguen incorporados a las naciones más grandes o se disuelven dentro de ellas o se mantienen únicamente como testimonios étnicos sin importancia política."[11]

En nombre del progreso histórico, se pronuncian por la integración de los ducados de Schleswing-Holstein a Alemania, por la "civilización alemana" contra "la barbarie danesa". O, más bien, ya que en 1789 Francia estaba más adelantada que Alemania, Alsacia-Lorena, aunque tenían una cultura predominantemente alemana, debían seguir siendo francesas. En cuanto a los alemanes de Polonia, éstos estaban integrados en un contexto económico-político que hacía obsoleta la reivindicación de su vuelta a Alemania con los territorios en los cuales se hallaban instalados; y si Westfalia había sibo absorbida, en resumidas cuentas, por Francia del Norte, dependía del hecho de que "su oposición a Francia del Norte se convirtiera muy pronto en una oposición a las clases progresistas de toda Francia. Ésta se convierte en el principal soporte del feudalismo y sigue siendo, hasta hoy día, la fuerza de la contrarrevolución en Francia".[12]

Ya que "la evolución histórica de los últimos mil años" implica para Engels también una fluctuación incesante de las fronteras entre los pueblos, a partir de los desplazamientos de los territorios limítrofes, le parece completamente normal que "no coincida ninguna frontera estatal con las fronteras naturales de una nacionalidad, con la frontera lingüística". "Y finalmente —concluye—, no es una ventaja pequeña el que las distintas naciones tal como se han constituido políticamente hayan incorporado elementos extranjeros que *sirven de intermediarios con sus vecinos y aportan la diversidad dentro de la homogeneidad del carácter nacional, que de otro modo resultaría muy monótona*".

El hecho de que la concentración en grandes estados implique que éstos comprendan eventualmente una multitud de nacionalidades no cambia para nada los datos. Así, en 1852, el descubrimiento del mapa etnográfico de Polonia no tuvo ninguna consecuencia para Engels, que no dejó de ninguna manera de reivindicar las fronteras de 1772. En efecto, para él,

[11] Engels, *Po und Rhein*, MEW, t. 13, p. 267.
[12] *Die Polendebatte in Frankfur*, t. MEW, t. 5, p. 355. [Incluido en la presente recopilación.]

como vuelve a afirmar en 1866, "no existe país en Europa que no esté compuesto de distintas nacionalidades sometidas al mismo gobierno [. . .] Es muy probable que en adelante siempre suceda lo mismo".[13]

Dentro de esta perspectiva histórica universal Marx y Engels ven en la problemática nacional sólo un problema secundario, transitorio, cuya solución llegará automáticamente con el desarrollo económico y las transformaciones sociales: las naciones vitales superarán los obstáculos, mientras que los pueblos en vía de disolución estarán condenados a desaparecer.

El marco del razonamiento sobre el desarrollo de las naciones modernas está delimitado por el ambiente histórico, y los modelos siguen siendo Francia e Inglaterra, sociedades capitalistas avanzadas, sometidas a un modo de producción en el que se incluyen también Alemania e Italia. Las características del desarrollo y las tendencias actuales de la consolidación de las grandes naciones históricas de Occidente le sirven a Marx como el principal punto de referencia, mas no el único, para tratar la problemática de las nacionalidades y definir la actitud hacia los movimientos de emancipación de las naciones sometidas, que emergen sobre todo dentro de las sociedades de tipo agrario, preindustriales, o en sociedades en vías de transformación, especialmente en los vastos imperios multiétnicos de Europa central y oriental cuyas características evolutivas se separan del modelo occidental, del "Occidente desarrollado de forma enteramente burguesa".

Por otra parte, quienquiera que lea los textos de Marx y Engels no deja de sorprenderse por el vocabulario anticuado que ellos utilizan en el campo nacional y por la perspectiva de su juicio: cultura, civilización, misión civilizadora, naciones avanzadas portadoras de cultura, pueblos periféricos definidos como "salvajes", "reliquias etnográficas", etcétera.

Así, en mil años de historia de Europa oriental Engels identifica un proceso de regresión permanente de las "nacionalidades moribundas" de las que se aprovecha la expansión alemana en los territorios habitados por los eslavos; y "esta tendencia a la absorción por parte de los alemanes siempre ha sido y seguirá siendo uno de los medios más poderosos con los que cuenta la civilización de Europa occidental para difundirse en la parte oriental del continente".[14]

El mapa etnográfico de Europa le parece a Engels (cuyos conocimientos etnológicos se derivan de los manuales occidentales de su época *en que* utiliza las citas) como una superficie en que "durante mil años se ha vertido incesantemente el oleaje tempestuoso de la invasión asiática, que ha depositado en sus playas sedimentos y restos mezclados de naciones que los etnólogos no han sabido hasta ahora separar, y en los que los turcos, los húngaro-fenicios, los rumenos, los hebreos y decenas de tribus eslavas se han mezclado en un magma indescifrable[15]".

[13] Engels, *Was hat die Arbeitklasse mit Polen zu tun?*, MEW, t. 16, p. 157 y *ss.* [Incluido en la presente recopilación.]

[14] Engels, *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, MEW, t. 8, p. 81. Incluido en la presente recopilación.

[15] MEW, t. 16, p. 157.

Reducida a las dimensiones de los grupos étnicos sin cultura, la consolidación de los pueblos sometidos dentro de los grandes espacios multinacionales no le parecía a Engels un fenómeno accidental, suscitado y alimentado por fuerzas externas, sobre todo de Rusia. Por lo que resulta inevitable la tentación de utilizar el modelo, el tipo de desarrollo occidental, de compararlo con las minorías étnicas o con las "nacionalidades moribundas" (gálicos en Irlanda, bretones en Francia, vascos en España), con los grupos lingüísticos absorbidos en el transcurso del desarrollo histórico de las grandes naciones europeas. Situado en este punto de vista, el comportamiento de estos "pueblecillos" aparece como una resistencia étnica de tipo precapitalista a las tendencias a la formación de naciones modernas, a la ruptura de las barreras de los individualismos feudales y de las estructuras arcaicas. La asociación constituye una tentación tanto más grande en la medida en que frecuentemente se confunde en Europa del este y del sureste la complicada problemática de las nacionalidades con las oposiciones étnicas, religiosas y lingüísticas que exasperan la complejidad del proceso de formación de diversas nacionalidades, la etapa desigual de desarrollo y la peculiaridad de sus respectivas reivindicaciones. La actitud de la burguesía naciente, portavoz de las aspiraciones nacionales, contribuye ampliamente a esconder el significado de esta lucha o a hacerla desaparecer a través de una lente deformadora. Actitud desconcertante, si se considera su situación dentro del imperio de los Habsburgo, de los Romanov o de los sultanes. En dependencia del poder que da origen a sus privilegios, dicha situación lo transforma en un aliado de las fuerzas que tratan de conservar el orden constituido; víctima de las desigualdades y de la opresión política y social, se ve impulsada a asumir una actitud de resistencia, pero sin una ideología política y social clara. Animada por la esperanza de encontrar un apoyo entre las grandes potencias, y sobre todo en Rusia, se vuelve vulnerable a las manipulaciones de los que la protegen para sus propios intereses dinásticos.

La abundancia de calificativos, los conceptos paradójicos o "antimarxistas", su frecuencia y su contexto, sobre todo en Engels, llevan a suponer que no se trata de simples imágenes surgidas al correr de la pluma o de lapsus significativos. La elección del vocabulario es una de las categorías con las que Marx y Engels llevan a cabo y traducen una visión determinada por su horizonte, el de "nuestro ambiente de civilización", para emplear la constatación de Kaustky en su intensa correspondencia con Engels entre la primavera y el otoño de 1882. Preguntándose acerca de la actitud de los socialistas hacia la problemática nacional y colonial, Kaustky expresa sus propios razonamientos que Engels registra por otra parte sin desmentirse: "Y ahora quisiera hacerle una pregunta sobre la cual he reflexionado sin llegar a ningún resultado; ¿Cómo se va a comportar el socialismo en las confrontaciones de las colonias, particularmente en Asia? Por ejemplo, ¿el proletariado inglés va a liberar o no a la India? Desde el punto de vista doctrinal, se debería responder inmediatamente en forma afirmativa a esta pregunta, pero, según creo, nuestros principios tienen una validez condicional únicamente en el caso de los pueblos de nuestro ambiente cultural." En la misma carta sitúa los movimientos de emancipa-

ción de los eslavos meridionales "fuera de nuestro ambiente cultural".[16] El término "principios" utilizado por Kautsky se refiere a un conjunto de actitudes y posiciones de orden intelectual y político derivadas del horizonte intelectual de la época de Marx y Engels, que depende del nivel de los conocimientos. "Marx vive su tiempo y su cultura", observa oportunamente Pierre Vilar.[17] Pero hay que añadir que, sometidos a la presión de lo actual, Marx y Engels sufren también el retraso de la forma de pensar de sus contemporáneos y, sobre todo, de la izquierda europea, e incluso los vestigios de una filosofía de la historia perpetuada por los límites geográficos del conocimiento de su época. El ambiente cultural, de hecho, no es sinónimo del eurocentrismo característico del siglo XIX, sino que se circunscribe más en el espacio, limitándose a las sociedades que Marx y Engels estudiaron de cerca y a los países en que vivieron. En esto pagan su tributo a las fuentes disponibles: el sur de Europa, la cuenca mediterránea habían sido estudiados muy poco por la literatura histórica y etnológica de la que podían servirse.

El aparato conceptual tan contradictorio que utilizan y los conceptos con que trabajan ponen de manifiesto en qué medida los instrumentos intelectuales de su temática nacional dependen del horizonte mental y del ambiente histórico. Tradicionalistas e innovadores al mismo tiempo, se trata en la mayoría de los casos de conceptos que se han pedido prestados al vocabulario corriente de su época y reflejan la inmadurez del contenido histórico en cuestión.

Como ha hecho notar el historiador alemán H. U. Wehler, Marx utiliza "ingenuamente" el concepto de nación en su acepción corriente del francés y del inglés para expresar la "sociedad civil", confundiendo nación con sociedad. En este término, incluye las nociones de "ciudadanía", de "estado-pueblo", de característica nacional o de clase nacional, y de clase dirigente de una nación.[18] A pesar de que no esté claramente establecida la distinción entre nación y nacionaliad, Marx no utiliza estos dos términos indistintamente. En el vocabulario histórico de Marx y Engels, la nacionalidad es una formación cristalizada en la alta edad media, a partir de una

[16] Carta a Kautsky del 11 de mayo de 1882, en *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Viena, 1955, p. 56.

[17] Pierre Vilar, "Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser", en *Annales, Économie, Sociétés, Civilisations*, 1973, núm. 1, p. 169.

[18] Hans-Ulrich Wehler propone una sistematización del enfoque de Marx de la que hemos tomado algunos elementos, así como a la de Bloom, del cual también Wehler es tributario. Sin embargo, el análisis de Wehler peca por exceso de rigidez.

Otros autores limitan la confusión entre nación y población de un estado a los escritos de juventud de Marx y Engels. Éste es el caso mucho antes de Wehler, de Heinrich Cunow, Johannes Gertler, por lo demás, detecta una evolución: el concepto de pueblo, identificado con el de nación, queda remplazado por el del proletariado que, una vez victorioso, se identifica con la nación.

"maraña de pueblos" que precede y puede dar origen a la nación.[19] En la época moderna, el término asume, pues, un doble significado: en su acepción estrictamente política, de pertenencia a un estado; o bien de formación no desarrollada como nación, no constituida en estado.

En cuanto al término nación, éste expresa el concepto de estado-nación tal como se formó en la revolución francesa a través de la tendencia a identificar las fronteras estatales con "las fronteras naturales, con las fronteras lingüísticas".

La terminología utilizada en el terreno nacional constituye un buen ejemplo "de lo que permanece y de lo que se rechaza, de las adquisiciones y de los cambios" dentro de su vocabulario histórico y político. Claro está que los marxólogos se han apresurado a enfatizar y a interpretar las diferencias que existen entre Marx y Engels en cuanto al uso de estos conceptos, pero este afán de encontrar diferencias ha sido exagerado.[20]

No se trata tanto de una diversidad de términos como de una diferencia fundamental de contenido, que de hecho oculta una semejanza de análisis y de toma de posición.

En la pluma más cuidadosa de Marx, los términos más frecuentes son los de "naciones revolucionarias"-"naciones contrarrevolucionarias", mientras que Engels prefiere utilizar la terminología hegeliana de "naciones históricas" o "naciones sin historia" (*geschichtslose*), comprendiendo bajo este último término a los "pueblos que en el pasado no fueron capaces de constituir estados y que ya no tienen la fuerza suficiente para conquistar, en el futuro, su independencia nacional". En su utilización posterior, las categorías de Marx se hacen más flexibles, porque permiten identificar una modificación en el carácter, en el papel y en el lugar que ocupa una determinada nacionalidad en relación con el proceso histórico, aun cuando el uso que hace en el contexto de 1848 siga siendo rígido. Por el contrario, el término "pueblos sin historia" es restrictivo y ambiguo. Desde el punto de vista social, implica su asimilación a "nacionalidades campesinas", "naturales", que en cuanto tales constituyen obstáculos en el camino hacia la inversión de las relaciones de dependencia entre el hombre y la naturaleza. A las "naciones bárbaras", intrínseca y forzosamente

[19] *Uber den Verfall des Feudalismus und das Aufkommen der Bourgeoisie*, MEW, t. 21, pp. 395 y *ss.*

[20] Nos referimos, en primer lugar, al análisis de Rosdolsky, que distingue categóricamente las posiciones de Marx y de Engels, atribuyendo exclusivamente a este último la persistencia "hegeliana" en su actitud ante el problema de las nacionalidades. Rosdolski sugiere, como explicación, la incomprensión por parte de Engels del carácter de clase de la revolución burguesa de 1848. Se dan, desde luego, notables diferencias en los vocabularios de Marx y Engels, pero es tan erróneo disociar totalmente sus posiciones como identificarlas. En el marco de una colaboración muy estrecha, es Engels el que más específicamente se ocupa de esta problemática, tanto en el terreno político como en el de la investigación. Por consiguiente, la gran mayoría de los textos relativos a la cuestión nacional se deben a la pluma de Engels. Véase, sobre todo en lo que se refiere a la diversidad de terminología el citado trabajo de Rosdolsky.

contrarrevolucionarias en cuanto formaciones agrarias naturales, se les debe imponer a cualquier precio la civilización, se las debe arrancar de su existencia de "pueblos de agricultores y de pastores", cosa que implica su "desnacionalización".[21] La ditinción entre las dos categorías se ve afectada por una oposición entre las naciones industriales modernas y las naciones agrarias retrógradas, lo que trae como corolario la delimitación entre: a] naciones vitales, partícipes del desarrollo histórico. Engels enumera estas "naciones sin lugar a duda vitales", las "grandes naciones históricas de Europa claramente definidas": Francia, España, Escandinavia e Inglaterra; Italia, Polonia, Alemania y Hungría. Sólo las últimas cuatro, por separado o bajo el control extranjero, tienen delante de sí el problema nacional en 1848. En Europa oriental, Engels enumera entre las naciones sometidas sólo a "los húngaros y, en cierta medida, a los polacos", "naciones grandes, compactas, no fragmentadas" capaces de tener una existencia independiente ya que han sabido resistir a los intentos alemanes de absorberlos; b] Naciones no vitales, retrógradas, que incluyen al mismo tiempo nacionalidades consideradas ya como extinguidas y grupos étnicos que a causa del desarrollo desigual de la historia se han mantenido en una etapa patriarcal y feudal, cuyos portavoces tratan de que se les reconozca una personalidad propia, remontar el curso de la historia y retardar el inevitable proceso de asimilación.

La primera categoría incluye "residuos diseminados de numerosas naciones, cuya nacionalidad y vitalidad política se habían apagado de golpe y habían sido obligadas [. . .] a seguir los moldes de una nación más fuerte". En este creciente florecimiento de una vida cultural *strictu sensu*, como lo demuestra, según Marx y Engels, el ejemplo de Occitania, no existe un argumento nacional.

La segunda categoría se refiere a la Europa central y oriental, en que las nacionalidades moribundas que no han sido capaces de desarrollarse como naciones, "que nunca han tenido ni historia, ni la energía necesaria", han seguido la misma suerte histórica de las naciones no vitales de occidente, han sido absorbidas por "naciones más poderosas, capaces de superar obstáculos más grandes".[22] En síntesis, las dos categorías incluidas en

[21] Para un análisis de conjunto de los conceptos que abarca la terminología, véase Hans Mommsen, "Nationalismus, Nationalitätenfrage", *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft*, t. IV, Herder, Friburgo, 1971, pp. 652-653.

[22] Engels, *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, MEW, t. 8, pp. 80-81; *Was hat die Arbeiterklasse mit Polen zu tun?*, MEW, t. 16, pp. 156-157. Según Cunow, Engels califica como naciones a las dos categorías de naciones "sin historia". El problema que de este modo sugiere es el de si para Engels se trata de naciones o de nacionalidades, y el de si concibe, en última instancia, a las "naciones sin historia" como no-naciones, es decir, como entidades étnicas que no existen como naciones. El mismo Cunow, por lo demás, aporta los elementos de una respuesta, subrayando el hecho de que "Engels. . . realiza la distinción entre cuestión nacional y cuestión de las nacionalidades. La primera se refiere a la aspiración de las grandes naciones a constituir "estados nacionales" y a agregarse los ele-

el término de "naciones no vitales" no son distintas cualitativamente, sino que se colocan en un proceso histórico considerado inevitable y necesario.

¿Cómo surgen estas categorías? ¿Cómo las utilizan Marx y Engels? Para poder responder a estos dos problemas distintos, hay que: a] comparar estos conceptos con su formulación original dentro del terreno mismo en que han surgido: la acción política. Tomados de la filosofía hegeliana de la historia, no son fruto de maniobras doctrinales y abstractas, sino que han sido forjados por Marx y Engels en un ámbito político determinado, en el momento mismo de su confrontación con la cuestión de las nacionalidades: la revolución de 1848; b] Verificar en qué medida y en qué contexto los utilizan para la interpretación y el análisis del presente y para la definición de una política determinada.

III

El momento y las circunstancias en que irrumpió en el escenario europeo la problemática nacional —la revolución de 1848— y las formas que asumió han determinado la trama del análisis y han condicionado ampliamente la actitud y las posiciones teóricas y políticas de Marx y Engels respecto a esta "hidra de mil cabezas". Su actitud se alineó con la de la izquierda europea, según la cual la revolución de 1848 debió haber realizado un programa común, promover "la liberación y la unificación de las naciones oprimidas y laceradas", Italia, Alemania, Polonia, a las que se añadía en 1848 Hungría, y permitir la creación de la república alemana concebida dentro del marco geografico de la confederación germánica (que comprendía a los checos, los eslovacos, los italianos del Tirol, así como, territorialmente, una parte del litoral). Se trataba de la condición preliminar para la instauración de las libertades democráticas en Europa. Ya que "para Polonia, Alemania e Italia, el primer paso de cualquier movimiento político debía consistir en esforzarse por restablecer la unidad nacional, sin la cual la vida nacional no era más que una sombra".

Para la izquierda europea, la estrategia de la revolución se basaba en la destrucción del sistema político y estatal establecido por el Congreso de Viena, que había diseñado el mapa de Europa en función de los intereses diplomáticos, sin tomar en cuenta "las aspiraciones e intereses, ni las diferencias nacionales de la población".[23]

Marx y Engels explicaron repetidamente por qué y cómo la independencia nacional y la unificación de las naciones históricas se habían convertido en el rasgo común de la izquierda, y por qué el joven movimiento obrero había hecho suyas esta estrategia y este orden de prioridades. Así, en Alemania el obrero y el nacionalista, nacidos al mismo tiempo, no en-

mentos nacionales que han quedado fuera de sus fronteras; la segunda concierne a la reivindicación de las pequeñas naciones de independencia estatal", (*op. cit.*, p. 38).

[23] MEW, t. 16, p. 156.

traban en competencia, sino que eran solidarios y trataban de armonizar sus objetivos. Aún después de 1848 la unidad alemana fue considerada por Liebknecht, y después por todo el movimiento de Eisenach, como la premisa y el presupuesto de la emancipación de los trabajadores.[24]

Esta estrategia evidentemente casi no toma en cuenta para nada las "múltiples nacionalidades más pequeñas que pueblan el sureste de Europa", cuya existencia apenas si era conocida, más o menos como en la época del Congreso de Viena, y que en 1848 la izquierda ignoró en nombre de una cierta filosofía de la historia. Las reivindicaciones de las nacionalidades consideradas "pueblos de campesinos sin burguesía incapaces de desarrollar una cultura y una vida política propia"[25] se encontraron subordinadas, si no es que sacrificadas, a los intereses y objetivos de la revolución europea.

1848 pareció ser el gran vuelco de la historia, y la izquierda le atribuyó a las nacionalidades del imperio de Habsburgo la responsabilidad de haber dejado pasar esta ocasión para la humanidad. Los estigmas de "naciones contrarrevolucionarias" quedan impresas largo tiempo en ellas mismas, y los prejuicios arraigados, las reticencias, la desconfianza, difícilmente fueron desapareciendo de la memoria de la generación del 48.

En realidad, el despertar de las nacionalidades oprimidas de Europa central en la parte baja de la oleada revolucionaria de 1848, y la reivindicación de una exigencia propia —contra la opresión nacional y social—, se habían manifestado en medio de confusiones, en una diversidad desconcertante debida más bien que a la ambigüedad de las formulaciones, a las elecciones concretas a las que se vieron obligados. En la lucha por conseguir sus aspiraciones de emancipación o simplemente por obtener el reconocimiento de su derecho elemental a existir, los checos, los eslovacos, los croatas, los rumenos se encontraron ante un dilema: o incorporarse al movimiento revolucionario general a escala europea y combatir junto con las naciones dominantes —alemanes y magiares— en los puestos avanzados de la revolución, u oponerse a ellos, sus opresores, y convertirse en aliados de la corte de Viena que parecía acoger más favorablemente sus reivindicaciones. Mediante un cálculo estratégico que después resultó estar equivocado, se decidieron por la segunda solución, contribuyendo así sensiblemente a la derrota de la revolución. El significado profundo de sus movimientos quedó así oculto y deformado.

El intrincado contexto histórico, la ignorancia de los hechos y la ambigüedad de la política de los revolucionarios —sobre todo en Hungría, donde el gobierno nacido de la revolución estaba en manos de Kossuth—, orientaron el curso de los acontecimientos, según la explicación de Rosdotsky, y motivaron las tomas de posición de Marx y Engels en cuanto a las nacionalidades tal como se manifestaron en la *Neue Rheinische Zeitung*, En su actitud hacia las nacionalidades, y sobre todo hacia los eslavos, gra-

[24] Véase Werner Conze, Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, Stuttgart, Ernst Klett Verlag, 1966, p. 48.

[25] Véase F. Zwitter, *Les problèmes nationaux dans la Monarchie des Habsbourg*, Belgrado, 1960, pp. 58-59; MEW, t. 16, p. 156.

vaba la pesada hipoteca de la Rusia, pilar de la Santa alianza. Marx coloca en primer plano dentro de la revolución una guerra ofensiva contra Rusia, ya que sin la derrota del imperio moscovita la revolución democrática en Europa no hubiera podido fortalecerse. Desde principios de marzo de 1848, las aspiraciones expresadas por las nacionalidades eslavas se inclinan por la izquierda alemana, preocupada por la probabilidad de una intervención armada rusa, en el contexto de un deseo de dominio de los eslavos sobre los alemanes en Austria, y se interpretan como expresión del paneslavismo del que Rusia no puede más que aprovecharse. En cuanto a la posibilidad de una alianza revolucionaria con los movimientos de las nacionalidades, se la considera sólo desde el punto de vista de la solidaridad democrática internacional basada en el reconocimiento de la existencia nacional y de la independencia de las dos naciones revolucionarias, Polonia y Hungría, estados tapones capaces de privar a Rusia de sus posibles sectores de expansión.

El universo mental de la izquierda alemana, la atmósfera recalentada de la revolución, constituyen los elementos capitales para comprender el tono de los artículos de Marx y Engels, nacidos en el fragor de una lucha dramática, pero no son suficientes para explicar los juicios categóricos, fustigantes, que se encuentran en sus escritos, públicos y privados, de las décadas posteriores. Así, a propósito de los eslovacos, de los croatas o de los checos, Engels habla de "pueblos en decadencia incapaces de vivir", que deben desaparecer en medio "de la tempestad revolucionaria mundial", ya que han sido siempre "los mejores instrumentos de la contrarrevolucion". A propósito de los eslavos, en estos escritos aparecen continuamente expresiones como "grilletes de pueblos moribundos", "miserables, ruina de pueblos", "raza de maleantes", etc. Se podrían citar, si uno quisiera, los numerosos juicios expresados también por la pluma de Marx, que confunde a sus biógrafos como Franz Mehring, y de los cuales se apoderan sus adversarios para pintarlo como un racista.

Se puede alegar, ciertamente, su falta de información (Marx y Engels disponían sólo de fuentes de segunda o tercera mano y de informaciones parciales), y, por consiguiente, carecían de ideas claras sobre el significado y el contenido de las luchas de las nacionalidades en Austria, víctimas de la injusticia y de la desigualdad, pero se puede constatar también que no hicieron nada por adquirirlas. El desarrollo de los acontecimientos parece, por otra parte, confirmar la desconfianza y los juicios hostiles de Marx y Engels. La "desgraciada fatalidad" —según la expresión de Engels— que ha colocado a las nacionalidades en el campo de la contrarrevolución proporciona la trama de su condena sin apelación, de su actitud hostil que llega hasta predicar "el terrorismo más decidido" contra los pueblos "sin historia" y contrarrevolucionarios. Lo que parece ser una sorprendente incomprensión corresponde en realidad a una actitud política precisa dictada por la revolución y por el papel que esos pueblos asumen. Marx y Engels no han sido sólo testimonios apasionados, sino también estrategas exigentes que se han plegado a las exigencias de la revolución en una situación en que el espectro del paneslavismo, de una Rusia gendarme de Europa, se presentaba cada día más amenazador para la revolución. El movimiento de las

nacionalidades se considera entonces como una maniobra de la corte de Viena o como una manipulación de Rusia. Este análisis oculta un hecho más importante: el gobierno revolucionario húngaro practica contra las minorías nacionales —y especialmente contra los croatas y rumenos de la Transilvania— una política demasiado dura y opresora, sin dejarles ninguna oportunidad de elegir; no se prepara para hacer concesiones a nivel nacional a no ser cuando ya es demasiado tarde y los ejércitos zaristas se disponen a suprimir la revolución húngara.

Después de un estudio posterior de los hechos, hacia 1860 Marx se da cuenta, tal como lo atestiguan sus notas de lectura: "En febrero de 1848 [los]Magiares creyeron que había llegado el momento de *fundar sobre las ruinas de las otras nacionalidades la gran patria húngara, la fuerte y poderosa nación magiar* [. . .] Los magiares convirtieron su *causa en una causa de casta* [. . .] Resultado de la política magiar: *los servios y los croatas restauraron el trono abatido de Austria y los rumenos de Transilvania* abrieron el paso de los Cárpatos a la armada rusa".[26]

Pero el descubrimiento posterior de un error cometido no los lleva a revisar sus juicios de conjunto. Marx y Engels no buscan ni confirmaciones, ni refutaciones en el período posrevolucionario. Conservan íntegro su análisis, su condena a las naciones eslavas de Austria. Marx insistirá en 1852 en que las posiciones asumidas en 1848 no eran actitudes circunstanciales, sino que provenían de una reflexión y de un análisis profundos. "Hemos desarrollado la tesis según la cual las pequeñas naciones arrastradas contra su voluntad por la historia de siglos deben ser contrarrevolucionarias forzosamente, y ya demostramos cómo su actitud dentro de la revolución de 1848 ha sido realmente contrarrevolucionaria. " Pero, "entre las naciones y nacioncillas de Austria hay sólo tres que participan activamente en la historia: los alemanes, los húngaros y los polacos. Por eso son actualmente revolucionarios. La misión principal de todos los demás, estirpes y pueblecillos, es la de desaparecer en medio de la tempestad revolucionaria mundial. Por eso hoy son contrarrevolucionarios".[27]

En base a las repetidas y categóricas afirmaciones contenidas en los escritos de Marx y Engels hasta los años ochenta, el historiador húngaro Erik Molnar observa: "[Marx y Engels] llegan a conclusiones definitivas sobre el destino histórico de estas naciones, a partir de algo que dependía únicamente de circunstancias transitorias".[28]

Con todo lo que tiene de especial, esta constatación nos lleva al meollo del problema. Mientras esta conclusión queda sin modificaciones en lo que se refiere al porvenir de las nacionalidades de Austria-Hungría, el al-

[26] Manuscritos de Marx, B 85, Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam, Excerpta, Hefte XCI y LXXXV, publicado en *Marx despre Romania*, Bucarest, 1962, pp. 69, 81, 67. Las frases en cursiva están en francés en el texto de Marx.

[27] F. Engels, *Der demokratische Panslawismus*, MEW, t. 6, p. 274 incluido en la presente recopilación; Engels, *Der Magyarische Kampf*, ibid., p. 168 [incluido en la presente recopilación].

[28] Erik Molnár, *La politique d'alliances du marxisme (1848-1889)* Budapest, Akademiai Kiadó, 1967, p. 58.

cance de estos juicios y de sus implicaciones políticas son más fluctuantes en lo que se refiere a las otras regiones de los Balcanes. Es, pues, legítimo preguntarse: ¿se trata sencillamente de deducciones que se basan en prejuicios, o, más bien, de tesis de alcance general implícitas en el concepto mismo de "pueblos sin historia", o bien hay que considerarlas como accidentales, contentarse con incluirlas en el haber del contexto histórico y de un cierto conservadurismo de lenguaje, lo que hace que sea sospechoso darle importancia a las fórmulas y a los juicios expresados en los textos de lucha, más bien que en los de análisis. Claro que los prejuicios y el vocabulario forjados en la tempestad de la revolución y en el fragor de la lucha se conservan por más tiempo. La situación política posterior a 1848 favoreció este "conservadurismo". El lenguaje puede revelar o disimular; Marx y Engels se expresan con el lenguaje de su época a través de las imágenes del romanticismo, de los aforismos como "el Danubio es un río reaccionario", ya que es la única vía navegable accesible a la circulación de la civilización burguesa.

El análisis de los temas abordados en las décadas siguientes por Marx y Engels a nivel de la problemática nacional, su planteamiento de este problema, muestran cómo no se reduce a la simple permanencia de una fórmula, ni a una terminología accidental, ni a prejuicios arraigados. El binomio "naciones históricas-naciones sin historia" invade por todas partes los textos de los años 1850-1860, implícita o explícitamente, con diversas connotaciones: juicio de valor, tema de reflexión, concepto, a la vez, pero siempre toma de posición. Si posteriormente Engels especifica los términos, lo hará sin profundizar y sin darle una base teórica al concepto, el cual conserva toda su ambigüedad y todas sus contradicciones. Dicho concepto vendrá a formar parte del arsenal de la nueva generación marxista y se incrustará profundamente en el pensamiento de la II Internacional. Inserta en el contexto de la evolución general y de la metamorfosis sufrida por el pensamiento marxista, una percepción fragmentaria de este concepto propiciará en amplios sectores, y sobre todo en los sectores revisionistas, su desviación hacia una interpretación social darwiniana del fenómeno nacional que está presente por todas partes en Engels.

¿Cuáles son, para Marx y Engels, las implicaciones prácticas de esta noción? ¿Se trata de un instrumento para analizar e interpretar el presente y formular una política sobre el terreno nacional? No puede darse una respuesta precisa; sólo el uso puede esclarecer el sentido. Su inserción y su articulación dentro de un sistema de interpretación y de juicio deben describirse y sufragarse a través de los casos precisos ante los que se encuentran a partir de los años cincuenta, cuando se plantea con agudeza el problema de Oriente que culmina con la guerra de Crimea. Marx y Engels, que de abril de 1853 a marzo de 1862 le aseguraban una correspondencia regular a la *New York Daily Tribune*, abordan la problemática nacional por medio de la cuestión de los eslavos meridionales y más precisamente a través del problema de las naciones oprimidas en una determinada región, un problema surgido de meandros de la política de las potencias y colocado en el corazón mismo de la *Weltpolitik:* la lucha por la subdivisión de las zonas de influencia entre Francia e Inglaterra por una parte, y entre

Rusia y Austria por la otra, pone en discusión la existencia del Imperio otomano, pero cataliza al mismo tiempo el movimiento de las naciones oprimidas de los Balcanes.

Los intereses de Marx y Engels se sitúan, en un terreno y en un punto de vista distintos, como la polémica sobre la política exterior del movimiento obrero y el problema de las perspectivas de una revolución que se considera próxima en occidente. El modo particular como abordan la espinosa cuestión del Oriente constituye el corolario. No se dejan bloquear por el dilema que se impone a la opinión pública europea: desmoronamiento de Turquía que terminará con la dominación rusa o mantenimiento del *status quo* que agravará la crisis. Para ellos, lo esencial está en el carácter de esta crisis y en el canal a través del cual se encauzará el proceso de descomposición: "Se trata de encontrar un sucesor para el imperio otomano y un sucesor que esté al servicio de la causa revolucionaria."

La explotación que hacen las grandes potencias del problema de las nacionalidades alimenta su desconfianza hacia los movimientos seducidos por el principio de la nacionalidad que proclama la política exterior de Napoleón III. Marx y Engels ven en él un instrumento para reforzar el despotismo en Francia y para ponerse al servicio de Rusia. Aun cuando en 1853 creen que "la solución del problema turco, como la de los otros grandes problemas, le corresponde a la revolución europea", no pueden descuidar la potencialidad del movimiento de las jóvenes nacionalidades de los Balcanes, ni la solución que es capaz de expresar para acrecentar la expansión rusa o austriaca en Turquía. ¿Esta solución consiste en la formación de un gran estado eslavo en los Balcanes para sostener "al hombre enfermo" cuya "presencia en Europa constituye un serio obstáculo para el desarrollo de los recursos de la península tracio-ilírica"? Para esbozar una respuesta, Marx y Engels toman en cuenta algunos datos básicos del problema: "Este maravilloso territorio tiene la gran desgracia de estar habitado por un conglomerado de razas y de nacionalidades diferentes, sin que se pueda decir cuál es la menos idónea para el progreso y la civilización". Para encontrar los elementos, Engels sobre todo se dedica a un estudio profundo de la literatura disponible.[29] Este estudio de las implicaciones históricas y etnológicas tan estimulantes le sirve para definir la problemática relativa a la posibilidad de promoción de las naciones sin historia al rango de naciones vitales, sin que lleguen, sin embargo, a desenredar la complicadísima maraña balcánica. Las interrogantes y las incertidumbres no desaparecen. Por una parte, en el imperio otomano la burguesía, compradora o capitalista, no se ha desarrollado en el grupo étnico turco-musul-

[29] La lista de las obras consultadas por Marx y Engels figura en el estudio, estimulante y pionero, de Hermann Wendel, "Der Marxismus und die Südslavenfrage", *Die Gesellschaft*, I, 1924, pp. 153-177. Este estudio se basa sobre todo en una serie de artículos publicada en 1853 por Marx y Engels en el *New York Daily Tribune:* Engels, "The Real Issue in Turkey", 19 de abril; Engels, "What is to become of Turkey in Europe", 21 de abril y los artículos de Marx del 2 de septiembre: "The Turkish Question in the Commons". En alemán, MEW, t. 9, pp. 13-17, 31-35, 265-285. |Algunos de estos artículos están incluidos en la presente recopilación.|

mán, mientras que hay unidades socioeconómicas modernas que tienden a constituirse en el seno de las nacionalidades cristianas, eslavas o griegas. Pero, ¿estos únicos elementos permiten prever todo un proceso? ¿Se trata de una población que presenta las condiciones necesarias para una existencia nacional independiente, constituida por nacionalidades, o se reduce a grupos étnicos heterogéneos que han sobrevivido gracias al subdesarrollo de las relaciones sociales? ¿La burguesía compradora lleva consigo una conciencia nacional y dispone de la vitalidad necesaria para fundar naciones? Por otra parte, ¿quiénes entre eslavos, griegos o rumenos, parecen ser los más idóneos para asumir el papel de "portaestandarte de la civilización" para aprovechar las condiciones de desarrollo industrial existentes en los Balcanes? Son frecuentes las indecisiones y oscilaciones. Las preferencias unas veces se dirigen a unos, otras veces a otros. En concreto, a Engels le parece que son los servios los más aptos para agrupar a su alrededor las demás nacionalidades eslavas meridionales en una federación balcánica, ya que en Servia se ha establecido "el núcleo fuerte y relativamente culto de una nación".

Si en cierto momento Marx y Engels pensaron que la futura sacudida revolucionaria podía dar origen en los Balcanes a un estado eslavo libre e independiente, en su valoración del destino del imperio otomano y de la cuestión de los eslavos meridionales intervino, sin embargo, a partir de los años sesenta, un cambio que desembocó en una política oriental del socialismo basada en la integridad del imperio otomano. Desde entonces Marx cuestiona a los eslavos meridionales su capacidad de dominar la Turquía europea. Por el contrario, postula la probabilidad de una regeneración de los turcos-musulmanes. "Tomemos partido decididamente por los turcos", declara con ocasión de la guerra ruso-turca de 1877-78, aun cuando el pueblo turco haya cometido "el error histórico" de "fallar una revolución" después de la derrota por parte del ejército ruso. En la argumentación se sobreponen la simpatía "Hemos estudiado al *campesino turco* —y a las masas populares turcas— y hemos aprendido a considerarlo como *uno de los representantes más llenos de méritos y más honestos de los campesinos de Europa*" —y el razonamiento político— "y ahora además de los polacos, los *turcos* —los dos pueblos más valientes de Europa que deben vengar su deshonra ante Europa bajo la *bandera roja*".[30]

En la correspondencia de Engels de los años ochenta es mucho más sorprendente el contraste entre los dos momentos de la reflexión: el primero, en que se había expresado la simpatía, el apoyo a las tendencias emancipadoras de los pueblos cristianos del Imperio otomano; el segundo, en que se emiten los juicios más negativos respecto a los pueblos balcánicos que se han constituido en estados independientes. Engels habla de "tribus de ladrones", de "miserables restos de las que una vez fueron naciones, servios, griegos, búlgaros y otras razas de maleantes por los cuales se entusiasma el filisteo liberal dentro del interés de Rusia". A las objeciones de sus corresponsales responde: "soy suficientemente autoritario para con-

[30] Cartas de Marx a Wilhelm Liebknecht del 4 y del 11 de febrero de 1878, MEW, t. 34, p. 317 y *ss.*

siderar como anacrónica la existencia de estos pueblos primitivos en medio de Europa".[31]

Habrá que preguntarse cuál fue el elemento decisivo que pudo llevar a un vuelco de este género, mientras uno de los datos fundamentales del problema permanecía sin cambiar: el carácter retrógrado y esclerotizado del imperio otomano y de la "dominación turca (que) como cualquier dominación oriental es incompatible con una sociedad capitalista; el plusvalor producido no está a salvo en las manos de los sátrapas y de los ávidos pashás; no existe la condición preliminar esencial de la apropiación burguesa: seguridad de la persona, del mercado y de la propiedad".[32] Pero este factor endógeno desaparece ante un segundo elemento: los cambios habidos en la situación política de los Balcanes, y el lugar que ocupan en el sistema de las contradicciones de las grandes potencias. Marx y Engels habían "comprendido —admitirá el biógrafo de Marx, Mehring— muy bien los movimientos de las nacionalidades eslavas meridionales en sus causas reales, y muy mal en sus efectos eventuales sobre la política mundial".[33] Su actitud se modifica en los años sesenta, después de los intentos de Rusia por hacer de los eslavos meridionales sus propios aliados en nombre de la comunidad de los eslavos, y desde el momento en que Servia recibe el papel central en los objetivos políticos rusos, el de ser el punto focal de toda la lucha de Rusia por destruir Turquía, restaurar su posición en el Mar Negro y asegurar el propio dominio en los Balcanes. Desde este punto de vista —que hace que todo juicio esté equivocado— los movimientos nacionales revelan su profunda ambigüedad y los cambios habidos en su concepción y en sus intenciones. Independientemente de Marx, los historiadores como Hans Kohn, autoridad en la materia, admiten que en la segunda mitad del siglo XIX los movimientos nacionales "dejaron de considerarse como movimientos democráticos revolucionarios y se convirtieron hasta cierto punto en conservadores y reaccionarios".[34]

Desde entonces Marx y Engels no dejaron de sospechar que las reivindicaciones de los eslavos meridionales ocultaban las intenciones expansionistas rusas, y vieron su confirmación en la balcanización de los años ochenta. Dependientes de las grandes potencias y presa de la fiebre nacionalista, los nuevos estados nacionales del sureste europeo se convirtieron, por su recíproca hostilidad, en factores de desequilibrio y de tensión en Europa, en fogatas de una guerra europea preventiva para salvar el dominio

[31] Carta de Engels a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882, *Eduard Bernstein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Assem, Van Corcum, 1970, pp. 82-83; MEW, t. 35, p. 261.

[32] Engels, *La política exterior del zarismo ruso*, en Marx y Engels, *Escritos sobre Rusia*, vol. I, *Historia diplomática secreta del siglo XVIII*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 87, México, 1980, pp. 174-175.

[33] Cit. en Wendel, *op. cit.*, p. 172.

[34] Hans Kohn, "Nationalism and Internationalism in the nineteenth and twentieth Centuries", en *Rapports. I. Grands Thèmes*, Comité International des sciences historiques, XIIe Congres international des sciences historiques, Viena, 1966, pp. 191-240.

de la burguesía de las grandes potencias y retardar así por varias décadas el curso del movimiento obrero internacional.[35]

Dejando a un lado el giro dado en función de la coyuntura internacional, el desarrollo del pensamiento de Marx y Engels sobre el problema de los eslavos meridionales pone de manifiesto cómo integraban el problema de las naciones históricas y sin historia en un todo complejo, en el que la problemática nacional está considerada en relación con el grado de desarrollo histórico de los diversos pueblos, y con las perspectivas de la revolución europea.

El concepto de "naciones históricas y naciones sin historia" traduce prejuicios, incorporados en un terreno histórico y en un horizonte intelectual, que influyen en las tomas de posición políticas; aporta las premisas de un modo de proceder, pero no constituye por sí mismo un modo de proceder. La ambigüedad se acentúa con la pluralidad de utilizaciones que se hacen de él.

El término adquiere significados distintos de acuerdo con la trayectoria en la que se inserta. Puede implicar la condena irreversible de ciertas nacionalidades en el escenario histórico en favor de naciones cuya importancia europea y cuya vitalidad han sido probadas. Pero, si se inserta en el ámbito de las interrogantes sobre la posibilidad del acceso de naciones sin historia al devenir histórico se convierte en el reflejo de la dinámica del movimiento histórico y no en la fijación de una dicotomía. El término "naciones sin historia" se usa en esta acepción más bien para designar un matiz o un modo específico de existencia histórica, una cierta etapa de la historia —que se perpetúa en el inmovilismo debido a la pesantez de las estructuras atrasadas— susceptible de convertirse sólo en una realidad transitoria, y por consiguiente de desaparecer en el curso de los trastornos o de las transformaciones futuras. De ahí en adelante, la nación no es la negación del postulado metodológico fundamental del marxismo – captar los fenómenos sociales en su historicidad— sino su trasposición y su adaptación. Como juicio de hecho y elemento de explicación trasciende la coyuntura de la historia universal en el momento mismo en que logra ser útil a la inserción del fenómeno nacional dentro de un proceso socioeconómico de largo plazo. De este uso limitativo de la noción ambigua de "pueblos sin historia", asociada siempre al concepto muy definido de "opresión" y de

[35] En 1886, tras la anexión de Rumelia por Bulgaria, la guerra servobúlgara y el golpe de estado que había derribado a Alejandro de Battenberg, remplazándolo por un consejo de regencia que practicó una política hostil a Rusia. Engels precisa, sin embargo, que las aspiraciones "a la anexión de algunos servios y búlgaros que siguen siendo turcos" no pueden realizarse más que con peligro de una guerra europea "que la causa no merece. . . Por otra parte, en las actuales circunstancias —añade Engels—, cualquier nuevo ataque contra los turcos tendría, como único resultado, que las pequeñas naciones victoriosas —y sólo podrían resultar victoriosas gracias a los rusos— o bien caerían de inmediato bajo el yugo ruso, o bien —cf. el mapa lingüístico— llegarían irremisiblemente a las manos unas contra otras". Carta a Bernstein del 9 de octubre de 1886, *op. cit.*, p. 344.

"emancipación" nacional, se derivan las implicaciones para la praxis: no existe una valla para delimitar y distinguir mecánicamente las naciones maduras para la independencia de las que no son vitales, del mismo modo que no hay un criterio fijo, un principio general de nacionalidad, que pueda aplicarse a todas las naciones en cualquier circunstancia dada. La problemática nacional debe medirse en relación con el grado de desarrollo histórico de las distintas naciones, y en relación al contexto, partiendo del cual se inserta en la perspectiva de una futura revolución europea. El rechazo de una escisión rígida entre las dos categorías se manifiesta en el hecho de que el concepto de naciones sin historia es enmendado por Engels en 1860, en función del lugar que una determinada nación es susceptible de ocupar en el proceso de expansión de la revolución democraticoburguesa de Oriente.En los Balcanes, las nacionalidades eslavas pueden tomarse la tarea de impulsar el proceso de desarrollo, convertirse en agentes activos del proceso social y conquistar así "el derecho a la civilización en lugar de la barbarie, al progreso en lugar del inmovilismo, en síntesis, el derecho al desarrollo histórico",[36] en la medida en que un estado eslavo libre e independiente cumple la misión que le ha sido asignada: destruir los vestigios del sistema precapitalista, contrarrestar la iniciativa colonialista de las grandes potencias. Pero no es suficiente el acceso endógeno a la civilización para conquistar este derecho al desarrollo histórico, así como no es sinónimo de su necesidad histórica la eventual o potencial vitalidad de una nación. El que se dé un estado nacional o que se expresen sentimientos nacionales no constituye de por sí la prueba de la vitalidad política de una nación sin historia. Sobre este punto, las posiciones del viejo Engels no cambian para nada. Como en 1848, la prueba de la vitalidad de una nación está en su capacidad de unir la propia lucha con la causa del progreso social; las que se alinearon con la reacción demostraron que no son aptas para la evolución y para la vida. A Engels le parecía que el caso de los eslavos meridionales era como una ilustración de la "ironía de la historia universal". En lugar de realizar la elección de reincorporarse a la historia universal convirtiéndose en sucesores del imperio otomano, capaces de servir a la causa revolucionaria, se han convertido en instrumento del "ridículo movimiento antihistórico" de la Rusia zarista y del paneslavismo, que no tiene otro objetivo que el de someter "el occidente civilizado al oriente bárbaro, la ciudad a la campiña, el comercio, la industria y el saber a la agricultura primitiva de los siervos eslavos".[37] Y están condenados así a quedarse al margen de la historia, por lo menos hasta la caída del zarismo. Precisamente por esto, la cuestión de los eslavos meridionales, deja de ser para Engels un problema de emancipación nacional, y se relega al papel de algo accesorio en la historia, se considera como un aspecto incidental de los grandes complejos mundiales que se encuentran en el centro

[36] Véase Bloom, *op. cit.*, p. 49.

[37] "Para los búlgaros, igual que para nosotros, hubiera sido infinitamente mejor que hubieran seguido siendo turcos hasta el fin de la revolución europea", reafirma Engels en 1886, en la mencionada carta a Bernstein del 9 de octubre (*op. cit.*, p. 343).

de la política exterior de la clase obrera, respecto a la cual no se ha modificado la posición de principio en función de la coyuntura.[38]

IV

A fines del siglo, la actitud de los fundadores del marxismo ante la cuestión de los eslavos meridionales se convierte en un motivo de sosobra para la socialdemocracia en plena expansión. Los partidos rigurosamente marxistas que ya se encontraban fortalecidos en la península balcánica se sintieron detenidos en su actividad por juicios categóricos que los desacreditaban ante la opinión pública de las jóvenes naciones susceptibles y vulnerables en su amor propio nacional, preocupadas por la continuidad de su pasado y por el reconocimiento de su identidad. ¿Cómo explicar una discordancia semejante entre los principios proclamados —pronunciarse por la liberación como una exigencia democrática—, y la actitud negativa de Marx y Engels ante las reinvidicaciones de los eslavos meridionales?

En 1908, Kautsky asumió para sí la responsabilidad de dar una respuesta que pudiera dejar satisfecha a la ortodoxia. La contradicción entre las posiciones de Marx y Engels no es más que aparente —sostiene concretamente—, ya que el problema de las naciones oprimidas y de su emancipación en los años 1850-60 se complicó por el conflicto entre la democracia y las aspiraciones nacionales, debido a las maniobras de las grandes potencias que trataban de utilizar el despertar nacional de los pueblos oprimidos de los Balcanes en favor de los intereses dinásticos. Desde entonces, este conflicto sirvió de base a la tarea de los socialistas "de no dejarse engañar ni seducir por la ilusión nacional, sino más bien de someterse a la crítica rigurosa".[39]

Este tipo de justificaciones ideológicas podía calmar las dudas de los militantes, pero no eliminaba el equívoco sobre el carácter y el alcance del modo de proceder de Marx y de Engels, cuya coherencia de posiciones residía tanto en el modo de plantear el problema como en el de proponer soluciones. En realidad, Kautsky no menciona un elemento explicativo importante: a] La actitud de Marx y Engels ante los eslavos meridionales no se reduce a una toma de posición particular dictada únicamente por la coyuntura política internacional, sino que corresponde a exigencias políticas situadas en la base misma del desarrollo de su juicio sobre la problemá-

[38] Es significativo que, en una determinada coyuntura, en una crisis política, el hecho de que una de esas jóvenes naciones "se comporte mejor de lo que podía esperarse" no implica automáticamente cambios en los principios. A Bernstein, que se pregunta "si todavía tenemos motivo para oponernos decididamente a las aspiraciones de los eslavos del sur a la emancipación", Engels le responde confirmando nuevamente los principios invariados (*Ibid.*, carta del 17 de septiembre y del 9 de octubre de 1886, pp. 339-344).

[39] Karl Kautsky, "Die nationalen Aufgaben der Sozialisten unter den Balkanslawen", *Der Kampf*, 1908, p. 106.

tica nacional; b] estas exigencias se han esclarecido y formulado partiendo de un estudio de la realidad y del significado de la "opresión y de la emancipación nacionales" y se apegan a una definición de los conceptos correspondientes.

El estudio de la cuestión del Oriente sirvió especialmente a Engels para profundizar teóricamente una enseñanza obtenida en la praxis de 1848, y que había sido expresada a través de las posiciones adoptadas durante la revolución. Rosdolsky resume muy bien la idea desarrollada y sostenida por Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*: "El solo hecho de la opresión no obliga de ninguna manera a la democracia a tomar partido por la nacionalidad oprimida; esta obligación se presenta sólo cuando las actividades políticas de esa nacionalidad adoptan un carácter revolucionario y sirven así a los intereses particulares de la democracia; de otro modo, el sedicente movimiento nacional no podría tener derecho a ser respaldado."[40]

Esta posición, considerada como "dura, demasiado dura" inquieta a un historiador magnánimo como Davis. Siguiendo la línea de Kautsky, trata de "disculparlos" interpretando esta actitud como transitoria, y añadiendo: "Pero en todo caso Marx y Engels modificaron separadamente su forma de pensar en los años cincuenta". Mediante citas sacadas de su contexto trata de probar que ellos tomaron "partido separadamente por la nacionalidad oprimida, sin ocuparse exclusivamente del carácter revolucionario de su acción política".[41]

En realidad los juicios y las opiniones expresadas por Marx y Engels en 1848 no sufrieron cambios, aun cuando puedan descubrirse en ellos oscilaciones. Corresponden de hecho a un momento importante de su evolución política y presagian una ruptura y una conclusión de alcance general, que llegaron a madurar a consecuencia de profundos estudios y largas reflexiones. Cerca de treinta años más tarde, viendo repetirse la misma historia en la actitud de la nueva generación de marxistas, Engels le confió a Bernstein, enardecido por los levantamientos de Erzgebirge: "En la medida en que hemos vuelto al principio a través del liberalismo y del radicalismo, hemos compartido estas simpatías por todas las nacionalidades oprimidas y sé perfectamente cuanto tiempo y cuanto estudio he gastado en librarme de ellas definitivamente." Las lecturas y los estudios emprendidos en los años cincuenta marcaron la ruptura con la visión romántica y con una actitud sentimental por la causa de las naciones oprimidas: las simpatías adquiridas y la solidaridad *ab ovo* con todos los movimientos de emancipación. En la política no hay lugar para las "simpatías poéticas". Marx y Engels no se dejan llevar en sus juicios por la "ilusión momentánea de un pueblo", por la idea de que éste se forma por el alcance de su lucha y de sus aspiraciones, de su vitalidad, de su voluntad concreta de crear una nación. Al contrario, se imponen la tarea de frenar las tendencias de los socialistas al sentimentalismo y la tarea de ponerlos continuamente en guardia contra

[40] Rosdolsky, *op. cit.*, pp. 98-99.

[41] Horace B. Davis, *Nationalism and Socialism. Marxist and Labour Theories of Nationalism to 1917*, [hay colec. en esp.], Nueva York-Londres, 1967.

los liberales, "los filisteos que se enardecen por la nacionalidad". La solidaridad sentimental que Palmerston reserva a las pequeñas naciones provoca su sarcasmo, el principio de la nacionalidad tal como lo proclama Napoleón III es condenado con violencia y presentado como una estratagema del paneslavismo.[42]

El rechazo de la actitud emotiva se basa en un postulado teórico y político preciso: la historicidad de los conceptos de opresión y de emancipación.[43] No se trata de abstracciones situadas fuera de tiempo o fuera de contexto, o de categorías antinómicas, sino de nociones que cubren realidades históricas diferentes e inestables. La emancipación nacional pesa más en sus consecuencias que en sí misma. Ni las formas de lucha como la insurrección, ni los objetivos que se pretende alcanzar, constituyen por sí mismos elementos de juicio: puede haber una sincronía perfecta entre la lucha por la emancipación realizada con medios revolucionarios y los objetivos perseguidos que sirven a los intereses de la reacción.

La importancia no radica esclusivamente en la fuerza motora y hegemónica de estos movimientos, sino en el papel histórico que desempeñan. Así, en los años 1860-1870, Marx y Engels consideraron como revolucionaria la lucha por la unificación de Italia y de Alemania, aun cuando sirviera a los intereses exclusivos de la burguesía a través de los "albaceas testamentarios" de 1848, conservadores como Bismarck y Cavour. Marx y Engels ven con ojo crítico los movimientos de su época desde una perspectiva claramente definida, la del progreso social y la de la próxima revolución. Al mismo tiempo que ponen en guardia contra las abstracciones, se rehusan a emitir juicios en base a los acontecimientos coyunturales. Su valoración se articula alrededor de determinados problemas: ¿esta nación oprimida dispone de la vitalidad necesaria?, ¿es capaz de probarlo?, ¿cómo se incorpora en la matriz de la estrategia global de la revolución? Más que el ejemplo de las "grandes naciones", es la actitud ante la resurrección nacional de Polonia lo que constituye la mejor ilustración de la forma de proceder de Marx y Engels.

La cuestión polaca constituyó un momento central en las preocupaciones de Marx y Engels sobre el problema nacional y fue el origen de un gran número de textos de esencial importancia, que pueden considerarse como aprioris, consideraciones doctrinarias e imperativos, o cálculos estratégicos dentro del modo de plantear el problema del reconocimiento del derecho a la existencia nacional.

Sin lugar a duda, la causa de Polonia tiene de su parte una tradición sólida y una constante simpatía activa de parte de los demócratas y revolucionarios europeos en todo el transcurso del siglo XIX, y se convierte en el símbolo de la lucha por la libertad. Después de 1848, "el nombre de Polonia reconquistó, en esos días oscuros, un nuevo brillo a los ojos de la de-

[42] Carta citada a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882 (*op. cit.*, p. 81); MEW, t. 16, pp. 156-158.

[43] Véase al respecto, las observaciones pertinentes de Franco Andreucci, "Engels, la questione coloniale e la rivoluzione in occidente", *Studi storici*, XII, núm. 3, 1971, pp. 454 y *ss.*

mocracia y de la revolución del mundo entero. Desde entonces los polacos fueron ampliamente considerados como el pueblo de la revolución".[44] Tanto en Marx como en Engels es notable la simpatía hacia Polonia, adquirida en el curso de la larga lucha, y la nación polaca "que desde 1792 había hecho por la revolución más que las tres naciones juntas" (Hungría, Italia, Alemania) se beneficia de un prejuicio favorable y relevante, como lo atestigua la intervención de Marx en el mitin conmemorativo de la insurrección de 1863. "La razón principal de la simpatía de la clase trabajadora por Polonia es la siguiente: Polonia no sólo es la única rama eslava, sino también el único pueblo europeo que ha combatido y sigue combatiendo como *soldado cosmopolita de la revolución*."[45] El movimiento de liberación nacional polaco se había situado siempre, según la valoración de Marx y Engels, en la cúspide del movimiento revolucionario, y la actitud hacia la causa polaca era el criterio con que desde 1789 se medía el esfuerzo y el ardor revolucionario. Era progresista por excelencia en la medida en que la causa polaca se identificaba con la de la revolución. O, como puntualiza Engels en 1874: "Más que Francia, Polonia es la que, por su desarrollo histórico y por su situación actual, se coloca ante un dilema: ser revolucionaria o desaparecer."[46] Pero la adhesión de Marx y Engels se basaba en otro tipo de consideraciones —tanto de origen doctrinal como político— mucho más importante que el valor atribuido a un símbolo.

A través de la lucha ininterrupida de los polacos que nunca se desalentaron por las derrotas a menudo sangrientas, Marx y Engels ponen en evidencia la vitalidad de la nación polaca que se mantuvo como un criterio de juicio por su reconocimiento como nación histórica, y constituye la base de su "derecho histórico a la independencia y a la autodeterminación". Todavía en 1892, Engels hace notar: "El desarrollo acelerado de la industria polaca, que ha superado a la industria rusa, prueba una vez más la fuerza indestructible del pueblo polaco, es una demostración de su próxima restauración nacional."[47]

[44] Kautsky, *Krieg und Demokratie. Eine historische Untersuchung und Darstellung ihrer Wechslwirkung in der Neuzeit*, Berlín 1932, vol. I, p. 422; el tema "Marx y Polonia", ha suscitado numerosos trabajos, y entre ellos el documentado estudio del erudito marxólogo David Rjazanov, "Karl Marx und Friedrich Engels über die Polenfrage", publicado en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, Leipzig, VI, 1916, pp. 175-221; entre las obras recientes de orientación y de carácter muy distintos, que reflejan el estado de la historiografía de los respectivos países, citamos la monografía de la historiadora polaca C. Robinska, *Marx und Engels über polnische Probleme*, traducción alemana, Berlín, 1958, y el prefacio del historiador alemán occidental Werner Conze a Marx, *Manuskripte über die polnische Frage (1863-1864)*, La Haya, 1961, pp. 7-41.

[45] *Für Polen*, MEW, t. 18, p. 574. [Incluido en la presente recopilación.]

[46] Engels, *Flüchtlingsliteratur. I. Eine polnische Proklamation ibidem*, p. 525. [Incluido en la presente recopilación.]

[47] Prefacio de 1892 a la edición polaca del *Manifiesto Comunista.*

Así, desde el punto de vista teórico la lucha polaca adquiría un valor significativo: era la demostración viviente del hecho de que sólo la democracia era capaz de conquistar la independencia. El levantamiento de Cracovia en 1846 fue un ejemplo extraordinario de la identificación de la causa nacional con la de la democracia. La solidaridad de Marx y Engels apunta desde entonces no tanto a una independencia polaca que vuelva a unir a los nobles de la antigua Polonia, sino a lo que realmente había que restablecer: una Polonia independiente y capaz de realizar la democracia agraria. "Entre los polacos, los comunistas sostienen el partido que hace de la revolución agraria la condición de la liberación nacional, este mismo partido que ha estimulado la insurreción de Cracovia en 1846", proclamaba el *Manifiesto Comunista*. De hecho, "una democracia, polaca era imposible sin la abolición de los derechos feudales, sin el movimiento agrario por la transformación de los campesinos tributarios en propietarios libres, en propietarios modernos". Dentro de la perspectiva de la realización de la revolución burguesa, la independencia de las dos dimensiones, nacional y social, es orgánica y dialéctica, y, en esencia, la democracia agraria es imposible de lograr sin la conquista de la independencia nacional.[48]

El razonamiento es político y de orden estratégico. Desde este mismo punto de vista, Marx y Engels postulaban "la necesidad férrea" de que "Polonia se libere de nuevo", tal como lo repitieron en 1875: "Otro motivo de la simpatía del partido laboral por la resurrección de Polonia: su situación geográfica, militar e histórica particular. La división de Polonia es aglutinante que une entre sí a los tres grandes despotismos militares: Rusia, Prusia y Austria. Sólo la reconstrucción de Polonia puede romper esta unión y liquidar así el mayor obstáculo para la emancipación de los pueblos europeos."

Por esto, uno de los objetivos de la revolución alemana de 1848 debió haber sido la creación de una Polonia independiente que pudiera, en cuanto unidad estatal erigirse en baluarte contra Prusia y Rusia. "Mientras ayudemos a oprimir a Polonia, mientras anexemos una parte de Polonia a Alemania seguiremos unidos a Rusia y a la política rusa y no podremos abatir en nuestra propia casa el absolutismo patriarcal y feudal."[49] Ésta es la advertencia que Marx y Engels le hacen a la indecisa izquierda alemana. Por esto afirman: "La existencia nacional de Polonia no representa para nadie una ventaja tan necesaria como para nosotros los alemanes"; sin una Polonia independiente, no sería posible una Alemania independiente y unificada. Esta misión de Polonia —la de ser una barrera contra la amenaza del "coloso contrarrevolucionario"— constituye uno de los puntos cardinales de los criterios que guían a Marx y a Engels.

Por lo demás, Marx resume perentoriamente los elementos en uno de

[48] Celebración en Bruselas del segundo aniversario de la revolución polaca del 22 de febrero de 1846, reproducida en el original francés por Rjasanov, *Art. cit.*, p. 206 (discurso de Marx). Véase también *Die Polendebatte in Frankfurt*, MEW, t. 5, p. 345. [Incluido en la presente recopilación.]

[49] *Ibid.*, p. 333.

sus manuscritos: "Restaurar Polonia significa destruir a Rusia de su candidatura a la dominación mundial." La absorción de Polonia por parte de Rusia sería "socabar el único dique contra la creciente marea eslava. Para Alemania, todos los problemas de la política exterior se reducen, por consiguiente, a un solo problema: la restauración de Polonia".[50] Mientras que en 1867 proclamaba en una reunión pública: "La barbarie asiática, bajo la dirección moscovita, se lanzará sobre la cabeza [de Europa] como una avalancha, o bien será necesario que ésta reestablezca a Polonia, colocando entre ella y Asia a veinte millones de héroes y logrando un momento de tregua necesario para llevar a cabo su regeneración social."[51] Ésta era la posición de Marx y Engels a fines de 1880, cuando afirmaban: "El grito de 'Viva Polonia' ha significado siempre: muerte a la Santa Alianza, muerte al despotismo militar de Rusia, Prusia y Austria, muerte al dominio mongol sobre la sociedad moderna."[52]

Si la necesidad de la restauración de Polonia fue una palabra de orden constante para Marx y Engels, no está condicionada ni forma parte del arsenal de los prejuicios inmutables. Al contrario, sus juicios responden a consideraciones políticas. Las modificaciones en su actitud están en función de la agudeza y de la incidencia del problema sobre la política internacional y de los compromisos que se derivan para el movimiento revolucionario. Puede también descubrirse, en los años cincuenta, una diferencia de valoración. Engels comunica a Marx, en 1851: "Cuanto más reflexiono en la historia, más claro me resulta el que los polacos sean una *nation foutue* que puede utilizarse como instrumento hasta el momento en que Rusia misma se vea envuelta en la revolución agraria. De ese momento en adelante, Polonia no tiene ninguna *raison d'être.*" Y en 1853 añadía en una carta a Weydemeyer, refiriéndose esta vez a una dimensión nacional y social oculta: "Y por lo que respecta a las antiguas provincias polacas, de este lado de la Dvina y del Dniéper, no he querido oír hablar para nada de lo que he sabido, que todos los campesinos son ucranianos y que sólo hay algunos nobles y algunos habitantes de las ciudades polacas, y que para los campesinos la restauración del estado polaco significaría la restauración de los nobles en todo su poderío como sucedió en la Galitzia ucraniana en 1846."[53] Estas vacilaciones obligaron a Marx a dedicarse de nuevo al estudio de la historia polaca. Respondiendo una vez a Engels, en 1856, insistió

[50] *Polen, Preussen und Rossland,* en Marx, *Manuskripte über die polnische Frage,* cit., p. 93.

[51] Marx, *Rede auf dem Polenmeeting in London am 22 Januar 1867,* MEW, t. 16, p. 204. [Incluido en la presente recopilación.]

[52] Véase la publicación del original polaco del discurso *(Do meetingu Genevie, zwolanego na pamiatke 50 ej rocziny Revoluciji Polskiej 1830 r.)* en Rjazanov, *art. cit.,* pp. 220-221; MEW, t. 19, pp. 239-240.

[53] Aunque, en esencia, las oscilaciones de Engels se refieren a la suerte de la Polonia prusiana. La derrota sufrida en la revolución de 1848 lo llevó a reivindicar su absorción por parte de Alemania, lo que se vería compensado por un eventual estado polaco, con la expansión hacia el este. Véase *Revolution und Konterrevolution in Deutschland,* MEW, t. 8, p. 51. Véase también la carta de Engels a Marx del 23 de mayo de 1851, MEW, t. 27,

en la "realidad histórica" que lo había "hecho inmediata y *decidément* inclinarse por Polonia": su papel de "termómetro externo" de las pulsaciones revolucionarias.[54]

Sin renunciar nunca en forma total a la reivindicación de una Polonia independiente, Marx y Engels relativizaron lo que ellos habían considerado no como un fin en sí mismo sino como un estudio transitorio que podía perder su razón de ser. La perspectiva fugaz de una revolución campesina en Rusia al principio de los años sesenta, como consecuencia de la abolición de la servidumbre de la tierra, llevó momentáneamente a Marx y a Engels a declarar caduca la necesidad de restablecer a Polonia, cosa que posteriormente dejaron de considerar incompatible con los intereses de la Rusia revolucionaria.

Dejando aparte las oscilaciones, se puede descubrir una constante: "Polonia forma parte absolutamente de los pueblos necesarios" de acuerdo con el término pedido prestado a un "historiador francés", verosímilmente Louis Blanc; una nación doblemente necesaria: 1] como "baluarte de la democracia europea contra la amenaza de un ataque de la reacción rusa"; 2] como levadura para los fermentos revolucionarios alemanes y europeos.[55]

Poniendo fin a sus reservas, la insurrección de 1863, que reanimó las esperanzas de Marx y Engels en un renacimiento de la era de las revoluciones, condujo a la sorprendente confirmación del papel de "nación necesaria" que le correspondía a Polonia: demostró que el movimiento nacional polaco seguía siendo revolucionario. La rebelión polaca contra el zarismo se convirtió entonces en la causa de la clase trabajadora. Si los sentimientos favorables a Polonia independiente volvieron a cobrar vida en la opinión pública, fue sobre todo dentro del joven movimiento obrero donde la insurrección despertó una fuerte y poderosa corriente de simpatía: en Inglaterra, en especial, los trabajadores fueron los únicos que defendieron la causa de los insurgentes. "En este momento fatal, la clase trabajadora debe protestar enérgicamente contra lo extranjero y por su propio honor debe oponerse a la traición alemana a Polonia. Debe escribir con letras de fuego en su bandera la restauración de Polonia, después de que el liberalismo burgués la borró de la suya."[56]

La causa de Polonia alimentó en Inglaterra y en Francia la solidaridad obrera que dio origen a la corriente internacionalista. El 22 de julio de 1863, los trabajadores ingleses y franceses se reunieron en St. James Hall,

pp. 265-268; y carta de Engels a Weydemeyer del 12 de abril de 1853, MEW, t. 28, p. 557.

[54] Carta del 2 de diciembre de 1856, MEW, t. 29, p. 88.

[55] MEW, t. 5, p. 332. Es Wendel quien atribuye la expresión "pueblos necesarios" a Louis Blanc; la expresión citada en el punto 1] es de Rosa Luxemburg, *Gesanmelte Werke*, Berlín, 1970, pp. 30-31.

[56] Véase a este propósito, el estudio de J. Rougiere, "Sur l'histoire de la Première Internationale. Bilan d'un colloque et de quelques récents travaux", *Mouvement Social*, núm. 51, 1965, p. 29; *Proclamation de l'Association d'éducation ouvrière de Londres* (1863), reproducido en Rjasanov, *art. cit.*, p. 210.

Londres, para incitar a los gobiernos de los dos países a intervenir enérgicamente en favor de Polonia. Esta agitación cumplió un papel esencial en la fundación de la Primera Internacional, que se proclamó en septiembre de 1864 con ocasión de un nuevo mitin de simpatía por Polonia, en St. Martin's Hall. Para la Asociación internacional de los trabajadores (AIT), desde su nacimiento, la problemática polaca se convirtió en el centro de la política exterior en la que el movimiento obrero debía ejercer su propio influjo.

Esta problemática permaneció inscrita constantemente en el orden del día de la AIT gracias a Marx, quien estaba convencido de que la emancipación de Polonia constituía un interés decisivo para el partido obrero de Europa. Según los términos de una resolución presentada por él en la conferencia de Londres en 1865, consideraba "imperioso nulificar la influencia invasora de Rusia sobre Polonia, aplicando a Polonia el derecho de cualquier pueblo a disponer de sí mismo" y restaurando al país a su base social y democrática".[57] Marx se empeñó en explicitar el significado del pasaje del programa de la AIT reivindicando "la restauración de Polonia como uno de los objetivos de la política obrera": no existía ninguna contradicción entre los fines internacionalistas de la AIT y la reivindicación de la autodeterminación de una nación. Su punto de vista encontró algunas resistencias en el seno del Consejo general. De ahí se siguió una larga lucha contra "los ingenuos que son de la opinión de que Polonia ha dejado de ser una nación necesaria".[58] Marx no se cansó de sostener que "sin la independencia de Polonia, no se podía establecer ninguna libertad en Europa", y dirigió sus ataques por una parte contra la posición de los proudhonianos que rehusaban hacer una excepción con Polonia porque el derecho de la autodeterminación era sólo un principio bonapartista, y por otra parte contra el rechazo manifestado por el belga Cesar de Paepe contra el planteamiento de una problemática ajena a la clase trabajadora "porque la restauración de Polonia no puede favorecer más que a tres clases: la alta nobleza, la baja nobleza y el clero".[59]

La causa polaca suscitó así en la Internacional una pugna cuyo alcance sobrepasó su propio objetivo, puso en evidencia actitudes respecto a la problemática nacional difundidas dentro del movimiento obrero, que adquirieron una importancia particular algunas décadas más tarde, cuando la II Internacional tuvo que afrontar la dura realidad del problema. A partir de entonces, se cristalizó uno de los aspectos neurálgicos de la problemática nacional, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, el derecho a la autodeterminación. En realidad, la manera de abordar el problema polaco concretizó los términos de la controversia originada en 1848, referida al significado del derecho a la autodeterminación. Se compararon entonces dos tesis: la de Bakunin, para quien cualquier nación era un sujeto natural que debía sin reservas de ninguna clase disponer del derecho natural a la

[57] Dice también "socialista" citando este texto en 1878. Véase M. Rubel, "Aux origines de l'Internationale", *Mouvement Social,* núm. 51, 1965, p. 70.

[58] MEW, t. 16, p. 201.

[59] Rubel, *art. cit.*, pp. 70-71.

independencia, de acuerdo con el principio absoluto de la libertad;[60] la de Marx y Engels, quienes rechazaban "las piadosas reivindicaciones de la independencia nacional" de las naciones eslavas, tachaban de "paneslavismo democrático" la posición de Bakunin, y sostenían un punto de vista según el cual el derecho a la autodeterminación no era un principio absoluto, válido para todos los pueblos sin excepción, así como no era de hecho históricamente necesario el ingreso de todas las nacionalidades a la historia como entidades autónomas.[61]

Por lo demás, Engels hizo explícitos en 1866, en una serie de artículos titulada *¿Qué tiene que ver la clase obrera con Polonia?*, los elementos diseminados en otros textos. Desde 1848 la clase obrera había acogido los principios de la democracia europea a propósito del "derecho de las grandes formaciones nacionales a la independencia", había tomado por su cuenta en cada país la reivindicación del "mismo derecho a una existencia nacional propia para otras naciones indiscutiblemente vitales". Haciendo una distinción clara entre naciones y nacionalidades, Engels subrayaba que el reconocimiento del derecho a la autodeterminación se refería sólo a los grandes pueblos vitales de acuerdo con "el principio, de la democracia y de la clase trabajadora, del derecho de las grandes *naciones* europeas a la existencia autónoma e independiente". En nombre de todo esto, se opone al "principio de la nacionalidad [que] ignora totalmente la gran problemática del derecho a la existencia nacional de los grandes pueblos históricos de Europa", que antepone los intereses de las nacionalidades a la consolidación de las naciones vitales, y, en última instancia, sirve a los intereses de Rusia: ¿"Qué otra cosa es el paneslavismo si no la aplicación por parte de Rusia, para su propio interés, del principio de la nacionalidad a los servios, croatas, rutenos, eslovacos, checos y otros restos de pueblos de Turquía, de Hungría y de Alemania"? En otras palabras, y en otra perspectiva más restringida pero ejemplificadora de la problemática polaca, el principio de las nacionalidades permitía a Rusia jugar la carta de la autonomía de las *nacionalidades* eslavas meridionales en contra de la independencia de la *nación histórica* polaca.[62]

Pero la prioridad de la consolidación de las grandes naciones históricas como factor de progreso social al que debía subordinarse el principio de la autodeterminación no es un objetivo intrínseco. Se la percibe a través de la dinámica de la revolución y para ella, y se la relaciona con otras consideraciones estratégicas. Volviendo a la formulación de Kautsky, "el derecho a la autodeterminación [en Marx] está subordinado a las exigencias de la evolución general cuya principal fuerza motora es la lucha de la clase proletaria".[63]

[61] *Der demokratische Panslawismus*, MEW, t. 6, pp. 270-286. [Incluido en la presente recopilación.

[62] MEW, t. 16, pp. 156-158.

[63] Kautsky, *Die Befreiung der Nationen*, Stutgart, 1917, p. 9. Cunow da una buena definición de lo que entienden Marx y Engels por derecho de autodeterminación de los pueblos, y señala que la confusión entre pueblo

El modo de proceder que se manifiesta aun en las oscilaciones, en los cambios tácticos, en las conversiones o en las indecisiones estratégicas, a través de la actitud contenida en las confrontaciones de las reivindicaciones nacionales de los eslavos meridionales y de los polacos, constituye un sistema teórica y políticamente coherente en la medida en que la teoría del progreso social y las perspectivas de la revolución europea se someten al enfoque de Marx y Engels como pilares sólidos y complementarios de un discurso cuya unidad asegura. Así, el proletariado no debe reivindicar el derecho a la autodeterminación, ni apropiarse de él si no es en función de los intereses generales del progreso social y de su lucha por la emancipación dentro del marco de una estrategia global de la revolución europea. Los criterios de juicio de Marx y Engels, consecuencia de su escala de valores, descansan en la finalidad postulada, la que a su vez se define en base a la finalidad perseguida. El estado nacional no es una finalidad en sí misma, ni un valor supremo, como el derecho de las naciones a disponer de sí mismas no es un principio absoluto. Se trata de variables dependientes de una constante: el interés de la clase trabajadora y de la revolución socialista.

De acuerdo con la explicación endulzada y didáctica de Kautsky, Marx y Engels consideraron las aspiraciones nacionales partiendo de una posición de principio basada en la autonomía existente entre los valores de la socialdemocracia y los de la burguesía: "para el burgués, la nación es soberana, el bienestar de la nación, la ley suprema", mientras que el bienestar de las naciones aisladas no puede ser la ley suprema de los socialistas. Porque sólo el advenimiento del socialismo puede asegurar el pleno florecimiento de todas las naciones, las reivindicaciones de las naciones aisladas deben subordinarse a los intereses colectivos del proletariado.[64]

Engels tenía muchas menos preocupaciones verbales que sus exégetas. En 1882, en la ya citada carta a Bernstein, recuerda con fuerza y claridad los principios y las exigencias políticas que deben guiar a los socialistas en las confrontaciones del problema y de las reivindicaciones nacionales: "Debemos trabajar por la liberación del proletariado de Europa occidental y todo lo demás debe quedar subordinado a este objetivo. Por más interesante que puedan ser los eslavos de los Balcanes, etc., pueden irse al diablo en el momento en que su esfuerzo de liberación entre en conflicto con el interés del proletariado. También los alsacianos están oprimidos, y me daría mucho gusto si los liberáramos (wenn wir sie wieder los werden). Pero si ellos en la víspera de una revolución ciertamente cercana provocaran una guerra entre Francia y Alemania, y quisieran provocar de nuevo a estos dos pueblos y posponer la revolución, entonces diría: ¡alto! Deben tener tanta

y nación está en la base de la ambigüedad del concepto entre los marxistas: "Marx y Engels entienden por 'derecho de autodeterminación de los pueblos' tan sólo el derecho de los pueblos organizados en estados a gobernarse a sí mismos, es decir, a decidir ellos mismos su forma de gobierno y sus leyes", en suma, un derecho que concierne al dominio de la política interior del proletariado y no al de su política exterior. Cf. *op. cit.*, p. 43.

64 Kautsky, art. cit., *Der Kampf*, 1908, pp. 108-109.

paciencia como la que va a tener el proletariado europeo. Si éste queda libre, ustedes quedarán libres. Pero, mientras tanto no toleraremos que ustedes pongan trabas entre las ruedas al proletariado en pie de lucha. Y lo mismo dígase de los eslavos. La victoria del proletariado los libera real y necesariamente, y no aparente y temporalmente como el zar."[65]

El estilo directo, inmediato, de una carta personal dirigida a un joven e íntimo colaborador pone de manifiesto bruscamente la esencia de un razonamiento político. Se trata de un fin demasiado claro, tanto que estas líneas directrices parecen, si se separan de su contexto, simplificar un pensamiento político más matizado e históricamente circunscrito. Para aclararlas y explicar por qué Engels les exige paciencia a las nacionalidades oprimidas, se cuenta con las perspectivas de la revolución tal como se presentan a Marx y a Engels y a todos los socialistas en la segunda mitad del siglo XIX. El hombre de acción está consciente de que el sueño lejano de una liberación social y el proyecto de una sociedad fraterna no son capaces de satisfacer las aspiraciones nacionales que ponen su vista en lo inmediato. No es necesario que la paciencia dure largo tiempo, debe satisfacerse en un corto plazo por "una revolución claramente cercana". La argumentación no es de carácter didáctico ni se circunscribe a la coyuntura particular de 1882. La perspectiva de una revolución europea como una realidad inminente es la constante que está detrás de las previsiones de Marx a partir de 1848.

Esta esperanza se basa una y otra vez en el análisis de la situación internacional y en el desarrollo del capitalismo, un desarrollo rápido, difícil, interrumpido por frecuentes y profundas crisis. La previsión determina el modelo de la revolución y de su estrategia. El epicentro de la revolución está en un primer momento en Inglaterra, país económicamente más avanzado; luego en Alemania; la fuerza victoriosa es el proletariado de Europa occidental, que beneficiará a todos los oprimidos con su victoria. No puede permanecer insensible a las aspiraciones de las nacionalidades que sienten un deseo cada vez mayor de tener una existencia autónoma, de tener un reconocimiento para su identidad. Su simpatía hacia las naciones sometidas está implícita, pero no constituye un criterio de juicio ni una posición política. El proletariado no debe cumplir el papel de defensor de los derechos de los pueblos sojuzgados más que en la medida en que esto sea útil para la realización de sus objetivos que implican la liberación de todos los oprimidos. La opresión nacional no es un aspecto parcial de la opresión social, cuya reabsorción sólo puede ser global, a escala mundial. Las luchas contra todas las formas de opresión son solidarias entre sí, pero son las exigencias de la fuerza hegemónica —el proletariado— las que determinan el orden de las prioridades y el carácter de las relaciones entre el movimiento obrero y los movimientos nacionales, relaciones de solidaridad y de subordinación.

El deber del proletariado de las naciones avanzadas consiste en sostener al proletariado de las demás naciones en la consecusión del objetivo co-

[65] Carta citada de Engels a Bernstein, 22-25 de febrero de 1882, en *Eduard Bernstein Briefwechsel*, cit., pp. 81-82.

mún, de garantizar con el advenimiento del socialismo el progreso de las naciones "subdesarrolladas", y poner fin de esta manera a las relaciones de dominación entre las naciones que están en etapas desiguales de desarrollo y a la opresión nacional en cuanto tal.

Pero, para esto los movimientos nacionales deben coordinar sus aspiraciones con las exigencias de la estrategia global de la fuerza hegemónica, o, mejor dicho, deben subordinarlas a ésta para poder disfrutar del apoyo táctico del movimiento obrero. Aún en el caso de Polonia, la liberación nacional no es un fin sino un medio para el proletariado, porque constituye un presupuesto para el desarrollo de las fuerzas revolucionarias del país sojuzgado. A partir de este punto, el proletariado no sólo puede sino que debe tomar en cuenta una alianza semejante, sin olvidar, sin embargo, que los movimientos nacionales no son fuerzas intrínsecamente revolucionarias, sino potencialidades polivalentes susceptibles de ser utilizadas para fines diametralmente opuestos, recuperables y manejables por parte de las fuerzas reaccionarias. La posibilidad de una alianza táctica existe en función del contexto y se articula alrededor de la estrategia global.

¿En qué medida y en qué circunstancias un movimiento nacional puede ser utilizado y puede cumplir un papel dentro del marco de la estrategia revolucionaria? La respuesta está estrechamente ligada al análisis de la coyuntura de las relaciones internacionales, a las relaciones de fuerza y al carácter de las contradicciones entre las grandes potencias. Se puede constatar, por lo demás, que la problemática nacional y los movimientos nacionales adquieren una importancia creciente dentro de la política exterior del movimiento obrero, que Marx, a través de la creación de la AIT, concibe como un campo de intervención activa. Por medio del caso de Polonia, Marx puntualiza dentro de la orientación inaugural cuál debe ser la acción de la AIT: "El aplauso impúdico, la simpatía irónica o la indiferencia estúpida con que las clases superiores de Europa han visto [. . .] a la heroica Polonia asesinada por la misma Rusia; las monstruosas e irrefutables supercherías de esta potencia bárbara [. . .] han enseñado a las clases trabajadoras que su deber es dominar, también ellas, los misterios de la política internacional, vigilar los actos diplomáticos de sus respectivos gobiernos, oponerse a ellos, si es menester, con todos los medios a su alcance."[66] La política exterior del movimiento obrero se dirige ante todo contra la Rusia zarista, y para Marx y Engels se articula alrededor de la posición estratégica intocable del zarismo, núcleo de las fuerzas contrarrevolucionarias, gran fuerza, la "más grande reserva de la reacción europea" que ya sea a través de su existencia misma, ya sea por sus intervenciones en los asuntos de Occidente para conquistar posiciones territoriales, "hace imposible la victoria del proletariado europeo". A partir de 1848, Marx y Engels no dejan de subrayar que "el movimiento obrero europeo debe pelear hasta derramar la última gota de su sangre contra el zarismo". Las consecuencias de esta lucha constituyen el punto de apoyo de la actitud y de los juicios de Marx y Engels ante los movimientos nacionales de Europa oriental: "Abatir al zarismo, suprimir esta pesadilla que pesa sobre toda Europa, he

[66] Marx-Engels, *Il partito e l'internazionale*, Roma 1948, pp. 113-114.

aquí cuál es, en nuestra opinión, la primera condición para la emancipación de las naciones de Europa central y oriental".[67]

Engels afirma, por lo demás, en forma explícita en su carta a Bernstein del 9 de octubre de 1886, en un momento de tensión en los Balcanes, los tres puntos de la línea directriz relativa a los eslavos del sur, que consiste en "1] sostener a los eslavos del sur con la condición y en la medida en que estén en *contra de Rusia*, ya que entonces estarán de parte del movimiento revolucionario europeo; 2] si, por el contrario, están en contra de los *turcos*, es decir, si reivindican a cualquier costo la anexión de algunos servios y búlgaros que todavía son turcos, entonces ellos hacen, consciente o inconscientemente, el juego a Rusia y nosotros no podemos seguirlos [. . .]; 3] una vez que estalle la revolución en Rusia, esos señores podrán hacer lo que consideren más conveniente." La articulación de esta carta no requiere ningún comentario. Señala, entre otras cosas, la distinción clara realizada por Marx y Engels en los años sesenta entre la Rusia zarista como baluarte de la reacción y una Rusia posrevolucionaria que invertirá las relaciones de fuerza a escala mundial y llevará a una modificación fundamental de la estrategia. En su importante artículo de 1890, *La política exterior del zarismo ruso*, Engels desarrolla esta idea y traza un marco lírico de los cambios que tendrán lugar en la situación de las nacionalidades: Austria, "este complejo de pueblos reunidos a granel", perderá "su única justificación histórica, la de la barrera contra la avanzada rusa sobre Constantinopla", mientras que la conservación del Imperio otomano como fortaleza en los márgenes del Mar Muerto ya no tendrá razón de ser. En ese entonces, las grandes entidades multinacionales se verán condenadas a salir a escena: "los magiares, los rumenos, los servios, los búlgaros, los arnautas, los griegos, y los turcos estarán finalmente en posibilidad de controlar sus controversias sin la intromisión de una potencia extranjera, de delimitar sus territorios nacionales, de ordenar sus asuntos internos de acuerdo con sus deseos. Se podrá ver inmediatamente que el mayor obstáculo para la autonomía y la libre reagrupación de los pueblos y de las ruinas de pueblos entre los Cárpatos y el mar Egeo no es otra cosa que el mismo zarismo que había tomado en préstamo la liberación de esos pueblos para disimular sus planes de dominación mundial." Así, en la nueva situación internacional creada por la revolución rusa, quedarán modificados los elementos del problema de las naciones "históricas" y "sin historia". Desde entonces se admite la posibilidad de que también los "fragmentos de pueblos" puedan, "si se juzga oportuno", una vez eliminado el obstáculo del zarismo, volver a formar parte de la historia.[68] Aparentemente, Engels

[67] Carta de Engels a Jon Nadejde, del 4 de enero de 1888 (MEW, t. 37, p. 5). Esta extensa carta escrita originalmente en francés apareció sin que Engels lo supiera en la revista *Contemporanul*, núm. 6, 1888. En las MEW esta carta está traducida de la versión rumana. El borrador original se conserva en IISG, Amsterdam, *Marx-Engels Nachlass*.

[68] Carta de Engels a Bernstein del 9 de octubre de 1886, en *Eduard Bernstein Briefwechsel*, cit., p. 344; véase Engels, *Die auswärtige Politik des russischen Zarentums*, t. 22, p. 46. [En edic. esp. citada, véase p. 189.]

sostiene posiciones contradictorias, o las modifica de acuerdo a la coyuntura. En realidad, plantea una problemática nueva, pero sin profundizarla. Que volverá a ser tomada en consideración y desarrollada a nivel teórico en 1907 en la obra de Bauer, *La socialdemocracia y la problemática de las nacionalidades*, una de cuyas tesis principales —la menos combatida por sus censores ortodoxos— es la de la transformación de las naciones sin historia en naciones históricas.

V

A partir de estas premisas fundamentales, la posición de Marx y Engels conoce oscilaciones y modificaciones en relación al cambio de los elementos y del contexto relativos a una cuestión capital: ¿cómo unificar la revolución proletaria y la lucha nacional en los países en los que el movimiento obrero se ha consolidado como movimiento autónomo, en los que la clase trabajadora en sí se ha convertido en clase para sí?

Hasta mediados de la década de los sesenta, las perspectivas de los cuarenta son las que definen su horizonte, aun cuando en el contexto de la reacción que se establece después de la revolución Marx sostiene, impulsado por el comportamiento de la burguesía: "Ni los húngaros, ni los polacos, ni los italianos deben ser libres, mientras el trabajador siga siendo esclavo."[69] La unidad y la independencia de las grandes naciones históricas sigue siendo uno de los objetivos esenciales, aun cuando los movimientos nacionales no hayan sabido unir la causa nacional con la de la democracia y con la de las transformaciones sociales, abandonada por la burguesía. Le corresponde al movimiento obrero llevar a cabo la realización global de estos objetivos, no sólo para crear las condiciones objetivas del progreso social a largo plazo, sino también por el interés inmediato de su propio desarrollo.[70]

El crecimiento del movimiento obrero internacional en los años sesenta, que culmina con la creación de la AIT, añade a las certezas lineales interrogantes complejas, en la medida en que la problemática de la relación entre la lucha de clases y la lucha nacional se establece en términos más concretos. Un presentimiento, una intuición —más que la lucidez— dejan entrever a Marx el peso que la cuestión nacional habría ejercido sobre el movimiento obrero. En el ardor de la polémica del congreso de la AIT de Ginebra en 1866, exclama: "El movimiento obrero se verá interrumpido continuamente, dejado a un lado, mientras no se resuelva la gran problemática europea."[71] La problemática nacional, mantenida en espera, es

[69] Véase sobre este tema, E. Molnar, *op. cit.*

[70] Su actitud ante el problema de la unidad alemana es elocuente a este propósito. Una buena exposición de su posición y de la de la joven socialdemocracia alemana es la que da Hans-Josef Steinberg, "Sozialismus, Internationalismus und Rechgründung", en *Reichgründung 1870-1871*, dirigido por Theodor Schieder y Ernest Deurlein, pp. 319-344.

[71] El texto original inglés está en Rjasanov, *art. cit.*, p. 220.

considerada desde entonces como una doble hipoteca que hay que eliminar a nivel interno y externo para permitir que el movimiento obrero reciba definitivamente la luz verde. Al principio la lucha por objetivos nacionales produce el nacionalismo, que cubre y disimula los conflictos de clase y sustituye la solidaridad de clase con el egoísmo nacional. En seguida, Marx constata en 1875 en el ejemplo de Polonia, "En la medida en que un pueblo vital se ve atacado por un conquistador externo, utiliza obligatoriamente todas sus fuerzas, todos sus esfuerzos, toda su energía contra el enemigo externo; su vida interna se paraliza y es incapaz de trabajar por su emancipación social."[72]

Además, esta hipoteca grava también al proletariado de las naciones dominantes. Así, la restauración de Polonia es una necesidad para los alemanes y para los rusos, porque "la potencia que necesita un pueblo para oprimir a otro se vuelve en fin de cuentas contra sí mismo",[73] repite Engels en 1874 cuando el movimiento obrero de Alemania logró consolidarse, y cuando se consideraba la aparición del movimiento revolucionario de Rusia como un síntoma de una revolución inminente.

El caso irlandés fue el que dio todo su significado al principio sostenido desde antes de 1848, según el cual "un pueblo que oprime a otro no puede liberarse a sí mismo", y, desde este punto de vista, Engels habló de la "desgracia que constituye para un pueblo el hecho de sojuzgar a otro".[74] A partir de 1867, Marx y Engels advierten que el movimiento obrero inglés, el más avanzado del mundo, ya sea como realidad social ya sea como movimiento organizado estaba atado a la hipoteca irlandesa. Desde entonces se concibe "la emancipación nacional de Irlanda" como "la primera condición para su propia emancipación social (la de los trabajadores ingleses)".[75]

[72] MEW, t. 16, p. 574.

[73] Rjasanov, *art. cit.*, p. 202.

[74] La compilación más completa de los escritos de Marx y Engels sobre Irlanda apareció recientemente en Moscú, con un prefacio de L. I. Golman que contiene sobre todo el inventario de todos los manuscritos y las notas de Marx y Engels a este respecto, contenidos en los archivos soviéticos (Marx, Engels, *Ireland and the Irish Question*, Moscú, 1971). Un estudio pionero sobre Marx y la problemática irlandesa fue publicado por A. Winitzer, "Marx und die irische Frage", *Archiv Für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, X (1922), pp. 49-53, no exento de errores, sobre todo en cuanto a las fechas de los arrestos de los fenianos y en cuanto a las reservas de Marx hacia el movimiento. El problema lo trata en forma detallada pero no lineal el historiador soviético Golman, *Die irische Frage in der I. Internationale und der Kampf von Marx und Engels für die Prinzipien des proletarischen Internationalismus*, en *Aus der Geschichte des Kampfes von Marx und Engels für die proletarische Partei. Eine Sammlung von Arbeiten*, Berlín, 1961, pp. 460-544. Para otro tipo de orientación, véase el reciente y estimulante estudio de R. Lebrero, "Imperialismo e rivoluzione in Marx. La questione irlandese", *Classe*, 1972, pp. 71-112. |En español, véase Marx y Engels, *Imperio y colonia*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 72, México, 1979.|

[75] Carta de Marx a Siegfried Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1970 en MEW, t. 32, p. 669.

La situación irlandesa es significativa dentro de la reflexión de Marx sobre la problemática nacional. Permite plantear problemas nuevos y establecer los primeros puntos de referencia para poder abordar en una forma novedosa la cuestión de las relaciones entre la lucha de clase y la lucha nacional. Para Marx, que vive en Inglaterra, el *embrollo* irlandés es una cuestión sentida, especialmente familiar en los años sesenta.[76] Claro, esta cuestión figura ya en sus escritos anteriores a 1848 pero dentro de una perspectiva tradicional. Por entonces, el punto de vista era el mismo que en el caso polaco, y el análisis estaba cortado con el mismo molde, aun cuando se tomaban en cuenta distintos contextos. Las semejanzas estaban en la estructura económica de los dos países, que requerían una revolución de tipo agrario, y en el punto focal de su liberación. Inglaterra, en la que el vigoroso antagonismo entre burgueses y proletarios servía de base a la convicción de Marx de que "la victoria del proletariado sobre la burguesía es, por consiguiente, también la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas".[77] Marx y Engels continúan siguiendo los acontecimientos de Irlanda y sobre todo el nacimiento, en 1858, de un movimiento nacional revolucionario irlandés, el "fenianismo" ("Irish Republican Brotherhood") y su desarrollo después de la guerra civil americana, sin asignarle, por otra parte, un significado particular. La intervención de la AIT en febrero de 1866 para protestar contra la represión agudizada de que eran víctimas los dirigentes fenianos por parte del gobierno británico seguía considerándose en general con simpatía. Durante el año siguiente, marcado por una intensificación en la actividad tanto insurgente como terrorista del movimiento feniano, esta batalla adquirió un papel cada vez más importante en las preocupaciones de la Internacional. A pesar de su aversión contra el terrorismo, Marx se adhiere a esta solidaridad porque considera que el fenianismo "se caracteriza por su tendencia socialista (en forma negativa, ya que se opone directamente a la apropiación del suelo) y por ser un movimiento de los estratos inferiores".[78] En el otoño de 1867, la virulencia del abceso irlandés, "el gran crimen que dura varios siglos", producirá un cambio en la actitud de Marx y Engels, una concientización acerca del alcance fundamental de la problemática irlandesa dentro de la perspectiva del movimiento obrero inglés y de la revolución europea. De pronto, y contra todo lo previsto, fueron condenados a muerte en ese entonces cua-

[76] Este problema fue introducido en la vida cotidiana de Marx y Engels por las hijas de Marx, Tussy (Eleanor) y Jenny, muy comprometidas con la liberación de Irlanda, y por la compañera de Engels, Lizzie Burns, de origen irlandés.

[77] Discurso de Marx con ocasión de la conmemoración del levantamiento polaco en 1830, organizada el 29 de noviembre de 1847 por los "Fraternal Democrats", cit. por Rjasanov, art. cit., p. 179.

[78] "Interventions de Karl Marx au Conseil Général de l'Internationale", 30 de noviembre de 1867, *Cahiers de l'ISEA*, 1964, núm. 152, p. 52. Engels consideró, ulteriormente, que "los fenianos se dejaron arrastrar cada vez más hacia una especie de bakuninismo". (Carta de Engels a Bernstein del 26 de agosto de 1882, en *Eduard Bernstein Briefwechsel*, cit., p. 106.)

tro revolucionarios irlandeses por el gobierno liberal de Gladstone, que no respetaba las promesas electorales que habían contribuido a llevarlo al poder. Una oleada de indignación desencadenó un movimiento de solidaridad en la clase trabajadora. Marx, sensibilizado por el contexto en el que estaba inmerso, se vio impulsado a plantear la cuestión desde un ángulo básicamente distinto. Este desplazamiento se realiza en base a la comprensión del callejón sin salida en que había entrado el movimiento obrero inglés a causa de la hipoteca irlandesa: la emancipación forzada de los trabajadores irlandeses provocada por la ruina de la economía doméstica los convierte en una mano de obra barata que hace la competencia a los trabajadores ingleses y suscita por consiguiente su hostilidad. Así, la clase trabajadora de Inglaterra se encuentra dividida, y en lugar de presentar un frente unido contra la burguesía inglesa junto con los trabajadores irlandeses, la clase obrera inglesa se pone de parte de su burguesía contra Irlanda. Por otra parte, el ejército mantenido por Inglaterra so pretexto de mantener el orden en Irlanda representa un instrumento formidable de represión, movilizado continuamente, que puede ser utilizado contra la lucha por la emancipación social de los trabajadores ingleses.[79]

Este análisis modifica el modo en que Marx plantea el problema y su argumentación, y, por consiguiente, modifica sus posiciones anteriores: deja de ver con simpatía la problemática irlandesa, deja de tener una actitud humanitaria hacia ella; la plantea más bien como una política por realizar, como una reivindicación esencial "basada en el interés del proletariado inglés". Dos años más tarde, en 1869, expone su propia forma de pensar a Kugelmann: "Cada vez estoy más convencido —y ahora se trata también de inculcarlo a la clase trabajadora inglesa— de que aquí en Inglaterra esta clase trabajadora nunca podrá hacer nada decisivo mientras no separe su política respecto a Irlanda en una forma categórica de la política de las clases dominantes, mientras no sólo haga una causa común con los irlandeses, sino tome la iniciativa de romper con la unión fundada en 1801 y la sustituya con una relación federal libre [...] De no ser así, el pueblo inglés seguirá atado a las clases dominantes porque tendrá que hacer causa común con ellas ante Irlanda. Cada uno de sus movimientos dentro de la misma Inglaterra quedarán paralizados por la disidencia con los irlandeses que en Inglaterra misma forman una clase muy considerable dentro de la clase trabajadora".[80] La realidad irlandesa fue sometida a un profundo estudio sobre todo por parte de Engels, que pensó también escribir una historia de Irlanda y conquistó la reputación de especialista en la cuestión.[81] El análisis de la lucha de los *oppressed Irish* contra sus *oppressors* les permitió a Marx y a Engels plantear en términos completamente nue-

[79] K. Marx, J. Marx, F. Engels, *Cartas a Kugelmann*, Barcelona, 1974, pp. 156-159, y Marx, *Konfidentielle Mitteilung*, MEW, t. 16, pp. 416-417.

[80] Carta de Marx a Kugelmann del 29 de noviembre de 1869, en *op. cit.*, pp. 94-95.

[81] Engels había emprendido amplias investigaciones para escribir una historia de Irlanda. Se redactaron sólo los primeros capítulos porque la guerra francoprusiana y la Comuna los interrumpieron (véase MEW, t. 16, pp. 459-502).

vos la relación entre el movimiento nacional y el movimiento obrero. Puestos en confrontación con una situación inédita, aportan una corrección a sus posiciones anteriores y delinean un boceto de solución teórica, introduciendo, sobre todo desde una nueva perspectiva, un término anticipador ya existente en sus obras juveniles, implícito en los escritos sobre Polonia, el de naciones dominantes (herrschaft) y de naciones oprimidas (Underdrückung). Aisladamente, estos conceptos son utilizados ampliamente en ese período y no sólo por parte de los marxistas. Así Odger, el representante de las Trade Unions, declara en el Consejo general de la AIT: "Debemos sostener a Polonia; para nosotros ella es el prototipo de las naciones oprimidas."[82] Lo que constituye una novedad para Marx es la utilización que les da en el caso irlandés, y el hecho de que une los dos conceptos en una pareja orgánica en cuya base se encuentran las relaciones entre dominadores y dominados, el carácter de las contradicciones y el tipo de relaciones establecido entre sus fuerzas activas. Desde este punto de vista, el concepto de naciones oprimidas no es ni antinómico ni dicotómico en relación con el de naciones necesarias que designa a las grandes naciones históricas. El acento se pone en las potencialidades del movimiento nacional de las naciones oprimidas, que no necesariamente son naciones históricas para el movimiento obrero o para las fuerzas revolucionarias de las naciones dominantes. Por su radicalismo a veces nacional y social, la lucha de las naciones oprimidas, o también "subdesarrolladas" —el caso de Irlanda se considera también como un hecho colonial—, puede hacer las veces de un detonador para la lucha de la clase trabajadora, del movimiento obrero de la nación dominante. De aquí que para Irlanda y para Inglaterra se dé una inversión de prioridades: ya no es la revolución social la que resuelve el problema nacional, sino la liberación de la nación oprimida la que constituye una premisa para la emancipación social de la clase trabajadora. "Por mucho tiempo creí que era posible abatir al régimen irlandés mediante la *ascendancy* de la *English working class* escribe Marx en 1869— [. . .] Un estudio más profundo me ha convencido ahora de lo contrario. La *working class* inglesa nunca hará nada *before it has got rid of Ireland.* Se debe hacer palanca desde Irlanda."[83] Marx sostiene un programa de tres puntos: "1] autogobierno o independencia de Inglaterra; 2] revolución agraria [. . .]; 3] protección aduanal contra Inglaterra."[84] El lazo de unión necesario entre los dos factores —nacional y social— produce relaciones políticas completamente distintas, basadas en una alianza estratégica entre las dos fuerzas, el movimiento nacional y el movimiento obrero. La lucha de clase y la lucha nacional resultan complementarias y unidas, sin confundirse ni traslaparse.

En esta alianza, ¿qué debe hacer la clase trabajadora de las naciones dominantes? Si es necesario, el proletario inglés debe sostener totalmente

[82] Cit. por Rubel, *art. cit.*, pp. 70-71.

[83] Carta de Marx a Engels del 10 de diciembre de 1869, MEW, t. 31, pp. 414-415.

[84] Carta de Marx a Engels, del 30 de noviembre de 1867, MEW, t.31, p. 400.

las reivindicaciones nacionales de los irlandeses, intervenir en favor de los fenianos perseguidos, reclamar la abolición de la *Union Act* de 1801, lo que equivale a exigir el derecho a la autodeterminación. En este punto, la posición de Marx experimentará en 1867 un cambio considerable en función de su análisis global. El derecho a la autodeterminación y a la independencia se convierten en el objetivo inmediato. Sólo cuando se haya alcanzado este objetivo podrán examinarse las nuevas relaciones que habrá que establecer con Inglaterra. Marx se muestra indeciso sobre el carácter de los nexos federales que está considerando, y opta unas veces por la confederación y otras veces, aunque con reticencia, por la federación.

A través de las manifestaciones concretas de solidaridad y de apoyo debía abrirse camino la conciencia de la importancia del problema irlandés, la necesidad que tenía el proletariado inglés de "abandonar sus prejuicios contra los irlandeses" para poner término en esa forma a la discriminación y a las divisiones nacionales en el seno de la clase trabajadora. Paciente y sistemáticamente, Marx se esfuerza por que su análisis se traduzca en praxis, y busca, a través del consejo general de la AIT, la forma de influir en el movimiento obrero inglés, de vencer la resistencia de las potentes Trade Unions y de convencer a los trabajadores ingleses de que la emancipación nacional de Irlanda es la primera condición para su emancipación social. Vuelve continuamente a la carga, y logra que en noviembre de 1869 se adopte una resolución fundamental sobre la "amnistía (de los fenianos) que debe servir para introducir otras resoluciones que manifiesten que, excepción hecha de cualquier equidad internacional, la condición de la emancipación de la clase trabajadora inglesa, si es posible, consiste en la transformación de la unión forzada existente —o sea del sometimiento de Irlanda— en una confederación igualitaria y libre, o, si es necesario, en la reivindicación de una separación completa."[85]

En 1869, la solución de la problemática irlandesa se convierte para Marx en "la clave de la solución de la problemática inglesa, de la problemática europea". Está convencido, por otra parte, de que todas las premisas ya están reunidas; Engels comunica a Kugelmann con entusiasmo: "[. . .] la constitución de un partido revolucionario progresa rápidamente y al mismo tiempo se desarrolla una situación revolucionaria [. . .] En este asunto, además, los irlandeses representan un fermento totalmente excepcional y los proletarios londinenses toman partido cada vez más por los fenianos."[86]

85 Carta de Marx a Engels del 2 de noviembre de 1867, MEW, t. 31, p. 376. Marx está plenamente consciente de las dificultades que se presentan para dar a conocer y conseguir que se admita la posición del Consejo general, porque el diario *Bee Hive*, semanario de las "Trade Unions", declarado órgano de la Internacional, no sólo se rehusa a publicar las resoluciones, sino que mantiene en silencio el hecho mismo de que el Consejo general discuta la problemática irlandesa. Por esto, el Consejo general manda imprimir las resoluciones independientemente y las envía directamente a todas las uniones. Véase también la comunicación confidencial en MEW, t. 16, p. 417.

86 Cartas de Engels a Kugelmann, 8 y 20 de noviembre de 1867, MEW, t. 31, p. 568.

Sus esperanzas y sus espectativas no se basan sólo en la coyuntura. Parte del análisis de los cambios que se han dado en los últimos decenios, y, sobre todo después de 1846, cuando "el contenido económico y la finalidad política de la dominación inglesa en Irlanda habían entrado también en una etapa completamente nueva" a consecuencia de la destrucción de la industria irlandesa, de la transformación de los campos en pastizales, de la supresión de la propiedad en Irlanda, producidas por la *Union Act*.[87] En una comunicación confidencial de la Internacional, y posteriormente en un comentario destinado a los socialistas americanos, Marx expresa claramente los razonamientos y los cálculos estratégicos que se derivan de este análisis: "Inglaterra, en cuanto metrópoli del capital, en cuanto potencia mundial que domina hasta el presente el mercado, es por el momento el país más importante para la revolución obrera, además es el *único* país en que las condiciones materiales de esta revolución han alcanzado cierto grado de madurez." Por consiguiente, "si Inglaterra es el *bulwark* (baluarte) del landlordismo y del capitalismo europeos, el único punto en que se puede intentar un golpe decisivo en contra de la Inglaterra oficial es Irlanda".[88] El razonamiento de Marx gira alrededor de dos puntos: 1] Irlanda es el baluarte de la propiedad inmobiliaria, del landlordismo inglés. Ésta es la ciudadela que hay que atacar para que se derrumbe el landlordismo en Inglaterra. "Siempre he estado convencido de que la revolución social debe comenzar *seriamente* desde la base, es decir, partiendo de la propiedad inmobiliaria." 2] La pérdida de Irlanda provocaría la caída del imperio británico y "la lucha de clase en Inglaterra, hasta ahora adormecida y perezosa, tomaría formas vigorosas".[89] Para influir en los acontecimientos y hacer que se adopte su estrategia, Marx toma como lugar de Palestra el Consejo General de la AIT. Interviene vigorosamente para que el programa de la Internacional respecto a la problemática irlandesa forme parte del orden del día. El potente eco de los lemas irlandeses, que se coloca en el primer lugar de la vida política y de la lucha social de Inglaterra, facilita sus designios. El consejo general es conquistado para su estrategia, que él expone en la circular confidencial del 1 de enero de 1870: "La posición de la Asociación Internacional frente a la problemática irlandesa es muy clara. Su primera necesidad consiste en incitar a la revolución social en Inglaterra. Para esto, hay que descargar el golpe decisivo en Irlanda [. . .] (y) explotar en todas las formas posibles la lucha económico-nacional de los irlandeses" (esta última frase fue omitida por Marx en el texto definitivo de la comunicación).[90]

87 Carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867, MEW, t. 31, p. 399.

88 Carta de Marx a Siegfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870, MEW, t. 32, p. 669, y la comunicación confidencial, MEW, t. 16, pp. 416-417.

89 Carta de Marx a Kugelmann del 6 de abril de 1868; MEW, t. 32, p. 543. Carta de Marx a Paul y Laura Lafargue del 5 de marzo de 1870, MEW, t. 32, p. 656.

90 En el texto ruso de las minutas (publicadas originalmente en inglés con el título de *The General Council of the First International*, Minutes

En la reflexión de Marx sobre la problemática nacional, Irlanda constituye una circunstancia importante pero de breve duración. La estrategia basada en la inminencia de la revolución en Inglaterra no ha pasado de ser un simple proyecto. Los acontecimientos desmintieron las expectativas, mientras las perspectivas y la esperanza de una revolución cercana seguían en pie. Pero la guerra franco-prusiana desplazó el centro de gravedad hacia el continente. La nueva situación emanada de la Comuna de París hizo necesario un cambio en la estrategia y llevó al desplazamiento del punto focal de la revolución hacia Alemania.

Las posiciones de principio formuladas a propósito de la relación entre las naciones dominantes y las naciones oprimidas no se someten todavía a una revisión, en tanto no se modifique la valoración de la problemática irlandesa, aun cuando ésta no pueda ya cumplir con el papel de catalizador en una revolución europea, aun cuando las posibilidades de éxito de una revuelta irlandesa se hayan esfumado: "Sin una guerra o el peligro de una guerra externa —escribe Engels en 1882—, el movimiento irlandés no tiene la menor posibilidad de éxito [. . .] no les queda a los irlandeses otro camino que el constitucional de ir conquistando una posición otra. Sin embargo, el doble fondo misterioso de una conspiración armada feniana puede seguir siendo un elemento muy eficaz."[91]

La hipoteca irlandesa, "enfermedad crónica de Inglaterra", sigue pesando en el destino del movimiento obrero inglés: "No creo que se pueda pensar aquí en una actividad seria de la socialdemocracia mientras siga en pie el problema irlandés", afirma Kautsky, en ocasión de una visita a Londres en 1887.[92] El problema que menciona es el mismo que el de la época de Marx, ya que la clase proletaria está dividida todavía en dos campos enemigos: proletarios irlandeses, por una parte y proletarios ingleses, por la otra. Los privilegios materiales, la conciencia de la superioridad de los proletarios de las naciones dominantes siguen en pie, y los prejuicios en contra de los irlandeses siguen vivos.

Dejando a un lado los principios y las modificaciones que intervinie-

(Moscú 1964), "explotar" se traduce como "contribuir". Marx aconsejó además a su hija Jenny, cuando ella redactó, bajo el seudónimo de Jenny Williams, ocho artículos sobre las persecusiones de los fenianos, que aparecieron en la *Marseillaise* de Rochefort, en la primavera de 1870 (véase MEW, t. 16, pp. 579-601). Marx pensaba de hecho que las revelaciones sobre el problema irlandés podían repercutir eficazmente en Inglaterra a través de Francia (véase la cit. carta a Meyer y Vogt).

[91] Carta de Engels a Bernstein del 26 de junio de 1882, en *Eduard Bernstein Briewechsel*, cit., p. 106, publicada en extractos en *Socialdemokrat*, órgano del Partido socialdemócrata alemán. Bernstein se adhirió a la última argumentación de Engels y respondió: "He tenido que convenir con otra valoración de la acción feniana, y sobre el bakuninismo que en la situación irlandesa no me parece muy condenable que digamos." Carta de Bernstein a Engels del 7 de julio de 1882, *ibid.*, p. 109.

[92] Kautsky a Victor Adler, 15 de marzo de 1887, en *Victor Adler Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, dirigido por Friedrich Adler, Viena, 1954, p. 29.

ron en la coyuntura, Engels confirma, en 1882, la posición del socialismo internacional sobre el problema: "*Dos* naciones en Europa tienen no sólo el derecho sino la obligación de ser nacionales antes de ser internacionales: los irlandeses y los polacos. Una vez que logren ser nacionales serán también mejores internacionalistas."[93]

El caso irlandés, que introduce una temática nueva y marca una evolución importante en el pensamiento de Marx y Engels, no constituye, como a menudo se ha sostenido, un vuelco en la visión de conjunto de la problemática nacional. Más que de una circunstancia evolutiva de la reflexión de Marx, se trata de una prueba de fuego distinta dictada por una situación precisa a través de la cual Marx le atribuye al movimiento nacional funciones nuevas. La acción es la que tiene la primacía en la investigación; lo teórico se rige por la preocupación de lo concreto, por un estudio político en relación directa con la coyuntura. En el caso irlandés, como en todas las situaciones planteadas, existe una renuencia por generalizar, por construir modelos y por integrar, sin reservas, la dinámica nacional en la teoría de la revolución. El análisis de las situaciones concretas, el estudio de caso por caso, es lo que define la actitud táctica, mientras que las posiciones teóricas se modifican, por esto mismo, en base a datos inéditos surgidos en el proceso histórico. El pensamiento posmarxista, no obstante la metamorfosis considerable que ha sufrido, seguirá el mismo camino. "En la discusión y ante la necesidad de definir una actitud y de adoptar una estrategia"[94] los intentos de conceptualización se han unificado, y las soluciones apenas señaladas por los fundadores —de las que se han dado cuenta los discípulos más tarde y en forma fragmentaria—, se han modificado y desarrollado, conservado o adaptado.

[93] Carta de Engels a Kautsky del 7 de febrero de 1882, en *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, cit., p. 51.

[94] Observaciones de Elie Lobel en "Le domaine national", *Partisans*, núms. 59-60, 1971, p. 3.

KARL MARX
FRIEDRICH ENGELS

LA CUESTION NACIONAL Y LA FORMACION DE LOS ESTADOS

FRIEDRICH ENGELS

EL DEBATE SOBRE POLONIA EN FRANCFORT

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 70 del 9 de agosto de 1848]

Colonia, 7 de agosto. La Asamblea de Francfort,[1] cuyos debates jamás perdieron el carácter de una amenidad genuinamente alemana ni siquiera en los momentos de mayor excitación, por fin se soliviantó con la cuestión de Posen. Aquí, donde los *shrapnels* prusianos y las obedientes resoluciones de la Dieta le habían preparado el ambiente, aquí debió adoptar una resolución decisiva; aquí no era posible ninguna mediación; debía salvar el honor de Alemania o mancharlo otra vez. La asamblea correspondió a nuestras expectativas: sancionó las siete particiones de Polonia[2] y, de los hombros de los príncipes alemanes, echó sobre sus propios hombros la ignominia de 1772, 1794 y 1815.

¡Más aún! La Asamblea de Francfort declaró que las siete particiones de Polonia eran otros tantos beneficios prodigados a los polacos. ¿Acaso la penetración violenta de la raza judeo-germana no ha empinado a Polonia a un nivel cultural y a un grado científico de los que antes el país no tenía

[1] En la Asamblea nacional de Francfort, tras diversas disposiciones, tomadas en los diferentes territorios alemanes, fueron elegidos 589 diputados; el 18 de mayo de 1848, 384 diputados se reunieron para inaugurarla solemnemente en la iglesia de San Pablo. Entre los diputados había 122 funcionarios administrativos, 95 funcionarios judiciales,103 letrados, 81 abogados, 21 clérigos, 17 industriales y comerciantes, 15 médicos, 12 oficiales, 40 hacendados, pero ningún obrero ni pequeño campesino.

En sus artículos sobre los debates de la Asamblea nacional de Francfort, Marx y Engels hicieron uso de los informes estenográficos que más tarde aparecieron en volumen suelto: *Stenographischer Bericht über die Verhandlungen der deutschen constituirenden Nationalversammlung zu Frankfurt am Main* [Informe estenográfico sobre los debates de la Asamblea nacional constituyente alemana en Francfort del Meno], editado en vista de la resolución de la Asamblea nacional por la comisión de redacción y por mandato de ésta, por Franz Wigard, vols. 1-9, Francfort del Meno y Leipzig, 1848-1849.

[2] Se alude a las tres particiones de Polonia de los años 1772, 1792-1793 y 1794-1795; a la creación del gran ducado de Polonia por Napoleón en 1807; luego a las resoluciones del Congreso de Viena de 1814-1815; a la anexión del estado libre de Cracovia por Austria en 1846 y a la incorporación de la parte restante del gran ducado de Posen por Prusia en 1848, que se cumplió en cuatro etapas (14 y 22 de abril, 2 de mayo y 4 de junio) y fue sancionada por la Dieta y la Asamblea nacional de Francfort.

ningún barrunto? ¡Obcecados e ingratos polacos! ¡Si no los hubieran partido, ustedes mismos deberían solicitar en la Asamblea de Francfort la gracia de ser partidos!

El párroco Bonavita Blank, del convento del Paraíso, en Schaffhausen, enseñó a urracas y tordos a ir y venir volando hacia él. Les había cortado la mitad inferior del pico para que no pudiesen buscar por sí mismos su pitanza sino sólo recibirla de su mano. Los filisteos, que veían de lejos volar los pájaros a los hombros del reverendo y tener trato de confianza con él, admiraban su elevada cultura y ciencia. Los pájaros, dice su biógrafo, lo *amaban como a su benefactor.*[3]

¡Y los polacos aherrojados, mutilados, marcados a fuego, no quieren amar a sus benefactores prusianos!

No podemos pintar mejor los beneficios acordados a los polacos por la prusianidad que abordando el informe del comité jurídico internacional del docto historiógrafo señor Stenzel, informe que, como texto, da fundamento al debate.[4]

Primeramente, muy en el estilo de las actas diplomáticas más corrientes, el informe cuenta el surgimiento del gran ducado de Posen en 1815 por "incorporación" y "ensamblamiento". Luego siguen las promesas hechas al mismo tiempo a los posenses por Federico Guillermo III: mantenimiento de la nacionalidad, la lengua y la religión; implantación de un administrador nativo; participación en la famosa constitución prusiana.[5]

Se sabe qué se mantuvo de esas promesas. Naturalmente que la libertad de circulación entre las tres Fracciones de Polonia, que el Congreso de Viena[6] pudo resolver con tanta mayor tranquilidad cuanto más impracticable era, jamás entró en vigor.

Ahora viene la relación demográfica. El señor Stenzel saca la cuenta de que en 1843 habitaban el gran ducado 790 000 polacos, 420 000 alemanes y casi 80 000 judíos: casi 1 300 000 habitantes en conjunto.

[3] *Los pájaros lo querían como a su benefactor.*—[F. G. Benkert] *Joseph Bonavita Blank's. . . kurze Lebensbeschreibung* [Breve biografía de J. B. Blank], Würzburg, 1819.

[4] El informe de Stenzel en nombre del comité jurídico internacional de la Asamblea nacional de Francfort, "concerniente a la incorporación de una parte del gran ducado de Posen a la Confederación germánica", fue dado el 24 de julio de 1848 y está reproducido con el debate anexo en el *Stenographischer Bericht über die Verhandlungen der deutschen constituirenden Nationalversammlung zu Frankfurt am Main,* vol. 2, Leipzig, 1848.

[5] Con la constitución prusiana Engels alude a las reiteradas promesas del rey Federico Guillermo III de introducir en Prusia una constitución de los estados.

[6] En el Congreso de Viena (18 de setiembre de 1814 hasta el 9 de junio de 1815) se reunieron los vencedores de Napoleón I para enriquecerse a costa de Francia. La meta del Congreso era la restauración del sistema feudal-reaccionario existente antes de la Revolución francesa, y de las fronteras de Francia previas a 1792. Inglaterra obtuvo todas las colonias francesas. La fragmentación de Alemania y de Italia, la partición de Polonia y el sojuzgamiento de Hungría fueron mantenidos en pie.

A la aseveración del señor Stenzel se oponen las aseveraciones polacas: entre otras, las del arzobispo Przyluski,[7] según las cuales en Posen viven mucho más de 800 000 polacos y, previa deducción de judíos, funcionarios y soldados, apenas 250 000 alemanes.

Pero quedémosnos con la aseveración del señor Stenzel, que basta completamente para nuestros fines. Convengamos, para ahorrarnos todo debate ulterior, en que habitan Posen 420 000 alemanes. ¿Quiénes son estos alemanes que llegan a medio millón si se les incluye los judíos?

Los eslavos son un pueblo preponderantemente agricultor, poco hábil para ejercer los oficios urbanos que hasta ahora fueron posibles en los países eslavos. La circulación comercial en su primer y más tosco grado, cuando todavía era mero cambalacheo, se dejó a los judíos que iban casa por casa. Cuando se multiplicaron la cultura y la población, cuando se hizo sentir la necesidad de oficios urbanos y de concentración urbana, los *alemanes* marcharon a los países eslavos. Los alemanes, que en general alcanzaron su florecimiento supremo en el pequeñoburguesismo de las ciudades imperiales medievales, en el indolente comercio interior de caravanas y el restringido comercio marítimo, y en el artesanado agremiado de los siglos XIV y XV, los alemanes demostraron su vocación de convertirse en los *Pfahlbürger*[8] de la historia mundial, sobre todo debido a que hasta el día de hoy constituyen el núcleo de la pequeña burguesía de toda Europa oriental y septentrional y, en rigor, de Norteamérica. En Petersburgo, Moscú, Varsovia y Cracovia; en Estocolmo y Copenhague; en Pest, Odesa y Jassy; en Nueva York y Filadelfia, los artesanos, tenderos y pequeños intermediarios son en gran parte, y a menudo en la mayor parte de los casos, alemanes o de origen alemán. En todas esas ciudades hay barrios donde se habla exclusivamente alemán; ciudades aisladas, como Pest, hasta son casi totalmente alemanas.

Esa inmigración alemana, sobre todo a los países eslavos, se operó casi ininterrumpidamente a partir de los siglos XII y XIII. Desde la Reforma, además, masas enteras de alemanes fueron empujadas de tiempo en tiempo a Polonia por obra de la persecución de las sectas, y allí las recibieron con los brazos abiertos. En otros países eslavos, como Bohemia, Moravia, etcétera, la población eslava fue diezmada por las guerras de conquista de los alemanes y la población alemana se multiplicó gracias a las invasiones.

Precisamente en Polonia, la situación es de lo más clara. Los pequeños-

[7] La correspondencia del arzobispo Przyluski de Posen con el gabinete berlinés está reproducida en [Brodowski, Kraszewski, Potworowski] *Zur Beurtheilung der polnischen Frage in Grossherzogthum Posen im Jahre 1848* [Para una apreciación de la cuestión polaca en el gran ducado de Posen en 1848], Berlín, [1848].

[8] Pfahlbürger: en la Edad media, habitantes que vivían fuera de los mojones que delimitaban el ejido urbano y a quienes la ciudad les confería el derecho de ciudadanía (las más de las veces para aumentar su fuerza defensiva). En sentido figurado, se aplica a los representantes de la ciudadanía provenientes del campo y que no están en el nivel espiritual de los sectores avanzados de la burguesía.

burgueses alemanes, que allí se domicilian hace siglos, contaron y cuentan políticamente tan poco para Alemania como los alemanes de Norteamérica o como la "colonia francesa" de Berlín o los 15.000 franceses de Montevideo para Francia. Hasta donde fue posible en las descentralizadas épocas de los siglos XVII y XVIII, se convirtieron en polacos, en polacos germanoparlantes, y hace rato que habían renunciado completamente a toda conexión con la madrepatria.

¡Pero llevaron cultura, educación y ciencia, comercio e industria a Polonia! Claro: aportaron el comercio minorista y las artesanias agremiadas, y con su consumo y la restringida circulación que instauraron elevaron en alguna medida la producción. Pero hasta 1772 aún no se oyó hablar mucho de una gran educación y ciencia en toda Polonia, ni tampoco en las Polonias austríaca y rusa a partir de entonces; de la prusiana hablaremos aún más detalladamente. En cambio los alemanes de Polonia impidieron la formación de ciudades polacas con una burguesía polaca y dificultaron la centralización, el más poderoso medio político de desarrollar velozmente un país, por obra de su diferente lengua, de su exclusión de la población polaca y de sus miles de diferentes privilegios y constituciones jurídicas urbanas. Casi cada ciudad tenía su propio fuero y, en rigor, en las ciudades mixtas existía y a menudo sigue existiendo un fuero diferente para alemanes, para polacos y para judíos. Los polacos-germanos se quedaron en el más subalterno de todos los grados de la industria; ni juntaron grandes capitales ni se supieron apropiar de la gran industria ni se apoderaron de las expandidas relaciones comerciales. Debió ir a Varsovia el inglés Cockerill para que la industria pudiese echar raíces en Polonia. El comercio al menudeo, la artesanía y, a lo sumo, el comercio en granos y la manufactura (tejeduría, etcétera) en la más restringida escala: ésta era toda la actividad de los polaco-germanos. Tampoco se puede olvidar entre los méritos de los polaco-germanos el hecho que importan a Polonia el filisteísmo alemán y la limitación pequeñoburguesa alemana, y que unen en sí las malas (sin las buenas) cualidades de ambas naciones.

El señor Stenzel procura avivar la simpatía de los alemanes por los polaco-germanos: "Cuando los reyes. . ., preferentemente en el siglo XVII, se volvieron cada vez más impotentes y tampoco pudieron ya proteger a los campesinos polacos nativos contra la durísima opresión de la nobleza, también se arruinaron las aldeas y ciudades alemanes, muchas de las cuales se convirtieron en posesión de la nobleza. Sólo las ciudades reales mayores salvaron una parte de sus antiguas libertades" (léase: privilegios).

¿Acaso el señor Stenzel pretende que los polacos tendrían que haber protegido mejor que a sí mismos a los (por lo demás, también "nativos" "alemanes" (léase polaco-germanos)? ¡Pero si se sobreentiende perfectamente que los extranjeros inmigrados a un país no pueden pretender otra cosa que compartir los días buenos y malos con la población original! Ahora vayamos a los beneficios que los polacos tienen que agradecer específicamente al gobierno prusiano.

En 1772 el distrito del Netze fue rapiñado por Federico II, y al año siguiente se abrió el canal de Brombeg, que instauraba la navegación de cabotaje entre el Oder y el Vístula. "Los alrededores que se disputaban

hacía siglos polacos y pomeranios y que quedaron varias veces desiertos por obra de las innumerables devastaciones y los grandes pantanos [...] se volvieron cultivables entonces y los poblaron numerosos colonos".

O sea que la primera partición de Polonia no fue ninguna rapiña. Federico II sólo se apoderó de un territorio "disputado hacía siglos". Pero ¿desde hacía cuánto no existía ya ningún pomeranio autónomo que hubiese *podido* disputar ese territorio? ¿Desde hacía cuántos siglos ya no se lo disputaban realmente a los polacos? Y en general, ¿qué tiene que hacer ahora esta herrumbrada y podrida teoría de las "disputaciones" y las "reivindicaciones", que en los siglos XVII y XVIII era lo bastante buena para velar la desnudez de los intereses mercantiles y de redondeamiento? ¿Qué tiene que hacer en 1848, donde a todo derecho y sin razón históricos se les ha quitado suelo firme?

¡Pero por lo demás, el señor Stenzel tendría que reparar en el hecho que, según esa doctrina de morondanga, la frontera renana entre Francia y Alemania es "disputada hace milenio" y los polacos podrían hacer valer sus reivindicaciones de soberanía feudal sobre la provincia de Prusia e incluso de Pomerania!

En fin. El distrito del Netze se volvió prusiano y de este modo ya no se lo "disputó" más. Federico II lo hizo colonizar por alemanes y así surgieron los que en el asunto de Posen se llaman tan gloriosamente "*hermanos del Netze*". La germanización por parte del estado empieza con el año 1773. "*Según todos los datos fidedignos*, los judíos del gran ducado son, en general, alemanes, y también *quieren* serlo... La tolerancia religiosa que antaño predominó en Polonia, así como varias cualidades que les faltan a los polacos, dieron desde hace siglos a los judíos un radio de acción que cala hondo" (esto es, en los bolsillos de los polacos) "en Polonia. Por norma dominan ambos idiomas, aunque dentro de sus familias, como lo hacen sus hijos desde jóvenes, hablan *alemán*".

La simpatía y reconocimiento inesperados que en los últimos tiempos encuentran los judíos polacos en Alemania, cobraron aquí su expresión oficial. Difamados, hasta donde alcanza la influencia de la Feria de Leipzig, como la más acabada expresión del cambalacheo, la tacañería y la suciedad, de repente se convirtieron en hermanos alemanes; el probo Miguel los aprieta contra su corazón entre lágrimas de delicia, y el señor Stenzel los reclama en nombre de la nación alemana como alemanes que también *quieren* ser alemanes. ¿Y por qué los judíos polacos no tendrían que ser genuinos alemanes? ¿Acaso no hablan alemán "dentro de sus familias, como lo hacen sus hijos desde jóvenes"? ¡Y qué alemán, por añadidura!

Por lo demás, hacemos notar al señor Stenzel que de esa manera puede reclamar Europa entera, la mitad de Norteamérica y, en rigor, una parte de Asia. Como se sabe, el alemán es el idioma judío internacional. Tanto en Nueva York como en Constantinopla, en Petersburgo como en París, "los judíos hablan alemán dentro de sus familias, como lo hacen sus hijos desde jóvenes", y en parte un alemán aún más clásico que los aliados "étnicamente emparentados" de los hermanos del Netze: los judíos de Posen.

Ahora bien, el informe prosigue exponiendo las relaciones entre las nacionalidades lo más indefinidamente posible y lo más favorablemente po-

sible para el presunto medio millón de alemanes que consta de polaco-germanos, hermanos del Netze y judíos. La propiedad campesina de los alemanes sería mayor que la de los campesinos polacos (veremos cómo sucede esto). Desde la primera partición de Polonia, el odio entre polacos y alemanes, en particular prusianos, habría llegado al máximo. "Prusia, preferentemente, mediante la introducción de sus disposiciones estatales y administrativas firmemente fijadas de modo especial" (¡qué alemán!) "y su rigurosa manipulación, perturbó hasta lo más sensible los antiguos hábitos y las instituciones consuetudinarias de los polacos".

De hasta qué punto las providencias "firmemente fijadas" y "rigurosamente manipuladas" de la loable burocracia prusiana "*perturbaron*" no sólo los antiguos hábitos y las instituciones consuetudinarias, sino la vida *social por entero*, la producción industrial y agrícola, la circulación comercial, la minería y, en suma, todas las relaciones sociales sin excepción, no sólo saben contar cosas maravillosas los polacos, sino también los demás prusianos y, muy en especial, nosotros, los renanos. Pero aquí el señor Stenzel ni siquiera habla de la burocracia de 1807-1848, sino de la de 1772-1806, de los funcionarios de la más cabal ultraprusianidad, cuya villanía, venalidad, codicia y brutalidad salieron tan brillantemente a luz con las traiciones de 1806. Esos funcionarios habrían apoyado a los campesinos polacos contra la nobleza y cosechado pura ingratitud; por supuesto que los funcionarios habrían debido sentir "que dar e imponer todo, incluso el bien, no resarce de la pérdida de la autonomía nacional".

También nosotros conocemos el modo como los funcionarios prusianos estaban acostumbrados a "dar e imponer todo" aún en los últimos tiempos. ¡Dónde está el renano que no haya tenido que ver con funcionarios archiprusianos recién importados, que no haya tenido ocasión de admirar esa incomparable e impertinente sabihondez, esa desvergonzada manera de meterse en las conversaciones, esa junta de limitación e infalibilidad, esa grosería apodíctica! Por supuesto que entre nosotros los señores archiprusianos mocharon casi en seguida su saliencias más duras; no tenían a su disposición ni hermanos del Netze, ni inquisición secreta, ni derecho territorial,[9] ni garrotazos, y por falta de estos últimos más de uno se murió de pena. Pero ni siquiera hace falta que describamos de qué modo lograron estragar Polonia, donde podían hacer apalear e inquisicionar en secreto a su antojo.

En fin, el despotismo prusiano supo hacerse querer tanto que "ya después de la batalla de Jena el odio de los polacos se puso de manifiesto con una insurrección general y la expulsión de los funcionarios prusianos". De este modo, el régimen funcionarial había llegado transitoriamente a su término.

[9] El "derecho territorial general para los estados prusianos" de 1794 era una síntesis del derecho civil, comercial, de cambio, marítimo y de aseguración y, además, del derecho penal, canónico, público y administrativo; cimentó el carácter atrasado de la Prusia feudal en la administración de la justicia y en sus partes esenciales rigió hasta la introducción del Código civil burgués, en 1900.

Pero en 1815 volvió bajo una forma algo modificada. El funcionariado "reformado", "culto", "incorruptible", "óptimo", probaba su suerte con esos porfiados polacos. "Con la erección del gran ducado de Posen tampoco se podía producir ningún buen acuerdo, puesto que. . . al rey de Prusia le resultaba imposible por ese entonces aceptar que una provincia aislada se organizase con total autonomía y en cierta medida su estado se convirtiese en un estado federativo".

¡O sea que según el señor Stenzel, al rey de Prusia le resultaba "imposible aceptar" que se mantuviesen sus propias promesas y los Tratados de Viena![10] "Como en 1830 las simpatías de la nobleza polaca por la insurrección de Varsovia[11] causaron preocupación y a partir de entonces se trabajó sistemáticamente, mediante varias disposiciones (!) acertadas —en particular el acaparamiento, el fraccionamiento y el reparto a alemanes de las haciendas nobiliarias polacas—, en la paulatina y completa eliminación de la nobleza polaca sobre todo, subió el encono de la misma contra Prusia."

¡"Mediante varias disposiciones acertadas"! Mediante la prohibición de vender a polacos fincas subastadas y otras providencias semejantes que el señor Stenzel cubre con el manto del amor.

¡Qué dirían los renanos si entre nosotros el gobierno prusiano hubiese prohibido igualmente la venta a renanos de fincas vendidas por oden judicial! Bastantes pretextos habría habido ahí para fusionar la población de las viejas y nuevas provincias; para hacer que los nativos de las viejas provincias participasen de los beneficios del parcelamiento y la legislación renana; para proveer a que los renanos también aclimatasen su industria en las viejas provincias mediante la inmigración, etcétera. ¡Razones suficientes

[10] En los tratados firmados por Rusia, Prusia y Austria en Viena el 3 de mayo de 1815, así como en el acta de clausura del Congreso de Viena del 9 de junio de 1815, figuraba la promesa de crear en todas las provincias polacas parlamentos e instituciones estatales nacionales. En Posen se llegó a la convocatoria de una Asamblea de representantes de los estados, que tuvo funciones consultivas.

[11] El 29 de noviembre de 1830 estalló en Varsoria una insurrección contra el dominio extranjero zarista al que adhirieron muchos campesinos polacos porque esperaban conquistar con la libertad nacional, la libertad social y económica. Pero la dirección de la insurrección estaba en manos de la nobleza polaca, que no pensaba en liberar a los campesinos y darles tierra, sino que sólo quería preservar sus derechos existentes frente al zar. El campo democrático, bajo la dirección del historiador polaco Joachim Lelewel, era demasiado débil para imponerse. "La insurrección de 1830 no fue ni una revolución nacional (excluyó las tres cuartas partes de Polonia) ni una revolución social o política: no cambió nada de la situación del pueblo en el interior; fue una revolución conservadora" (Engels). Para reprimir la insurrección, el zar Nicolás I empezó a fines de enero de 1831 la guerra contra Polonia, que terminó el 7 de setiembre de 1831 con la caída de Varsovia. La insurrección mantuvo al ejército zarista en Polonia, impidiéndole su proyectada intervención contra la revolución en Europa occidental.

para que igualmente nos alegrásemos de los "colonos" prusianos! ¿Cómo consideraríamos a una población que acaparara a precios regalados nuestros bienes raíces tras excluir a la competencia y, además, todavía tuviese el respaldo del estado para hacerlo; población que se nos cargaría expresamente a los fines de aclimatar entre nosotros ese brebaje euforizante de 'con Dios, por el rey y por la patria'?[12]

No obstante, nosotros todavía somos alemanes y hablamos el mismo idioma que las viejas provincias. Pero en Posen esos colonos fueron enviados de modo sistemático y con inexorable regularidad a los dominios, a los bosques, a las parceladas haciendas nobiliarias polacas, para desalojar a los polacos nativos y su lengua de su propio país y formar una provincia genuinamente prusiana que incluso sobrepasase a Pomerania en fanatismo sin medias tintas.

Y para que los campesinos prusianos no quedasen sin jefes naturales en Polonia, les mandaron la flor de la caballería prusiana, un *Treskow*, un *Lüttichau*, quienes allí acapararon igualmente haciendas nobiliarias a precios regalados y con anticipos estatales. En rigor, después de la insurrección polaca de 1846,[13] se constituyó en Berlín toda una sociedad por acciones bajo la benigna protección de personas elevadas, elevadísimas y más elevadas aún, que tenía la finalidad de acaparar haciendas polacas para caballeros alemanes. Los hambrientos tragones de la nobleza de la Marca y de Pomerania preveían que el proceso polaco arruinaría a una cantidad de hacendados nobiliarios polacos y que en breve se malvendería a precios tiradísimos sus haciendas. ¡Qué hallazgo de pitanza para tanto Don Ranudo de la Marca ukerana anegado en deudas! Una linda hacienda nobiliaria casi de balde, campesinos polacos para apalear y, por añadidura, todavía el mérito de tener que quedar obligado con el rey y con la patria: ¡qué brillante perspectiva!

Así surgió la tercera inmigración alemana a Polonia: campesinos prusianos y nobleza prusiana que se establecieron en todas partes de Posen y,

[12] En una ordenanza de Federico Guillermo III del 17 de marzo de 1813 sobre la organización de la guardia nacional, se dice: "Cada guardia nacional se distinguirá en cuanto tal por medio de una cruz de lata blanca con la inscripción *'Con Dios, por el rey y por la patria'*."

[13] En febrero de 1846 se preparaba en Polonia una insurrección que tenía por meta la liberación nacional del país. Los principales iniciadores de la insurrección eran demócratas revolucionarios polacos (Dembowski, entre otros). Pero debido a la traición de la nobleza y al arresto de los dirigentes de la insurrección por la policía prusiana, toda la insurrección fue deshecha y sólo se llegó a alzamientos revolucionarios aislados. Únicamente en Cracovia, que desde 1815 estaba sometida al control conjunto de Austria, Rusia y Prusia, consiguieron los insurrectos obtener la victoria el 22 de febrero y crear un gobierno nacional, que dio un manifiesto sobre la abolición de las cargas feudales. La insurrección de Cracovia fue reprimida a comienzos de marzo de 1846 por tropas de Austria, Prusia y Rusia. En noviembre de 1846 estos estados suscribieron el tratado de incorporación de Cracovia al imperio austríaco, y con ello rompieron los Tratados de Viena de 1815, que garantizaban el libre estado de Cracovia.

respaldados por el gobierno, llegaban con la franca intención no de germanizar sino de *pomeranizar*. Si los ciudadanos polaco-germanos tenían la excusa de haber contribuido a levantar un poco el comercio y los hermanos del Netze podían jactarse de haber vuelto cultivables algunos pantanos, a esta última invasión prusiana le faltaron todos los pretextos. Ni siquiera habían introducido consecuentemente el parcelamiento; la nobleza prusiana le pisaba los talones a los campesinos prusianos.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 73 del 12 de agosto de 1848]

Colonia, 11 de agosto. En el primer artículo hemos investigado la "base histórica" del informe stenzeliano en cuanto aborda la situación de Posen antes de la revolución. Hoy pasamos a la historia de la revolución y de la contrarrevolución en Posen del señor Stenzel. "El pueblo alemán, siempre lleno de interés por todos los desventurados" (mientras ese interés no le cueste nada), "había sentido hondamente y en todo momento la gran injusticia que sus príncipes les inflingieran a los polacos".

¡Claro que "sentido hondamente" en el calmo corazón alemán, donde los sentimientos están tan "hondamente" situados que jamás revientan en hechos! ¡Claro que "interés" gracias a algunas limosnas en 1831 y gracias a banquetes de agasajo y bailes polacos, mientras fue menester bailar a beneficio de los polacos, beber champaña y cantar: "Polonia aún no está perdida"![14] Pero hacer realmente algo serio, sacrificarse realmente una vez: ¡cuándo fue nunca cosa de los alemanes! "Los alemanes ofrecieron sinceramente una mano fraterna para reparar los crímenes antes cometidos por sus príncipes."

Claro: si el palabrerío conmovedor y los politiqueos indolentes pudiesen "reparar" alguna cosa, en la historia no habría un pueblo tan puro como los alemanes precisamente. "Pero en el mismo instante en que los polacos aceptaban" (a saber: la fraterna mano ofrecida), "ya se separaban también los intereses y las metas de ambas naciones. Los polacos sólo pensaban en la restauración de su antiguo reino, o por lo menos en la extensión territorial anterior a la primera partición de 1772".

¡En verdad, sólo el irreflexivo y yermo entusiasmo al tuntún que desde siempre ha sido un ornamento principal del carácter nacional alemán podía salirse con que los alemanes se sorprendiesen de las exigencias de los polacos! Los alemanes querían "*reparar*" la injusticia infligida a Polonia. ¿Con qué empezó esa injusticia? Seguro que con la primera partición de 1772, para no hablar de felonías anteriores. ¿Cómo había que "repararla"? Sólo si se restauraba el *estatus quo previo* a 1772 o, al menos, si los alemanes devolvían a los polacos lo que *ellos* les habían rapiñado desde 1772. Pero el interés de los alemanes, ¿estaba en contra de ello? Bueno, si habla-

[14] Palabras del himno nacional polaco que surgió de la *Marcha de Dombrowski*, compuesta en 1797 por el poeta Joseph Wybicki.

mos de intereses ya no puede ser cuestión de sentimentalismos a causa de "reparaciones", etcétera, y entonces que se hable el idioma de la práctica fría e impasible y se nos dispense de frases de brindis y de sentimientos magnánimos.

Por lo demás, y en primer lugar, los polacos de ninguna manera "pensaban" "*sólo*" en la restauración de la Polonia previa a 1772. Después de todo, poco nos importa en qué "*pensaban*" los polacos. Por lo pronto sólo *reclamaban* la reorganización de *todo* Posen y sólo hablaban de ulteriores eventualidades para el caso de una guerra germano-polaca contra Rusia.

En segundo lugar, "se separaban los intereses y las metas de ambas naciones" sólo mientras los "intereses y las metas" de la Alemania revolucionada, en el aspecto jurídico internacional, siguiesen siendo exactamente los mismos que los de la vieja Alemania absolutista. Siendo la alianza rusa, o al menos la paz con Rusia a cualquier precio, "el interés y la meta" de Alemania, claro que todo debe quedar como antes en Polonia. Pero más adelante veremos hasta qué punto los intereses *reales* de Alemania son idénticos a los de Polonia.

Ahora viene un ampuloso, confuso y embarazado pasaje en el que el señor Stenzel pone de manifiesto cuánta razón tuvieron los polaco-germanos cuando, por cierto, quisieron hacerle justicia a Polonia, pero al mismo tiempo seguir siendo prusianos y alemanes. Naturalmente que al señor Stenzel no le importa para nada que el "por cierto" imposibilite al "pero" y el "pero" al "por cierto".

Con eso se cierra una narración histórica igualmente ampulosa y confusa, donde el señor Stenzel busca probar al detalle que dados los "intereses y metas de ambas naciones, que se separaban", y dados el encono recíproco que se intensificaba invariablemente por ese motivo, *resultaba inevitable* un conflicto sangriento. Los alemanes sostenían firme el interés "*nacional*"; los polacos, el meramente "*territorial*". Vale decir que los alemanes reclamaban la división del gran ducado según las nacionalidades, y los polacos querían todo su antiguo territorio para sí.

Esto tampoco es verdad. Los polacos reclamaban la reorganización, pero al mismo tiempo declaraban estar completamente de acuerdo con su retiro de los distritos fronterizos mixtos allí donde la mayoría fuera alemana y *quisiese* ser adicionada a Alemania. Sólo que no se tenía que alemanizar o polaquizar a la gente al albedrío de los *funcionarios* prusianos, sino según su *propia* voluntad.

La misión de Willisen, continúa el señor Stenzel, debió naufragar naturalmente ante la (pretendida y en ninguna parte existente) resistencia de los polacos a retirarse de los distritos preponderantemente alemanes. Las declaraciones de Willisen sobre los polacos y las de los polacos sobre Willisen fueron sometidas al examen del señor Stenzel. Esas declaraciones *impresas* prueban lo contrario. ¡Pero qué le hace, si, como dice el señor Stenzel, uno "es un hombre que hace muchos años se ocupa de historia y se ha hecho un deber de no decir nada que no sea verdad ni recatar nada que sea verdad"!

Con la misma fidelidad que no recata nada que sea verdad, el señor

Stenzel pasa fácilmente por encima del canibalismo perpetrado en Posen, por encima de la oprobiosa violación de la Convención de Jaroslawiec,[15] por encima de las matanzas de Trzemeszno, Miloslaw y Wresche, por encima de la saña devastadora de una soldadesca digna de la Guerra de los treinta años, sin decir siquiera una palabrita al respecto.[16]

El señor Stenzel pasa ahora a las cuatro nuevas particiones de Polonia por obra del gobierno prusiano. Primero fue desgajado el distrito del Netze amén de otros cuatro departamentos (14 de abril); a ello se adicionó todavía algunas partes de otros departamentos, junto con una población de 593 390 cabezas, asimilándolas a la Confederación germánica (22 de abril). Luego se agregó la ciudad y fortaleza de Posen amén del resto de la margen izquierda del Warthe: de nuevo 273 500 almas, o sea, en conjunto, *más del doble* de alemanes que, incluso según los datos *prusianos*, habitaban en todo Posen. Esto sucedió por real orden del 26 de abril, y ya el 2 de mayo tuvo lugar la asimilación a la Confederación germánica. Ahora bien, el señor Stenzel gimotea ante la asamblea diciendo que es absolutamente necesario que Posen quede en manos alemanas: Posen, importante y poderosa fortaleza donde habitan más de 20 000 alemanes (los más de los cuales son judíos polacos) a quienes pertenecen los 2/3 del conjunto de la propiedad

[15] La Convención de Jaroslawiec fue concluida el 11 de abril de 1848 entre el Comité posense y el comisario general prusiano Willisen. Esta convención preveía el desarme y disolución de las divisiones polacas insurrectas. Como compensación, se aseguraba a los polacos la "reorganización nacional" de Posen, vale decir la formación de tropas polacas, la ubicación de polacos en cargos administrativos y otros y la introducción del idioma polaco como lengua administrativa. Pero la convención fue vulnerada traicioneramente por las autoridades prusianas; aprovechando los acuerdos con los insurrectos, las tropas prusianas ajustaron cuentas de manera atroz con el movimiento de liberación nacional de Posen.

[16] En una "Memoria contra la proyectada anexión del gran ducado de Posen a Alemania, con anejos probatorios, dirigida al comité de derecho internacional de la Asamblea Nacional alemana por los que suscriben, diputados legitimados con poder del Comité nacional polaco", se dice: "Los propietarios, sacerdotes y maestros de escuela polacos ya no están seguros de su vida y huyen al extranjero o se esconden en los bosques; las iglesias católicas son profanadas y saqueadas por los brutales excesos de una ensañada soldadesca. . . El gobierno de Bromberg, sin consideración de personas, manda castigar a los polacos con 25 o 30 palos; numerosos arrestos se efectúan a diario; de acuerdo al comunicado del general Von Steinäcker del 31 de mayo de 1848, se priva a los arrestados de toda atención por parte de sus allegados, incluso en comida y ropa blanca. Los soldados matan a los polacos a baquetazos, culatazos y sablazos, saquean y destruyen sus domicilios; el comisario real entrega a la justicia de Lynch falsas listas de los cabecillas polacos de la insurrección y exhorta mediante premios monetarios a las denuncias recíprocas: ¡en una palabra, los polacos están fuera de la ley en el suelo de sus padres! ¡¡¡Ésta es la muy gloriada pacificación del gran ducado de Posen; a eso se llama ejecutar la reorganización nacional de nuestra patria!!!" (reproducido en [Brodowski, Kraszewski, Potworowski] *Zur Beurtheilung der polnischen Frage im Crossherzogthum Posen im Jahre 1848*, Berlín, [1848].

rural, etcétera. ¡El hecho que Posen esté en medio de territorio puramente polaco, que fuese germanizado por la fuerza y que los judíos polacos no sean alemanes, resulta sumamente indiferente para gente que "jamás informa nada que no sea verdad y jamás calla lo que sea verdad", para historiadores de la fuerza de un señor Stenzel!

En fin, por razones militares, no debía dejarse de la mano a Posen. ¡Como si no se hubiera podido desmantelar esta fortaleza, que según Willisen es uno de los más grandes errores estratégicos, y en cambio fortificar Breslaw! Pero se había puesto diez millones (dicho sea de paso, esto no es verdad: apenas fueron cinco millones) y, naturalmente, resulta más ventajoso conservar la cara obra de arte y además 20 o 30 millas cuadradas de tierra polaca.

No obstante, con que sólo se tenga la "ciudad y fortaleza" de Posen, ya se ofrece la desenvueltísima ocasión de tomar aún más. "Pero para sostener la fortaleza, se hará obligatorio asegurarle también los accesos de Glogau, Küstrin y Thorn así como un área defensiva contra el este" (que sólo tendría que tener de 1 000 a 2 000 pasos, como la de Maastricht contra Bélgica y Limburgo). "De este modo", prosigue regodeándose el señor Stenzel, "se sostendrá al mismo tiempo la imperturbable posesión del Canal de Bromberg, pero también deberán ser incorporados a la Confederación germánica numerosos enclaves donde es preponderante la población polaca."

Por todos estas razones, pues, el conocido amigo de la humanidad, Pfuel de la Piedra Infernal,[17] acometió dos nuevas particiones de Polonia, con lo cual quedan satisfechos todos los deseos del señor Stenzel y se adicionan a Alemania las tres cuartas partes de todo el gran ducado. El señor Stenzel reconoce este proceder con tanto mayor agradecimiento cuanto que él, historiador, debe ver evidentemente en esa potenciada renovación de las Cámaras de reunión de Luis XIV[18] que los alemanes aprendieron a hacer uso de las lecciones de la historia.

¡¡Los polacos, opina el señor Stenzel, deben consolarse pensando que su porción es más fértil que el territorio incorporado; que tienen mucho menos propiedad rural que los alemanes y que "nadie que sea imparcial negará que el hombre de campo polaco se ha de encontrar mucho más pasablemente bajo un gobierno alemán que el hombre de campo alemán bajo un gobierno polaco"!! De lo cual la historia proporciona notables pruebas.

Por último, el señor Stenzel les comunica a los polacos que incluso el

[17] Por orden del general prusiano Pfuel, a los participantes de la insurrección posense de 1848 que fueron apresados se les afeitó la cabeza y se les marcó manos y orejas con piedra infernal (nitrato de plata). De ahí el apodo del general Pfuel.

[18] Tribunales implantados por Luis XIV entre los años 1679-1680, que debían fundar jurídica e históricamente las reivindicaciones francesas a tal o cual parte de los estados vecinos, sobre todo los de la margen izquierda del Rin, declarándolas justas. En virtud de los dictámenes de las Cámaras de Reunión esos territorios eran ocupados por tropas francesas y anexados a Francia.

pequeño pedacito que les quedó les bastará para, gracias al ejercicio de todas las virtudes cívicas, "prepararse dignamente al instante que el futuro todavía les oculta en la actualidad y que ellos, de manera muy disculpable, buscan convocar quizás con demasiada impetuosidad. 'Hay', profiere con mucho acierto uno de sus más perspicaces conciudadanos, 'una corona que también es digna de estimular la ambición de ustedes: ¡la *corona cívica!*' Un alemán podría agregar: ¡no brilla, pero es sólida!"

"¡Es sólida!" Pero "más sólidas" aún son las verdaderas razones de las renovadas cuatro particiones de Polonia por parte del gobierno prusiano.

¡Probo varón alemán! ¿Crees que las particiones se acometieron para salvar a tus hermanos alemanes del dominio polaco? ¿Para asegurarte con la fortaleza de Posen un baluarte contra todo ataque? ¿Para poner a salvo las rutas de Küstrin, Glogau y Bromberg y el Canal del Netze? ¡Qué engaño! Te han embaucado ignominiosamente. Las nuevas particiones de Polonia no se hicieron por ninguna otra razón que para *llenar las cajas del estado prusiano*.

Las primeras particiones de Polonia hasta 1815 fueron una rapiña territorial a mano armada; las particiones de 1848 son un *robo*. ¡Y ahora, probo varón alemán, fíjate cómo te embaucaron!

Tras la tercera partición de Polonia, Federico Guillermo II confiscó en beneficio del estado los bienes de los estarostes polacos y los que pertenecían al clero católico. Los bienes de la iglesia, en particular, constituían "una *muy considerable* parte de toda la propiedad agraria", como decía la misma declaración de toma de posesión del 28 de julio de 1796. Estos nuevos dominios fueron administrados o arrendados por cuenta del rey y eran tan extensos que para administrarlos debieron instituirse 34 intendencias domaniales y 21 superintendencias de montes y bosques. A cada una de esas intendencias dominiales le correspondía una cantidad de localidades: por ejemplo, un conjunto de 636 localidades a las 10 intendencias del partido de Bromberg, y 127 localidades a la sola intendencia dominial de Mogilno.

Además, Federico Guillermo II confiscó en 1796 los bienes y bosques del convento de monjas de Owinsk, vendiéndolos al comerciante von Treskow (antepasado del valiente jefe de banda prusiano Treskow, de la última guerra heroica);[19] esos bienes constan de 24 localidades, amén de molinos y 20 000 obradas de bosque por valor de al menos 1 000 000 de táleros.

Después las intendencias domaniales de Krotoschin, Rozdrazewo, Orpiszewo y Adelnau, por valor de al menos 2 millones de táleros, fueron cedidas en 1819 al príncipe Thurn und Taxis como indemnización por la regalía postal en varias provincias que les tocaron a los prusianos.

Federico Guillermo II se había hecho cargo del conjunto de esos bienes so pretexto de administrarlos mejor. Pero a pesar de ello esos bienes, propiedad de la nación polaca, fueron regalados, cedidos y vendidos, y el importe de la compra fluyó al erario *prusiano*.

Las intendencias domaniales deGnesen, Skorzencin y Trzemeszno fueron despedazadas y enajenadas.

[19] Así denomina irónicamente Engels la guerra de 1848 contra Dinamarca por Slesvig-Holstein.

O sea que todavía quedan en manos del gobierno prusiano 27 intendencias domaniales y las superintendencias de bosques y montes, cuyo capital de fondo asciende como mínimo a *veinte millones de táleros*. Estamos prontos a probar con el mapa en la mano que esos dominios y bosques se hallan en conjunto —con muy pocas o ninguna excepción— en la parte incorporada de Posen. Para salvar ese rico tesoro de toda reversión a la nación polaca, debió ser asimilado a la Confederación germánica, y como no podía ir hacia la Confederación germánica, la Confederación germánica debió ir hacia él, y las 3/4 partes de Posen fueron incorporadas.

Ésta es la verdadera razón de las cuatro famosas particiones de Polonia en dos meses. No decidieron ni las reclamaciones de tal o cual nacionalidad ni razones presuntamente estratégicas; sólo la situación de los dominios y la codicia del gobierno prusiano determinaron la línea fronteriza.

Mientras los ciudadanos alemanes derramaban lágrimas de sangre por los ficticios sufrimientos de sus pobres hermanos de Posen; mientras se entusiasmaban con el aseguramiento de la Marca oriental alemana; mientras montaban en cólera contra los polacos oyendo informes inventados sobre barbaridades polacas, el gobierno prusiano operaba muy a las calladas y hacía su agosto. El entusiasmo alemán, sin razón ni objeto, sirvió nada más que para tapar la más sucia acción de la historia reciente.

¡Así te la juegan tus ministros responsables, probo varón alemán!

Pero de hecho, podías saberlo de antemano. Allí donde interviene el señor Hansemann jamás se trata de nacionalidad alemana, necesidad militar y demás palabrerío vacuo por el estilo, sino, invariablemente, de pago al contado y ganancia clara.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 81 del 20 de agosto de 1848]

Colonia, 19 de agosto. Hemos seguido en sus detalles el informe del señor Stenzel, base del debate. Hemos probado de qué modo falsifica la historia antigua y reciente de Polonia y de los alemanes de Polonia; de qué modo disloca toda la cuestión; de qué modo el historiador Stenzel no sólo se ha hecho culpable de falsificación intencional sino también de crasa ignorancia. Antes de entrar al debate mismo, aún debemos echar una ojeada a la cuestión polaca.

Considerada en sí, la cuestión de Posen carece de todo sentido y no tiene posibilidad de solución. Es un fragmento de la cuestión polaca y sólo puede ser resuelta en y con ésta. Recién se podrán determinar las fronteras entre Alemania y Polonia cuando Polonia vuelva a existir. Pero Polonia, ¿puede y ha de volver a existir? Esto fue negado en el debate.

Un historiador francés dijo: *il y a des peuples nécessaires*: hay *pueblos necesarios*. En el siglo XIX, a esos pueblos necesarios pertenece sin condiciones el pueblo polaco.

Pero la existencia nacional de Polonia para nadie es más necesaria que para nosotros los alemanes precisamente.

Por lo pronto, ¿en qué se apoya el poder de la reacción en Europa des-

de 1815 y parcialmente, en rigor, desde la primera revolución francesa? En la *Santa alianza* ruso-prusiano-austríaca. ¿Y qué cohesiona a esa Santa alianza? La *partición de Polonia*, de la que sacaron provecho los tres aliados.

El desgarrón que las tres potencias trazaron sobre Polonia es el vínculo que las encadena entre sí; la rapiña común las ha vuelto solidarias una con la otra.

Desde el instante en que se cometió la primera rapiña contra Polonia, Alemania cayó bajo la dependencia de Rusia. Rusia ordenó a Prusia y a Austria que siguiesen siendo monarquías absolutas, y Prusia y Austria debieron obedecer. Los de todos modos flojos y tímidos esfuerzos que hizo en particular la burguesía prusiana para conquistarse la hegemonía naufragaron completamente ante la imposibilidad de deshacerse de Rusia y ante el sostén que Rusia brindaba a la clase feudal-absolutista de Prusia.

A ello hubo que agregar que desde los primeros intentos opresivos de los aliados, los polacos lucharon no sólo insurreccionalmente por su independencia, sino que, al mismo tiempo, se opusieron *revolucionariamente* a su propia situación social interna.

La partición de Polonia se llevó a cabo por obra de la alianza de la gran aristocracia feudal de Polonia con las tres potencias particionantes. No fue ningún progreso, como sostiene el ex poeta señor Jordan; fue el último medio que tenía la gran aristocracia para salvarse de una revolución; fue reaccionaria de parte a parte.

Ya la consecuencia de la primera partición fue, muy naturalmente, una alianza de las restantes clases, vale decir la nobleza, la ciudadanía urbana y en parte los campesinos, tanto contra los opresores de Polonia como contra la gran aristocracia del país mismo. La constitución de 1791[20] prueba hasta qué punto, ya en ese entonces, los polacos comprendían que su independencia hacia afuera era inseparable de la caída de la aristocracia y de la reforma agraria en el interior.

[20] La constitución polaca del 3 de mayo de 1791 dio expresión a los empeños del sector más progresista de la nobleza polaca y de la burguesía urbana; anulaba el *liberum veto* (el principio de la unanimidad en las resoluciones del *sejm* [parlamento]) y la elegibilidad de los reyes, introduciendo un gobierno responsable ante el *sejm*. La constitución proclamaba la independencia de las ciudades con respecto a la tutela feudal y la igualdad jurídica del campesinado con todos los demás ciudadanos del estado polaco. Aunque la constitución no aportaba la liberación económica de los campesinos, aliviaba las condiciones de la servidumbre, al ser reconocida como incondicionalmente obligatoria la fuerza legal de los contratos de rescate entre propietarios y campesinos y al ponerse esos contratos bajo la vigilancia del estado. La constitución de 1791 restringía considerablemente el poder de la aristocracia, atacaba la anarquía feudal y consolidaba el poder central. Después de la constitución de la república francesa, fue la constitución más avanzada de Europa. Ya en los años 1792-1793, la constitución polaca fue eliminada por intervención de Catalina II de Rusia, que se había aliado con la aristocracia polaca. Prusia le prestó ayuda, traicionando cobardemente de este modo a su aliado polaco, con quien concluyera un tratado en 1790.

Los grandes países agrícolas entre el mar Báltico y el mar Negro sólo pueden salvarse de la barbarie patriarcal-feudal mediante una revolución agraria que transforme en propietarios rurales libres a los campesinos sujetos a servidumbre o a prestación personal, revolución exactamente igual a la francesa de 1789 en la campaña. La nación polaca tiene el mérito de haber sido la primera en proclamarlo entre todos los pueblos agrícolas vecinos. El primer intento de reforma fue la constitución de 1791; en la insurrección de 1830, la revolución agraria fue declarada por Lelewel como el único medio de salvar al país, pero la Dieta imperial lo reconoció demasiado tarde; en las insurrecciones de 1846 y 1848, fue proclamada abiertamente.

Desde el día de su opresión, los polacos actuaron revolucionariamente y así ataron con tanta mayor firmeza a sus opresores a la contrarrevolución. Compelieron a sus opresores a mantener en pie la situación patriarcal-feudal no sólo en Polonia sino también en sus restantes países. Y sobre todo desde la insurrección de Cracovia de 1846, la lucha por la independencia de Polonia es, al mismo tiempo, la lucha de la *democracia agraria* —la única posible en Europa oriental— contra el *absolutismo patriarcal-feudal.*

O sea que mientras ayudemos a oprimir a Polonia seguiremos encadenando a Alemania una parte de Polonia; mientras permanezcamos encadenados a Rusia y a la política rusa seguiremos sin poder quebrar radicalmente entre nosotros mismos el absolutismo patriarcal-feudal. La instauración de una Polonia democrática es la primera condición para la instauración de una Alemania democrática.

Pero la instauración de Polonia y su demarcación de fronteras con Alemania no sólo resulta necesaria, sino que, con mucho, es la más solucionable de todas las cuestiones políticas que emergieron en Europa oriental desde la revolución. Las luchas independentistas de los pueblos de todas las razas abigarradamente taraceadas al sur de los Cárpatos tienen un desarrollo muy distinto y costarán mucha más sangre, confusión y guerra civil que la lucha independentista polaca y la fijación de las fronteras entre Alemania y Polonia.

Se entiende que no se trata de la instauración de una pseudo Polonia sino de la instauración de un estado sobre una base viable. Polonia debe tener por lo menos la extensión de 1772; debe poseer no sólo los territorios sino también las desembocaduras de sus grandes ríos, y por lo menos una gran faja costera en el Báltico.

Alemania hubiera podido garantizarle todo esto y, al hacerlo, asegurarse sus intereses y su honor si, después de la revolución y en su propio interés, hubiese tenido el coraje de exigirle a Rusia, con las armas en la mano, la restitución de Polonia. Se sobreentendía que acerca del entrevero alemán-polaco en la frontera y sobre todo en la costa, ambas partes hubieran debido aflojar algo recíprocamente, y que más de un alemán tendría que haberse polaquizado y más de un polaco tendría que haberse alemanizado, y eso no habría planteado ninguna dificultad.

Pero después de la media revolución alemana no se tuvo el coraje de actuar con tanta decisión. Pronunciar discursos pomposos sobre la libera-

ción de Polonia, recibir a los polacos tránsfugas en las estaciones ferroviarias y brindarles las más cálidas simpatías del pueblo alemán (¿a quién no se las han brindado ya?), resulta plausible; pero ¿empezar una guerra con Rusia, poner en cuestión todo el equilibrio europeo y restituir completamente cualquier cachito del territorio rapiñado?: ¡eso, en rigor, sería desconocer quiénes son los alemanes!

¿Y qué era la guerra con Rusia? La guerra con Rusia era la completa, franca y real ruptura con todo nuestro oprobioso pasado; era la real liberación y unificación de Alemania; era la instauración de la democracia sobre los escombros de la feudalidad y del breve sueño hegemónico de la burguesía. La guerra con Rusia era el único camino posible para salvar nuestro honor y nuestros intereses frente a nuestros vecinos eslavos, y sobre todo frente a Polonia.

Pero fuimos calzonudos y seguimos siendo calzonudos. Hicimos un par de docenas de revoluciones pequeñas y grandes de las que nosotros mismos nos asustamos ya antes de que se remataran. Después de echar nuestras buenas bocanadas, no pusimos absolutamente nada en práctica. La revolución, en vez de ensanchar nuestro horizonte, lo estrechó. Todas las cuestiones fueron tratadas con el filisteísmo más timorato, más obtuso y más egoísta y así, naturalmente, nuestros intereses reales volvieron a quedar comprometidos. Para el punto de vista de este mezquino filisteísmo, la gran cuestión de la liberación de Polonia se redujo, pues, al insignificante palabrerío sobre la reorganización de una parte de la provincia de Posen, y nuestro entusiasmo por los polacos se transformó en *shrapnels* y piedra infernal.

La única, la única posible solución que hubiese preservado el honor de Alemania y los intereses de Alemania era, repetimos, la guerra con Rusia. Nadie se atrevió a emprenderla y tuvo lugar lo inevitable: la soldadesca de la reacción, batida en Berlín, volvió a levantar cabeza en Posen; bajo la apariencia de salvar el honor y la nacionalidad alemanes, enarboló el estandarte de la contrarrevolución, reprimiendo a los polacos revolucionarios, nuestros aliados, y la estafada Alemania aplaudió un instante a sus victoriosos enemigos. Quedaba consumada la nueva partición de Polonia y le faltaba tan sólo la sanción de la Asamblea nacional alemana.

La Asamblea de Francfort todavía tenía un camino posible para subsanar la cosa: excluir a todo Posen de la Confederación germana y declarar abierta la cuestión de las fronteras hasta que se pudiese negociar *d'égal à égal* sobre ella con la Polonia restaurada.

¡Pero hubiese sido pedir demasiado a nuestros profesores, abogados y pastores francforteses de la Asamblea nacional! La carnada era demasiado grande: ellos, los pacíficos ciudadanos que jamás tiraron con una escopeta, parándose y quedándose sentados tendrían que conquistar para Alemania un país de 500 millas cuadradas e incorporar a 800 000 hermanos del Netze, polaco-germanos, judíos y polacos, si bien a costa del honor y de los intereses reales y duraderos de Alemania ¡Qué tentación! Y sucumbieron a ella y confirmaron la partición de Polonia.

Por qué razones, lo veremos mañana.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 82 del 22 de agosto de 1848]

Colonia, 21 de agosto. Pasamos sobre la cuestión preliminar de si los diputados por Posen pueden codeliberar y votar, y vamos enseguida al debate acerca de la cuestión principal.

El señor Stenzel, informante, lo abrió con un discurso espantosamente confuso y difuso. Se pone en historiador y en hombre concienzudo; habla de fortalezas y trincheras, del cielo y del infierno, de simpatías y corazones alemanes; retrocede al siglo XI para probar que la nobleza polaca siempre oprimió a los campesinos; hace uso de algunos parcos datos de la historia polaca como excusa para un interminable torrente de los más chatos lugares comunes sobre la nobleza, los campesinos, las ciudades, los beneficios de la monarquía absoluta, etcétera; disculpa con lenguaje tortuoso y embarazado la partición de Polonia; enuncia con tan abigarrada confusión las prescripciones de la constitución del 3 de mayo de 1791 que los miembros, que hasta entonces nada sabían, ahora saben menos que nunca en qué quedar, cuando el sonoro grito "¡Es demasiado!" y el presidente lo interrumpen.

El gran investigador histórico, totalmente confundido, prosigue con las siguientes conmovedoras palabras: "Seré breve. Ahora la cuestión es: qué hemos de hacer. Esta cuestión es muy natural" (¡literal!). "La nobleza quiere restaurar el reino. Sostiene que es democrática. No dudo que lo piense honestamente. Sólo que es natural (!), señores, que más de un estado se haga grandes ilusiones. Creo perfectamente en la sinceridad, sólo que si príncipes y condes tuviesen que pasar al pueblo no sé cómo se producirá la fusión" (¡y eso qué le importa al señor Stenzel!). "Eso es imposible en Polonia, etcétera."

El señor Stenzel hace como si en Polonia nobleza y aristocracia fuesen exactamente lo mismo. La *Histoire de Pologne* de Lelewel, que él mismo citó; el *Débat entre la révolution et la contrerévolution en Pologne* de Mieroslawski y un montón de otras obras recientes podrían sacarlo de error al "hombre que hace años se ocupa de historia". En rigor, la mayor parte de los "príncipes y condes" de que habla el señor Stenzel son precisamente aquellos contra quienes lucha la misma democracia polaca.

Por ende opina el señor Stenzel, hay que abandonar a la nobleza y sus ilusiones y fundar una Polonia para los campesinos (a la vez que se adiciona a Alemania un pedazo tras otro de Polonia). "Más bien tiéndanles las manos a los pobres campesinos, para que éstos se levanten, para que quizás (!) consigan instaurar una Polonia libre, pero no sólo instaurarla, sino también conservarla. ¡Eso, señores míos, es lo principal!"

Y entre los gritos jubilosos de los lenguaraces nacionales del centro:[21]

[21] La parte numéricamente más grande de la Asamblea nacional de Francfort, el centro liberal-burgués, se dividió en dos fracciones: el centro-derecha, con Dahlmann, Heinrich Gagern, Bassermann, Mathy, Mevissen, Schmerling, entre otros, y el centro-izquierda, con Mittermaier, Werner, Raveaux, entre otros. Los miembros del centro eran adictos a la monarquía constitucional.

"¡Bravísimo! ¡Sobresaliente!", el investigador histórico, ebrio de triunfo, abandona la tribuna. Exponer la nueva partición de Polonia como un beneficio para los campesinos polacos: ¡claro que este viraje sorprendentemente desatinado debió conmover hasta las lágrimas a la masa de la amenidad y el amor a los hombres unida en el centro de la asamblea!

Sigue el señor Goeden de Krotoszyn, un polaco-germano de pura cepa. Tras él aparece el señor Senff de Inowroclaw, lindo modelo de hermano del Netze en quien no caben falacias, que se había inscrito contra la moción del comité y que habló en su favor, de modo que un orador contra la moción fue estafado en su turno para tomar la palabra.

El modo y manera como aparecen aquí los señores hermanos del Netze es la comedia más estrafalaria del mundo, y muestra otra vez de qué es capaz un genuino prusiano. Todos sabemos que los Winkelmann de Posen, judeo-prusianos rabiosos de lucro, combatieron a los polacos en la más íntima armonía con la burocracia, con la oficialidad real prusiana y con los *junkers* de la Marca y de Pomerania: en suma, con todo lo que era reaccionario y lo que era archiprusiano. La traición a Polonia fue el primer empavesamiento de la contrarrevolución, y nadie resultó más contrarrevolucionario que los señores hermanos del Netze precisamente.

¡Y ahora, vean aquí en Francfort a esos maestros de escuela y funcionarios prusianos rabiosos, con Dios por el rey y por la patria, cómo declaran que su traición contrarrevolucionaria a la democracia polaca es una revolución, una real y genuina revolución en nombre de la soberana hermandad del Netze; cómo pisotean el derecho histórico y exclaman sobre el presunto cadáver de Polonia: Sólo el vivo tiene razón![22]

Pero el prusiano es así: en el Spree por gracia de Dios, en el Warta pueblo soberano; en el Spree revuelta de la plebe, en el Warta revolución; en el Spree derecho histórico, "que no tiene ninguna fecha", en el Warta derecho del hecho en vivo, que data de ayer. . . ¡y a pesar de todo ello, al fiel corazón prusiano no le caben falsías, es honesto y cabal!

Oigamos al serñor Goeden. "Por segunda vez tenemos que defender una causa que es de tal significancia, de tal importancia en cuanto a sus consecuencias para nuestro suelo patrio, que, si en sí misma no se hubiese puesto ante nosotros de relieve como absolutamente jurídica (!), *debería ser convertida necesariamente en jurídica* (!!). Nuestro derecho tiene sus raíces menos en el pasado que en las *fervientes pulsaciones*" (y sobre todo en los culatazos) "del *presente*". "El campesino y el ciudadano polaco, con la toma de posesión" (prusiana) "se sintieron puestos en tal estado de seguridad y bienestar como jamás lo conocieron" (no, sobre todo, desde las guerras polaco-prusianas y las particiones de Polonia). "¡La quiebra de la juridicidad que hay en la partición de Polonia fue reparada completamente por la humanidad de su pueblo" (el alemán, y en especial por los garrotazos de los funcionarios prusianos), "por su tesón" (con la propiedad rural polaca rapiñada y regalada) "y también por su *sangre*, en abril de este año!"

22 Schiller, "An die Freude" [A la alegría].

¡La sangre del señor Goeden de Krotoszyn! "¡La *revolución* es nuestro derecho, y estamos aquí en virtud de la misma!" "Ahora bien, los títulos probatorios de nuestra incorporación legal a Alemania no están en amarillentos pergaminos; no hemos sido adquiridos por alianza matrimonial, ni por herencia, ni por compra o canje; somos alemanes y pertenecemos a nuestro suelo patrio, porque a ello nos mueve *una voluntad* racional, jurídica, *soberana*, una voluntad condicionada por nuestra situación geográfica, nuestra lengua y costumbres, nuestro número (!), nuestras posesiones, pero ante todo nuestra mentalidad alemana y nuestro amor por el patrio suelo." "¡Nuestros derechos son tan seguros, descansan tan hondamente en la *moderna conciencia mundial*, que un corazón alemán ni siquiera precisa tener que reconocerlos!"

¡Viva la voluntad soberana de la hermandad prusiano-judía del Netze, que descansa en la moderna conciencia mundial, que se apoya en la revolución de los *shrapnels* y que arraiga en las fervientes pulsaciones del presente bajo ley marcial! ¡Viva la alemanidad de los sueldos de los burócratas posenses, de la rapiña de los bienes de la iglesia y los estarostes y de los anticipos pecuniarios *a la* Flottwell!

En pos del declamatorio caballero de la legitimación superior viene el desvergonzado hermano del Netze. Para el señor Senff de Inowroclaw, incluso la moción stenzeliana es demasiado cortés aún con los polacos, y por eso propone un texto algo más grosero. Con la misma cara con que bajo este pretexto se hizo inscribir como orador contra la moción, declaró que era una injusticia que clamaba al cielo el excluir a los posenses de la votación: "Creo que los diputados posenses están llamados *más que nunca* a participar de la votación, pues precisamente se trata de los más importantes derechos de quienes nos han enviado acá."

Después el señor Senff entra en la historia de Polonia desde la primera partición, enriqueciéndola con una serie de falsificaciones intencionales y mentiras a gritos, ante las cuales el señor Stenzel queda como el chambón más digno de lástima. Todo lo pasable que existe en Posen debe su origen al gobierno prusiano y a los hermanos del Netze. "Surgió el gran ducado de Varsovia. Funcionarios polacos remplazaron a los prusianos, y en 1814 apenas si se podía notar ni una huella de lo que había hecho el gobierno de Prusia por el bien de esa provincia."

El señor Senff tiene razón. No se podía "notar ni una huella" de la servidumbre ni de los pagos presupuestarios de los distritos polacos a los institutos de enseñanza prusianos, por ejemplo para la Universidad de Halle, ni de las extorsiones y brutalidades de los funcionarios prusianos que no sabían polaco. Pero Polonia aún no estaba perdida, pues Prusia, por gracia de Rusia, volvió a florecer y Posen volvió a Prusia. "Desde entonces se renovaron los empeños del gobierno prusiano, dirigidos al mejoramiento de las condiciones en la provincia de Posen."

Quien quiera saber algo más detallado al respecto, que consulte el memorándum flottwelliano de 1841. Hasta 1830, por parte del gobierno, no sucedió absolutamente *nada*. ¡Flottwell sólo encontró *cuatro* millas de carretera en todo el gran ducado! ¿Y hemos de enumerar los beneficios flottwellianos? El señor Flottwell, burócrata mañoso, buscó sobornar a

los polacos con la construcción de carreteras, la canalización de cursos de agua, la desecación de ciénegas, etcétera etcétera; pero no los sobornó con el dinero del gobierno prus[iano] sino *con su propio dinero*. Todas esas mejoras se efectuaron principalmente con medios privados o de círculos; y cuando el gobierno aportaba aquí o allá algún dinero, sólo era la mínima parte de las sumas que sacaba de la provincia en concepto de impuestos y de utilidades de los dominios nacionales y eclesiásticos polacos. Además, los polacos le deben al señor Flottwell no sólo la persistencia de la suspensión de la elección de los consejos provinciales por los departamentos (desde 1826), sino también, y en especial, la lenta expropiación de los propietarios rurales polacos mediante los acaparamientos gubernamentales de haciendas nobiliarias subastadas, que sólo fueron vendidas a alemanes bienintencionados (real orden de 1833). Un beneficio final de la administración flottwelliana fue el mejoramiento del sistema escolar. Pero ésta fue de nuevo una providencia prusianizadora. Las escuelas superiores tenían que prusianizar a los jóvenes nobles y a los futuros eclesiásticos católicos, y las inferiores a los campesinos, unas y otras con profesores prusianos. El señor Wallach, gobernador de Bromberg, denotó en un inadvertido arranque cómo había que portarse con los institutos de enseñanza: ¡le escribe al señor Beurmann, gobernador de la provincia, diciéndole que el *idioma polaco* es un *obstáculo capital* para la difusión de la educación y la prosperidad entre la población rural! Por supuesto que resulta mucho mejor si el maestro no entiende nada de polaco. Por lo demás, quienes pagaban estas escuelas eran de nuevo los mismos polacos, pues 1º., si la mayor parte de los más importantes de los institutos, aunque no sirvieran precisamente a la prusianización, fueron fundados y dotados con contribuciones privadas o por los fueros provinciales y, 2º., si incluso las escuelas prusianizadoras fueron mantenidas con los ingresos de los claustros secularizados el 31 de marzo de 1833, el erario sólo concedió 21 000 táleros anuales durante diez años. En lo demás, el señor Flottwell admite que todas las reformas partieron de los mismos polacos. Pero el señor Flottwell, no menos que el señor Senff, omite decir que los máximos beneficios del gobierno prusiano consistieron en la incautación de significativas rentas e impuestos y en el empleo de la gente joven para el servicio militar prusiano.

En suma, el conjunto de los beneficios del gobierno prusiano se reduce a la provisión de suboficiales prusianos en la provincia posense, ya sea como jefes instructores, maestros de escuela, gendarmes o recaudadores de impuestos.

No podemos seguir abordando las otras infundadas sospechas contra los polacos ni los falsos datos estadísticos del señor Senff. Baste decir que el señor Senff habla meramente para volver odiosos a los polacos en la asamblea.

Sigue el señor Robert Blum. Como de costumbre, pronuncia una así llamada *sólida* alocución, vale decir una alocución que contiene más sentimientos que razones y más declamación que sentimientos y que, aparte de eso —debemos confesarlo—, no hace como declamatoria mayor efecto que la moderna conciencia mundial del señor Goeden de Krotoszyn. Polonia, el muro contra la barbarie nórdica —si los polacos tienen vicios, la culpa

la tienen sus opresores— el anciano Gagern declara que la partición de Polonia es la pesadilla que gravita sobre nuestra época— los polacos aman ardientemente a su patrio suelo, y podríamos sacar ejemplo de ello— peligros que amenazan desde Rusia— ahora bien, si en París triunfara la república roja y quisiera liberar a Polonia por la fuerza de las armas, ¿qué pasaría, señores?— seamos imparciales, etcétera, etcétera.

Nos da pena por el señor Blum pero si uno despoja a todas esas lindas cosas de su oropel declamatorio no queda nada salvo el más trivial de los politiqueos, aunque —cosa en la que convenimos gustosamente— politiqueo de gran tren y en relieve. Si bien el señor Blum estima que la Asamblea nacional debe proceder consecuentemente en Slesvig, Bohemia, el Tirol italiano, las provincias bálticas rusas y Alsacia según el mismo principio que en Posen, ésa es una razón que sólo está legitimada frente a las irreflexivas mentiras sobre la nacionalidad y a la cómoda inconsecuencia de la mayoría. Y si estima que Alemania sólo puede negociar decentemente Posen con una Polonia ya existente, no se lo negaremos, pero notaremos que esa única razón concluyente de su discurso ya fue desarrollada por los mismos polacos ciento y muchas más veces, mientras que en el señor Blum es disparada estérilmente como embotada flecha retórica, con "moderación y solícita suavidad", contra el endurecido pecho de la mayoría.

El señor Blum tiene razón cuando dice que los *shrapnels* no son razones, pero se equivoca —y lo sabe— cuando se coloca de modo imparcial en un "moderado" punto de vista superior. Si el señor Blum no tiene en claro la cuestión polaca, es su propia culpa. Pero resulta malo para el señor Blum que, 1o., crea lograr que la mayoría siquiera pida informes al poder central y 2o., se imagine que con el informe de esos ministros del poder central, que en el asunto del 6 de agosto se doblegaron tan ignominiosamente ante las apetencias prusianas de soberanía,[23] con el informe de esos ministros gane siquiera lo más mínimo. Si uno quiere sentarse en la "izquierda decidida", el primer requisito es poner de lado toda solícita suavidad y renunciar a lograr alguna cosa de la mayoría, por nimia que sea.

En general, y como siempre, casi toda la izquierda[24] se va en declamaciones o bien en exaltaciones fantásticas al tratar la cuestión polaca, sin siquiera entrar ni por asomo en el material efectivo, en el contenido práctico de la cuestión. ¡Y sin embargo, aquí precisamente el material era tan

[23] De acuerdo con una orden de Pucker, ministro de guerra del imperio, emitida el 16 de julio de 1848, el 6 de agosto próximo. Las tropas de todos los estados alemanes debían prestar juramento al regente, archiduque Juan, en una parada solemne. Federico Guillermo IV, que a su vez reivindicaba el mando supremo de las fuerzas armadas de la Federación germánica, prohibió la parada fijada para el 6 de agosto en Prusia.

[24] La izquierda de la Asamblea nacional de Francfort constaba de dos fracciones. Uno de los jefes oficiales de la izquierda propiamente dicha era Robert Blum. A la extrema izquierda, el así llamado partido radical-democrático, pertenecían entre otros los diputados Arnold Ruge, Zitz, Simon, Schlöffel y von Trützschler. La *Neue Rheinische Zeitung* estaba muy próxima a esta fracción; respaldaba al ala de extrema izquierda de la demo-

surtido y los hechos tan contundentes! Por supuesto que corresponde estudiar la cuestión, y uno se puede ahorrar naturalmente éso si alguna vez pasó por el purgatorio de las elecciones y ya no es más responsable ante ningún ser humano.

En el transcurso del debate retornaremos a las pocas excepciones. Mañana, una palabrita con el señor Wilhelm Jordan, que no es ninguna excepción, sino que esta vez en sentido literal, y con motivos, corre con el gran montón.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 86 del 26 de agosto de 1848]

Colonia, 25 de agosto. ¡Al fin dejamos, dios sea loado, el chato arenal del politiqueo cotidiano para entrar en las más sublimes partes alpestres del gran debate! ¡Al fin escalamos aquella cumbre que corta las nubes, donde anidan las águilas, donde el hombre mira lo divino cara a cara y desde donde contempla despectivamente el menudo gusanerío que allá abajo, muy abajo, anda a los golpes con los escasos argumentos del ordinario entendimiento humano! ¡Al fin, tras las escaramuzas de un Blum con un Stenzel, un Goeden, un Senff de Inowroclaw, se abre la gran batalla en la que héroes ariostescos siembran la campiña con las astillas de las lanzas de su espíritu!

Las filas de los luchadores se abren llenas de temor reverencial, y blandiendo la espada se adelanta al galope el señor Wilhelm Jordan de Berlín.

¿Quién es el señor Wilhelm Jordan de Berlín? El señor Wilhelm Jordan de Berlín era literato en Könisberg en la época de florecimiento del literatismo alemán. Se celebraban asambleas semilícitas en el patiecito de un tonelero; el señor Wilhelm Jordan fue hasta ahí, leyó un poema: "El barquero y su dios", y fue expulsado. El señor Wilhelm Jordan de Berlín fue a Berlín. Allí se celebraban asambleas estudiantiles. El señor Wilhelm Jordan leyó un poema: "El barquero y su dios", y fue expulsado. El señor Wilhelm Jordan de Berlín fue a Leipzig. Allí, asimismo, había unos cuantos encuentros inocentes. El señor Wilhelm Jordan leyó un poema: "El barquero y su dios", y fue expulsado. El señor Wilhelm Jordan editó además varios escritos: un poema, "Campana y cañón"; una colección de canciones populares lituanas, entre las cuales también manufacturas propias, sobre todo canciones polacas que se compusieron solas; traducciones de George Sand; una revista, la incomprensible *Begriffene Welt*[25] [El mundo

cracia revolucionaria, pero al mismo tiempo fustigaba su insuficiencia y falta de resolución, e intercedía en favor de la eliminación consecuente del feudalismo y la monarquía.

[25] El mensuario editado entre 1845-1846 por Wilhelm Jordan en Leipzig lleva el título *Die begriffene Welt. Blätter für wissenschaftliche Unterhaltung* [El mundo comprendido; hojas para la recreación científica].

comprendido], etcétera, al servicio del gloriosísimamente conocido señor Otto Wigand, que todavía no llegó tan lejos como su original francés, el señor Pagnerre; además, una traducción de la *Histoire de Pologne* de Lelewel, con un prefacio lleno de exaltación por los polacos, etcétera.

Llegó la revolución. En un lugar de la Mancha, cuyo nombre no quiero acordarme:[11] en un lugar de la Mancha alemana, la Marca de Brandenburgo, donde crecen los Don Quijote, lugar de cuyo nombre no me puedo acordar, el señor Wilhelm Jordan de Berlín se presentó como candidato a la Asamblea nacional alemana. Los campesinos del departamento eran ameno-constitucionales. El señor Wilhelm Jordan pronunció varios discursos incisivos, llenos de la amenidad más constitucional. Los encantados campesinos eligieron al gran hombre para diputado. Apenas llegado a Francfort, el noble irresponsable se sienta en la izquierda "decidida" y vota con los republicanos. Los campesinos, que habían engendrado ese Don Quijote parlamentario en su calidad de electores, le envían un voto de desconfianza, le recuerdan sus promesas y lo llaman de vuelta. Pero el señor Wilhelm Jordan se mantiene tan poco atado a su palabra como un rey, y en toda ocasión continúa haciendo sonar su "Campana y cañón" en la asamblea.

Cada vez que el señor Wilhelm Jordan subía al púlpito de la iglesia de San Pablo sólo leía en el fondo un poema: "El barquero y su dios", con lo cual no se dice, sin embargo, que por eso hubiese merecido ser expulsado.

Oigamos el último repique de campana y el recentísimo tronar de cañón del gran Wilhelm Jordan sobre Polonia. "Más bien creo que debemos elevarnos al *punto de vista histórico-universal*, desde donde hay que investigar el asunto de Posen en su significación como episodio del gran drama polaco."

De un tirón, el poderoso señor Wilhelm Jordan nos alza muy por encima de las nubes, hacia el Chimborazo cubierto de nieve y afanoso de cielo del "punto de vista histórico-universal", abriéndonos la más inmensa perspectiva.

Pero previamente se pasea aún un instante por el terreno cotidiano de la deliberación "específica", y eso con mucha felicidad. Algunas pruebas: "Más tarde" (el distrito del Netze) "pasó por el Tratado de Varsovia" (vale decir la primera partición) "a Prusia, y desde entonces quedó para Prusia, si uno quiere dejar aparte la breve existencia intermedia del ducado de Varsovia".

Aquí el señor Jordan habla del distrito del Netze por *oposición* al resto de Posen. Él, el caballero del punto de vista histórico-universal, el conocedor de la historia polaca, el traductor de Lelewel, ¿qué fuente sigue aquí? ¡No otra que el discurso del señor Senff de Inowroclaw! ¡Y tanto la sigue que hasta olvida totalmente que en 1794 la restante parte gran polaca de Posen también "pasó a Prusia y desde entonces, si uno quiere dejar aparte la breve existencia intermedia del ducado de Varsovia, quedó para Prusia". Pero el hermano del Netze Senff no había hablado de eso, y por ende el "punto de vista histórico-universal" sabe únicamente que el distrito gubernamental de Posen recién "pasó a Prusia" en 1815. "Además los departamentos occidentales de Birnbaum, Meseritz, Bomst y Fraustadt,

como ustedes ya pueden inferir por los *nombres* de estas ciudades, eran alemanes desde tiempo *inmemorial* en la abrumadora mayoría de sus habitantes."

Y el departamento de Miedzychod, señor Jordan, era "polaco" "desde tiempo inmemorial" en la abrumadora mayoría de sus habitantes, como usted ya puede inferir por el nombre, ¿no es verdad, señor Jordan? Pero el departamento de Miedzychod no es otro que el departamento de Birnbaum. La ciudad se llama Miedzychod en polaco.

¡Qué apoyo que van a encontrar en el cristiano-germano señor *Leo* estas etimológicas cámaras de reunión del "punto de vista histórico-universal" del "mundo comprendido"! Para no hablar de que Mailand, Lüttich, Genf y Kopenhagen,[12] "como ustedes ya infieren por los nombres, son alemanas desde tiempo inmemorial", ¿acaso el "punto de vista histórico-universal" tampoco ve, "ya por los nombres", la alemanidad inmemorial de Haimons-Eichicht, Welsch-Leyden, Jenau y Kaltenfelde? Por supuesto que el punto de vista histórico-universal sentirá embarazo de encontrar en el mapa estos inmemoriales nombres alemanes, y no tiene más que darle las gracias al señor Leo, que los fabricó solito, si averigua que con ellos se alude a Le Quesnoi, Lyon, Génova y Campo Freddo.

¡Qué dirá el punto de vista histórico-universal cuando dentro de poco los franceses reclamen Cologne, Coblence, Mayence y Francfort como tierra inmemorialmente francesa y entonces: ay del punto de vista histórico-universal!

Pero no nos demoremos más tiempo en estas *petites misères de la vie humaine* que ya les pasaron también a gente más grande. Sigamos al señor Wilhelm Jordan de Berlín por las regiones superiores de su vuelo. Allí se dice de los polacos que uno "más los quiere cuanto más lejos está de ellos y cuanto menos los conoce, y menos los quiere cuanto más se les aproxima", y que por ende "esa inclinación no descansa tanto en una real cualidad del carácter polaco como en cierto *idealismo cosmopolita*".

Pero ¿cómo explicará el punto de vista histórico-universal que los pueblos de la Tierra no "quieran" a otro pueblo ni cuando uno "está lejos de él" ni cuando uno se le "aproxima", y que con rara coincidencia desprecien, exploten, escarnezcan y pisoteen a ese pueblo? Ese pueblo son los *alemanes*.

Que el punto de vista histórico-universal diga que ello descansa en un "*materialismo cosmopolita*", y con eso está salvado.

Pero sin inquietarse por tan pequeñas objeciones, el águila histórico-universal bate sus remos cada vez más osada, cada vez más alto, hasta que llegada finalmente al éter puro de la idea que-es-en-y-para-sí, estalla en el siguiente himno heroico-histórico-universal-hegeliano: "Si en todo caso uno puede dar razón a la historia, que en su marcha delineada por la necesidad aplasta con férreo pie, de modo invariable e inexorable, al pueblo que ya no es lo bastante fuerte para conservarse entre naciones de igual rango, sería inhumano y de bárbaros cerrarse a toda simpatía ante la vista de la larga pasión de tal pueblo, y yo estoy muy lejos de semejante insensibilidad" (¡Dios no lo dejará sin recompensa, noble Jordan!). "Pero una cosa es ser sobrecogido por una tragedia, y otra querer invalidar, como

quien dice, esa tragedia. Sólo la férrea necesidad a que está sujeto el héroe convierte su sino en *verdadera tragedia*, y terciar en la marcha de ese destino, detener por simpatía humana la arrolladora rueda de la historia y querer que otra vez gire para atrás sería exponerse uno mismo al peligro de ser triturado por ella. ¡Al querer instaurar una Polonia no más que porque su ocaso llena de justa tristeza yo lo llamo sentimentalismo imbécil!"

¡Qué plétora de ideas! ¡Qué abismo de sabiduría! ¡Qué brioso lenguaje! Así habla el punto de vista histórico-universal cuando ha mejorado ulteriormente sus discursos estenografiados.

Los polacos tienen la opción: o quieren representar una "verdadera tragedia", y entonces deben dejarse moler humildemente bajo el férreo pie y la arrolladora rueda de la historia, y decirle a Nicolás: ¡Señor, hágase tu voluntad! O quieren rebelarse y tratar de ver si no pueden siquiera una vez poner el "férreo pie de la historia" sobre la cerviz de sus opresores, y entonces no representan ninguna "verdadera tragedia" y el señor Wilhelm Jordan de Berlín puede no interesarse más por ellos. Así habla el punto de vista histórico-universal formado estéticamente por el profesor Rosenkranz.

¿En dónde estaba la inexorable y férrea necesidad que aniquiló momentáneamente a los polacos? En la decadencia de la democracia nobiliaria que descansaba sobre la servidumbre, vale decir en el surgimiento de una gran aristocracia *dentro* de la nobleza. Eso constituía un progreso, por cuanto era el único camino para salir del perimido estado de la democracia nobiliaria. ¿Cuál fue la consecuencia? Que el férreo pie de la historia, vale decir las tres autócratas del este aplastaron a Polonia. La aristocracia se vio forzada a coaligarse con el extranjero para terminar con la democracia nobiliaria. Hasta hace poco, y en parte hasta hoy, en rigor, la aristocracia polaca siguió siendo la recta aliada de los opresores de Polonia.

¿Y en dónde está la inexorable y férrea necesidad de que Polonia se vuelva a liberar? En el hecho que la dominación de la aristocracia en Polonia, que no cesó desde 1815, al menos en Posen y Galitzia e, incluso parcialmente, en la Polonia rusa, hoy está tan permitida y socavada como la democracia de la pequeña nobleza en 1772; en el hecho que la instauración de la democracia agraria se ha convertido para Polonia no sólo en una cuestión política vital sino también en una cuestión social vital; en el hecho que la fuente de subsistencia del pueblo polaco, la labranza, se irá a pique si el campesino siervo o sujeto a prestación no se convierte en propietario rural libre; en el hecho que la revolución agraria es imposible sin la simultánea conquista de la existencia nacional, de la posesión de la costa báltica y de las desembocaduras de los cursos de agua polacos.

¡Y a esto el señor Wilhelm Jordan de Berlín llama detener la arrolladora rueda de la historia y querer que otra vez gire para atrás!

Claro que la vieja Polonia de la democracia *nobiliaria* hace rato que está muerta y enterrada, e invalidar la "verdadera tragedia" de esta Polonia sólo lo puede pretender algún señor Jordan; pero este "héroe" de la tragedia engendró un hijo robusto, de cuyo trato cercano se puede espantar sin duda más de un engrupido literato berlinés, y ese hijo, que recién se dispone a representar *su* drama y meter mano en la "arrolladora rueda de la

historia", pero para quien la victoria resulta segura, ese hijo es la Polonia de la democracia *campesina.*

A una pompa literaria algo desgastada; a un desprecio afectado del mundo —que en Hegel era una osadía y que en el señor Jordan se convierte en majadería barata y achatada—; en suma, a algo de campana y algo de cañón, a ruido y humo[26] puestos en malas frases, y además a una confusión e ignorancia que no tienen nombre acerca de las circunstancias históricas ordinarias: ¡a eso se reduce todo el punto de vista histórico-universal!

¡Viva el punto de vista histórico-universal con su mundo comprendido!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 90 del 31 de agosto de 1848]

Colonia, 26 de agosto. El segundo día de batalla ofrece un cuadro aún más grandioso que el primero. Por supuesto que nos falta un Wilhelm Jordan de Berlín, cuyos labios cuativan los corazones de todos los oyentes; pero conformémosnos: tampoco son de despreciar un Radwitz, un Wartensleben, un Kerst y un Rodomonte-Lichnowski.[27]

El señor Radowitz asciende primero a la tribuna. El jefe de la derecha habla breve, definida, calculadamente. No más declamaciones que las precisamente necesarias. Presupuestos falsos, pero apretadas conclusiones sacadas rápidamente de estos presupuestos. Apelación al *miedo* de la derecha. Certidumbre a sangre fría del éxito, haciendo pie en la cobardía de la mayoría. Desprecio a fondo por toda la asamblea, tanto a la derecha como a la izquierda. Éstos son los rasgos fundamentales del breve discurso que pronunció el señor Radowitz, y comprendemos perfectamente el efecto que esas pocas palabras, frías como el hielo y sin boato, debieron hacer en una asamblea habituada a oír los más pomposos y huecos ejercicios retóricos. El señor Wilhelm Jordan de Berlín habría sido feliz si con todo su mundo de imágenes "comprendidas" e incomprendidas hubiese producido solamente la décima parte del efecto que el señor Radowitz produjo con su discurso breve y, en el fondo, totalmente insustancial también.

El señor Radowitz no es ningún "carácter", ningún probo varón con entereza de ánimo, sino una figura de contornos agudos y definidos, de quien sólo hace falta leer un discurso para conocerlo por completo.

Jamás hemos ambicionado el honor de ser órgano de ninguna izquierda parlamentaria. Al contrario, entre los diversos y diferentes elementos con que se formó el partido democrático en Alemania, hemos considerado de urgente necesidad no vigilar a nadie con más rigor que a los demócratas precisamente. Y ante la carencia de energía, decisión, talento y conoci-

[26] *Ruido y humo* (Goethe, *Fausto*, Primera parte, "Jardín de Marta").

[27] Engels da a Lichnowski el nombre de un héroe del *Orlando furioso* de Ariosto, y con ello lo caracteriza como un charlatán fanfarrón.

miento que con muy pocas excepciones encontramos en los dirigentes de todos los partidos, debe alegrarnos hallar en el señor Radowitz al menos un *adversario* condigno.

Tras el señor Rodowitz, el señor Schuselka. Pero a pesar de todas las precedentes advertencias, una conmovedora apelación al corazón. Alocución infinitamente ampulosa, interrumpida por raras objeciones históricas y, aquí y allá, por una inteligencia práctica algo austriaca. En total, la impresión es fatigante.

El señor Schuselka fue a Viena, donde también lo eligieron para la Dieta Imperial. Allí está en su sitio. Si en Francfort se sentó a la izquierda, allá cae en el centro; si en Francfort pudo desempeñar cierto papel, en Viena obtiene un fiasco con el primer discurso. Es el destino de todas esas grandezas literarias, filosóficas y politiqueras que sólo han hecho uso de la revolución para procurarse posiciones; que los pongan un instante sobre suelo realmente revolucionario, y desaparecen en un santiamén.

Sigue el *ci-devant* conde v. Wartensleben. El señor Wartensleben aparece como probo varón holgado, rebosante de benevolencia; cuenta anécdotas sobre su expedición como guardia nacional a la frontera polaca en 1830; le gana a Sancho Panza evocando refranes polacos: más vale pájaro en mano que cien volando, y además sabe meter de contrabando, bien inocentemente, esta pérfida observación: "¿De dónde viene que ni siquiera se encontraran funcionarios polacos que quisiesen hacerse cargo de la reorganización en la parte a ceder? ¡Temo que se asusten de sí mismos, que sientan que todavía no llegaron al punto de poder organizar tranquilamente a la población, y sólo por este motivo pretextan que el amor patrio a Polonia es el que les impide poner siquiera el germen de una feliz resurrección!"

En otras palabras, hace ochenta años que los polacos luchan incesantemente, con sacrificio de su vida y de su patrimonio, por una causa que ellos mismos consideran imposible y sin sentido.

Finalmente, el señor Wartensleben es de la opinión del señor Radowitz.

El señor Janiszewski de Posen, miembro del Comité nacional posense, asciende a la tribuna.

El discurso del señor Janiszewski es la primera pieza de real elocuencia parlamentaria que se pronunció desde la tribuna de la iglesia de San Pablo. Al fin oímos una vez a un orador que no busca meramente el aplauso de la sala, que habla el lenguaje de la pasión real y viva y que justamente por eso hace un efecto muy distinto que el de todos los oradores previos a él. La apelación de Blum a la conciencia de la Asamblea, el culteranismo barato de Jordan, la fría congruencia de Radowitz, la amena ampulosidad de Schuselka desaparecen por igual medida ante este polaco que defiende la existencia de su nación y exige la restitución de su buen derecho. Janiszewski habla excitado, vehemente, pero no declama; sólo refiere los hechos con la justa indignación con que únicamente es posible la descripción correcta de tales hechos, y que resulta doblemente justa después de las vergonzosas deformaciones que se formularon hasta entonces en el debate. Su discurso, que de hecho constituye el punto central del debate, refuta to-

dos los anteriores ataques a los polacos, corrige todos los errores de los amigos de Polonia, reduce el debate a su único terreno práctico y correcto y corta de antemano a los oradores posteriores de la derecha sus más rimbombantes argumentos.

"¡Ustedes se tragaron a los polacos pero, por Dios, no los digerirán!" Este contundente resumen del discurso de Janiszewski quedará, así como el orgullo con que declara aludiendo a todos los pordioseros de los amigos de Polonia: "No vengo a ustedes como mendigo; vengo con mi buen derecho; no clamo por simpatías, sino sólo por justicia."

Tras el señor Janiszewski, el señor director Kerst de Posen. Tras el polaco que lucha por la existencia, por la libertad social y política de su pueblo, el maestro de escuela prusiano inmigrado a Posen, que lucha por su sueldo. Tras la hermosa pasión indignada del oprimido, la chata desvergüenza del burócrata que vive de la opresión.

La partición de Polonia, "a la que hoy llaman ignominia", fue en su momento "un *acontecimiento muy corriente*". "El derecho de los pueblos a segregarse según nacionalidades es un derecho muy nuevecito que no está reconocido es ninguna parte. . . En política sólo decide el *estado de posesión efectivo*."

Éstos son algunos de los aforismos motores sobre los que el señor Kerst basa su argumentación. Después siguen las contradicciones más burdas: "Con Posen pasó a Alemania un enclave territorial que, por supuesto, es prepoderantemente polaco." Y no muy lejos de ahí: "¡En lo concerniente a la parte polaca de Posen, ésta no pidió la anexión a Alemania, y por cuanto sé, ustedes, señores, no piensan en asimilar esa parte contra su voluntad!"

Con esto se vinculan datos estadísticos sobre las relaciones demográficas: datos acordes con los famosos relevamientos de los hermanos del Netze, según los cuales sólo valen como polacos quienes no entienden nada de alemán, y como alemanes todos aquellos que chapurrean algo de alemán. Y, en fin, un cálculo sumamente artificioso mediante el cual verifica que en la votación de la Dieta provincial de Posen la minoría de 17 contra 26, que votó *por* la anexión a Alemania,[28] era la mayoría propiamente dicha. "Claro que según la ley provincial sería necesario que la mayoría fuese de 2/3 para formar quórum. Ahora bien, claro que 17 no son plenamente los 2/3 de 26, pero la fracción que falta es tan pequeña que en una cuestión tan seria seguramente no puede entrar en consideración."

¡O sea que si la minoría es los 2/3 de la mayoría, es la mayoría "según la ley provincial"! La archiprusianidad coronará al señor Kerst por este descubrimiento. . . Pero de hecho, la cosa es así: para hacer una *moción*, deben estar a favor los 2/3 de los votos. La asimilación a la Confederación germánica era una de esas mociones. O sea que recién estaba mocionada legalmente la asimilación cuando los 2/3 de la asamblea, [es decir] los 2/3

[28] El gobierno prusiano exhortó a la Dieta provincial de Posen a manifestarse acerca de la inclusión de la mayor parte del gran ducado de Posen en la Confederación germánica. La Asamblea de los estados rechazó la inclusión el 6 de abril de 1848, por 26 votos contra 17.

de los 43 votantes votaban a favor. En vez de ello, casi los 2/3 votan en contra. Pero eso, ¿para qué sirve? ¡En rigor, 17 son casi los "2/3 de 43"!

Resulta muy comprensible que los polacos no sean una nación tan "culta" como los ciudadanos del "Estado de la intelectualidad" si el estado de la intelectualidad les da tales aritméticos por maestros.

El señor *Clemens* de Bonn hace la correcta observación de que al gobierno prusiano no le importa germanizar a Posen, sino *prusianizarla*, y compara con los intentos de prusianizar a Posen los intentos similares en Renania.

El señor Ostendorf de Soest. El hijo de la tierra roja lee un repertorio de chaturas políticas y de politiqueos, se pierde en posibilidades, probabilidades y conjeturas que van de las ramas a las nubes, del señor Jordan a los franceses, de la república roja a los pieles rojas de Norteamérica, con quienes pone a los polacos en un mismo plano, así como a los hermanos del Netze con los yanquis. ¡Osados paralelos, dignos de la tierra roja! El señor Kerst, el señor Senff, el señor Goeden como pioneros con cabaña, carabina y pala: ¡qué incomparable comedia!

El señor Franz Schmidt de Löwenberg asciende a la tribuna. Habla tranquilo y sin boato, cosa que hay que reconocer tanto más cuanto que el señor Schmidt pertenece a un estado que de ordinario ama la declamación por encima de todo: el estado de los eclesiásticos germano-católicos. El señor Schmidt, cuyo discurso, después del de Janiszewski, es en cualquier caso el mejor por ser el más contundente y el más competente de todo el debate, el señor Schmidt demuestra al comité que detrás de su aparente derroche de erudición (cuyo contenido hemos investigado) yace oculta la más ilimitada ignorancia acerca de las condiciones efectivamente existentes. El señor Schmidt vivió años en el gran ducado de Posen, y demuestra al comité mismo las crasísimas pifiadas cometidas con el pequeño distrito que él conoce perfectamente. Revela de qué modo, precisamente en todos los puntos decisivos, el comité dejó sin esclarecimiento a la asamblea; de qué modo la exhorta directamente a resolver al tuntún, sin material alguno y sin ningún conocimiento de causa. Ante todo reclama esclarecimiento sobre la situación efectiva de las cosas. Demuestra que las mociones del comité están en contradicción con sus propios presupuestos; cita el memorándum de Flottwell y exige a éste, que también está presente como diputado, que comparezca si esa acta es apócrifa. Finalmente, denuncia ante el público que los hermanos del Netze fueron a verlo a Gagern, queriéndolo mover, con la falsa noticia de una insurrección que habría estallado en Posen, a que concluyese rápidamente el debate. Por cierto que Gagern lo niega, mientras que el señor Kerst se ha jactado en voz alta de ello.

La mayoría se vengó del señor Schmidt por ese animoso discurso cuidando de que lo falsificaran en los informes estenogr[áficos]. En un pasaje, el mismo señor Schmidt corrigió tres veces el disparate apuntado, y sin embargo éste quedó al ser impreso. Tambores contra Schlöffel, acto de violencia contra Brentano,[29] falsificación contra Schmidt: ¡de hecho, los señores de la derecha son finos críticos!

[29] El 7 de agosto de 1848, el diputado Brentano habló en la sesión de

El señor Lichnowski cierra la sesión. Pero a este amigo nos lo reservamos para el próximo artículo; ¡no se despacha a las disparadas a un orador del calibre del señor Lichnowski!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 91 del 1 de septiembre de 1848]

Colonia, 31 de agosto. Hacia la tribuna avanza con caballeresco y galante decoro y una sonrisa de suficiencia el *bel-home* de la asamblea, el Bayardo alemán sin miedo y sin tacha, el ex príncipe (§ 6 de los Derechos Fundamentales)[30] de *Lichnowski*. Con el más puro acento del teniente prusiano y con desdeñosa *nonchalance* recita los pocos apotegmas que tiene que comunicar a la asamblea.

El hermoso caballero constituye un elemento absolutamente necesario en este debate. Quien con los señores Goeden, Senff y Kerst aún no se ha convencido lo bastante suficientemente de qué respetable gente son los polaco-germanos, puede ver con el caballero Lichnowski qué manifestación antiestética —a pesar de la bonita figura— es el eslavo prusianizado. El señor Lichnowski es pariente por raza de los polaco-germanos, y complementa las actas con su mera actuación en la tribuna. El szlachtic de la Hidropolaquia, absorbido en el *junker* prusiano de chacra, nos proporciona un vivo ejemplo de lo que piensa hacer el amoroso gobierno prusiano con la nobleza posense. Pero a pesar de todas sus protestaciones, el señor Lichnowski no es alemán, sino polaco "reorganizado"; tampoco habla alemán, sino prusiano.

El señor Lichnowski empieza con la protestación de su más caballeresca simpatía por los polacos; hace cumplidos al señor Janiszewski; reivindica a los polacos la "gran poesía del martirio" y luego cambia de repente: ¿por qué mermaron esas simpatías? ¡Porque en todas las insurrecciones y revoluciones "los polacos estuvieron en primera fila en las barricadas"! Claro que eso es un crimen que ya no sucede cuando los polacos están "reorganizados"; por lo demás, podemos darle al señor Lichnowski la tranquilizadora garantía de que incluso entre la "emigración polaca", incluso entre aquella nobleza polaca desterrada, que según él se hundió tan profundamente, hay gente que se mantuvo totalmente impoluta de todo contacto con las barricadas.

Ahora sigue una divertida escena. *Lichnowski*: "Los señores de la izquierda, que pisotean los amarillentos pergaminos, han evocado de manera

la Asamblea Nacional de Francfort en favor de un decreto de amnistía para los participantes de la insurrección republicana de Baden y para Hecker, su jefe. Primero los miembros derechistas de la asamblea interrumpieron el discurso de Brentano, y luego lo obligaron a dejar la tribuna por la fuerza.

[30] Artículo II, £ 6 de los "Derechos fundamentales del pueblo alemán", aprobado el 2 de agosto de 1848 por la Asamblea nacional de Francfort. Preveía la anulación de todos los privilegios de estado y de todos los títulos que no estuviesen ligados con cargos.

chocante el derecho histórico. No hay derecho a reivindicar una fecha más que otra para la causa polaca. Para el derecho histórico no hay ninguna fecha" (gran carcajada en la izquierda). "Para el derecho histórico no hay ninguna fecha" (gran carcajada en la izquierda). *Presidente*: "Pero señores, dejen que el orador termine su frase, no lo interrumpan." *Lichnowski*: "El derecho histórico no tiene ninguna fecha" (carcajada en la izquierda). *Presidente*: "¡Pido que no interrumpan al orador, pido silencio!" (desorden). *Lichnowski*: "No hay, para el derecho histórico ninguna fecha", (bravos e hilaridad en la izquierda) "que ante una fecha anterior pueda reivindicar un derecho mayor!" ¿No teníamos razón en decir que el noble caballero no habla alemán, sino prusiano?

El derecho histórico, que no tiene ninguna fecha, halla un temible adversario en vuestro noble paladín: "Retrocedamos en la historia y encontraremos" (en Posen) "muchos departamentos que eran silesios o alemanes; sigamos un poco más y llegaremos a la época en que los eslavos construyeron Leipzig y Dresde, y después llegaremos a Tácito, y Dios sabe dónde nos llevarían los señores si entrásemos en este tema".

El mundo debe andar mal. ¡Las haciendas de la caballería prusiana deben ser insalvablemente empeñadas; los acreedores judíos deben volverse temiblemente apremiantes; las fechas de vencimiento de las únicas de cambio deben precipitarse; la subasta, el arresto, el licenciamiento del servicio a causa de una frívola contracción de deudas, todos estos horrores de la pálida emergencia financiera, deben amenazar con incontenible ruina a la caballería prusiana, antes que se pueda llegar a que un Lichnowski combata el mismo derecho histórico por el que se hizo merecedor de las espuelas de caballero en la mesa redonda de Don Carlos![31]

Claro que Dios sabe dónde llevarían los señores ejecutores a la magra caballería[32] si nosotros entráramos en el tema del derecho histórico de obligaciones! Y sin embargo, ¿acaso las deudas no son la mejor, la única cualidad exculpatoria de los paladines prusianos?

Pasando a su tema, opinaba el *bel-homme*, no habría que aparecer ante los polaco-germanos "con el cuadro poco claro de un futuro de Polonia situado en remotísima oscuridad (!)"; quiere decir que los polacos no se contentarían con Posen: "Si yo tuviese el *honor* de ser polaco, pensaría mañana y tarde en restaurar el antiguo reino de Polonia."

Pero como el señor Lichnowski no "tiene el honor", como sólo es un hidropolaquio[33] reorganizado, piensa "mañana y tarde" en muy distintas

[31] Don Carlos (1788-1855) se remitió a la ley de 1813, que prohibía la sucesión al trono de la línea femenina, cuando en 1833 apareció como pretendiente al trono español en contra de Isabel, la hija del rey Fernando. De 1838 a 1840, Lichnowski participó en la guerra civil desencadenada por Don Carlos y obtuvo el rango de general de brigada.

[32] Heine, *Deutschland. Ein Wintermärchen* [Alemania, cuento invernal], cap. VIII.

[33] Designación originaria de los balseros polacos del Oder, que en su mayoría eran oriundos de la Alta Solesia (*Wasserpolackei:* Hidropolaquia); posteriormente, el nombre [de connotación despectiva (T)] fue el apodo corriente en Alemania para los polacos de Silesia.

y menos patrias cosas. "Para ser honesto, debo decir que unos 100 000 polacos deben convertirse en alemanes, cosa que, dicho con sinceridad, tampoco sería ninguna desgracia para ellos de acuerdo a las circunstancias actuales."

Al contrario, ¡qué lindo si el gobierno prusiano estableciese un nuevo vivero para hacer crecer aún más la madera de la que se cortan los Lichnowski!

Con la misma manera amable y negligente que, en el fondo, está calculada para las damas de la galería pero que también sigue siendo lo bastante buena para la propia Asamblea, el caballero, atusándose los bigotes, aún continúa platicando durante un tiempo y luego concluye: "No tengo más nada que decir: ahora resuelvan ustedes; asimilen a nosotros 500 000 alemanes o desháganse de ellos. . . pero entonces borren también la canción de nuestro viejo cantor popular: 'Hasta donde suene la lengua alemana y Dios cante canciones en el cielo', ¡Borren esa canción!"

Claro que queda mal que el viejo Arndt, en su canción,[34] no haya pensado en los judíos polacos y su alemán. Pero por suerte allí está nuestro paladín de Alta Silesia. ¿Quién no conoce los viejos compromisos de la nobleza con los judíos, compromisos que se volvieron venerables en el curso de los siglos? El caballero Lichnowski se acuerda de lo que el viejo plebeyo pasó por alto. Hasta donde un judío polaco jerigoncee alemán, preste con usura, falsifique moneda y peso. . . ¡hasta allí llega la patria del señor Lichnowski!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 93 del 3 de septiembre de 1848]

Colonia, 2 de septiembre. El tercer día de debate acusa una fatiga general. Los argumentos se repiten sin mejorar, y si el primer orador honorable, el ciudadano *Arnold Ruge*, no hubiese formulado su rico tesoro de nuevas razones, el informe estenográfico sería para dormirse completamente.

Pero el ciudadano Ruge también [conoce] sus méritos mejor que ningún otro. Promete: "Aplicaré *toda* la *pasión* que tengo y *todos* los *conocimientos* que poseo." Hace una moción, pero que no es una moción ordinaria ni una moción en general, sino la única correcta, la *verdadera* moción, la moción absoluta: "*No hay absolutamente nada que mocionar ni qué admitir*. Uno puede hacer algo distinto, señores, pues al hombre le es dado desviarse de lo correcto. Debido a que se desvía de lo correcto, el hombre tiene un libre albedrío. . . pero no por eso lo correcto deja de ser correcto. Y para nuestro caso, lo que mociono es lo *único correcto*, lo que puede suceder" (o sea que esta vez el ciudadano Ruge sacrifica su "libre albedrío" a lo "correcto").

Veamos más de cerca la pasión, los conocimientos y lo único correcto del ciudadano Ruge. "La anulación de Polonia es una ignominiosa injusti-

[34] Del poema "Des Deutschen Vaterland" [Patria del alemán] de Ernst Moritz Arndt (1769-1860).

cia porque fue reprimido un valioso desarrollo de la nación que adquirió grandes méritos para la familia de los pueblos europeos y que había desarrollado una fase de la existencia medieval, la esencia caballeresca, transformándola en figura llena de brillo. El despotismo obstó a que la república nobiliaria consumase su propia anulación interna (!), que hubiese sido posible mediante la constitución a la que se abrió paso en la época de la revolución."

La nacionalidad franco-meridional no estaba más emparentada en la Edad Media con la franco-septentrional de lo que la polaca lo está en la actualidad con la rusa. La nación franco-meridional, *vulgo* provenzal, no sólo tuvo en la Edad Media un "valioso desarrollo", sino que hasta estuvo al frente del desarrollo europeo. Tuvo, primero que todas las naciones modernas, una lengua culta. Su arte poética sirvió a los pueblos latinos, y en rigor a alemanes e ingleses, de modelo hasta entonces inalcanzado. En la conformación de la caballería feudal compitió en celo con los castellanos, los franceses del norte y los normandos ingleses; en la industria y el comercio no cedió en nada a los italianos. No sólo desarrolló "una fase de la existencia medieval" transformándola "en figura llena de brillo", sino que hasta produjo un vislumbre de la antigua helenidad en plena Edad Media. O sea que la nación franco-meridional no sólo adquirió grandes, sino infinitos "méritos para la familia de los pueblos europeos". Sin embargo, como Polonia, primero fue partida entre Francia septentrional e Inglaterra, y luego sojuzgada totalmente por los franceses del norte. Desde las Guerras Albigenses[35] hasta Luis XI, los franceses del norte, que en educación estaban tan rezagados con respecto a sus vecinos meridionales como los rusos con respecto a los polacos, libraron ininterrumpidas guerras de sojuzgamiento contra los franceses del sur y terminaron sometiendo a todo el país. La "república nobiliaria" franco-meridional (la denominación es totalmente correcta para la época de florecimiento) "fue obstada por el despotismo" (Luis XI) "a que consumase su propia anulación interna", que al menos hubiese sido tan posible mediante el desarrollo de la ciudadanía urbana como la de la polaca mediante la constitución de 1791.

Durante siglos, los franceses del sur lucharon contra sus opresores. Pero el desarrollo histórico fue inexorable. Tras una lucha tricentenaria, su hermosa lengua fue rebajada a *patois*, y ellos mismos se convirtieron en franceses. Trescientos años duró el despotismo franco-septentrional sobre Francia meridional, y recién entonces los franceses del norte repararon su opresión. . . aniquilando los últimos restos de autonomía franco-meridional. La Constituyente despedazó las provincias independientes, y el férreo

[35] Las Guerras albigenses fueron libradas desde 1209 hasta 1229 por los señores feudales de Francia septentrional, junto con el Papa, contra los "herejes" de Francia meridional, que recibieron el nombre de albigenses por referencia a la ciudad franco-meridional de Albi. El movimiento albigense fue una forma especial de oposición de los ciudadanos y la pequeña caballería a la Iglesia católica y al Estado feudal. Las guerras terminaron en 1229 con la inclusión de la provincia del Languedoc entre las posesiones de los reyes franceses.

puño de la Convención hizo *franceses* de los habitantes de Francia meridional, dándoles la democracia como indemnización por su nacionalidad. Pero durante los trescientos años de opresión se les puede aplicar literalmente lo que el ciudadano Ruge dice de los polacos: "El despotismo de Rusia no liberó a los polacos; la destrucción de la nobleza polaca y el destierro de tantas nobles familias de Polonia, todo eso no fundó en Rusia ninguna democracia, ninguna existencia humana."

Y sin embargo, jamás se llamó a la opresión de Francia meridional por los franceses del norte "una ignominiosa injusticia". ¿Cómo es eso, ciudadano Ruge? O la opresión de Francia meridional es una ignominiosa injusticia o la opresión de Polonia no es una ignominiosa injusticia. Que el ciudadano Ruge elija.

Pero entonces, ¿en qué reside la diferencia entre los polacos y los franceses del sur? ¿Por qué Francia meridional como desvalido lastre, fue llevada a remolque por los franceses del norte hasta la aniquilación completa de su nacionalidad, mientras Polonia tiene todas las perspectivas de ponerse muy pronto al frente de todas las razas eslavas?

Debido a condiciones sociales que aquí no podemos continuar desarrollando, Francia meridional se convirtió en la parte reaccionaria de Francia. Muy pronto su oposición a Francia septentrional se convirtió en oposición a las clases progresistas de toda Francia. Se convirtió en el principal sostén del feudalismo y hasta hoy sigue siendo el fuerte de la contrarrevolución de Francia.

En cambio Polonia, debido a condiciones sociales que hemos desarrollado más arriba (en el núm. 81), se convirtió en la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia. Su oposición a sus opresores fue al mismo tiempo oposición a la alta aristocracia de la misma Polonia. Hasta la nobleza, que en parte todavía estaba sobre suelo feudal, adhirió con un sacrificio que no tiene ejemplo a la revolución democrático-agraria. Polonia ya se había convertido en el foco de la democracia de Europa oriental cuando Alemania todavía andaba a tientas en la ideología constitucional más chata y en la ideología filosófica más hiperbólica.

Ahí, y no en el brillante desarrollo de la esencia caballeresca, hace rato enterrada, reside la garantía, la inevitabilidad de la restauración de Polonia.

Pero el señor Ruge aún tiene un segundo argumento para la necesidad de una Polonia independiente en la "familia de los pueblos europeos": "La violencia que se infligió a Polonia, esa violencia, ha dispersado a los polacos por toda Europa; ellos se largaron a todas partes con su cólera por la injusticia padecida. . . el espíritu polaco se humanizó y clarificó en Francia, en Alemania (!?): la emigración polaca se convirtió en la *propaganda de la libertad*" (núm. 1). Los eslavos se volvieron capaces de entrar en la gran familia de los pueblos europeos" (¡la "familia" es inevitable!) "porque. . . su emigración ejerce un verdadero *apostolado de la libertad*" (núm. 2). ". . . Todo el ejército ruso (!!) está inficionado por las ideas de la época moderna gracias a esos *apóstoles de la libertad*, los polacos" (núm. 3). ". . . Respeto la honrosa intención que los polacos dejaron ver en todas partes de Europa de hacer *propaganda* violenta por la *libertad*" (núm. 4). ". . . Mientras la historia pueda hablar, serán honrados en la misma porque

fueron los *campeones*" (núm. 5) "*allí donde estuvieron*" (!!!) "... Los polacos son el *elemento de la libertad*" (núm. 6) "que se arrojó en la eslavidad; ellos *condujeron* a la *libertad* al Congreso Eslavo de Praga" (núm. 7), "ellos actuaron en Francia, Rusia y Alemania, o sea que los polacos también siguen siendo un elemento operante en la formación actual; actúan bien, y como actúan bien, como son necesarios, no están muertos en modo alguno".

El ciudadano Ruge tiene que probar que los polacos, 1] son necesarios y, 2] no están muertos. Lo hace al decir: "como son necesarios, no están muertos en modo alguno".

Sáquese del largo pasaje arriba citado, que dice siete veces lo mismo, estas pocas palabras: Polonia — elemento — libertad — propaganda — formación — apostolado, y véase qué queda de todo el culteranismo.

El ciudadano Ruge tiene que probar que la restauración de Polonia es necesaria. Y lo prueba como sigue: los polacos no están muertos, al contrario: están muy vivos, actúan bien, son los apóstoles de la libertad en toda Europa. ¿Cómo llegan a eso? La violencia, la ignominiosa injusticia que se les inflige, los dispersó por toda Europa con su cólera por la injusticia padecida, su justa cólera revolucionaria. Ellos "clarificaron" esta cólera en el destierro, y esta cólera clarificada los capacitó para el apostolado de la libertad poniéndolos "en primer lugar en las barricadas". ¿Qué se sigue de ahí? Quítese la ignominiosa injusticia, la violencia infligida, y restáurese Polonia, y caducará la "cólera", ya no podrá ser clarificada, los polacos se irán a sus casas y dejarán de ser los "apóstoles de la libertad". Si sólo la "cólera por la injusticia padecida" los hace revolucionarios, el quite de la injusticia los hará contrarrevolucionarios. Si la contrapresión a la opresión es lo único que mantiene en vida a los polacos, anulen la opresión y ellos estarán muertos.

O sea que el ciudadano Ruge prueba precisamente lo contrario de lo que quiere probar; sus razones llevan a que Polonia, en interés de la libertad y de la familia de los pueblos europeos, *no* puede ser *restaurada.*

Por lo demás, arroja una luz especial sobre los "conocimientos" del ciudadano Ruge el hecho que, de Polonia, sólo mencione la emigración, sólo vea la emigración en las barricadas. Estamos muy lejos de ofender a la emigración polaca, que en el campo de batalla y en dieciocho años de conspiración por Polonia probó su energía y su coraje. Pero no podemos negarlo: quien conoce la emigración polaca sabe que durante mucho tiempo no ejerció demasiado el apostolado de la libertad ni fue tan afanosa de barricadas como el ciudadano Ruge repite de buena fe, y a lo loro, lo que dijo el ex príncipe Lichnowski. La emigración polaca resistió con firmeza, padeció mucho y trabajó mucho por la instauración de Polonia. Pero ¿acaso los polacos de la misma Polonia hicieron menos, acaso no desafiaron peligros mayores, acaso no se expusieron a las cárceles de Moabit y al Spielberg, al knut y a las minas siberianas, a las matanzas de Galitzia y a los *shrapnels* prusianos? Pero todo esto no existe para el señor Ruge, quien ha notado tan poco como casi el conjunto de la emigración, a excepción de Lelewel y Mieroslawski, que los polacos no emigrados asimilaron mucho más la formación europea general y reconocieron mucho mejor las necesidades

de la Polonia que continuaron habitando. El ciudadano Ruge achaca toda la intelectualidad que existe en Polonia o, para hablar en su idioma, que "llegó entre los polacos y sobre los polacos", a su estada en el extranjero. Hemos demostrado en el núm. [81] que a los polacos no les hacía falta buscar el conocimiento de las necesidades de su país ni en las exaltaciones políticas de los franceses, que desde febrero naufragaron en su propio palabrerío, ni en los medulosos ideólogos alemanes, que aún no podían hallar ocasión de naufragar; que Polonia misma era la mejor escuela para aprender qué precisa Polonia. El mérito de los polacos está en que fueron los primeros en reconocer y difundir que la democracia agraria era la única forma posible de liberación para todas las naciones eslavas, pero no, cual se lo imagina el ciudadano Ruge, en que "transportaron a Polonia y Rusia" frases generales como "las grandes ideas de la libertad política, que maduraban en Francia, e incluso (!) la filosofía, que emergió en Alemania" (y se sumergió en el señor Ruge).

¡Dios nos guarde de nuestros amigos, que de nuestros enemigos nos guardamos solos!, podrían exclamar los polacos después de este discurso del ciudadano Ruge. Pero desde siempre, la máxima desgracia de los polacos ha sido que sus amigos no polacos los defendiesen con las peores razones del mundo.

Habla muy en favor de la izquierda de Francfort el hecho que, con pocas excepciones, haya quedado completamente encantada con el discurso del ciudadano Ruge sobre Polonia, un discurso donde se dice: "¡No vamos a desavenirnos señores, acerca de si pensamos en la monarquía democrática, en la monarquía democratizada (!) o en la pura democracia; *en total, queremos lo mismo:* la libertad, la libertad popular, la hegemonía del pueblo!"

¿Y hemos de entusiasmarnos con una izquierda que se arrebata cuando uno dice que ella, "en total", quiere "lo mismo" que la derecha, que el señor Radowitz, que el señor Lichnowski, que el señor Vincke y que la restante caballería gorda o magra? ¿Con una izquierda que ya no se conoce a sí misma debido a su encanto; que todo lo olvida ni bien oye un par de consignas como "libertad popular" y "hegemonía del pueblo"?

Pero dejemos a la izquierda y retornemos al ciudadano Ruge.

"Todavía no pasó por el globo terráqueo una revolución más grande que la revolución de 1848." Esa revolución "es la más humana en sus principios"... porque esos principios surgieron del ocultamiento de los intereses contrapuestos. "La más humana en sus decretos y proclamaciones"... porque éstos son un compendio de las exaltaciones filantrópicas y el palabrerío fraterno-sentimental de todas las cabezas huecas de Europa.

"La más humana en su existencia"..., a saber: en las matanzas y barbaridades de Posen, en los incendios homicidas de Radetzky, en las crueldades caníbales de los vencedores parisinos de junio, en las carnicerías de Cracovia y Praga, en la dominación general de la soldadesca y, en suma, en todas las infamias que hoy, 1 de septiembre de 1848, constituyen la "existencia" de esa revolución y costaron más sangre en cuatro meses que 1793 y 1794 juntos.

¡El "humano" ciudadano Ruge!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 96 del 7 de setiembre de 1848]

Colonia, 6 de setiembre. Hemos seguido al "humano" ciudadano Ruge por el camino de sus investigaciones históricas sobre la necesidad de Polonia. Hasta ahora el ciudadano Ruge habló del pasado malo, de la época del despotismo, y redactó los *acontecimientos* de la *irracionalidad:* Ahora viene al presente, al glorioso año 1848, a la revolución; ahora pisa suelo local; ahora redacta la "*Razón* de los *acontecimientos*".[36] "¿Cómo puede tener lugar la emancipación de Polonia? Puede tener lugar mediante tratados en los que tomen parte las dos grandes naciones civilizadas de Europa, que por necesidad deben formar con Alemania, la Alemania liberada, una nueva Triple alianza *dado que* piensan lo mismo y, *en total*, quieren lo mismo."

Ahí, en *una* osada frase, tenemos toda la razón de los acontecimientos para la política exterior. ¡Alianza entre Alemania, Francia e Inglaterra, cada una de las cuales "piensa lo mismo y, en total, quiere lo mismo"; nueva Liga de Rütli[37] entre los tres modernos suizos Cavaignac, Leiningen y John Russell! Claro que entretanto, con ayuda de Dios, Francia y Alemania volvieron a irse tan para atrás que sus gobiernos "piensan", acerca de los principios políticos generales, aproximadamente "lo mismo" que la Inglaterra oficial, ese incólume peñón contrarrevolucionario en el mar.

Pero los países no sólo "piensan lo mismo", sino que, "en total, también quieren lo mismo". Alemania quiere Slesvig, e Inglaterra no se lo quiere dejar; Alemania quiere aranceles proteccionistas, e Inglaterra quiere librecambio; Alemania quiere unidad, e Inglaterra desea que se fragmente; Alemania quiere ser autónoma, e Inglaterra aspira a sojuzgarla industrialmente, pero eso ¿qué le hace? ¡Si "en total" quieren "lo mismo"! Y Francia, Francia decreta leyes aduaneras contra Alemania, su ministro Bastide se mofa del maestro de escuela Raumer, que allí representa a Alemania, ¡o sea que, evidentemente, "en total" quiere "lo mismo" que Alemania! ¡De hecho, Inglaterra y Francia prueban lo más contundentemente que quieren lo mismo que Alemania al amenazar a ésta con la guerra: Inglaterra a causa de Slesvig, y Francia a causa de Lombardía!

El ciudadano Ruge tiene la ingenuidad ideológica de creer que naciones a las que les son comunes ciertas ideas políticas, ya por eso entrarían en una alianza. En general, el ciudadano Ruge sólo tiene dos colores en su paleta política: negro y blanco, esclavitud y libertad. Para él el mundo se divide en dos grandes mitades: naciones civilizadas y bárbaros, libres y siervos. La línea demarcatoria de la libertad, que hace seis meses estaba allende el Rin, ahora coincide con la frontera rusa, y a este progreso lo

[36] En el "Manifiesto electoral del partido reformista radical para Alemania" (abril de 1848), compuesto por Ruge, se proclama como tarea principal de la Asamblea nacional la "redacción de la razón de los acontecimientos".

[37] De acuerdo a una leyenda suiza, en 1307, en un encuentro nocturno en el Rütli, prado montañés sobre el lago Urn (de los Cuatro Cantones), los representantes de los tres cantones montañeses de Schwyz, Uri y Unterwalden se juraron fidelidad en la lucha común contra la dominación de los Habsburgo.

llaman la revolución de 1848. En esta yerma figura se refleja el movimiento presente dentro de la cabeza del ciudadano Ruge. Es la traducción pomerania[38] del grito de guerra de las barricadas de febrero y marzo.

Si retraducimos del pomeranio al alemán, resulta que las tres naciones civilizadas, los tres pueblos libres, son aquellos en los que domina la burguesía en diferentes formas y grados evolutivos, mientras que los "esclavos y siervos" son los pueblos que están bajo el dominio del absolutismo patriarcal-feudal. Por libertad el *farouche* republicano y demócrata Arnold Ruge entiende el muy corriente liberalismo "insípido", la dominación de la burguesía y, en todo caso, con formas algo pseudodemocráticas, . . . ¡la madre del borrego![39]

Como en Francia, Inglaterra y Alemania domina la burguesía, por eso son aliadas naturales, razona el ciudadano Ruge. ¿Y si los intereses materiales de los tres países fuesen diametralmente opuestos entre sí? ¿Si el librecambio con Alemania y Francia fuese una condición vital ineludible para la burguesía inglesa? ¿Si los aranceles proteccionistas contra Inglaterra fuesen una condición vital ineludible para las burguesías francesa y alemana? ¿Si, en muchos respectos, similares relaciones volviesen a verificarse entre Alemania y Francia? ¿Si, en la práctica, esa Triple Alianza desembocase en el sojuzgamiento industrial de Francia y Alemania?: "obtuso egoísmo, míseras almas de tenderos", gruñe el pensador pomeranio Ruge para sus rubias barbas.

En su discurso, el señor Jordan habló de la ironía trágica de la historia universal. El ciudadano Ruge proporciona un contundente ejemplo de ello. Él, así como toda la izquierda más o menos ideológica, ve que sus más caras exaltaciones favoritas, sus más elevados esfuerzos mentales, naufragan contra la clase a la que representa. Su proyecto filantrópico-cosmopolita naufraga contra las míseras almas de tendero, y él precisamente, sin siquiera saberlo ni quererlo, debe representar a esas almas de tendero de una manera más o menos ideológico-chiflada. El ideólogo propone y el tendero dispone. ¡Trágica ironía de la historia universal!

Ahora el ciudadano Ruge desarrolla de qué modo Francia "dijo que los tratados de 1815 estaban ciertamente rotos, y que sólo quería reconocer la estabilidad territorial tal cual es al presente". "Esto es muy correcto", pues lo que hasta ahora nadie buscó en el Manifiesto de Lamartine lo encuentra allí el ciudadano Ruge: es la base de un nuevo derecho internacional. Éste se desarrolla como sigue: "De esta relación con Francia debe salir el nuevo derecho *histórico*" (! núm. 1). "El derecho histórico es el *derecho* de los *pueblos*" (! núm. 2); "En el caso de que hablamos (?), es el nuevo *derecho internacional*" (! núm. 3). "Esta es la única concepción correcta del *derecho histórico*" (! núm. 4). "Toda otra concepción del *derecho histórico*" (! núm. 5) "es absurda. No hay otro *derecho interna-*

[38] Adaptación de una expresión de Heine, que en un encuentro con Ruge en 1843 saludaba en éste al hombre que "sabe traducir a Hegel al pomeranio".

[39] *La madre del borrego* (Goethe, *Fausto*, Primera parte, "Pieza de estudio").

cional" (! núm. 6). "El *derecho histórico*" (! núm. 7) "es el derecho" (¡por fin!) "que la *historia depara* y el *tiempo sanciona* cuando anula y rompe" (¿quién?) "Los tratados vigentes remplazándolos por nuevos tratados".

En *una* palabra: el derecho histórico es. . . ¡la redacción de la razón de los acontecimientos!

Así está literalmente escrito en los actos apostólicos de la unidad alemana, en los informes estenogr[áficos] de Francfort, p. 1186, primera columna. ¡Y se quejan de que la *Neue Rheinische Zeitung* critique al señor Ruge entre signos de admiración! Pero naturalmente, en esta vertiginosa danza aturdidora del derecho histórico y el derecho internacional, la izquierda proba debió perder los sentidos y debió deshacerse en admiración cuando el filósofo de Pomerania le gritó en los oídos, con certidumbre apodíctica: "El derecho histórico es el derecho que la historia depara y el tiempo sanciona" etcétera.

En rigor, la "historia deparó" de modo invariable precisamente lo contrario de lo que el "tiempo sancionara", y la sanción del "tiempo" siempre estuvo precisamente en invalidar lo que la "historia deparara".

Ahora el ciudadano Ruge plantea la "única" moción "correcta y admisible": "Mocionar que el poder central, de común acuerdo con Inglaterra y Francia, inaugure un congreso para la restauración de una Polonia libre e independiente al que sean invitadas a asistir, mediante enviados, todas las potencias interesadas".

¡Qué honradas y probas intenciones! ¡Lord John Russell y Eugen Cavaignac tienen que restaurar Polonia; las burguesías inglesa y francesa tienen que amenazar a Rusia con una guerra para forzar la libertad de Polonia, que en este instante no les importa absolutamente nada! En esta época de confusión y embrollo generales en que cada noticia tranquilizadora que hace subir un ocho por ciento las cotizaciones es desbaratada por seis golpes perturbadores, en que la industria lucha con la lenta bancarrota, en que el comercio está parado, en que el proletariado desocupado debe ser subsidiado con exorbitantes sumas de dinero para que no lo hagan entrar en una desesperada lucha general y final, ¿tienen los burgueses de las tres naciones civilizadas que crear otra nueva dificultad? ¡Y qué dificultad! ¡Una guerra con Rusia, que desde febrero es la más íntima aliada de Inglaterra! ¡Una guerra con Rusia, una guerra que, como cualquiera sabe, sería el derrumbe de las burguesías alemana y francesa! ¿Y para obtener qué ventajas? Ni una. ¡De hecho, eso es más que ingenuidad pomerania!

Pero el ciudadano Ruge jura que es posible la "solución pacífica" de la cuestión polaca. ¡Cada vez mejor! ¿Y por qué? Porque ahora se trata de esto: "Ahora hay que realizar y ejecutar verdaderamente lo que *quieren* los Tratados de Viena. . . Los Tratados de Viena querían el derecho de *todas* las naciones contra la *gran* nación de los franceses. . ., querían la restauración de la nación alemana."

Ahora se explica por qué el señor Ruge "quiere, en total, lo mismo" que la derecha. La derecha también quiere la ejecución de los Tratados de Viena.

Los Tratados de Viena son el resumen de la gran victoria de la Europa

reaccionaria sobre la Francia revolucionaria. Son la forma clásica en que la reacción europea dominó 15 años bajo la Restauración. Restauran la legitimidad, el reinado por la gracia de Dios, la nobleza feudal, el dominio clerical y la legislación y administración patriarcales. Pero como la victoria fue ganada con ayuda de las *burguesías* inglesa, alemana, italiana, española y sobre todo francesa, igualmente hubo que hacer concesiones a la burguesía. Ahora bien, mientras príncipes, nobleza, curas y burócratas se repartían entre sí los bocados gordos del botín, se contentó a la burguesía con giros contra el futuro que jamás fueron abonados y que nadie se proponía abonar. ¡Y en vez de considerar el contenido real y práctico de los Tratados de Viena, el señor Ruge cree que esas promesas vacías son el propio contenido de los mismos, mientras que la práctica reaccionaria sólo está abusivamente interpretada!

¡De hecho, hay que ser una naturaleza notablemente bonachona para seguir creyendo en el pago de esos giros después de 33 años, después de las revoluciones de 1830 y 1848; para imaginarse que el palabrerío sentimental en que están envueltas las pseudopromesas de Viena todavía tienen algún sentido en 1848!

¡El ciudadano Ruge como Don Quijote de los Tratados de Viena!

Por último, el ciudadano Ruge revela a la asamblea el hondo misterio: Las revoluciones de 1848 fueron meramente provocadas porque en 1846, en Cracovia, se rompieron los tratados de 1815. ¡Que sirva de advertencia a todos los déspotas!

En suma, desde que lo encontramos por última vez en el campo literario, el ciudadano Ruge no se ha modificado en ningún punto. Siempre es el mismo palabrerío que estudió y repitió desde que en los *Hallische Jahrbücher* y en los *Deutsche Jahrbücher*[40] representaba al portero de la filosofía alemana; siempre el mismo enredo, el mismo batifondo de la percepción, la misma carencia de ideas; el mismo talento para recitar en forma pomposa las ideas más huecas y paradojales; la misma carencia de "conocimientos" y, sobre todo, las mismas pretensiones al aplauso del filisteo alemán, que en su vida oyó todavía algo semejante.

Con esto cerramos nuestro resumen del debate sobre Polonia. Abordar al señor Löw de Posen y a los demás grandes espíritus que todavía siguen habría exigido demasiado.

Todo el debate deja una lastimosa impresión. ¡Tan largos discursos y tan poco contenido, tan poca familiaridad con el tema, tan poco talento! El peor debate de la antigua o de la actual Cámara francesa o de la Lower House inglesa contiene más espíritu, más conocimiento de causa, más con-

[40] *Hallische Jahrbücher* y *Deutsche Jahrbücher* [Anales de Halle y Anales alemanes]: designación abreviada de una revista filosófico-literaria de los jóvenes hegelianos que apareció en Leipzig en forma de periódico de enero de 1838 a junio de 1841 bajo el título *Hallische Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst*, y de julio de 1841 a enero de 1843 bajo el título *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst*. Hasta junio de 1841 la revista fue redactada por Ruge y Echtermayer en Halle, y a partir de julio de 1841, por Ruge en Dresde.

tenido real que esta conversación de tres días sobre uno de los temas más interesantes de la política moderna. *Todo* se podía hacer con él, y la Asamblea nacional hizo puro politiqueo al respecto.

¡De hecho, nunca y en ninguna parte sesionó todavía una asamblea como ésta!

Las resoluciones son conocidas. Se conquistó las 3/4 partes de Posen; no se las conquistó ni por la fuerza ni por el "tesón alemán" ni por el "arado", sino por el politiqueo, la estadística inventada y las resoluciones miedosas.

"¡Ustedes se tragaron a los polacos pero, por Dios, no los digerirán!"

[Traducido de Marx-Engels, *Werke*, Berlín, Dietz, 1964, t. 5, pp. 319-363, por Conrado Ceretti.]

FRIEDRICH ENGELS

LA LUCHA MAGIAR

Colonia, enero. Mientras que en Italia ya se verifica el primer contragolpe la contrarrevolución de verano y otoño últimos, en los llanos húngaros se finiquita la última lucha represiva contra el movimiento inmediatamente surgido de la revolución de febrero. El nuevo movimiento italiano es el preludio al movimiento de 1849; la guerra contra los magiares, el posludio al movimiento de 1848. Probablemente este posludio se trasmute todavía al nuevo drama que se prepara en el silencio.

También el posludio es heroico como las primeras escenas de la tragedia revolucionaria del 48 que se sucedieron rápidamente, como la caída de París y Viena; benéficamente heroico después de los intermedios en parte deslucidos, en parte mezquinos, que hubo entre junio y octubre. El último acto de 1848 repercute en el primero de 1849 a través del terrorismo.

Por vez primera en el movimiento revolucionario de 1848, por vez primera desde 1793, una nación cercada por la prepotencia contrarrevolucionaria se atreve a contraponer a la cobarde furia contrarrevolucionaria la pasión revolucionaria, a la *terreur blanche* la *terreur rouge.* Por vez primera desde hace mucho tiempo encontramos un carácter realmente revolucionario, un hombre que se atreve a recoger el guante de la lucha desesperada en nombre de su pueblo, que para su nación es Danton y Carnot en una sola persona: Luis Kossuth.

La prepotencia es temible. Austria entera, y adelante 16 millones de eslavos fanatizados contra 4 millones de magiares.

La insurrección en masas, la fabricación nacional de armas, los asignados, el proceso sumario contra todo aquél que trabe el movimiento revolucionario, la revolución permanente y, abreviando, todos los rasgos principales del glorioso 1793, volvemos a encontrarlos en la Hungría armada, organizada y entusiasmada por Kossuth. Esta organización revolucionaria, que por así decir debe estar lista en 24 horas, so pena de hundimiento, faltó en Viena: de otro modo, Windischgrätz jamás habría entrado en ella. Vamos a ver si entra en Hungría, pese a esta organización revolucionaria.

Veamos más de cerca la lucha y los partidos que luchan.

La monarquía austríaca partió del intento de unir en una única monarquía a Alemania, de la misma manera que los reyes franceses hasta Luis XI lo llevaron a cabo en Francia. El intento naufragó contra la lastimosa obtusez localista de los alemanes y de los austríacos, y contra el correspondiente espíritu de tendero minorista de la Casa de Habsburgo. En vez de toda Alemania, los Habsburgo sólo obtuvieron aquellos territorios alemanes meridionales que estaban en lucha directa con tribus eslavas aisladas o en los cuales una nobleza feudal alemana y una burguesía alemana do-

minaban unidas a tribus eslavas sojuzgadas. En ambos casos, los alemanes de cada provincia necesitaban un respaldo exterior. Ese respaldo les vino a través de la asociación contra los eslavos, y esta asociación se llevó a efecto mediante la unión de las cuestionables provincias bajo el cetro habsburgués.

Así surgió la Austria alemana. Sólo hace falta consultar en el primer compendio que venga cómo la monarquía austríaca se llevó a efecto, cómo se volvió a dividir y se llevó a efecto una vez más, todo en la lucha contra los eslavos, para ver cuán correcta es esta exposición.

La Austria alemana confina con Hungría. En Hungría los magiares libraban la misma lucha que los alemanes en Austroalemania. La cuña alemana avanzada entre los eslavos bárbaros en el archiducado de Austria y la Marca Estiria se daba la mano con la cuña magiar, igualmente avanzada entre los bárbaros eslavos junto al Leitha. Así como al sur y al norte, en Bohemia, Moravia, Carintia y Carniola, la nobleza alemana dominó, germanizó y, con ello, arrastró al movimiento europeo a tribus eslavas, también al sur y al norte, en Croacia, Eslavonia y los territorios carpáticos, la nobleza magiar dominó igualmente a tribus eslavas. Los intereses de ambas eran los mismos; los adversarios de ambas eran aliados naturales. La alianza de los magiares y de los austroalemanes fue una necesidad. Sólo faltaba aún un gran hecho, un poderoso ataque contra ambas, para tornar indisoluble esa alianza. Ese hecho se produjo con la conquista del Imperio bizantino por los turcos. Los turcos amenazaban Hungría y, en segunda instancia, Viena, y Hungría pasó indisolublemente por siglos a la Casa de Absburgo.

Pero los adversarios comunes de ambas se debilitaron paulatinamente. El imperio turco decayó en la impotencia y los eslavos perdieron la fuerza de alzarse contra los magiares y los alemanes. En rigor, una parte de la nobleza alemana y magiar dominante en los territorios eslavos adoptó la nacionalidad eslava, y con ello las mismas naciones eslavas se interesaron por la conservación de una monarquía que tenía que proteger más y [más] a la nobleza contra la burguesía alemana y magiar en desarrollo. Los antagonismos nacionales desaparecieron, y la Casa de Habsburgo adoptó otra política. La misma Casa de Habsburgo, que se había aupado al trono imperial alemán sobre los hombros de la pequeña burguesía alemana, se convirtió con mayor decisión que cualquier otra dinastía en representante de la nobleza feudal frente a la burguesía.

En este sentido, Austria participó de la partición de Polonia.[1] Los grandes estarostes y voivodas galizianos, los Potocki, Lubomirski y Czartoryski, traicionaron Polonia a Austria convirtiéndose en los más fieles soportes de la Casa de Habsburgo, que a cambio de ello les garantizó sus posesiones contra los ataques de la baja nobleza y de la burguesía.

[1] Se alude a la participación de Austria —junto a Prusia y a Rusia— en la primera (1772) y en la tercera (1795) repartición de Polonia (la última condujo a la liquidación del estado polaco). El imperio austríaco obtuvo gran parte de la Polonia meridional y los territorios de Ucrania occidental (Galitzia) que hasta ese entonces pertenecían a Polonia.

Pero la burguesía de las ciudades ganaba cada vez más riqueza e influencia, y la labranza que progresaba con la industria confirió a los campesinos una posición modificada frente a los señores rurales. El movimiento de los ciudadanos y campesinos contra la nobleza se tornó cada vez más amenazador. Y como el movimiento de los campesinos, que en todas partes son los portadores de la obtuzes nacional y local, resulta necesariamente nacional y local, con él reemergieron al mismo tiempo las viejas luchas nacionales.

En este estado de cosas, Metternich hizo su obra maestra. Con excepción de los todopoderosísimos barones feudales, quitó a la restante nobleza toda influencia sobre la conducción estatal. A la burguesía le quitó su fuerza ganándose a los poderosísimos barones de las finanzas; cabalmente, debía hacerlo: las finanzas lo compelían. Apoyado de tal modo en la alta feudalidad y las altas finanzas, así como en la burocracia y el ejército, alcanzó entre todos sus rivales, del modo más completo, el ideal de la monarquía absoluta. Refrenó a los ciudadanos y campesinos de cada nación mediante la nobleza de la misma nación y los campesinos de cualquier otra nación, y a la nobleza de cada nación por el temor a los ciudadanos y campesinos de su nación. Los diferentes intereses de clase, obtuseces nacionales y prejuicios locales, por complicados que fuesen, se tenían completamente en mutuo jaque, permitiendo al viejo bribón de Metternich el más libre de los movimientos. Hasta qué punto llegó con este recíproco hostigamiento de los pueblos lo prueban las criminales escenas galizianas, donde Metternich reprimió con los propios campesinos rutenos,[2] fanatizados religiosa y nacionalmente, el movimiento democrático polaco, comenzado en interés de los campesinos.

En año 1848 fue el primero en aportar la más temible confusión a Austria al liberar un momento todas esas diferentes tribus, que hasta entonces se sojuzgaran unas a otras por obra de Metternich. Alemanes, magiares, checos, polacos, moravos, eslovacos, croatas, rutenos, rumanos, ilirios y serbios entraron en recíproco conflicto, mientras que en cada una de esas naciones las respectivas clases se combatían igualmente. Pero pronto se puso orden en este barullo. Los contendores se repartieron en dos grandes campamentos: del lado de la revolución, los alemanes, polacos y magiares; del lado de la contrarrevolución, los restantes: el conjunto de los eslavos con excepción de los polacos, los rumanos y los sajones transilvanos.

¿De dónde proviene esta división por naciones, qué hechos la fundamentan?

Esta división corresponde a toda la historia hasta aquí registrada de las cuestionables tribus. Es el inicio de la opción de vida o muerte de todas esas grandes y pequeñas naciones.

Toda la historia anterior de Austria lo prueba hasta el día de la fecha, y el año 1848 lo confirmó. De todas las naciones y nacioncitas de Austria,

[2] Los rutenos pertenecen a la rama de los ucranianos residentes en una época sobre todo en Galitzia y ahora en Rutenia, o Transcarpacia (parte de Ucrania).

sólo hay tres que fueron portadoras del progreso, que intervinieron activamente en la historia y que en la actualidad siguen siendo viables: los alemanes, los polacos y los magiares. Por eso ahora son revolucionarias.

Todas las demás grandes y pequeñas tribus y pueblos tienen, por lo pronto, la misión de hundirse en la tormenta revolucionaria mundial. Por eso ahora son contrarrevolucionarias.

En lo concerniente a los polacos, remitimos a nuestro artículo acerca del debate sobre Polonia en Francfort. Para domar su espíritu revolucionario, Metternich ya apeló a los rutenos, tribu que se diferencia de los polacos por un dialecto algo diferente y, sobre todo, por la religión griega; que desde siempre perteneció a Polonia y que recién por obra de Metternich se enteró de que los polacos son sus opresores. ¡Cómo si en la antigua Polonia los mismos polacos, la igual que los rutenos, no hubiesen sido oprimidos; como si bajo dominación austríaca Metternich no fuera su opresor común!

Ésto en cuanto a polacos y rutenos, quienes además están tan separados de Austria propiamente dicha por la historia y la situación goegráfica que, antes que nada, debimos eliminarlos para ponernos en limpio con el restante barullo de pueblos.

Pero antes observemos aún que entre los polacos se denota una gran intelección política y un sentido genuinamente revolucionario ahora que, en liga con sus viejos enemigos, los alemanes y los magiares, se declaran contra la contrarrevolución paneslavista. Un pueblo eslavo para quien la libertad es más cara que la esclavidad, únicamente de ese modo prueba su viabilidad, y de ese modo ya se asegura su futuro.

Y ahora pasemos a Austria propiamente dicha.

Austria, al sur de los Sudetes y los Cárpatos, el alto valle del Elba y la región central del Danubio, forma un país exclusivamente habitado por eslavos en la temprana Edad Media. Estos eslavos pertenecen por lengua y costumbres a la misma tribu que los eslavos de Turquía, los serbios, bosnios, búlgaros y eslavos tracios y macedonios: a la tribu de los llamados eslavos meridionales, por oposición a polacos y rusos. Fuera de estas tribus eslavas emparentadas, la enorme región que va desde el mar Negro hasta el bosque de Bohemia y los Alpes tiroleses tan sólo estaba habitada, al sur de los Balcanes, por griegos aislados, y, en la región del Danubio inferior, por valacos desmenuzados de habla románica.

Entre esta compacta masa eslava se intercalaron a modo de cuña los alemanes desde el oeste y los magiares desde el este. El elemento alemán conquistó la parte occidental de Bohemia y avanzó hacia ambos lados del Danubio hasta pasar el Leitha. El archiducado de Austria, parte de Moravia y la mayor parte de la Marca Estiria fueron germanizadas, y así se separó a checos y moravos de carintios y carnioleses. Asimismo, se limpió totalmente de eslavos, hasta la frontera alemana, a Transilvania y Hungría central, que fueron ocupadas por los magiares, quienes aquí separaron a los eslovacos y algunas comarcas rutenas (al norte) de los serbios, croatas y eslavones, sometiendo a todos esos pueblos. Finalmente, según el procedimiento de los bizantinos, los turcos sojuzgaron a los eslavos al sur del Danubio y del Save, y el papel histórico de los eslavos meridionales quedó descartado para siempre.

El último intento de los eslavos meridionales por intervenir autónomamente en la historia fue la guerra de los husitas,[3] una guerra campesina nacional-checa de bandera religiosa contra la nobleza alemana y la supremacía imperial alemana. El intento naufragó, y a partir de entonces los checos permanecieron ininterrumpidamente encadenados a remolque del imperio alemán.

En cambio sus vencedores, los alemanes y los magiares, asumieron la iniciativa histórica en las comarcas del Danubio. Sin los alemanes y, sobre todo, sin los magiares, los eslavos meridionales se habrían vuelto turcos, como una parte de ellos se volvió realmente, y, en rigor, mahometanos, como aún hoy lo son los bosnios eslavos. Y éste es un servicio que los propios austroeslavos meridionales no pagan demasiado caro con el trueque de su nacionalidad por la alemana o la magiar.

La invasión turca de los siglo XV y XVI fue la segunda edición de la árabe del siglo VIII. La victoria de Carlos Martel[4] fue ganada una y otra vez bajo las murallas de Viena y en los llanos húngaros. Igual que en aquel entonces en Poitiers e igual que después en Wahlstatt,[5] con ocasión de la invasión mongólica, aquí volvía a estar amenazado todo el desarrollo europeo. Y allí donde era menester salvarlo, ¿habían de importar un par de nacionalidades hacía rato desmembradas y vueltas impotentes como los austroeslavos, que por añadidura fueron salvadas con él, en rigor?

Lo mismo que afuera pasó adentro. La clase motriz, la portadora del movimiento, la burguesía, era en todas partes alemana o magiar. A los eslavos les costó mucho conseguirla, y los eslavos meridionales sólo esporádicamente pudieron lograr tener una burguesía nacional. Y con la burguesía estaba el poder industrial, estaba el capital en manos alemanas o magiares, se desarrollaba la educación alemana, y los eslavos, incluso intelectualmente, se pusieron bajo la férula de los alemanes hasta dentro de Croacia. Lo mismo sucedió, sólo que más tarde y, por ende, en medida más exigua, en Hungría, donde los magiares, mancomunados con los alemanes, asumieron la dirección intelectual y comercial. Pero los alemanes húngaros, pese a la lengua alemana conservada, se convirtieron en genuinos magiares por sentimientos, carácter y costumbres. Sólo los colonizadores campesinos recién introducidos, los judíos y los sajones de Transilvania, constituyen una excepción y se obstinan en conservar una absurda nacionalidad en medio de un país extranjero.

Y si en civilización los magiares estaban algo rezagados con respecto a los austroalemanes, durante el reciente período lo repararon de modo

[3] Las guerras husitas (así llamadas por el nombre del patriota y reformador checo Jan Hus quemado en la hoguera en 1415) comenzaron con la insurrección de Praga del 30 de julio de 1419. La lucha del pueblo checo contra la explotación feudal, la Iglesia católica y por la independencia nacional concluyó en 1437 con la derrota de los husitas.

[4] En la batalla de Poitiers del 732 el ejército de los francos capitaneado por Carlos Martel derrotó a los moros.

[5] En la batalla de Wahlstatt (Silesia) de 1241 los ejércitos alemanes eslavos detuvieron el avance de los mongoles hacia Occidente. Los mongoles se dirigieron hacia el sudeste e invadieron Hungría.

brillante gracias a su actividad política. Desde 1830 hasta 1848, existió únicamente en Hungría más vida política que en toda Alemania, y las formas feudales de la antigua constitución húngara fueron mejor explotadas en el interés democrático que las formas modernas de las constituciones alemanas meridionales. ¿Y quién estaba aquí al frente del movimiento? Los magiares. ¿Quién respaldó la reacción austríaca? Los croatas y eslavones.

Ante este movimiento magiar, así como ante el movimiento político que volvía a despertar en Alemania, los austroeslavos fundaron una liga especial: el *paneslavismo*.[6]

El paneslavismo no surgió en Rusia ni en Polonia, sino en Praga y en Agram. El paneslavismo es la alianza de todas las pequeñas naciones y nacioncitas de Austria y, en segundo término, de Turquía, para luchar contra los austroalemanes, los magiares y, eventualmente, los turcos. Los turcos sólo entran incidentalmente, y pueden, en cuanto nación también muy venida abajo, quedar totalmente fuera de cuestión. El paneslavismo, según su tendencia fundamental, está dirigido contra los elementos revolucionarios de Austria, y por ende es reaccionario desde el vamos.

El paneslavismo probó de inmediato esta tendencia reaccionaria con una doble traición: cuando sacrificó a sus mezquinas obtuseces nacionales la única nación eslava que hasta ahora actuara revolucionariamente, los polacos, y cuando se vendió a sí y a Polonia al zar ruso.

El fin directo del paneslavismo es la instauración de un reino eslavo desde los montes Metálicos y los Cárpatos hasta los mares Negro, Egeo y Adriático bajo la férula rusa; de un reino que, fuera de las lenguas alemana, italiana, magiar, valaca, turca, griega y albanesa, aún abarcaría aproximadamente una docena de lenguas y dialectos principales eslavos. El todo

[6] El Congreso eslavo se constituyó el 2 de junio de 1848 en Praga. En el congreso se puso de manifiesto la lucha entre las dos orientaciones vigentes en el movimiento nacional de los pueblos eslavos oprimidos en el imperio habsburgués. La orientación liberal-moderada, de derecha, a la que pertenecían Palacký y Šafařík, líderes del Congreso, intentaba resolver la cuestión nacional por vía del mantenimiento y afianzamiento de la monarquía habsburguesa mediante su transformación en una federación de nacionalidades con igualdad de derechos. La orientación democrática, de izquierda (Sabina, Frič, Libelt, entre otros), se declaró decididamente en contra de ello, y aspiraba a una acción común con el movimiento revolucionario-democrático de Alemania y de Hungría. Como la mayoría de los congresistas defendía la teoría austroeslava, asumió una posición hostil al movimiento revolucionario europeo, pues la aniquilación del reaccionario imperio habsburgués era una de las tareas principales del movimiento democrático. Precisamente desde esta óptica condenaron Marx y Engels la política de la burguesía checa, que obtuvo la victoria en el Congreso y con Palacký al frente echó a andar por el camino hacia una abierta alianza con la nobleza y los Habsburgo contra el movimiento revolucionario. Los delegados del Congreso que pertenecían al ala radical-democrática participaron activamente de la insurrección de Praga y fueron sometidos a crueles represalias. Los representantes del ala liberal-moderada que se quedaron en Praga anunciaron el 16 de junio de 1848 el aplazamiento *sine die* de las sesiones del congreso.

cohesionado no sólo por elementos que hasta aquí cohesionaron y desarrollaron a Austria, sino también por la abstracta cualidad de la eslavidad y la llamada lengua eslava, común —claro está— a la mayoría de los habitantes. Pero ¿dónde existe esa eslavidad si no en las cabezas de algunos ideólogos? ¿Dónde la "lengua eslava" si no en la fantasía de los señores Palacky, Gaj y consortes y, aproximativamente, en la letanía paleoeslava de la Iglesia rusa, que ya no entiende ningún eslavo? En realidad, todos estos pueblos tienen los más diferentes grados de civilización, desde la industria y la educación modernas de Bohemia, desarrolladas a un grado harto elevado (por los alemanes), hasta la barbarie casi nómada de los croatas y los búlgaros, y por eso, en realidad, todas esas naciones tienen los más contrapuestos intereses. En realidad, la lengua eslava de esas diez a doce naciones consta de otros tantos dialectos, la mayoría ininteligibles entre sí, que hasta se pueden reducir a diferentes troncos principales (checo, ilirio, serbio-búlgaro), que se convirtieron en puro *patois* [dialecto rústico] debido a la total negligencia por toda literatura y a la tosquedad de la mayoría de los pueblos, y que, con pocas excepciones, tenían invariablemente sobre sí una lengua no eslava *extranjera* como lengua literaria. O sea que la unidad paneslavista es, o bien una pura exaltación o, si no, ... *el knut ruso.*

¿Y qué naciones se han de poner al frente de este gran reino eslavo? ¡Precisamente las mismas que desde hace mil años fueron desmenuzadas, fragmentadas y obligadas a recibir su abastecimiento en elementos viables y evolutivos de otros pueblos no eslavos; que fueron salvadas por las victoriosas armas de pueblos no eslavos de hundirse en la barbarie turca: pequeñas tribus separadas entre sí en todas partes, impotentes, despojadas de su fuerza nacional, que tienen desde un par de millares hasta no más de dos millones [de integrantes]! ¡Tanto se debilitaron que por ejemplo los búlgaros, la tribu más pujante y más temible de la Edad media, ahora son conocidos en Turquía tan sólo debido a su mansedumbre y su pusilanimidad, y hacen gloria de llamarse *dobre chrisztian*, buenos cristianos! ¿Dónde hay una sola de esas tribus, sin exceptuar a los checos ni a los serbios, poseedora de una tradición nacional, histórica, que viva en el pueblo y pase por sobre las más pequeñas luchas locales?

La época del paneslavismo se dio en los siglos VIII y IX, cuando los eslavos meridionales todavía tenían Hungría y Austria enteras y amenazaban a Bizancio. Si entonces no pudieron resistir la invasión alemana y magiar, si no pudieron ganar la independencia y formar un reino consistente ni siquiera cuando sus dos enemigos, los magiares y los alemanes, se descarnaban unos a otros, ¿cómo quieren hacerlo ahora, después de un sojuzgamiento y una desnacionalización milenarias?

No hay ningún país europeo que no posea en cualquier rincón una o varias ruinas de pueblos, residuos de una anterior población contenida y sojuzgada por la nación que más tarde se convirtió en portadora del desarrollo histórico. Esos restos de una nación implacablemente pisoteada por la marcha de la historia, como dice Hegel,[7] esos *desechos de pueblos*, se

[7] Cf. G. W. F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte.*

convierten cada vez, y siguen siéndolo hasta su total exterminación o desnacionalización, en portadores fanáticos de la contrarrevolución, así como toda su existencia en general ya es una protesta contra una gran revolución histórica.

Así pasó en Escocia con los gaélicos, soportes de los Estuardo desde 1640 hasta 1745.

Así en Francia con los bretones, soportes de los Borbones desde 1792 hasta 1800.

Así en España con los vascos, soportes de don Carlos.

Así en Austria con los eslavos meridionales paneslavistas, que no son nada más que el desecho étnico de un desarrollo milenario sumamente confuso. Que este desecho étnico, asimismo sumamente confuso, sólo vea su salvación en la reversión de todo el movimiento europeo, que para él no tendría que ir de oeste a este, sino de este a oeste, y que el arma liberadora, el vínculo de la unidad, sea para él el knut ruso, es lo más natural del mundo.

O sea que los eslavos meridionales ya tenían nítidamente pronunciado su carácter reaccionario antes de 1848. El año 1848 lo hizo abiertamente patente.

Cuando se descargó la tormenta de febrero, ¿quién hizo la revolución austríaca? ¿Viena o Praga? ¿Budapest o Agram? ¿Los alemanes y magiares o los eslavos?

Verdad què entre los eslavos meridionales más cultos existía un pequeño partido democrático, que ciertamente no quería renunciar a su nacionalidad pero sí ponerla a disposición de la libertad. Esta ilusión, que logró despertar simpatías incluso entre los demócratas de Europa occidental, simpatías completamente legítimas en tanto los eslavos democráticos combatiesen contra el enemigo común, esa ilusión fue rota por el bombardeo de Praga. A partir de este acontecimiento, el conjunto de las tribus eslavas meridionales se puso a disposición de la reacción austríaca según el procedimiento de los croatas. Aquellos jefes del movimiento eslavo meridional que además siguen fabulando sobre la igualdad de derechos de las naciones, sobre la Austria democrática, etcétera, son, o bien exaltados sin seso, como por ejemplo muchos periodistas, o bien canallas como Jellačič. Sus protestas democráticas no significan más que las protestas democráticas de la contrarrevolución oficial austríaca. Es suficiente: en la práctica, la restauración de la nacionalidad eslava meridional se inicia con la saña más brutal contra la revolución austríaca y magiar, con una primera gran obra de caridad que ellos hacen para el zar ruso.

La camarilla austríaca, fuera de la alta nobleza, la burocracia y la soldadesca, sólo encontró respaldo entre los eslavos. Los eslavos decidieron la caída de Italia, los eslavos asaltaron Viena, los eslavos son quienes actualmente caen de todos los lados sobre los magiares. A su frente, como portavoces, los checos conducidos por Palacky, y, como portaespadas, los croatas conducidos por Jellačič.

Einleitung [Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Introducción].

Éste el agradecimiento por el hecho que en junio la prensa democrática alemana simpatizara por doquier con los demócratas checos cuando los ametrallaba Windischgrätz, el mismo Windischgrätz que ahora es su héroe.

Resumamos:

En Austria, prescindiendo de Polonia e Italia, los alemanes y magiares asumieron en el año 1848, como ya hacía mil años, la iniciativa histórica. Representan la revolución.

Los eslavos meridionales, desde hace mil años llevados a remolque por alemanes y magiares, sólo con este fin se alzaron en 1848 para instaurar su autonomía nacional: con el fin de así reprimir al mismo tiempo la revolución germano-magiar. Representan la contrarrevolución. Con ellos se asociaron dos naciones igualmente perimidas hace rato y que carecen de toda capacidad histórica de acción: los sajones y rumanos de Transilvania.

La Casa de Habsburgo, que fundó su poder uniéndose con los alemanes y los magiares en la lucha contra los eslavos meridionales, ahora pasa los últimos momentos de su existencia uniéndose con los eslavos meridionales en la lucha contra los alemanes y los magiares.

Éste es el lado político de la cuestión. Pasemos ahora al militar.

La región habitada exclusivamente por los magiares aún no constituye la tercera parte de Hungría y Transilvania enteras. Desde Presburgo, al norte del Danubio y del Theiss, hasta las crestas de los Cárpatos, habitan varios millones de eslovacos y algunos rutenos. Al sur, entre el Save, el Danubio y el Drave, habitan croatas y eslavones; más al este, a lo largo del Danubio, una colonia serbia de más de medio millón. Ambos enclaves eslavos están ligados por los valacos y los sajones de Transilvania.

O sea que los magiares están circundados por tres lados de enemigos naturales. Los eslovacos, que tienen los pasos montañosos, resultarían peligrosos adversarios en sus comarcas, excelentes para la guerra de partisanos, si tuviesen una disposición menos indiferente.

Pero de este modo, los magiares tienen meramente que soportar por el norte los ataques de los ejércitos que irrumpan desde Galitzia y Moravia. En cambio al este los rumanos y sajones se insurreccionaron en masa, asociándose con el cuerpo de ejército austríaco allí presente. Su posición es excelente, en parte debido a la naturaleza montañosa del país, y en parte porque tienen la mayoría de las ciudades y fortalezas.

Al sur, finalmente, están los serbios del Banato, respaldados por colonos alemanes, por valacos y, asimismo, por un cuerpo austríaco, cubiertos por el enorme pantano de Alibunar y casi inatacables.

Los croatas están cubiertos por el Drave y el Danubio, y como allí tienen a su disposición un fuerte ejército austríaco con todos los recursos, ya progresaron desde antes de octubre por territorio magiar y ahora, con leve esfuerzo, mantienen su línea defensiva junto al Drave inferior.

Y, finalmente, desde los cuatro lados, desde Austria, ahora progresan en cerrada columna Windischgrätz y Jellačič. Los magiares están cercados de todos lados, cercados por una enorme prepotencia.

La lucha recuerda la lucha contra Francia en el año 1793. Sólo con la diferencia que el escasamente poblado y semicivilizado país de los magiares

no dispone, ni de lejos, de los recursos de que por entonces disponía la república francesa.

Por necesidad, las armas y municiones fabricadas en Hungría deben ser de muy mala hechura; especialmente la fabricación de artillería es imposible que se efectúe con rapidez. El país no es ni de lejos tan grande como Francia, y cada pulgada de terreno perdido constituye, por eso, una merma mucho mayor. A los magiares no les queda nada más que su entusiasmo revolucionario, su valentía y la enérgica y veloz organización que pudo darles Kossuth.

Pero no por eso ganó Austria todavía. "Si no batimos a los imperiales junto al Leitha, los batiremos junto al Rabnitz; si no es junto al Rabnitz, los batiremos en Pest; si no es en Pest, los batiremos junto al Theiss, pero en cualquier caso los batiremos."[8] Así dijo Kossuth, y hace lo más que puede por mantener su palabra.

Incluso con la caída de Budapest, les sigue quedando a los magiares la gran pradera de la baja Hungría, terreno como a propósito para una lucha de partisanos a caballo, y esto ofrece numerosos puntos casi inexpugnables entre las ciénagas, donde los magiares se pueden afirmar. Y los magiares, que están casi todos montados, poseen todas las cualidades para librar esta guerra. Si el ejército imperial se atreve a entrar en esta desierta comarca, a la que deberá hacer venir todas sus vituallas desde Galitzia o Austria porque allí no encontrará nada, absolutamente nada, no se alcanza a ver cómo va a mantenerse. Operando en cuerpo cerrado no conseguirá nada, y si se disuelve en destacamentos volantes está perdido. Su pesadez lo pondría irremisiblemente en manos de los rápidos destacamentos montados magiares, incluso sin tener la posibilidad de la persecución allí donde venciera, y cada imperial desbandado encontraría en cada campesino y en cada pastor a un mortal enemigo. La guerra en estas estepas es igual que la guerra argelina, y el burdo ejército austríaco precisaría años para darle fin. Los magiares están salvados con que sólo se mantengan un par de meses.

La causa de los magiares no está ni de lejos tan mal como querría hacer creer el pagado entusiasmo negriamarillo.[9] Todavía no están vencidos. Pero si caen, caerán gloriosamente como los últimos héroes de la revolución de 1848, y sólo por breve período. Entonces, por un instante, la contrarrevolución eslava, con toda su barbarie, inundará la monarquía austríaca, y la camarilla verá qué tiene en sus aliados. Pero a la primera insurrección victoriosa del proletariado francés, que Luis Napoleón se esmera por conjurar con todas sus fuerzas, los austroalemanes y los magiares se liberarán y tomarán cruenta venganza de los bárbaros eslavos. La guerra general que luego estallará desmenuzará esta liga especial eslava y aniquilará hasta el nombre de todas esas pequeñas naciones taurocéfalas.

La próxima guerra mundial no sólo hará desaparecer del suelo terrá-

[8] Del discurso de Kossuth, pronunciado en la sesión del parlamento húngaro del 9 de noviembre de 1848 y publicado en el periódico *Közlöny* del 11 de noviembre de 1848.

[9] Negro y amarillo son los colores de la bandera austriaca.

queo clases y dinastías reaccionarias, sino también pueblos reaccionarios enteros. Y esto también será un progreso.

[Traducido de: Mehring (ed.), *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx un Friedrich Engels — 1841-1850*, t. III, pp. 233-245 (4a. edición, Berlín y Stuttgart, Dietz, 1923), por Conrado Ceretti.]

FRIEDRICH ENGELS

EL PANESLAVISMO DEMOCRÁTICO[1]

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 222 del 15 de febrero de 1849]

Colonia, 14 de febrero. Hemos indicado con bastante frecuencia que los apacibles sueños que emergieron tras las revoluciones de febrero y marzo, las exaltaciones de una confraternización general de los pueblos, de una república federativa europea y de una eterna paz mundial no eran, en el fondo, nada más que embozos de la perplejidad e inactividad ilimitadas de los portavoces de entonces. No se veía, o no se quería ver, lo que había que hacer para poner a salvo la revolución; no se podía o no se quería imponer ninguna providencia realmente revolucionaria; la obtusez de unos y la intriga contrarrevolucionaria de los otros convenían en que el pueblo

[1] En los artículos *Der magyarische Kampf* [La lucha magiar] y *Der demokratische Paneslavismus* [El paneslavismo democrático], Engels se declara contra toda forma de ideología nacionalista como el pangermanismo y el paneslavismo. Junto a la correcta evaluación histórica del movimiento de los países eslavos pertenecientes a Austria como movimiento que en esa época contradecía los intereses de la revolución alemana y europea, se dan sin embargo algunas tesis erróneas sobre el destino histórico de tales pueblos. Engels defiende el parecer según el cual tales pueblos, en el transcurso ulterior del desarrollo histórico, ya no estarán en situación de desempeñar un papel progresista, y por ende se verán condenados a desaparecer como pueblos autónomos. En ambos artículos también se expone unilateralmente que la opresión de una serie de pueblos eslavos por los alemanes constituye un proceso progresista que conlleva la propagación de la cultura y la civilización. Esta aseveración contradice el cuadro de la rapaz política de conquistas de Alemania en el este de Europa, que el mismo Engels bosquejó en otros escritos (la serie de artículos "Die Polendebatte in Frankfurt" [El debate sobre Polonia en Francfort] y el artículo "Posen"). El parecer de Engels acerca del futuro histórico de los eslavos pertenecientes al imperio austríaco se conecta con su idea del papel de los pequeños pueblos en el proceso histórico. Engels defendía la opinión según la cual, en el transcurso ulterior del desarrollo histórico, cuya tendencia fundamental sería la centralización, los pequeños pueblos perderían su autonomía y terminarían absorbidos por las naciones grandes y más viables. Aducía como ejemplo los gaélicos en Escocia, los bretones en Francia y los vascos en España. Engels también juzgaba desde este punto de vista, la conquista de una parte de México por los Estados Unidos de Norteamérica. Pero la evaluación del destino de los pequeños pueblos que hace Engels no considera que al capitalismo no sólo le es inmanente la tendencia a la centralización, sino también la de la lucha de los pequeños pueblos por su indepen-

sólo recibiera un palabrerío sentimental en vez de hechos revolucionarios. El muy aseverativo canalla de Lamartine era el clásico *héroe* de esa época de traición al pueblo encubierta por poéticas flores y baratijas retóricas.

Los pueblos revolucionados saben qué caro han debido pagar el hecho que por ese entonces, con su bonhomía, creyesen en las grandes palabras y las protestaciones altaneras. En vez de la puesta a salvo de la revolución, cámaras reaccionarias que por doquier socavaban la revolución; en vez del cumplimiento de las promesas hechas sobre las barricadas, las contrarrevoluciones de Nápoles, París, Viena y Berlín, la caída de Milán, la guerra contra Hungría; en vez de la confraternización de los pueblos, la renovación de la Santa alianza[2] sobre la más amplia base, bajo el patrocinio de Inglaterra y Rusia. Y los mismos hombres que aún en abril y mayo aclamaban el palabrerío altisonante de la época, tan sólo piensan con sonrojo cómo se dejaron estafar en ese entonces por estúpidos y canallas.

A través de una dolorosa experiencia se aprendió que la "confraternización de los pueblos europeos" no se llevará a efecto con mero palabrerío y deseos piadosos, sino sólo mediante revoluciones radicales y cruentas luchas; que no se trata de una confraternización de todos los pueblos europeos bajo una bandera republicana, sino de la alianza de los pueblos revolucionarios contra los contrarrevolucionarios, alianza que no se llevará a efecto en el *papel*, sino sólo en el *campo de batalla*.

En toda Europa occidental, estas experiencias amargas pero necesarias

dencia y la de su afán de crear un sistema estatal propio. Los erróneos pareceres de Engels acerca del papel histórico de algunos pueblos eslavos se explican por el hecho que entre 1848 y 1849 la indagación marxista de la cuestión nacional todavía se hallaba en su estadio inicial y las experiencias provenientes del movimiento nacional de los pequeños pueblos seguían siendo relativamente escasas. Pero también deben destacarse las salvedades que el mismo Engels hace en sus artículos con respecto al destino de esos pueblos eslavos. Engels dice: "Si en una época cualquiera los eslavos hubiesen empezado una *nueva historia revolucionaria* dentro de su opresión, ya habrían probado con ello su viabilidad. A partir de ese instante la revolución se habría interesado por su liberación, y el especial interés de alemanes y magiares habría desaparecido ante el mayor interés de la revolución europea." El desarrollo de los pueblos eslavos que pertenecían a Austria probó convincentemente, durante los cien años transcurridos desde la evaluación de Engels, que son lo bastante viables y fuertes para expugnar la libertad y la independencia, erigir exitosamente su propio estado y construir el socialismo.

[2] En los años 1848 y 1849 se hizo por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias de Europa una serie de intentos de revivificar la Santa Alianza de 1815 en la lucha contra el movimiento revolucionario. Pero no se llegó a la conclusión de un nuevo tratado.

La Santa alianza era una liga de las potencias contrarrevolucionarias contra todos los movimientos progresistas de Europa. Fue creada el 26 de setiembre de 1815, a iniciativa del zar Alejandro I, por los vencedores de Napoleón. Adhirieron a ella, junto con Austria y Prusia, casi todos los estados europeos. Los monarcas se comprometieron a respaldarse recíprocamente para reprimir revoluciones, doquiera estallasen.

restaron todo crédito al palabrerío lamartiniano. En cambio en el este sigue habiendo fracciones, fracciones revolucionarias, presuntamente democráticas, que no se cansan de servir de eco a ese palabrerío y a esos sentimentalismos ni de predicar el evangelio de la confraternización de los pueblos europeos.

Estas fracciones —haciendo abstracción de algunos exaltados ignorantes de lengua alemana, como el señor A. Ruge, etcétera— son los *paneslavistas democráticos* de las diferentes etnías eslavas.

Tenemos frente a nosotros el programa del paneslavismo democrático en un folleto: *Llamamiento a los eslavos.* Por un patriota ruso, Mijáil Bakunin, miembro del Congreso eslavo de Praga, Köthen, 1848.

Bakunin es amigo nuestro, pero ello no nos retendrá de someter a crítica su folleto.

Obsérvese cómo, en el mismo comienzo de su llamamiento, Bakunin se ciñe a las ilusiones de marzo y abril pasados: "Ya la primera señal de vida de la revolución fue un grito de odio contra la antigua opresión, un grito de simpatía y amor por todas las nacionalidades oprimidas. Los pueblos. . . sintieron finalmente la ignominia que la vieja diplomacia cargó sobre la humanidad, reconociendo que el bienestar de las naciones jamás estará asegurado mientras en cualquier parte de Europa siga viviendo un solo pueblo bajo la opresión. . . ¡Afuera los opresores, retumbó a una voz; vivan los oprimidos, los polacos, los italianos y todos! ¡No más guerras de conquista, sino la última guerra librada hasta el colmo, la buena lucha de la revolución para la liberación final de todos los pueblos! ¡Abajo las barreras artificiales que los congresos de los déspotas levantaron por la fuerza según así llamadas necesidades históricas, geográficas, comerciales y estratégicas! Ya no tiene que haber otras fronteras divisorias que las que corresponden a la naturaleza y fueron trazadas por la justicia y en el sentido de la democracia, y que delinea la soberana voluntad de los mismos pueblos en base a sus particularidades nacionales. Así cundió el clamor por todos los pueblos (pp. 6, 7)." Ya en este pasaje volvemos a encontrar todo el entusiasmo exaltado de los primeros meses posteriores a la revolución. No se dice nada de los obstáculos que existen en la realidad para tal liberación general, de los grados tan íntegramente diferentes de civilización ni de las necesidades políticas igualmente diferentes de cada uno de los pueblos, y que esos grados condicionan. La palabra "libertad" lo sustituye todo. No se dice cabalmente nada de la realidad, o si acaso ésta entra en consideración, se la pinta como algo absolutamente vituperable, como algo arbitrariamente instaurado por "congresos de déspotas" y "diplomáticos". Frente a esta fea realidad se ubica la presunta voluntad popular con su imperativo categórico, con la exigencia absoluta de "libertad" a secas.

Ya vimos quién era el más fuerte. Precisamente porque se metió en una abstracción tan fantasiosa de las condiciones realmente presentes, la presunta voluntad popular fue embromada de modo tan ignominioso. "En virtud de su plenitud de poderes, la revolución declaró disueltos los estados de los déspotas: disuelto el reino prusiano... Austria... el imperio turco... disuelto finalmente el último consuelo de los déspotas, el imperio ruso... y, como meta final de todo, la federación general de las república europeas (p. 8)."

De hecho, aquí en Occidente nos debe parecer peculiar que, después que todos esos lindos planes naufragaron en su *primer* intento de ejecución, uno todavía los pueda enumerar como algo meritorio y grande. En rigor, lo malo fue precisamente que la revolución, sí "declaró disueltos en virtud de su propia plenitud de poderes", al mismo tiempo, "en virtud de su propia plenitud de poderes", no movió un dedo para hacer efectivo su decreto.

Por ese entonces fue convocado el Congreso eslavo, el cual se colocó por entero en el punto de vista de estas ilusiones. Obsérvese: "Sintiendo vivamente los vínculos comunes de la historia (?) y de la sangre, hemos jurado no volver a dejar que nuestros sinos se separen uno de otro. Maldiciendo la política de la que tanto tiempo fuimos víctimas, *nos hemos rehabilitado a nosotros mismos* en nuestro derecho a una *independencia* completa, *comprometiéndonos* a que en adelante ésta sea *común a todos los pueblos eslavos.* Hemos adjudicado su autonomía a Bohemia y Moravia. . . hemos extendido nuestra mano fraterna al pueblo alemán, a la Alemania democrática. En nombre de aquellos de nosotros que habitan en Hungría, hemos ofrecido a los magiares, esos sañudos enemigos de nuestra raza. . . una alianza fraternal. Tampoco hemos olvidado en nuestra liga de liberación a aquellos de nuestros hermanos que suspiran bajo el yugo de los turcos. Por supuesto que hemos condenado la política criminal que desgarró tres veces a Polonia. . . Hemos expresado todo esto exigiendo con todos los demócratas de todos los pueblos (?): la libertad, la igualdad y la fraternidad de todas las naciones" (p. 10).

Aún hoy, el paneslavismo democrático levanta estas exigencias: "Por ese entonces nos sentíamos seguros de nuestra causa. . . la *justicia* y la *humanidad* estaban totalmente de nuestro lado, y del lado de nuestros enemigos nada más que la ilegalidad y la barbarie. No nos hemos entregado a *ninguna ensoñación vacua,* sino a las ideas de la *única política verdadera y necesaria,* la política de la *revolución.*"

"Justicia", "humanidad", "libertad", "igualdad", "fraternidad", "independencia": hasta ahora no hemos encontrado en el manifiesto paneslavista otra cosa que estas categorías más o menos morales que suenan muy lindas por cierto, pero no *prueban absolutamente nada* en cuestiones históricas y políticas. La "justicia", la "humanidad", la "libertad", etcétera, pueden reclamar mil veces esto o aquello, pero si la cosa es imposible no sucede, y a pesar de todo sigue siendo una "ensoñación vacua". Si los paneslavistas, a partir del papel que desempeñó la masa de los eslavos desde el Congreso de Praga, se hubiesen esclarecido acerca de sus ilusiones, podrían haber visto que nada se consigue hacer contra la férrea realidad a despecho de todos los deseos piadosos y los lindos sueños que se tengan; que su política tampoco era, como alguna vez lo fue la de la república francesa, la "política de la revolución". ¡Y sin embargo hoy, en enero de 1849, todavía nos vienen con el mismo antiguo palabrerío de cuyo contenido Europa occidental se desengañó por obra de la más cruenta contrarrevolución!

Una palabra nomás sobre la "confraternización general de los pueblos" y el trazado de "fronteras que delinea la soberana voluntad de los

mismos pueblos en base a sus particularidades nacionales". Los Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas el pueblo es soberano.

¿Cómo es que entre ambas repúblicas, que conforme a la *teoría moral* deberían estar "hermanadas" y "federadas", estalló una guerra a causa de Tejas, y que la "soberana voluntad" del pueblo norteamericano, apoyada en la valentía de los voluntarios norteamericanos, corrió unos cientos de millas más al sur, por "necesidades geográficas, comerciales y estratégicas", las fronteras que trazó la naturaleza? ¿Bakunin les reprochará a los norteamericanos una "guerra de conquista" que, en verdad, da un rudo golpe a su teoría apoyada en la "justicia y humanidad", pero que fue librada única y exclusivamente en interés de la civilización? ¿O acaso es una desgracia que le hayan arrancado la magnífica California a los haraganes mexicanos, que no supieron hacer nada con ella? ¿Que los enérgicos yankis multipliquen los medios de circulación por obra de la rápida explotación de las minas de oro allí existentes, concentren en pocos años una densa población y un dilatado comercio en la ubicadísima costa del mar Pacífico, creen grandes ciudades, inauguren servicios de vapores, tiendan una vía férrea de Nueva York a San Francisco, recién abran propiamente a la civilización el océano Pacífico y por tercera vez en la historia den una nueva dirección al comercio mundial? Con ello podrá sufrir la "independencia" de algunos californianos y tejanos de origen español, y ser vulnerados aquí o allá otros postulados morales, pero ¿qué vale eso contra tales hechos de trascendencia histórica mundial?

Por lo demás, notamos que esta teoría de la confraternización general de los pueblos, que quiere nada más que hermanar al tuntún sin considerar la posición histórica y el grado de desarrollo social de cada pueblo, ya fue combatida por los redactores de la *Neue Rheinische Zeitung* mucho antes de la revolución, y por cierto que a la sazón lo hicieron en contra de sus mejores amigos, los demócratas ingleses y franceses. Los periódicos democráticos ingleses, franceses y belgas de aquella época contienen las pruebas de ello.[3]

Ahora bien, en lo específicamente concerniente al paneslavismo, hemos desarrollado en el núm. 194 de la *NRhZ* de qué modo éste, aparte de los bienintencionados autoengaños de los paneslavistas democráticos, no tenía en realidad otro objetivo que dar un punto de apoyo a los fragmentados austroeslavos, dependientes de alemanes y magiares en cuanto a historia, literatura, política, comercio e industria, por un lado en Rusia,

[3] Véase el artículo de Engels "Das Fest der Nationen in London" [La Fiesta de las Naciones en Londres], en Marx-Engels, *Werke*, Dietz, Berlín, 1961, t. 2, pp. 611-624; los "Reden über Polen" [Discurso sobre Polonia] de Marx y Engels; los artículos de Engels "Louis Blancs Rede auf dem Bankett zu Dijon" [Discurso de Louis Blanc en el banquete de Dijon] y "Die 'zufriedengestellte' Mehrheit" [La mayoría "contentada"], así como "Rede über die Frage des Freihandels" [Discurso sobre la cuestión del librecambio] que Marx pronunció el 9 de enero de 1848 en la Sociedad democrática de Bruselas, en Marx-Engels, *Werke*, t. 4, pp. 416-418, 426-428, 432-438 y 444-458.

y por el otro en la monarquía unitaria austríaca, dominada por la mayoría eslava y dependiente de Rusia. Hemos desarrollado de qué modo tales nacioncitas, remolcadas desde hace siglos por la historia contra su propia voluntad, deben ser necesariamente contrarrevolucionarias, y de qué modo toda su posición en la revolución de 1848 fue realmente contrarrevolucionaria. Frente al manifiesto del paneslavismo democrático que exige la independencia de todos los eslavos sin distingos, debemos volver a este punto.

En primer lugar, notemos que el romanticismo político y el sentimentalismo de los demócratas del Congreso eslavo resulta muy disculpable. Con excepción de los polacos —los polacos no son paneslavistas por muy palpables razones—, aquéllos pertenecen a todas las etnías que, o bien son necesariamente contrarrevolucionarias debido a su posición histórica global, como los eslavos meridionales, o bien todavía están muy lejos de una revolución, como los rusos, y por ende siguen siendo contrarrevolucionarias, al menos circunstancialmente. Estas fracciones, democráticas gracias a su formación adquirida en el extranjero, buscan armonizar su orientación democrática con su sentimiento nacional que, como se sabe, es muy marcado en los eslavos; y dado que el mundo positivo y la situación real de su país no ofrecen ninguno, o sólo ficticios puntos de contacto para esa reconciliación, no les queda otra cosa que el ultramundano "reino aéreo del sueño", el reino de los deseos piadosos, la política de la fantasía. ¡Qué lindo sería que croatas, panduros y cosacos constituyesen la avanzada de la democracia europea; que el enviado de la república de Siberia presentase sus credenciales en París! Seguro que son perspectivas muy halagüeñas, pero ni siquiera el paneslavista más entusiasta ha de reclamar que la democracia europea aguarde su realización: por de pronto, las naciones cuya independencia específica reclama el manifiesto son precisamente los enemigos específicos de la democracia.

Repetimos: fuera de los polacos, los rusos y, a lo sumo, los eslavos de Turquía, ningún pueblo eslavo tiene futuro por la sencilla razón que a todos los restantes eslavos les faltan las primeras condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales de la autonomía y la viabilidad.

Pueblos que jamás tuvieron una historia propia; que desde el instante en que ascienden los primeros y más toscos grados de la civilización ya se ponen bajo la férula extranjera o que sólo son *compelidos a acceder* a los primeros grados de la civilización por obra de un yugo extranjero, no tienen ninguna viabilidad y jamás podrán llegar a autonomía alguna.

Y éste fue el sino de los austroeslavos. Los checos, entre quienes nosotros queremos contar incluso a los moravos y los eslovacos, aunque difieran en idioma e historia, jamás tuvieron historia. Desde Carlomagno, Bohemia está encadenada a Alemania. Por un instante la nación checa se emancipa y constituye el gran reino moravo, para en seguida volver a ser sojuzgada y arrojada de aquí para allá como una pelota entre Alemania, Hungría y Polonia durante quinientos años. Luego Bohemia y Moravia pasan definitivamente a Alemania, y las comarcas eslovacas quedan para Hungría. ¿Y esta "nación", que no tiene existencia histórica alguna, reivindica la independencia?

Lo mismo [ocurre] con los propiamente llamados eslavos meridiona-

les. ¿Dónde está la historia de los eslovenos ilirios, de los dálmatas, croatas y chocazos?[4] A partir del siglo XI perdieron la última apariencia de independencia política y estuvieron en parte bajo dominio alemán, en parte bajo dominio veneciano y en parte bajo dominio magiar. ¿Y con este harapo desgarrado se quiere frangollar una nación fuerte, independiente, viable?

Más aún. Si los austroeslavos constituyesen una masa compacta como los polacos, los magiares o los italianos; si estuviesen en condiciones de concertar entre ellos un Estado de 12 a 20 millones de habitantes, sus reivindicaciones todavía tendrían un carácter serio. Pero ocurre precisamente lo contrario. A modo de amplia cuña, los alemanes y magiares se han entrometido entre ellos hasta los confines de los Cárpatos, y casi hasta el mar Negro, separando a los checos, moravos y eslovacos de los eslavos meridionales por una faja de 60 a 80 millas de ancho. En el norte de la faja, 5 1/2 millones de eslavos, y en el sur 5 1/2 millones, separados por una masa compacta de 10 a 11 millones de alemanes y magiares, que son aliados por historia y necesidad.

Pero ¿por qué los 5 1/2 millones de checos, moravos y eslovacos no podrían formar un reino y los 5 1/2 millones de eslavos meridionales, junto con los eslavos turcos, otro reino?

Considérese en el primer mapa lingüístico que venga la distribución de los checos y de sus vecinos lingüísticamente emparentados. Ellos están encajados a modo de cuña en Alemania, pero de ambos lados los corroe y contiene el elemento alemán. La tercera parte de Bohemia habla alemán; en Bohemia hay 17 alemanes por cada 24 checos. Y precisamente los checos han de formar el núcleo del reino eslavo propuesto, pues los moravos también están fuertemente mesturados con alemanes y los eslovacos con alemanes y magiares, y además totalmente desmoralizados en el aspecto nacional. ¡Qué reino eslavo ése, donde finalmente *dominaría la burguesía alemana de las ciudades*!

Lo mismo con los eslavos meridionales. Los eslovenos y los croatas aíslan a Alemania y a Hungría del mar Adriático, y Alemania y Hungría no se *pueden* dejar aislar del mar Adriático, por "necesidades geográficas y comerciales" que si no son ningún obstáculo para la fantasía de Bakunin, sin embargo existen y constituyen para Alemania y Hungría cuestiones tan vitales como para Polonia, por ejemplo, la costa báltica de Danzig a Riga. ¡Y allí donde se trate de la existencia, del libre despliegue de todos los recursos de grandes naciones, un sentimentalismo semejante, como la consideración por un par de alemanes o eslavos desbandados, no decidirá nada! ¡Aparte del hecho que esos eslavos meridionales están igualmente mesturados en todas partes con elementos alemanes, magiares e italianos; que aquí también, a la primera ojeada sobre el mapa lingüístico, revienta en harapos inconexos el proyectado reino eslavo meridional y que, en el mejor de los casos, el reino entero será librado a las manos de los burgueses

[4] *Chocazos* (también chocatzos): tribu eslava del Sur (de confesión católico-romana) que habitaba en Hungría meridional y Yugoslavia septentrional, y en en siglo XVII huyó de Bosnia a la llegada de los turcos.

italianos de Trieste, Fiume y Zara, y de los burgueses *alemanes* de Agram, Leibach, Karlstadt, Semlin, Pancsova y Weisskirchen!

Pero ¿acaso los austroeslavos meridionales no podrían asociarse con los serbios, bosnios, morlajos[5] y búlgaros? Seguro, si fuera de las dificultades enunciadas no siguiese existiendo el antiquísimo odio del fronterizo austríaco contra los eslavos turcos de allende el Save y el Unna; pero estas gentes, que desde hace siglos se conocen recíprocamente como pillos y bandidos, se odian infinitamente más que eslavos y magiares, pese a todo su parentesco étnico.

¡De hecho, la posición de los alemanes y los magiares sería extremadamente agradable si se hubiese ayudado a los austroeslavos a obtener su llamado "derecho"! ¡Entre Silesia y Austria, enclavado un estado bohemio-moravo independiente; Austria y la Marea Estiria cortadas de su *débouché* natural, el mar Adriático y el Mediterráneo, por la "república eslava meridional"; el este de Alemania hecho jirones como un pan mordisqueado por las ratas! ¡Y todo esto gracias a que los alemanes se tomaron la molestia de civilizar a los testarudos checos y eslovenos e introducir entre ellos el comercio, la industria, la labranza pasable y la educación!

¡Pero precisamente este yugo impuesto a los eslavos so pretexto de civilizarlos constituye en rigor, y precisamente, uno de los máximos crímenes de los alemanes como de los magiares! Obsérvese nomás: "Con razón se encolerizan ustedes, con razón resuellan venganza ustedes contra esa *nefanda política alemana* que no tramó otra cosa que su perdición, que *los tiranizó durante siglos*. . ." (p. 5). ". . . Los *magiares, esos sañudos enemigos* de nuestra raza, quienes apenas contando cuatro millones se atrevieron a querer poner bajo su yugo a ocho millones de eslavos. . ." (p. 9). "Sé todo lo que hicieron los magiares contra nuestros hermanos eslavos, lo que perpetraron contra nuestra nacionalidad y de qué modo pisotearon nuestra lengua y nuestra independencia" (p. 30).

Ahora bien, ¿cuáles son los grandes y espantosos crímenes de los alemanes y los magiares contra la nacionalidad eslava? Aquí no hablamos de la partición de Polonia, que no viene al caso; hablamos de la "centenaria injusticia" que se habría infligido a los eslavos.

En el norte, los alemanes volvieron a conquistarle a los eslavos el territorio ex alemán y luego eslavo entre el Elba y el Warthe, conquista condicionada por "necesidades geográficas y estratégicas" que derivaban de la partición del imeprio carolingio. Esas extensiones territoriales eslavas están completamente germanizadas; la cosa quedó finiquitada y no se puede rectificar, a no ser que los paneslavistas vuelvan a dar con las perdidas lenguas sorbia, venda y obotrita[6] y se las impongan a los habitantes de Leipzig,

[5] *Morlajos* (también morlacos): porciónde la población montañesa de Dalmacia (Yugoslavia). Los morlajos viven en las comarcas de Zadar y Split (Dalmacia septentrional) y en el sur de Istria. Son descendientes de la antigua población iliria latinizada que en el siglo pasado se mezcló con la población serbia circundante. Hoy hablan serbio, pero en los siglos XVI y XVII todavía se conservaban entre ellos locuciones latinas.

[6] Lenguas de tribus eslavas del oeste que tras la migración de pueblos

Berlín y Stettin. Pero hasta ahora jamás se impugnó que esa conquista estuviese en el interés de la civilización.

En el sur encontraron ya desmenuzadas las tribus eslavas. De ello se habían encargado los ávaros[7] no eslavos, que ocuparon el territorio más tarde ocupado por los magiares. Los alemanes sometieron a esos eslavos al pago de censo y libraron más de un combate con ellos. Iguales combates libraron con los ávaros y magiares, a quienes quitaron todo el país entre el Enns y el Leitha. Mientras que aquí germanizaron por la fuerza, la germanización de los países eslavos se operó en son mucho más pacífico, mediante la inmigración y la influencia de la nación más desarrollada sobre la no desarrollada. La industria alemana, el comercio alemán y la educación alemana aportaron automáticamente la lengua alemana al país. En lo atinente a "opresión", los eslavos no fueron más oprimidos por los alemanes que la masa de los mismos alemanes.

En lo que concierne a los magiares, también hay en rigor, en Hungría, una cantidad de alemanes, y los magiares jamás tuvieron que quejarse de la "nefanda política alemana", ¡aunque los suyos eran "apenas cuatro millones"! ¡Y si los "ocho millones de eslavos" debieron sufrir que durante *ocho siglos* los cuatro millones de magiares les pusieran el yugo, ello sólo prueba suficientemente quién era más viable y más enérgico, si los muchos eslavos o los pocos magiares!

¡Claro que el máximo "crimen" de los alemanes y los magiares es que impidieron que esos 12 millones de eslavos se volvieran *turcos*! ¡Qué habría sido de esas pequeñas nacioncitas fragmentadas que han desempeñado un papel tan deplorable en la hisoria, qué habría sido de ellas si los magiares y los alemanes no las hubieran cohesionado y conducido contra los ejércitos de Mohammed y Solimán, si sus llamados "opresores" no hubiesen decidido las batallas libradas en defensa de esas débiles poblaciones! La suerte de los "doce millones de eslavos, valacos y griegos" que hasta el día de hoy "son pisoteados por setecientos mil osmanlíes" (p. 8), ¿no lo dice bastante alto?

Y por fin, ¡qué "crimen", qué "nefanda política", que los alemanes y los magiares, por la época en que en Europa en general las grandes monarquías se volvían una "necesidad histórica", ensamblasen a todas esas pequeñas nacioncitas mutiladas e impotentes en un gran imperio y de tal

ocurrido aproximadamente a partir del siglo v habitaron el país comprendido entre el Elba, el Saale y el Oder. El nombre *venda* fue, en sus orígenes, una designación colectiva alemana para diferentes pueblos eslavos que después se restringió a los sorbios de Lusacia. *Obotritas* (obodritas, abotritas, bodritsas): designación de varias tribus eslavas de la margen derecha del Elba inferior y del Mecklemburgo occidental. En el siglo XII los obotritas fueron sometidos por señores feudales alemanes y germanizados por la cruz y la espada.

[7] Pueblo turco-tártaro que, proveniente de Asia, penetró en el siglo VI hasta Europa central y se estableció en Europa centro-oriental y los Balcanes. Entre los siglos VII y IX fueron batidos por los turcos, los eslavos, los alemanes y los húngaros, y finalmente desaparecieron de la historiografía.

modo las capacitasen para participar de un desarrollo histórico al cual, abandonadas a sí mismas, hubiesen permanecido totalmente ajenas! Por supuesto que tal cosa no puede imponerse sin tronchar violentamente más de una amable florcita nacional. Pero en la historia nada se impone sin violencia y sin una férrea desconsideración, y si Alejandro, César y Napoleón hubieran poseído la misma emotividad a que ahora apelan los paneslavistas en favor de sus degenerados clientes, ¡qué habría sido de la historia! ¿Acaso los persas, celtas y germanos cristianos no valen lo que los checos, ogulinos[8] y sereshanos?[9]

Pero *ahora* la centralización política, debido a los pujantes progresos de la industria, el comercio y las comunicaciones, se ha vuelto una necesidad mucho más apremiante aún que allá por los siglos XV y XVI. Lo que aún tiene que centralizarse, se centraliza. ¿Y *ahora* vienen los paneslavistas a reclamar que "pongamos en libertad" a esos eslavos semigermanizados, que anulemos una centralización que todos sus intereses materiales le imponen a esos eslavos?

En suma, resulta que esos "crímenes" de los alemanes y los magiares contra los eslavos en cuestión pertenecen a los mejores y más apreciables actos de que se puedan jactar en la historia nuestro pueblo y el pueblo magiar.

Por lo demás, en lo atinente a los magiares, aquí hay que notar especialmente que éstos, sobre todo a partir de la revolución, procedieron con demasiada condescendencia y demasiada debilidad contra los inflados croatas. Es notorio que Kossuth les consintió todo lo posible, y no solamente que sus diputados pudiesen hablar croata en la Dieta imperial. Y esa condescendencia para con una nación contrarrevolucionaria por naturaleza es lo único que se les puede reprochar a los magiares.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 223 del 16 de febrero de 1849]

Colonia, 15 de febrero. Ayer concluimos con la prueba de que los austroeslavos jamás tuvieron una historia propia; de que en cuanto a historia, literatura, política, comercio e industria dependen de alemanes y magiares; de que ya están parcialmente germanizados, magiarizados e italianizados; de que si constituyeran Estados autónomos, no dominarían ellos esos es-

[8] Miembros del regimiento de infantería de fronteras de Karlstadt [hoy Karlovac, Yugoslavia], división Ogulin, creado en 1746. Estaban estacionados en Ogulin (Croacia occidental), y de ahí recibieron su nombre en 1753.

[9] *Sereshanos* (también *capas-rojas*): tropa montada especial, asignada desde 1700 a los regimientos de frontera austríacos, para hacer reconocimientos y librar guerrillas defensivas contra las incursiones turcas. Estaban vestidos con capas y gorras rojas, y se distinguieron por su particular crueldad. Después de 1871 cumplieron servicio de gendarmería en la frontera serbo-austríaca.

tados, sino las burguesías alemana e italiana de sus ciudades y de que, finalmente, ni Hungría ni Alemania pueden tolerar el desgajamiento y la constitución autónoma de esos pequeños e inviables estados intermedios.

Todo esto, sin embargo, aún no decidiría nada. Si en una época cualquiera los eslavos hubiesen empezado una *nueva historia revolucionaria* dentro de su opresión, ya habrían probado con ello su viabilidad. A partir de ese instante la revolución se habría interesado por su liberación, y el especial interés de alemanes y magiares habría desaparecido ante el mayor interés de la revolución europea.

Pero éste nunca fue el caso precisamente. Los eslavos —volvemos a recordar que aquí excluimos invariablemente a los polacos— siempre fueron precisamente los *principales instrumentos de la contrarrevolución.* Oprimidos en su casa, fueron en el extranjero los *opresores de todas las naciones revolucionarias*, hasta donde alcanzara la influencia eslava.

Que no se nos replique que aquí actuamos en interés de prejuicios nacionales alemanes. En las revistas alemanas, francesas, belgas e inglesas están las pruebas de que precisamente los redactores de la *Neue Rheinische Zeitung*, ya mucho *antes* de la revolución, enfrentaron del modo más decidido todas las obtuseces nacionales alemanas.[10] Por cierto que, como hicieron muchos otros, no han increpado a los alemanes al tuntún y basándose sólo en lo que oían decir, sino que probaron históricamente y develaron sin miramientos el mísero papel que ha desempeñado Alemania en la historia gracias a su nobleza y a su burguesía y, porsupuesto, gracias a su atrofiado desarrollo industrial, reconociendo invariablemente, frente a los rezagados alemanes, la legitimidad de las grandes naciones históricas de Occidente; los ingleses y los franceses. Pero justamente por eso permítasenos que no compartamos las exaltadas ilusiones de los eslavos y que juzguemos a otros pueblos de modo tan riguroso como hemos juzgado a nuestra propia nación.

Hasta ahora siempre se dijo que los *alemanes* fueron los portalanzas del despotismo en toda Europa. Estamos muy lejos de negar la ignominiosa participación de los alemanes en las ignominiosas guerras contra la Revolución francesa desde 1792 hasta 1815, y en la opresión de Italia desde 1815 y de Polonia desde 1772, pero ¿quién estaba detrás de los alemanes, quién los usaba como mercenarios o vanguardia suya? Inglaterra y *Rusia.* ¡Si hasta el día de hoy los rusos se jactan de haber decidido con sus innumerables ejércitos la caída de Napoleón, cosa que, por supuesto, tiene su buena parte de exactitud! Por lo menos se sabe que las tres cuartas partes de los ejércitos que por su superioridad rechazaron a Napoleón desde el Oder hasta París constaban de eslavos, rusos o austroeslavos.

¡Y ahora la opresión de los italianos y los polacos por los alemanes!

[10] Véase el artículo de Engels "Deutsche Zustände" [Situación alemana], en Marx-Engels, *Werke*, t. 2, pp. 564-584, y "Deutschen Sozialismus in Versen und Prosa" [Socialismo alemán en verso y prosa], "Rede über Polen" [Discurso sobre Polonia], "Drei neue Konstitutionen" [Tres nuevas constituciones] y "Ein Wort an die *Riforma*" [Una palabra a la *Riforma*], en Marx-Engels, *Werke*, t. 4, pp. 207-247, 417-418, 514-518 y 526-527.

En la partición de Polonia compitieron una potencia totalmente eslava y una semieslava; los ejércitos que reprimieron a Kościuszko eran *eslavos* en su mayoría; los ejércitos de Diebich y Paskevich eran ejércitos exclusivamente *eslavos*. Y en Italia los *tadeschi* fueron los únicos que durante años cargaron con la ignominia de pasar por opresores; pero una vez más, ¿de qué constaban los ejércitos que se dejaron usar mejor para reprimir y cuyas brutalidades se achacaron a los alemanes? Nuevamente, de *eslavos*. Vayan a preguntar a Italia quién reprimió la revolución milanesa y ya no les dirán: los *tedeschi* —desde que los tedeschi hicieron una revolución en Viena no se los odia más—, sino: los *croati*.[11] Ésta es la palabra con que ahora los italianos sintetizan todo el ejército austríaco, vale decir todo lo que aborrecen más profundamente: *¡i croati!*

Pero estos reproches serían superfluos e injustificados si los eslavos hubiesen participado seriamente, no importa dónde, en el movimiento de 1848; si se hubieran apurado a entrar en las filas de los pueblos revolucionarios. Un solo y animoso intento de revolución democrática, aunque sea sofocado, borra de la memoria de los pueblos siglos enteros de infamia y cobardía, rehabilita en el acto a una nación, por más profundo desprecio que se le tenga. Los alemanes lo experimentaron el año pasado. Pero mientras franceses, alemanes, italianos, polacos y magiares enarbolaban la bandera de la revolución, los *eslavos* se ponían como *un solo* hombre bajo la bandera de la *contrarrevolución*. Adelante iban los eslavos meridionales, que ya hace muchos años habían defendido sus especiales veleidades contrarrevolucionarias contra los magiares; luego los checos, y en pos de ellos, armados para la batalla y preparados a aparecer en la liza en el momento de la decisión, los *rusos*.

Se sabe que en Italia los húsares magiares se pasaron masivamente a los italianos; que en Hungría batallones italianos enteros se pusieron a disposición del gobierno revolucionario magiar y siguen luchando bajo la bandera magiar; se sabe que en Viena los regimientos alemanes estuvieron junto al pueblo e incluso en Galitzia no se confiaba para nada en ellos; se sabe que los polacos austríacos y no austríacos lucharon en masas contra los ejércitos austríacos en Italia, Viena y Hungría, y siguen luchando en los Cárpatos, pero ¿dónde se oyó alguna vez que tropas checas o eslavas meridionales se hayan sublevado contra la bandera negriamarilla?

Al contrario, hasta ahora sólo se sabe que Austria, conmocionada hasta los cimientos, se conserva en vida gracias al entusiasmo negriamarillo de los eslavos y vuelve a quedar en salvo por un instante; que fueron precisamente los croatas, eslovenos, dálmatas, checos, moravos y rutenos, quienes dotaron a Windischgrätz y a Jellačič de contingentes para reprimir la revolución en Viena, Cracovia, Lemberg y Hungría, y de lo que aún ahora nos entera Bakunin es de que el *Congreso eslavo* de Praga no *fue desmenuzado* por alemanes, ¡sino por *eslavos*, y "*nada más que eslavos*" (p. 33), galitzianos, checos y eslovacos!

La revolución de 1848 compelió a todos los pueblos europeos a declararse a favor de ella o en su contra. En un mes todos los pueblos madu-

[11] Soldados del ejército imperial austríaco.

ros para la revolución habían hecho su revolución, y todos los pueblos inmaduros se habían aliado contra la revolución. Por ese entonces era menester desenmarañar la confusión de los pueblos de Europa oriental. Importaba qué nación tomaba allí la iniciativa revolucionaria, cuál desarrollaba la mayor energía revolucionaria y de tal modo se aseguraba el futuro. Los eslavos se quedaron mudos; los alemanes y los magiares, fieles a su posición histórica actual, pasaron al frente, y así los eslavos se arrojaron por completo en brazos de la contrarrevolución.

Pero, ¿y el Congreso eslavo de Praga? Repetimos: los llamados demócratas que hay entre los austroeslavos son o bien canallas o bien fantaseadores, y los fantaseadores que en su pueblo no hallan terreno alguno para las ideas importadas del extranjero, son continuamente llevados de la nariz por los canallas. En el Congreso eslavo de Praga, los fantaseadores tenían la primacía. Cuando a los paneslavistas *aristocráticos*, señores conde Thun, Palacký y consortes, les pareció peligroso el fantaseo, traicionaron a los fantaseadores a Windischgrätz y a la contrarrevolución negriamarilla. ¡Qué amarga y contundente ironía no hay en el hecho que ese congreso de exaltados, defendido por la exaltada juventud de Praga, fuese dispersado por soldados de su propia nación, y que al fantasioso Congreso eslavo se le enfrentase, como quien dice, un congreso eslavo militar! ¡Es el ejército austríaco, que ocupó Praga, Viena, Lemberg, Cracovia, Milán y Budapest, el real, el activo Congreso eslavo!

Sus frutos prueban cuán inconsistente y poco claro fue el fantaseo del Congreso eslavo. El bombardeo de una ciudad como Praga habría llenado a cualquier otra nación del odio más inextinguible contra los opresores. ¿Qué hicieron los checos? Besaron el látigo que los azotaba hasta dessangrarlos, juraron entusiasmados por la bandera bajo la que fueron acuchillados sus hermanos y ultrajadas sus mujeres. La lucha callejera de Praga fue el punto de inflexión de los paneslavistas democráticos de Austria.[12]

[12] En el movimiento social bohemio de 1848 se pueden diferenciar dos etapas principales. En la primera etapa, desde el comienzo de los acontecimientos de marzo hasta el sofocamiento de la insurrección de Praga, las masas populares checas —el campesinado y el proletariado— tomaron parte activa en el movimiento revolucionario contra el feudalismo y el absolutismo. Esta lucha del pueblo checo coincidía con los intereses del movimiento revolucionario europeo y fue respaldada por Marx y por Engels (véase los artículos "Der Prager Aufstand" [La insurrección de Praga] y "Demokratischer Charakter des Aufstandes" [El carácter democrático de la insurrección], en Marx-Engels, *Werke*, t. 5, pp. 80-82 y 108-109.

Tras el sofocamiento de la insurrección de Praga, la burguesía liberal checa, que en la lucha contra la revolución y la democracia hiciera causa común con la nobleza y los Habsburgo, consiguió reprimir a las fuerzas democráticas de Bohemia, poner bajo su dirección el movimiento social y llevarlo por las aguas de la lucha nacionalista. De tal modo ese movimiento entró en contradicción con la revolución europea, ya que de ahora en más se convertía en apoyo de la contrarrevolucionaria monarquía habsburguesa e, indirectamente también, del zarismo ruso. Los elementos democráticos del pueblo checo no consiguieron respaldar enérgicamente la revolución

Ante la perspectiva de su miserable "autonomía nacional" vendieron la democracia, la revolución, a la monarquía unitaria austríaca, al "centro", a "la cumplimentación sistemática del despotismo en el corazón de Europa", como dice el mismo Bakunin en la p. 29. Y por esta cobarde y baja traición a la revolución un día nos vengaremos cruentamente de los eslavos.

No obstante, a estos traidores se les ha vuelto finalmente claro que la contrarrevolución los estafó; que no hay que pensar ni en una "Austria eslava" ni en un "estado federativo de naciones con igualdad de derechos", ni tan siquiera en instituciones democráticas para los austroeslavos. Jellačič, que no es un canalla más gande que la mayoría de los restantes demócratas que hay entre los austroeslavos, se duele con amargura del modo como lo explotaron, y Stratimirovich, para no dejarse explotar más, ha proclamado la abierta insurrección contra Austria. Las asociaciones Slovanská-Lípa[13] vuelven a enfrentarse al gobierno por doquier, y diariamente hacen nuevas y dolorosas experiencias de la trampa en que se dejaron apresar. Pero ahora es demasiado tarde; en su propia patria, impotentes contra la soldadesca austríaca que ellas mismas reorganizaron, repelidas por los alemanes y magiares, a quienes traicionaron, y repelidas por la Europa revolucionaria, tendrán que soportar el mismo despotismo militar que ayudaron a cargar sobre vieneses y magiares. "Sean devotos para con el emperador, así las tropas imperiales no los tratan como si fueran magiares rebeldes": en estas palabras del patriarca Rajačič está expresado lo que por de pronto tienen que esperar.

¡De qué modo tan distinto han obrado los *polacos*! Oprimidos, tiranizados y esquilmados desde hace ochenta años, se pusieron invariablemente del lado de la revolución, declarando inseparables la revolucionarización de Polonia y la independencia de Polonia. En París, en Viena, en Berlín, en Italia y en Hungría, los polacos han combatido en todas las revoluciones y guerras revolucionarias, sin preocuparse de si luchaban contra alemanes, contra eslavos, contra magiares o, en rigor, contra *polacos*. Los polacos son la única nación eslava que está libre de toda veleidad paneslavista. Pero también tienen sus muy buenas razones: han sido sojuzgados principal-

en la segunda etapa ni desbaratar la política contrarrevolucionaria de la burguesía. Así, es evidente que Marx y Engels, con plena exactitud, evaluaron como contrarrevolucionario el papel del movimiento nacional checo (y eslavo meridional) de 1848/49, y como reaccionaria la posición de checos y eslavos meridionales en la segunda etapa del movimiento, decisiva para la revolución en toda Austria.

Pero en el artículo "Der Prager Aufstand", Marx y Engels destacaban que la política nacionalista y antieslava de la burguesía alemana tenía la culpa principal de que los checos hubiesen sido empujados al campo de la contrarrevolución.

[13] Sociedad nacional checa, fundada en abril de 1848. En Praga, la dirección de la sociedad estaba en manos de liberales (Šafařík, Gauč), que tras la insurrección de Praga se pasaron al campo de la contrarrevolución, mientras que en esa época, en las filiales de provincia, los representantes de la burguesía checa radical desempeñaban preponderantemente el papel protagónico.

mente por *sus propios* llamados *hermanos eslavos*, y en el polaco la rusofobia sigue prevaleciendo sobre la germanofobia, con pleno derecho. Y por éso, dado que la liberación de Polonia resulta inseparable de la revolución y dado que polaco y revolucionario se han vuelto palabras idénticas, por eso también la simpatía de toda Europa para los polacos y la restauración de su nacionalidad son tan seguras como el odio de toda Europa para los checos, croatas y rusos y la más cruenta guerra revolucionaria de todo Occidente contra ellos.

Los paneslavistas austríacos tendrían que ver que todos sus deseos, en tanto se pueden satisfacer en general, ya están satisfechos con la instauración de la "monarquía unitaria austríaca" bajo protección rusa. Si Austria se desmembra, los amenaza el terrorismo revolucionario de alemanes y magiares, pero en modo alguno, como se imaginan, la liberación del conjunto de las naciones tiranizadas bajo el cetro de Austria. Por éso deben desear que Austria siga unida y, en rigor, que Galitzia quede para Austria, así los eslavos conservan la mayoría en el estado. O sea que aquí los intereses *paneslavistas* ya *se contraponen directamente* a la restauración de *Polonia*, pues una Polonia sin Galitzia, una Polonia que no vaya desde el Báltico hasta los Cárpatos, no es ninguna Polonia. Y por éso también sigue siendo mero sueño una "Austria eslava", pues sin la supremacía de los alemanes y los magiares, y sin sus dos centros —Viena y Budapest—, Austria se disocia nuevamente, como lo prueba toda su historia hasta los últimos meses. De conformidad con ello, la realización del paneslavismo debería restringirse al patronato ruso sobre Austria. Por ende, los paneslavistas abiertamente reaccionarios tenían toda la razón cuando se aferraban al mantenimiento de la monarquía unitaria: era el único medio de salvar alguna cosa. Pero los llamados paneslavistas democráticos se hallaban en arduo dilema: o bien desistían de la revolución y la monarquía unitaria salvaba por lo menos en parte la nacionalidad, o bien desistían de la nacionalidad y el desmembramiento de la monarquía unitaria salvaba la revolución. Por ese entonces, el destino de la revolución de Europa oriental dependía de la posición de los checos y los eslavos meridionales; ¡no olvidaremos que en el instante decisivo ellos traicionaron la revolución en Petersburgo y Olmütz por amor a sus mezquinas esperanzas nacionales!

¿Qué dirían si el partido democrático de Alemania abriese su programa con el reclamo de Alsacia y Lorena y de Bélgica, que bajo todo aspecto pertenece a Francia, so pretexto que allí la mayoría de la población es germánica? ¡Qué ridículos se pondrían los demócratas alemanes si quisiesen instaurar una alianza pangermánica alemán-danés-sueco-anglo-holandesa para la "liberación" de todos los países germanoparlantes! Felizmente, la democracia alemana pasó por encima de esos fantaseos. Los estudiantes alemanes de 1817 y 1830 se atarearon con semejantes exaltaciones reaccionarias y hoy se los distingue en toda Alemania como se merecen. La revolución alemana se llevó a cabo y la nación alemana empezó a ser algo recién cuando uno se hubo liberado completamente de esas futilidades.

Pero tan pueril y reaccionario como el pangermanismo es, asimismo, el paneslavismo. Si uno relee la historia del movimiento paneslavista de la última primavera de Praga, supone que se trasladó treinta años atrás: cintas

tricolores, vestimentas de ñaupa, ferias a la antigua usanza eslava, restauración completa de tiempos y costumbres de los bosques primitivos; la *svornost*, una cabal *Burschenschaft*;[14] el Congreso eslavo, una nueva edición de la Fiesta de Wartburg;[15] el mismo palabrerío, la misma exaltación, el mismo lamento después: "Habíamos construido una casa imponente",[16] etcétera. Quien quiera leer esta célebre canción traducida a prosa eslava, que lea el folleto de Bakunin.

Precisamente como a la larga despuntó entre los *Burschenschaftler* alemanes la más decidida orientación contrarrevolucionaria, la más sañuda francofobia y el más obtuso sentimiento nacional; como más tarde todos se convirtieron en traidores a la causa por la que pretendían estar exaltados: precisamente así, sólo que más rápido, porque 1848 era un año de revolución, la apariencia democrática de los paneslavistas democráticos se disolvió muy pronto en germanofobia y magiarofobia fanáticas, en indirecta oposición a la restauración de Polonia (Lubomirski) y en directa adhesión a la contrarrevolución.

Y cuando en la actualidad algunos sinceros demócratas eslavos aislados llaman a los austroeslavos a que adhieran a la revolución, consideren a la monarquía unitaria austríaca como su principal enemigo y estén, en rigor, junto a los magiares en interés de la revolución, recuerdan a la gallina que corretea al borde del estanque desesperada por los patitos que ella misma empolló y que de repente se le escapan por un elemento absolutamente extraño, donde no los puede seguir.

Por lo demás, no nos hagamos ninguna ilusión. En todos los paneslavistas la nacionalidad, vale decir la nacionalidad fantástica y común a todos los eslavos, prevalece *sobre la revolución*. Los paneslavistas quieren adherir a la revolución con la condición de que se les permita constituir en estados eslavos autónomos a todos los eslavos sin excepción y sin consideración por las necesidades más materiales. ¡Lejos hubiéramos ido en marzo los alemanes si hubiésemos querido poner las mismas fantásticas condiciones! Pero la revolución no se deja poner condiciones. O uno es revolucionario y acepta las consecuencias de la revolución, sean cuales fueren, o se lanza en brazos de la contrarrevolución y, quizás muy contra su conciencia y su voluntad, se encuentra una mañana de bracete con Nicolás y Windischgrätz.

Nosotros y los magiares tenemos que garantizar la autonomía de los

[14] *Svornost:* organización nacional checa, preponderantemente estudiantil, surgida en marzo de 1848 en Bohemia. *Burschenschaften:* organizaciones estudiantiles alemanas, que surgieron influidas por la lucha de liberación antinapoleónica y abogaban por la unificación de Alemania. Además de las ideas progresistas, también estaban muy difundidas en las *Burschenschaften* las ideas nacionalistas extremas.

[15] La Fiesta de Wartburg fue organizada por el estudiantado alemán el 18 de octubre de 1817, con motivo del 300 aniversario de la Reforma y del [illegible]o. aniversario de la batalla de Leipzig. Esta fiesta, en la que se manifestaron sentimientos nacionalistas, se convirtió en una demostración del estudiantado opositor contra el régimen de Metternich.

[16] Canción de August Daniel Binzer, compuesta en 1819 con motivo de la disolución de la *Burschenschaft* de Jena.

austroeslavos: así lo reclama Bakunin, y gente del calibre de un Ruge es capaz de haberle hecho realmente tales promesas entre cuatro paredes. ¡Se reclama de nosotros y de las restantes naciones revolucionarias de Europa que garanticemos a los rebaños de la contrarrevolución una existencia sin trabas pegada a nuestras puertas y el libre derecho a conspirar y armarse contra la revolución; que constituyamos en medio del corazón de Alemania un reino checo contrarrevolucionario y quebremos el poder de las revoluciones alemana, polaca y magiar con puestos rusos de avanzada intercalados en el Elba, los Cárpatos y el Danubio!

No pensamos en eso. Al palabrerío sentimental sobre la hermandad, que aquí se nos brinda en nombre de las naciones contrarrevolucionarias de Europa, respondemos que la rusofobia fue y sigue siendo la *primera pasión revolucionaria* entre los alemanes; que, a partir de la revolución, se agregaron la checofobia y la croatofobia y que, mancomunados con los polacos y los magiares, sólo podemos poner a salvo la revolución mediante el más decidido terrorismo contra esos pueblos eslavos. Ahora sabemos dónde se concentran los enemigos de la revolución: en Rusia y los países eslavos de Austria, y ningún palabrerío, ninguna indicación sobre un indeterminado futuro democrático de esos países nos impedirá tratar como enemigos a nuestros enemigos.

Y si Bakunin exclama finalmente: "¡En verdad, el eslavo nada tiene que *perder*, sino que *ganar*! ¡En verdad, tiene que vivir! Y viviremos. Mientras se nos impugne la *mínima parte* de nuestros derechos, mientras un *solo miembro se mantenga separado o arrancado del conjunto de nuestro cuerpo*, mientras *luchemos hasta desangrarnos*, mientras luchemos inexorablemente *a vida o muerte*, hasta que por fin la eslavidad se yerga grande, libre e independiente en el mundo"... ; si el paneslavismo revolucionario cree seriamente en este pasaje y allí donde se trate de la nacionalidad fantástico-eslava deja totalmente fuera de juego a la revolución, entonces también nosotros sabremos lo que tenemos que hacer.

¡Lucha, pues, "lucha inexorable de vida o muerte" con la eslavidad que traiciona a la revolución; lucha de aniquilamiento y terrorismo sin contemplaciones, no en interés de Alemania, sino en interés de la revolución!

[Traducido de Marx-Engels, *Werke*, Berlín, Dietz, 1961, t. 6, pp. 270-286, por Conrado Ceretti.]

FRIEDRICH ENGELS

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA[1]

I. ALEMANIA EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

El primer acto del drama revolucionario desplegado en el continente europeo ha terminado. Los "poderes que fueron" antes del huracán de 1848 han recuperado su estado de "poderes que son", y los gobernantes más o menos populares por un día, los gobernadores provisionales, los triunviros y los dictadores con toda la caterva de diputados, apoderados civiles, delegados militares, prefectos, jueces, generales, jefes, oficiales y soldados han sido arrojados a la otra orilla, "exilados allende el mar", a Inglaterra o América para formar allí nuevos gobiernos *in partibus infidelium*,* comités europeos, comités centrales, comités nacionales y anunciar su advenimiento con edictos tan solemnes como las de cualesquiera potentados menos imaginarios.

No es posible figurarse una derrota tan grande como la sufrida por el partido revolucionario, mejor dicho, por los partidos revolucionarios del continente en todos los puntos de la línea de batalla. ¿Y qué? ¿No duraron cuarenta y ocho años la lucha de las clases medias inglesas y cuarenta años las batallas sin par de las clases medias francesas por la supremacía social y política? ¿Y no tuvieron el triunfo más cerca que en ninguna otra ocasión en el preciso momento en que la monarquía restaurada se creía más sólida que nunca? Han pasado hace ya mucho los tiempos de la superstición que atribuía las revoluciones a la malevolencia de un puñado de agi-

[1] En el trabajo de Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se hace el resumen de la revolución de 1848 y 1849 en Alemania y, desde las posiciones del materialismo histórico, se ofrece un profundo análisis de sus premisas, etapas fundamentales de su desarrollo y posiciones de las diversas clases y partidos. En él se despliegan los principios tácticos de la lucha revolucionaria del proletariado y están echadas las bases de la doctrina marxista de la insurrección armada.

La serie de artículos *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se publicó en el *New-York Daily Tribune* de 1851 a 1852 y fue escrita por Engels a petición de Marx, ocupado por entonces en hacer investigaciones económicas. Aparecidos en el *Tribune* con la firma de Marx, que era el corresponsal oficial del periódico sólo en 1913, y eso con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, se supo que este trabajo lo había escrito Engels y no Marx.

* *In partibus infidelium* (literalmente "en el país de los infieles"): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. [E.]

tadores. En nuestros días todo el mundo sabe que dondequiera que hay una conmoción revolucionaria, tiene que estar motivada por alguna demanda social que las instituciones caducas impiden satisfacer. Esta demanda puede no dejarse aún sentir con tanta fuerza ni ser tan general como para asegurar el éxito inmediato; pero cada conato de represión violenta no hace sino acrecentarla y robustecerla hasta que rompe sus cadenas. Por tanto, si hemos sido derrotados, no podemos hacer nada más que volver a empezar desde el comienzo. Y, por fortuna, la tregua, probablemente muy breve, que tenemos concedida entre el fin del primer acto y el principio del segundo acto del movimiento, nos brinda el tiempo preciso para realizar una labor de imperiosa necesidad: estudiar las causas que hicieron ineludibles tanto el reciente estallido revolucionario como la derrota de la revolución, causas que no deben buscarse ni en los móviles accidentales, ni en los méritos, ni en las faltas, ni en los errores o traiciones de algunos dirigentes, sino en todo el régimen social y en las condiciones de existencia de cada país afectado por la conmoción. Que los movimientos imprevistos de febrero y marzo de 1848 no fueron promovidos por individuos sueltos, sino manifestaciones espontáneas e incontenibles de las demandas y necesidades nacionales, entendidas con mayor o menor claridad, pero vivamente sentidas por numerosas clases en cada país, es un hecho reconocido en todas partes. Pero cuando se indagan las causas de los éxitos de la contrarrevolución, se ve por doquier la respuesta preparada de que fue por la "traición" del señor fulano de tal o del ciudadano mengano de cual al pueblo. Respuesta que, según las circunstancias, puede estar o no muy en lo cierto, pero en modo alguno explica nada, ni tan siquiera muestra cómo pudo ocurrir que el "pueblo" se dejara traicionar de esa manera. Por lo demás, es muy pobre el porvenir de un partido político pertrechado con el conocimiento del solo hecho de que el ciudadano fulano de tal no es merecedor de confianza.

El análisis y la exposición de las causas tanto de la conmoción revolucionaria como de la derrota de la revolución revisten, además, una importancia excepcional desde el punto de vista de la historia. Todas esas pequeñas discordias y recriminaciones personales, todos esos asertos contradictorios de que fue Marrast, o Ledru-Rollin, o Luis Blanc, o cualquier otro miembro del Gobierno provisional, o el gabinete entero quien llevó la revolución hacia los escollos que la hicieron naufragar ¿qué interés pueden tener ni qué luz pueden proyectar para los americanos o los ingleses que han observado todos esos movimientos desde una distancia demasiado grande para poder distinguir algún detalle de las operaciones? Nadie que esté en sus cabales creerá jamás que once personas,* en su mayoría de capacidad más que mediocre tanto para hacer el bien como el mal, hayan podido hundir en tres meses a una nación de treinta y seis millones de habitantes, a menos que estos treinta y seis millones conocieran tan mal como estas once personas el rumbo que debían seguir. Pero de lo que precisamente se trata es de cómo pudo ocurrir que estos treinta y seis millones fueran llamados de pronto a decidir qué rumbo tomar, pese a que, en par-

* Los miembros del Gobierno provisional francés. [E.]

te, avanzaban a tientas en las tinieblas, y de cómo ellos se perdieron luego y permitieron a sus viejos líderes volver por algún tiempo a los puestos de dirección.

Así pues, si bien intentamos explicar a los lectores, de *The Tribune*[2] las causas que no sólo hicieron necesaria la revolución alemana de 1848, sino también inevitable su derrota temporal en 1849 y 1850, no se espere de nosotros una descripción completa de los sucesos tal y como sobrevinieron en el país. Los acontecimientos posteriores y el fallo de las generaciones venideras decidirán qué hechos de ese confuso cúmulo, aparentemente casuales, incoherentes e incongruentes, entrarán en la historia universal. Aún no ha llegado el momento de resolver este problema. Debemos constreñirnos a los límites de lo posible y sentirnos satisfechos si podemos encontrar las causas racionales basadas en hechos innegables que expliquen las vicisitudes principales de ese movimiento y nos den la clave de la dirección que el próximo y quizás no muy lejano estallido imprimirá al pueblo alemán.

Pues bien, ante todo, ¿qué situación había en Alemania cuando estalló la revolución?

La composición de las diferentes clases del pueblo que, constituyen la base de toda organización política era en Alemania más complicada que en cualquier otro país. Mientras que en Inglaterra y en Francia el feudalismo había sido totalmente destruido o al menos reducido, como en Inglaterra, a unos pocos vestigios insignificates por la poderosa y rica clase media concentrada en grandes ciudades, sobre todo en la capital, la nobleza feudal de Alemania conservaba gran parte de sus viejos privilegios. El sistema feudal de posesión de la tierra era el que prevalecía casi por doquier. Los terratenientes seguían conservando incluso la jurisdicción sobre sus arrendatarios. Privados de sus privilegios políticos, del derecho de exigir cuentas a los soberanos, conservaban casi íntegra su potestad medieval sobre los campesinos de sus tierras solariegas, así como su exención del pago de las contribuciones. El feudalismo prosperaba más en unos lugares que en otros, pero en ninguno fue destruido por entero excepto en la orilla izquierda del Rin. Esta nobleza feudal numerosísima y, en parte, riquísima estaba considerada oficialmente el primer "estamento" del país. Nutría de altos funcionarios el gobierno y casi totalmente de jefes y oficiales el ejército.

La burguesía de Alemania estaba muy lejos de ser tan rica y estar tan concentrada como la de Francia o Inglaterra. Las viejas manufacturas de Alemania fueron destruidas por el empleo del vapor y por la supremacía, en rápida expansión, de las manufacturas inglesas; las otras manufacturas, más modernas, fundadas bajo el sistema continental de Napoleón en otras regiones del país no compensaban la pérdida de las viejas ni eran suficientes para proporcionar a la industria una influencia tan poderosa que forzase a los gobiernos a satisfacer sus demandas, con tanto mayor motivo que estos gobiernos miraban con recelo todo aumento de la riqueza y el poder de los que no procedían de la nobleza. Si bien es cierto que Francia

[2] Título abreviado del periódico progresista *The New-York Daily Tribune*, que apareció de 1841 a 1924. Marx y Engels colaboraron en él desde agosto de 1851 hasta marzo de 1862.

había mantenido venturosamente sus manufacturas sederas a través de cincuenta años de revoluciones y guerras, no lo es menos que Alemania, en el mismo período, perdió todas sus viejas tejedurías de lino. Además, los distritos manufactureros eran pocos y estaban alejados unos de otros. Situados en el interior del país, utilizaban en la mayoría de los casos para su exportación e importación puertos extranjeros, holandeses o belgas, de manera que tenían pocos o ningunos intereses comunes con las grandes ciudades portuarias del mar del Norte o Báltico; eran, sobre todo, incapaces de constituir grandes centros industriales y comerciales como París, Lyón, Londres y Manchester. Las causas de ese atraso de las manufacturas alemanas eran muchas, pero basta con mencionar dos para explicarlo: la desventajosa situación geográfica del país, alejado del Atlántico, que se había convertido en la gran ruta del comercio mundial, y las continuas guerras en que Alemania se veía envuelta y han tenido por teatro su territorio desde el siglo XVI hasta nuestros días. La escacez numérica y, particularmente, la falta de concentración alguna es lo que ha impedido a las clases medias alemanas alcanzar la supremacía política que la burguesía inglesa viene gozando desde 1688 y que la francesa conquistó en 1789. No obstante, la riqueza, y con ella la importancia política de la clase media de Alemania, ha venido aumentando constantemente a partir de 1815. Los gobiernos, si bien muy a pesar suyo, se han visto obligados a tener en cuenta los intereses materiales, al menos los más inmediatos, de la burguesía. Se puede incluso afirmar a ciencia cierta que cada partícula de influencia política otorgada a la burguesía por las constituciones de los pequeños estados luego arrebatada durante los dos períodos de reacción política que mediaron entre 1815 y 1830 y entre 1832 y 1840 era compensada con la concesión de alguna ventaja más práctica. Cada derrota política de la clase media reportaba luego una victoria en el campo de la legislación comercial. Y, por cierto, la tarifa proteccionista prusiana de 1818[3] y la formación de la *Zollverein*[4] dieron mucho más a los comerciantes y manufactureros de Alemania que el dudoso derecho de expresar en las cámaras de algún diminuto ducado su desconfianza de los ministros que se reían de sus votos. Así, pues, con el aumento de la riqueza y la extensión del comercio, la burguesía alcanzó pronto el nivel en que el desarrollo de sus intereses más importantes se veía frenado por el régimen político del país, por su división casual entre treinta y seis príncipes con apetencias y caprichos opuestos; por las trabas feudales que atenazaban la agricultura y el comercio relacionado con ella; y por la fastidiosa supervisión a que la burocracia, ignorante y presuntuosa, sometía todas las transacciones. Al propio tiempo, la extensión y consolidación de la *Zollverein*, la introducción general del transporte a vapor y el aumento de la competencia en el comercio interior unieron más a las clases comerciantes de los distintos estados y pro-

[3] Abolición de los aranceles internos en el territorio de Prusia.

[4] Liga aduanera fundada en 1834 bajo los auspicios de Prusia, agrupaba a casi todos los estados alemanes; una vez establecida una frontera aduanera común, contribuyó en lo sucesivo a la unión política de Alemania.

vincias, igualaron sus intereses y centralizaron su fuerza. La consecuencia natural fue el paso en masa de todos ellos al campo de la oposición liberal y la victoria en la primera batalla seria de la clase media alemana por el poder político. Este cambio puede datarse desde 1840, cuando la burguesía de Prusia asumió la dirección del movimiento de la clase media alemana. En adelante volveremos a tratar de este movimiento de la oposición liberal de 1840-1847.

Las grandes masas de la nación, que no pertenecían ni a la nobleza ni a la burguesía, constaban, en las ciudades, de la clase de los pequeños artesanos y comerciantes, y de los obreros, y en el campo, de los campesinos.

La clase de los pequeños artesanos y comerciantes es numerosísima en Alemania debido al escaso desarrollo que los grandes capitalistas e industriales han tenido como clase en este país. En las mayores ciudades constituye casi la mayoría de la población, y en las pequeñas predomina totalmente debido a la ausencia de competidores ricos que se disputen la influencia. Esta clase, una de las más importantes en todo organismo político moderno y en toda moderna revolución, es más importante aún en Alemania, donde ha desempeñado generalmente la parte decisiva en las recientes luchas. Su posición intermedia entre la clase de los capitalistas, comerciantes e industriales, más grandes, y el proletariado, u obreros fabriles, es la que determina su carácter. Aspira a alcanzar la posición de la primera, pero el mínimo cambio desfavorable de la fortuna hace descender a los de esta clase a las filas de la última. En los países monárquicos y feudales, la clase de los pequeños artesanos y comerciantes necesita para su existencia los pedidos de la corte y la aristocracia; la pérdida de estos pedidos puede arruinarlos en gran parte. En las ciudades pequeñas son la guarnición militar, la diputación provincial y la audiencia con la caterva que arrastran los que forman muy a menudo la base de su prosperidad; si se retira todo esto, los tenderos, los sastres, los zapateros y los carpinteros vendrán a menos. Así pues, están siempre oscilando entre la esperanza de entrar en las filas de la clase más rica y el miedo de verse reducidos al estado de proletarios o incluso de mendigos; entre la esperanza de asegurar sus intereses, conquistando una participación en los asuntos públicos, y el temor de provocar con su inoportuna oposición la ira del gobierno, del que depende su propia existencia, ya que está en la mano de él quitarle sus mejores clientes; posee muy pocos medios, y la inseguridad de su posesión es inversamente proporcional a la magnitud de los mismos; por todo lo dicho, esta clase vacila mucho en sus opiniones. Humilde y lacayuna ante los poderosos señores feudales o el gobierno monárquico, se pasa al lado del liberalismo cuando la clase media está en ascenso; tiene accesos de virulenta democracia tan pronto como la clase media se ha asegurado su propia supremacía, pero cae en la más abyecta cobardía tan pronto como la clase que está por debajo de ésta, la de los proletarios, intenta un movimiento independiente. A lo largo de nuestra exposición veremos cómo en Alemania esta clase ha pasado alternativamente de uno de estos estados a otro.

La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político en la misma medida en que la clase obrera de Inglaterra y Francia y la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de

estos países. El criado es como el amo. La evolución en las condiciones de existencia de una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente va de la mano del desarrollo de las condiciones de existencia de una clase media numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más; entonces no se puede seguir entreteniendo a los obreros con esperanzas ilusorias y promesas que jamás se han de cumplir; el gran problema del siglo XIX, la abolición del proletariado, es al fin planteado con toda claridad. Ahora, en Alemania, la mayoría de la clase obrera tiene trabajo, pero no en las fábricas de los magnates de tipo contemporáneo, representados en Gran Bretaña por especies tan espléndidas, sino por pequeños artesanos que tienen por todo sistema de producción meros vestigios de la Edad media. Y lo mismo que existe una gran diferencia entre el gran señor del algodón, por una parte, y el pequeño zapatero o sastre, por otra, hay la misma distancia entre el obrero fabril despierto e inteligente de las modernas Babilonias industriales y el corto oficial de sastre o ebanista de una pequeña ciudad provincial en la que las condiciones de vida y el carácter del trabajo han sufrido sólo un ligero cambio en comparación con lo que eran cinco siglos antes para la gente de esta categoría. Esta ausencia general de condiciones modernas de vida y de modernos tipos de producción industrial iba acompañada naturalmente por una ausencia casi tan general de ideas contemporáneas; por eso no tiene nada de extraño que al comienzo de la revolución gran parte de los obreros reclamara inmediatamente el restablecimiento de los gremios y de las privilegiadas industrias de oficios medievales. Y aun así, merced a la influencia de los distritos manufactureros, en los que predominaba el moderno sistema de producción y, en consecuencia, de las facilidades de intercomunicación y desarrollo mental brindadas por la vida errante de gran número de obreros, entre ellos se formó un gran núcleo cuyas ideas sobre la liberación de su clase se distinguían por una claridad incomparablemente mayor y más acorde con los hechos existentes y necesidades históricas; pero eran sólo una minoría. Si el movimiento activo de la clase media puede datarse desde 1840, el de la clase obrera comienza por las insurrecciones de los obreros fabriles de Silesia y Bohemia en 1844[5] y no tardaremos en tener ocasión de pasar revista a las diferentes fases por las que ha pasado este movimiento.

Por último, estaba la gran clase de los pequeños arrendatarios, de los campesinos, que constituyen con su apéndice, los jornaleros agrícolas, una mayoría considerable de toda la nación. Pero esta clase se subdivide a su-

[5] La insurrección de los tejedores de Silesia, del 4 al 6 de junio de 1844, primera gran lucha de clase del proletariado y la burguesía de Alemania, y la insurrección de los obreros checos en la segunda mitad de junio de 1844 fueron aplastadas sin piedad por las tropas gubernamentales.

vez en diversos grupos. Vemos, primero, a los campesinos más acomodados, llamados en Alemania *Gross* y *Mittelbauern*,* propietarios de tierras más o menos extensas, y cada uno de ellos utiliza los servicios de varios obreros agrícolas. Esta clase, colocada entre los grandes propietarios feudales de la tierra, eximida del pago de contribuciones, y los pequeños campesinos y obreros agrícolas, por razones obvias, se encontraron en alianza con la burguesía urbana antifeudal. Segundo, vemos a los pequeños campesinos propietarios que predominan en la provincia del Rin, donde el feudalismo sucumbió bajo los poderosos golpes de la gran revolución francesa. Pequeños campesinos propietarios e independientes similares existían asimismo en algunas partes de otras provincias, donde habían logrado redimir las cargas feudales que vinculaban sus tierras. No obstante, esta clase era de propietarios libres sólo nominalmente, pues su propiedad había sido, por lo común, hipotecada y, además, en condiciones tan onerosas que no era el campesino, sino el usurero que había prestado el dinero al propietario real de la tierra. Tercero, los campesinos adscritos a la gleba, que no podían ser desahuciados con facilidad de sus parcelas, pero que estaban obligados a pagar al terrateniente una renta constante o ejecutar a perpetuidad un trabajo para el señor. Por último, existían obreros agrícolas cuyas condiciones, en muchas grandes haciendas, eran exactamente iguales que las de la misma clase en Inglaterra y que, en todo caso, vivían y morían pobres, mal alimentados y esclavos de sus amos. Antes de la revolución, estas tres últimas clases de la población rural: los pequeños propietarios libres, los campesinos adscritos a la gleba y los obreros agrícolas jamás se calentaban la cabeza con la política, pero, sin duda, este acontecimiento tenía que abrirles un nuevo sendero, lleno de brillantes perspectivas. La revolución ofrecía ventajas a cada uno de ellos, y era de esperar que el movimiento, una vez comenzado y desplegado, los incorporase a su vez a todos ellos. Pero, al mismo tiempo, es completamente evidente, e igualmente confirmado por la historia de todos los países modernos, que la población agrícola, debido a su dispersión en gran extensión y a la dificultad de que llegue a ponerse de acuerdo una porción considerable de ella, jamás puede emprender ningún movimiento independiente con éxito; requiere el impulso inicial de la población más concentrada, más ilustrada y de más movimiento de las ciudades.

El breve esbozo precedente de las clases más importantes que, en conjunto, formaban la nación alemana en el momento del estallido de los recientes movimientos será suficiente para explicar una gran parte de la incoherencia, la incongruencia y la contradicción aparente que predominaban en este movimiento. Cuando intereses tan dispares, tan contradictorios y tan extrañamente encontradizos entran en violenta colisión; cuando estos intereses en pugna de cada distrito o provincia se mezclan en distintas proporciones; cuando, sobre todo, en el país no hay ningún centro importante, un Londres o un París, cuyas decisiones pudieran, por su peso, eximir al pueblo de la necesidad de ventilar cada vez de nuevo el mismo conflicto mediante la lucha en cada localidad, ¿qué otra cosa se puede esperar

* Campesinos ricos y medios. [E.]

sino la dispersión de la lucha en un sinfín de combates desligados en los que se derrama una enormidad de sangre y se gastan infinitas energías y capital sin ningún resultado decisivo?

El desmembramiento político de Alemania en tres docenas de principados más o menos importantes se explica igualmente por la confusión y multiplicidad de los elementos que constituyen la nación y, encima, son distintos en cada localidad. Donde no hay intereses comunes, no puede haber unidad de objetivos y menos aún de acción. La Confederación alemana,[6] es cierto, fue declarada indisoluble por los siglos de los siglos; no obstante, la Confederación y su órgano, la Dieta,[7] jamás han representado la unidad alemana. El grado supremo a que llegó la centralización en Alemania fue la *Zollverein*; esta liga obligó a los estados del Mar del Norte a formar su propia liga arancelaria,[8] en tanto que Austria seguía protegiéndose con sus aranceles prohibitivos. Así pues, Alemania estaba satisfecha de su división, para todo objetivo práctico, sólo en tres poderes independientes en lugar de treinta y seis. Naturalmente, la supremacía decisiva del zar ruso,* establecida en 1814, no sufrió por ello cambio alguno.

Tras de exponer estas conclusiones previas, sacadas de nuestras premisas, veremos en el siguiente artículo cómo las diversas clases antemencionadas del pueblo alemán se pusieron en movimiento, una tras otra, y el carácter que este movimiento adquirió al estallar la Revolución francesa de 1848.

Londres, septiembre de 1851

II. EL ESTADO PRUSIANO

El movimiento político de la clase media, o de la burguesía, en Alemania puede datarse desde 1840. Fue precedido por síntomas que muestran que la clase adinerada e industrial de este país maduró hasta el punto de no poder mantenerse por más tiempo apática y pasiva a la presión de la monarquía semifeudal y semiburocrática. Los príncipes de menos importancia

[6] La Confederación alemana, fundada el 8 de junio de 1815 en el Congreso de Viena, era una unión de los estados absolutistas feudales de Alemania y consolidaba el fraccionamiento político y económico de Alemania.

[7] Órgano central de la Unión alemana con sede en Francfort del Meno; fue un instrumento de la política reaccionaria de los gobiernos alemanes.

[8] La denominada Liga arancelaria [*Steuerverein*] se formó en mayo de 1834, integrada por los Estados alemanes de Hannover, Braunschweig, Oldemburgo y Schaumburgo-Lippe, interesados en el comercio con Inglaterra. Para 1854, esta alianza separada se deshizo, y sus participantes se adhirieron a la Liga aduanera.

* Alejandro I. [E.]

de Alemania fueron concediendo uno tras otro constituciones de carácter más o menos liberal, en parte para asegurarse mayor independencia frente a la supremacía de Austria y Prusia o frente a la influencia de la nobleza en sus propios estados, en parte con el fin de consolidar en un todo las provincias dispersas que había unido bajo su gobernación el Congreso de Viena.[9] Y podían hacerlo sin el menor peligro para sí mismos; pues sin la dieta de la Confederación, mero títere de Austria y Prusia, hubiese atentado contra su independencia como soberanos, sabían que contaban con el apoyo de la opinión pública y de las cámaras para oponerse a los dictados de aquélla; y si, por el contrario, las cámaras resultaban demasiado fuertes, los príncipes podían aprovechar el poder de la dieta para romper toda oposición. Las instituciones constitucionales de Baviera, Würtemberg, Baden o Hannover no podían, en esas circunstancias, dar un impulso a ninguna lucha seria por el poder político y, por eso, la gran mayoría de la clase media alemana se mantuvo en general al margen de las pequeñas discordias que surgían en las asambleas legislativas de los pequeños estados, dándose perfecta cuenta de que sin un cambio cardinal de la política y de la estructura de los dos grandes poderes de Alemania, todos los esfuerzos y victorias secundarias no tendrían el menor resultado. Pero, al mismo tiempo, de esas pequeñas asambleas surgió toda una grey de abogados liberales, representantes profesionales de la oposición; los Rotteck, los Welcker, los Roemer, los Jordan, los Stüve, los Eisenmann, todos esos grandes "hombres populares" (*Volksmänner*) que, después de una oposición más o menos ruidosa, pero siempre desafortunada, de veinte años, fueron elevados a la cumbre del poder por la oleada revolucionaria de 1848, y luego, cuando mostraron su total ineptitud e insignificancia, fueron destituidos en un instante. Ellos fueron los primeros modelos de políticos y oposicionistas profesionales en Alemania; con sus discursos y escritos habían familiarizado el oído alemán con el lenguaje del constitucionalismo y, con ello, vaticinaban la llegada de un tiempo en que la burguesía caería en la cuenta y devolvería el auténtico sentido a las frases políticas que esos parlanchines abogados y catedráticos tenían la costumbre de emplear sin entender gran cosa su verdadero significado.

La literatura alemana ha sentido también la influencia de la agitación política en que los acontecimientos de 1830 lanzaron a toda Europa. Casi todos los escritores de ese período predicaban un constitucionalismo inmaduro o un republicanismo más inmaduro aún. Fueron adquiriendo más y más la costumbre, sobre todo los escritorcillos de menos categoría, de llenar la falta de talento en sus obras con alusiones políticas capaces de llamar la atención del público. Las poesías, las novelas, las reseñas, los dramas, en suma, todos los géneros de creación literaria rebosaban de lo que se dio en llamar "tendencia", es decir, exposiciones más o menos tímidas de espíritu antigubernamental. Para completar la confusión de ideas que rei-

[9] En el Congreso de Viena de 1814-1815, Austria, Inglaterra y la Rusia zarista, que encabezaban a la reacción europea, recortaron el mapa de Europa con el fin de restaurar las monarquías legítimas en contra de los intereses de unión nacional e independencia de los pueblos.

naba en Alemania después de 1830, estos elementos de oposición política se entremezclaron con recuerdos universitarios mal asimilados de filosofía alemana y fragmentos mal entendidos de socialismo francés, particularmente de sansimonismo; y la pandilla de escritores que propagaba este conglomerado heterogéneo de ideas se denominó presuntuosamente a sí misma "Joven Alemania" o "Moderna escuela".[10] Posteriormente se arrepintieron de sus pecados juveniles, mas sin mejorar su estilo literario.

Por último, la filosofía alemana, que es el exponente más complicado, pero, a la vez, más seguro del desarrollo del pensamiento alemán, se puso de parte de la clase media cuando Hegel declaró en su *Filosofía del derecho* que la monarquía constitucional es la forma final y más perfecta de gobierno. Dicho con otras palabras, Hegel anunció que se aproximaba el advenimiento de la clase media del país al poder político. Muerto Hegel, su escuela no se detuvo ahí. Mientras la parte más avanzada de sus adeptos, por un lado, sometió toda creencia religiosa a la prueba de una crítica rigurosa y conmovió hasta los cimientos el vetusto edificio del cristianismo, planteó al mismo tiempo principios políticos más audaces en comparación con los que hasta entonces eran del dominio del oído alemán e intentó restablecer la gloriosa memoria de los héroes de la primera revolución francesa. El oscuro lenguaje filosófico en que iban envueltas esas ideas ofuscaba el entendimiento tanto del literato como del lector, en cambio cegaba por completo al censor, y por eso los "Jóvenes hegelianos" gozaban de una libertad de prensa desconocida en cualquier otra rama de la literatura.

Así, era evidente que en la opinión pública de Alemania se estaba operando un gran cambio. La inmensa mayoría de las clases cuya educación o posición en la vida les permitía, bajo la monarquía absoluta, adquirir alguna información política y formarse algo así como una opinión política independiente, se aunó paulatinamente en un poderoso sector de oposición al sistema existente. Al emitir su juicio sobre la lentitud del desarrollo político en Alemania, nadie podía perder de vista cuán difícil era tener una información certera sobre cualquier problema en un país en el que todas las fuentes de noticias estaban intervenidas por el gobierno y donde, en ninguna esfera, desde las escuelas para los pobres y las escuelas dominicales hasta los periódicos y las universidades, nada se decía, nada se enseñaba, nada se imprimía o publicaba que no hubiera sido aprobado previamente. Tomemos, por ejemplo, a Viena. Los habitantes de esta capital. que no se quedan detrás, en cuanto a aptitud para el trabajo y la producción industrial, de nadie de Alemania, y por la viveza de inteligencia, coraje y energía revolucionaria han demostrado estar muy por encima de todos, han resultado ser más ignorantes de la comprensión de sus verdaderos intereses y han cometido durante la revolución más errores que los demás. Y eso ha sido debido en gran parte a la ignorancia casi absoluta de los problemas políticos más simples en que el gobierno de Metternich ha logrado tenerlos.

[10] Grupo literario que apareció en los años treinta; reflejaba en sus obras artísticas y periodísticas los estados de ánimo oposicionistas de la pequeña burguesía y propugnaba la defensa de la libertad de conciencia y de prensa.

No hacen falta más explicaciones del por qué, bajo ese sistema, la información política era casi un monopolio exclusivo de esas clases de la sociedad que podían pagar el paso de esta información de contrabando a su país, sobre todo de esos cuyos intereses eran más dañados por el estado existente de las cosas, a saber, de las clases industriales y comerciales. Por eso fueron los primeros en unir sus fuerzas contra la continuación del absolutismo más o menos disfrazado, y el tiempo de su paso a las filas de la oposición debe datarse por el comienzo del movimiento revolucionario real en Alemania.

El pronunciamiento de la oposición de la burguesía alemana debe fecharse en 1840, año de la defunción del rey anterior de Prusia,* el último fundador superviviente de la Santa alianza. Del nuevo rey se sabía que no era partidario de la monarquía predominantemente burocrática y militar de su padre. La burguesía alemana esperaba, en cierta medida, obtener de Federico Guillermo IV de Prusia lo que la clase media francesa había esperado de la coronación de Luis XVI. Todos convenían en que el viejo sistema estaba podrido, había fracasado y debía ser demolido; y lo que se había soportado en silencio bajo el viejo rey, ahora se declaraba intolerable en voz alta.

Pero si Luis XVI, "Louis le Désiré", era un simplón ordinario sin pretensiones, consciente a medias de su nulidad, una persona sin ideas determinadas que se regía principalmente por las costumbres contraídas durante su educación, "Federico Guillermo el Deseado" era totalmente distinto. Era, por cierto, más débil de carácter que su original francés, pero tenía pretensiones y opiniones propias. Había aprendido por sí mismo, como aficionado, los rudimentos de la mayoría de las ciencias, y por eso se creía lo suficiente instruido para considerar que su juicio era definitivo en todos los casos. Estaba convencido de que era un orador de primera clase, y, por cierto, en Berlín no había ni un viajante de comercio que pudiera aventajarle en prolijidad de presunto ingenio y torrente de elocuencia. Pero lo que tiene más importancia es que poseía opiniones propias. Odiaba y desdeñaba el elemento burocrático de la monarquía prusiana, mas sólo porque todas sus simpatías estaban del lado del elemento feudal. Uno de los fundadores y figuras principales del *Berliner politisches Wochenblatt*,[11] de la denominada Escuela histórica[12] (escuela que se nutría de las ideas de Bonald, De Maistre y otros escritores de la primera generación de legitimistas franceses) aspiraba a la restauración más completa posible de la situación predominante de la nobleza en la sociedad. El rey, que es el primer noble de su reino, está rodeado, ante todo, de una corte brillante, de vasallos poderosos, príncipes, duques y condes, y luego de una nobleza inferior numerosa y rica; reina a su propio albedrío sobre sus ciudadanos y campesinos,

* Federico Guillermo III. [E.]

[11] *Berliner politisches Wochenblatt* [Semanario Político Berlinés]: órgano extremadamente reaccionario que se editaba desde 1831 hasta 1841 con la participación de varios representantes de la escuela histórica del derecho.

[12] Corriente reaccionaria en las ciencias históricas y jurídicas que apareció en Alemania a fines del siglo XVIII.

siendo así él mismo el cabeza de una jerarquía acabada de categorías o castas sociales, cada una de las cuales debe gozar de sus privilegios particulares y estar separada de los demás por una barrera casi insorteable de nacimiento o posición social sólida e inalterable; con la particularidad de que la fuerza e influencia de todas estas castas o "estamentos del reino" debían contrarrestarse al propio tiempo de manera que el rey tuviese completa libertad de acción: ése era el *beau idéal* que Federico Guillermo IV se propuso realizar y está procurando hacerlo hasta el momento presente.

Se necesitó cierto tiempo para que la burguesía prusiana, no muy versada en cuestiones teóricas, viese el verdadero alcance de los propósitos del rey. Pero notó muy pronto su propensión lo diametralmente opuesto de lo que ella quería. Tan pronto como la muerte del rey padre "desató la lengua" al nuevo rey, éste comenzó a proclamar sus intenciones en innumerables discursos. Y cada discurso, cada acto suyo, le iba restando más y más las simpatías de la clase media. Esto no le hubiera importado mucho de no haber existido varios hechos inexorables y alarmantes que le interrumpían los sueños poéticos. Desgraciadamente, este romanticismo está reñido con las cuentas, y el feudalismo, desde los tiempos aún de Don Quijote, ¡siempre las ha hecho sin el amo! Federico Guillermo IV aprendió demasiado bien el desdén por la moneda contante y sonante, que fue desde antiguo el rasgo hereditario más noble de los descendientes de los cruzados. Cuando subió al trono, encontró un sistema gubernamental organizado con economía si bien caro, y un tesoro estatal moderadamente lleno. En dos años se gastó hasta el último centavo de los excedentes en festejos de la corte, viajes reales, regalos, subvenciones a los nobles necesitados, arruinados y codiciosos, etc., y las contribuciones ordinarias ya no bastaban para cubrir las demandas ni de la corte ni del gobierno. Así, su majestad se vio muy pronto atenazado entre el déficit evidente, por un lado, y la ley de 1820, por el otro, según la cual toda emisión injustificada de un nuevo empréstito o todo aumento de los impuestos existentes era ilegal sin el asenso de la "futura representación del pueblo". Esta representación no existía; el nuevo rey estaba aún menos inclinado que su padre a crearla; y si lo hubiera estado, sabía que la opinión pública había cambiado asombrosamente desde su entronización.

Efectivamente, la clase media, que, en parte, esperaba que el nuevo rey promulgase inmediatamente la constitución y proclamase la libertad de prensa, el ejercicio de la justicia por tribunales de jurados, etc., etc., que proclamaría, en suma, el mismo la revolución pacífica que necesitaba la burguesía para alcanzar el poder político, las clases medias habían visto su error y se volvían ferozmente contra el rey. En la provincia del Rin y, más o menos generalmente, en toda Prusia, estaban tan desesperadas que, al experimentar en su propio medio falta de gentes capaces de representarlas en la prensa, fueron incluso a una alianza con la dirección filosófica extrema de que ya hemos hablado antes. El fruto de esta alianza era la *Rheinische Zeitung*,[13] que se publicaba en Colonia. Si bien la clausuraron a

[13] *Rheinische Zeitung für Politik, Handel und Gewerbe* [Gaceta del Rin sobre política, comercio e industria]: diario que aparecía en Colonia

los quince meses de su fundación, puédese considerar, sin embargo, que este diario fue el que dio comienzo a la prensa periódica en Alemania. Esto fue en 1842.

El pobre rey, cuyas dificultades monetarias eran la sátira más rabiosa de sus propensiones medievales, no tardó en ver que no podía seguir gobernando sin hacer algunas pequeñas concesiones a la exigencia general de "representación del pueblo" que, como último remanente de las promesas, hacía tiempo olvidadas, de 1813 y 1815, figuraban en la ley de 1820. El rey estimaba que el modo menos desagradable de cumplir los preceptos de esta incómoda ley era convocar comités permanentes de las dietas provinciales. Las dietas provinciales fueron instituidas en 1823. Estaban compuestas en cada una de las ocho provincias del reino por: 1] la nobleza superior de las familias que fueron soberanas en el Imperio alemán, cuyos cabezas habían sido miembros de la dieta estamental por derecho de nacimiento; 2] representantes de los caballeros o nobleza inferior; 3] representantes de las ciudades; y 4] diputados de los campesinos o de la clase de los pequeños labriegos. Todo estaba arreglado de manera que, en cada provincia, las dos secciones de la nobleza tuvieran siempre mayoría en la dieta. Cada una de estas ocho dietas provinciales elegía un comité, y estos ocho comités eran llamados ahora a Berlín para formar una asamblea representativa que debía votar el empréstito tan deseado. Se declaró que el tesoro estaba lleno, y que el empréstito no se necesitaba para cubrir las demandas corrientes, sino para construir un ferrocarril estatal. Pero los Comités unidos[14] dieron al rey una negativa rotunda, declarándose incompetentes para obrar como representantes del pueblo y reclamaron de su majestad que cumpliese la promesa de promulgar la constitución representativa que había dado su padre cuando solicitó la ayuda del pueblo contra Napoleón.

La sesión de los Comités unidos mostró que el espíritu de oposición ya no afectaba sólo a la burguesía. A ésta se había adherido una parte de los campesinos, y muchos nobles, que eran a la vez grandes agricultores en sus propiedades, trataban con cereales, lana, alcohol y lino, y, por lo mismo, necesitaban las mismas garantías contra el absolutismo, la burocracia y la restauración feudal, se habían pronunciado igualmente contra el gobierno en pro de una constitución representativa. El plan del rey fracasó por completo; el rey no recibió ni un céntimo y acrecentó la fuerza de la oposición. Las sesiones siguientes de las dietas provinciales fueron aún más desfavorables para el rey. Todas reclamaron reformas, el cumplimiento de las promesas de 1813 y 1815, la constitución y la libertad de prensa; a este efecto, las resoluciones respectivas de algunas de ellas fueron redactadas en términos bastante irrespetuosos; las respuestas airadas del rey exasperado empeoraron más aún la situación.

Entretanto, las dificultades financieras del gobierno fueron en aumen-

desde el 1 de enero de 1842 hasta el 31 de marzo de 1843. A partir de abril de 1842 colaboró en este periódico Marx, y desde octubre del mismo año fue uno de sus redactores.

[14] Órganos estamentales consultivos de Prusia que se elegían por las dietas provinciales entre sus componentes.

to. La reducción de las asignaciones con destino a diversos servicios públicos, las transacciones fraudulentas relacionadas con el *Seehandlung*,[15] establecimiento comercial que especulaba y traficaba a cuenta y riesgo del estado y funcionaba hacía ya tiempo como agente financiero suyo, había bastado para guardar las apariencias de solvencia; el aumento de la emisión de papel moneda había proporcionado algunos recursos; y el secreto de la situación financiera, en general, había sido bien guardado. Pero las posibilidades para todos estos subterfugios se agotaron pronto. Entonces se intentó otro plan: abrir un banco con capital facilitado en parte por el estado y, en parte, por accionistas privados; la dirección principal debía pertenecer al estado, es decir, debía estar organizada de manera que el gobierno pudiera tomar de los fondos de este banco grandes sumas y, de esa manera, repetir las operaciones fraudulentas que ya no podía hacer con el *Seehandlung*. Mas, por supuesto, no había capitalistas que desearan entregar su dinero en esas condiciones. Hubo que rehacer los estatutos del banco y garantizar la propiedad de los accionistas contra los atentados del fisco antes de que se abriera la suscripción a las acciones. Cuando, de esa manera, fracasó también ese plan, no quedó otro recurso que intentar obtener un empréstito, claro que en el caso de que se encontrasen capitalistas que prestasen su dinero sin exigir el acuerdo y la garantía de esta misteriosa "futura representación del pueblo". Se apeló a Rothschild, pero éste declaró que si el empréstito estaba garantizado por la "representación del pueblo", lo daría en el acto; en caso contrario, no podría hacer nada por la transacción.

Así se desvaneció toda esperanza de obtener dinero, y no había posibilidad de eludir la fatal "representación del pueblo". La negativa de Rothschild se conoció en el otoño de 1846, y en febrero del año siguiente el rey convocó a las ocho dietas provinciales en Berlín para hacer de ellas una "Dieta unida".[16] La tarea de esta dieta consistía en cumplir los preceptos de la ley de 1820 en caso de necesidad, a saber: votar los empréstitos y los nuevos impuestos, pero sin ningún otro derecho. Su voz en cuanto a las cuestiones de la legislación general debía ser puramente consultiva; no debía convocarse en períodos fijos, sino siempre y cuando le placiese al rey; podía tratar sólo las cuestiones que se le ocurriese plantear al gobierno. Los diputados de la dieta, por supuesto, estaban muy insatisfechos del papel que se les concedía. Reiteraron sus deseos, que ya habían expresado en las asambleas de las provincias; las relaciones entre ellos y el gobierno no tardaron en enconarse, y cuando se les volvió a pedir el empréstito para construir el ferrocarril, se negaron de nuevo a darlo.

[15] *Sehandlung* [El comercio marítimo]; sociedad de comercio y crédito fundada en 1772 en Prusia. Gozaba de una serie de importantes privilegios estatales y concedía grandes préstamos al gobierno.

[16] Asamblea unida de las dietas estamentales de las provincias, convocada en Berlín en abril de 1847 para garantizar al rey un empréstito exterior. Por la renuncia del rey a satisfacer las exigencias políticas más modestas de la mayoría burguesa de la dieta, esta última se negó a garantizar el empréstito, por lo que en junio del mismo año el rey la disolvió.

Esta votación dio en seguida lugar a la clausura de la asamblea. El rey, cuya exasperación subía de punto, disolvió la dieta, expresando a los diputados su descontento, pero se quedó, no obstante, sin dinero. Y en efecto, tenía razón de sobra para alarmarse de su situación, al ver que la Liga liberal, encabezada por las clases medias, a las que se habían adherido gran parte de la nobleza inferior y elementos descontentos de todo género que, agrupados en diversos sectores de los estamentos bajos, estaba dispuesta a conseguir lo que se proponía. En vano el rey había declarado en el discurso inaugural que jamás otorgaría una constitución en el moderno sentido de la palabra. La Liga liberal insistía en que se promulgase esa constitución representativa, moderna y antifeudal, con todas sus consecuencias: la libertad de prensa, los tribunales de jurados, etc., dando a entender que, hasta que no la recibiese, no accedería a prestar ni un céntimo. Una cosa estaba clara: que las cosas no podían ir más allá de esa manera y que una de las partes debía ceder o la cosa llegaría a una ruptura, a una lucha sangrienta. Y las clases medias sabían que se encontraban en el umbral de la revolución y se preparaban para ella. Querían asegurarse por todos los medios a su alcance el apoyo de la clase obrera de las ciudades y de los campesinos en las zonas rurales, y es bien sabido que a fines de 1847 entre la burguesía apenas podía encontrarse una figura política eminente que no se proclamase a sí misma "socialista" para ganarse las simpatías de la clase proletaria. No tardaremos en ver a estos "socialistas" actuando.

Esta celosa propensión de la burguesía dirigente a imprimir a su movimiento, al menos, una apariencia de socialismo, fue debida al gran cambio que se había operado en la clase obrera de Alemania. A partir de 1840, una parte de los obreros alemanes que habían estado en Francia y Suiza, se había familiarizado más o menos con las nociones rudimentarias del socialismo y el comunismo extendidas entre los obreros franceses. El creciente interés que se tenía desde 1840 por esas ideas en Francia, puso también de moda el socialismo y el comunismo en Alemania, y ya desde 1843 en todos los periódicos se discutían cuestiones sociales. Poco después, en Alemania se formó una escuela socialista cuyas ideas se distinguían más por la oscuridad que por la novedad; sus esfuerzos principales consistían en traducir del francés a la embrollada lengua de la filosofía alemana[17] el fourierismo, el sansimonismo y otras doctrinas. Aproximadamente por este tiempo se formó la escuela comunista alemana, que se distingue radicalmente de esa secta.

En 1844 estalló la insurrección de los tejedores de Silesia, seguida de la de los estampadores textiles de Praga. Estas insurrecciones, que fueron reprimidas con saña y no iban contra el gobierno, sino contra los patronos, produjeron honda impresión y dieron nuevo estímulo a la propaganda socialista y comunista entre los obreros. El mismo efecto tuvieron los motines del pan durante el año de hambre de 1847. En suma, lo mismo que la

[17] Alusión a las obras de los representantes del socialismo alemán o "verdadero", corriente reaccionaria que se estendió en Alemania en los años cuarenta del siglo XIX principalmente entre la intelectualidad pequeñoburguesa.

oposición constitucional agrupó en torno a su bandera al grueso de las clases propietarias (a excepción de los grandes terratenientes feudales), la clase obrera de las grandes ciudades vio el medio para su emancipación en las doctrinas socialistas y comunistas, si bien, bajo las leyes de prensa existentes, sólo podía ponerlas en conocimiento suyo en muy pequeño grado. No podía esperarse que los obreros tuvieran ideas muy claras de lo que querían: lo único que sabían era que el programa de la burguesía constitucional no contenía todo lo que ellos deseaban y que sus demandas no encajaban del todo en el marco de las ideas del constitucionalismo.

En Alemania no existía a la sazón un partido republicano aparte. La gente era o monárquica constitucional, o socialista y comunista más o menos claramente definida.

Con tales elementos, la menor colisión debía provocar una gran revolución. En tanto la alta nobleza, los altos funcionarios y los jefes militares eran el único apoyo seguro del sistema existente; en tanto la nobleza inferior, las clases medias comerciales e industriales, las universidades, los maestros de escuela de todas las categorías e incluso parte de las filas inferiores de la burocracia y de la oficialidad del ejército se habían unido contra el gobierno, en tanto, además, se contaban las masas descontentas de campesinos y proletarios de las grandes ciudades, masas que por entonces aún apoyaban a la oposición liberal, pero que ya hablaban de extraña manera de sus intenciones de tomar las cosas en sus manos; en tanto la burguesía estaba dispuesta a derrocar el gobierno, y los proletarios se estaban preparando para derrocar a la burguesía en su hora, el gobierno persistía tenaz en el rumbo que debía llevar a la colisión. Alemania se encontraba, a comienzos de 1848, ante el umbral de la revolución, y esta revolución habría estallado indudablemente incluso en el caso de que no la hubiese acelerado la revolución de febrero en Francia.

En el artículo siguiente veremos los efectos que la revolución de París causó en Alemania.

Londres, septiembre de 1851

III. LOS OTROS ESTADOS ALEMANES

En nuestro artículo anterior nos limitamos casi exclusivamente al estado que, entre 1840 y 1848, fue casi el más importante del movimiento en Alemania: el de Prusia. Lancemos, no obstante, una rápida ojeada a otros estados de Alemania en este mismo período.

Por lo que se refiere a los Estados pequeños, han pasado, desde el movimiento revolucionario de 1830, por la dictadura completa de la Dieta unida, es decir, de Austria y Prusia. Por ilusorias que fuesen las diversas constituciones adoptadas como medio de defensa contra la arbitrariedad de estados más grandes, para asegurar popularidad a sus autores coronados y la unidad a las asambleas heterogéneas de las provincias, formadas sin ningún principio rector por el Congreso de Viena, resultaron sin embargo,

peligrosas en el tumultuoso período de 1830-1831 para el poder de los pequeños monarcas. Fueron derogadas casi totalmente. Lo que quedó de ellas era menos que una sombra y se requería la locuaz complacencia de un Welcker, un Rotteck o un Dahlmann para imaginar que se podía obtener algún resultado de esa sumisa oposición, mezclada con el vil reptilismo que se les permitía mostrar en las impotentes cámaras de esos pequeños estados.

La parte más enérgica de la clase media de esos pequeños estados abandonó, poco después de 1840, todas las esperanzas que ellas cifraran en el desarrollo del gobierno parlamentario de esas dependencias de Austria y Prusia. Y tan pronto como la burguesía prusiana y las clases aliadas a ella mostraron su seria resolución de luchar por el gobierno parlamentario de Prusia, se les permitió asumir la dirección del movimiento constitucional sobre toda la Alemania no austríaca. Es un hecho incontestable ahora que el núcleo de los constitucionalistas de Alemania central que luego se salió de la Asamblea nacional de Francfort y que, por el lugar de sus reuniones separadas, recibió el nombre de Partido de Gotha,[18] discutió mucho antes de 1848 un plan que, con pequeñas modificaciones, propuso en 1849 a los representantes de toda Alemania. Aspiraba a la exclusión completa de Austria de la Confederación alemana y al establecimiento de una nueva confederación con una nueva ley fundamental y un parlamento federal bajo la protección de Prusia y la incorporación de los estados más pequeños a otros mayores. Todo eso debía llevarse a cabo en el momento en que Prusia ingresara en las filas de la monarquía constitucional, diese la libertad de prensa y aplicase una política independiente de Rusia y Austria, concediendo así a los constitucionalistas de los estados pequeños la posibilidad de obtener un control real sobre sus gobiernos respectivos. El inventor de este esquema fue el catedrático Gervinus, de Heidelberg (Baden). Así, la emancipación de la burguesía prusiana debía ser la señal para la emancipación de las clases medias de Alemania en general y para la conclusión de una alianza, ofensiva y defensiva, tanto contra Rusia como contra Austria; pues Austria, como veremos ahora mismo, era tenida por un país enteramente bárbaro del que se sabía muy poco, y lo poco que se sabía no hacía honor a su población; Austria, pues, no era considerada parte esencial de Alemania.

Por cuanto a las otras clases de la sociedad de los estados pequeños, seguían, con más o menos rapidez, los pasos de sus cofrades de Prusia. Los pequeños comerciantes estaban más descontentos cada día de sus respectivos gobiernos por el aumento de los impuestos, las restricciones de sus exiguos derechos políticos, de los que estaban tan ufanos de compararse con los "esclavos del despotismo" de Austria y Prusia. Pero, en su oposición, aún no se descubría nada lo bastante importante que pudiera destacarlos como partido independiente distinto del partido constitucionalista de la gran burguesía. El descontento entre los campesinos también aumenta-

[18] Este partido se fundó en junio de 1849 por representantes de la gran burguesía contrarrevolucionaria y de los liberales de derecha; se proponía agrupar a toda Alemania, excepción hecha de Austria, bajo los auspicios de la Prusia de los Hohenzollern.

ba, pero era bien sabido que en tiempos tranquilos y pacíficos jamás propugnarían sus intereses ni adoptarían su posición como clase independiente, excepto los países donde estaba establecido el sufragio universal. La clase obrera, en los oficios y las industrias de las ciudades, comenzaba a contaminarse con la "ponzoña" del socialismo y el comunismo, pero eran pocas, fuera de Prusia, las ciudades de alguna importancia y aún menos los distritos industriales, por lo que el movimiento de los obreros, debido a la falta de centros de actividad y propaganda, se desarrollaba con mucha lentitud en los estados pequeños.

Tanto en Prusia como en los estados pequeños, la dificultad que existía para que se manifestase la oposición política promovió una original oposición religiosa que se expresaba en movimientos paralelos del catolicismo alemán[19] y del Congregacionalismo libre.[20] La historia nos brinda numerosos ejemplos de cómo en los países que gozan los bienes de una iglesia estatal y en que la discusión política está muy obstaculizada, la oposición profana y peligrosa contra el poder seglar se oculta tras una lucha más santificada y aparentemente más desinteresada contra el despotismo espiritual. Muchos gobiernos que no toleran la discusión de ninguno de sus actos lo pensarán bien antes de crear mártires y excitar el fanatismo religioso de las masas. Así pues, en 1845, se conceptuaba la religión parte inseparable del régimen de cada estado de Alemania, ya se profesase la católica romana como la protestante o ambas a la vez. Y en cada uno de estos estados, el clero de una de estas religiones o de las dos constituía una parte esencial del sistema burocrático del gobierno. Atacar la ortodoxia protestante o católica o al clero era tanto como atacar al propio gobierno. En cuanto a los católicos alemanes, su misma existencia era un ataque a los gobiernos católicos de Alemania, sobre todo de Austria y Baviera; y así lo entendían estos gobiernos. Los Congregacionalistas libres, los disidentes protestantes, que tenían cierto parecido con los unitarios ingleses y norteamericanos,[21] declaraban explícitamente su oposición a la tendencia

[19] Movimiento religioso que surgió en 1844 y abarcó a grandes sectores de la burguesía media y pequeña; estaba encauzado contra las manifestaciones extremas de misticismo y gazmoñería en la Iglesia católica. Al rechazar la primacía del papa de Roma y de numerosos dogmas y ritos de la Iglesia católica, los "católicos alemanes" pretendían adaptar el catolicismo a los menesteres de la burguesía alemana.

[20] El congregacionalismo libre se separó de la iglesia protestante oficial en 1846. Esta oposición religiosa fue una de las formas de manifestación del descontento de la burguesía alemana en los años cuarenta del siglo XIX por el régimen reaccionario de Alemania. En 1859, el "congregacionalismo libre" se fundió con el de "católicos alemanes".

[21] Unitarios o antitrinitarios: representantes de la corriente religiosa que surgió en el siglo XVI en Alemania y reflejaba la lucha de las masas populares y de la parte radical de la burguesía contra el régimen y la Iglesia feudales. En Inglaterra y América, el unitarismo penetró a raíz del siglo XVII. La doctrina del unitarismo colocaba en el siglo XIX en primer plano los momentos ético-morales de la religión, pronunciándose contra su aspecto exterior, ritual.

ortodoxa clerical y rígida del rey de Prusia y de su ministro favorito del Departamento de educación y culto, señor Eichhorn. Las dos nuevas sectas, que se extendieron rápidamente durante cierto tiempo, la primera en las tierras católicas y la segunda en las protestantes, se distinguían únicamente por su diferencia de origen; en cuanto a sus doctrinas, coincidían exactamente en el importante punto de que todos los dogmas definidos carecían de consistencia. Esa falta de toda definición era su esencia genuina; decían que estaban erigiendo el gran templo bajo cuyas bóvedas se unirían todos los alemanes. Por tanto, en el aspecto religioso expresaban la segunda idea política del día, la idea de la unidad de Alemania; sin embargo, no podían ponerse de acuerdo entre ellos mismos.

La idea de la unidad de Alemania que las antemencionadas sectas procuraban llevar a cabo al menos en el terreno de la religión, inventando una religión común para todos los alemanes, amoldada especialmente a sus demandas, costumbres y gustos, esta idea se extendió efectivamente mucho, sobre todo en los estados pequeños. Después de la disolución del Imperio alemán por Napoleón,[22] el llamamiento a la unión de todos los *disjecta membra** del cuerpo alemán fue la expresión general del descontento por el orden establecido de las cosas, máxime en los estados pequeños, donde los gastos de la corte, de la administración y del ejército, en suma, el peso muerto de los impuestos, crecían en razón directa a la pequeñez y debilidad del estado. Mas en el punto de lo que debía ser esa unidad de Alemania, cuando se llevase a efecto, eran dispares las opiniones de los partidos. La burguesía, que no quería grandes convulsiones revolucionarias, se satisfacía con lo que ya hemos visto que consideraba "viable", a saber, la unión de toda Alemania, excluida Austria, bajo la supremacía del gobierno constitucional de Prusia: y es seguro que por entonces no se podía hacer nada más sin provocar peligrosas tempestades. Los pequeños comerciantes, los artesanos y los campesinos, en la medida que el problema preocupaba a estos últimos, jamás llegaron a definirse con respecto a la unidad de Alemania, que reclamaron luego con tal griterío; unos cuantos soñadores, en su mayoría reaccionarios feudales, cifraban sus esperanzas en el restablecimiento del Imperio alemán; algunos ignorantes, los *soi-disant* radicales, admiradores de las instituciones suizas, que aún no habían conocido en la práctica y que, las decepcionó de manera tan ridícula, se pronunciaban por una república federal; había un solo partido extremo que, por entonces, se atrevía a propugnar la República alemana,[23] una e indivisible. Así pues, la unidad de Alemania era en sí un gran problema de desunión, de discordia y, en caso de ciertas eventualidades, incluso de guerra civil.

Resumiendo, la situación en Prusia y en los estados pequeños de Ale-

[22] Hasta agosto de 1806 Alemania entraba en el denominado Sacro impreio romano de la nación alemana, fundado en el siglo X; era una unión de principados feudales y ciudades libres que reconocían el poder supremo del emperador.

* *Disjecta membra:* miembros dispersos. [E.]

[23] La consigna de una República alemana única e indivisible fue lanzada ya en vísperas de la revolución por Marx y Engels.

mania a fines de 1847 era la siguiente. La burguesía sentía su fuerza y se resolvió a no tolerar más tiempo las trabas con que el despotismo feudal y burocrático encadenaba sus transacciones comerciales, su productividad industrial y sus acciones comunes como clase; una parte de la nobleza rural se había convertido hasta tal punto en productora de artículos destinados exclusivamente al mercado que tenía los mismos intereses de la burguesía e hizo causa común con ella; la clase de los pequeños artesanos y comerciantes estaba descontenta por los impuestos y las barreras interpuestas en su negocio, pero aún no tenía ningún plan definido para esas reformas que pudieran asegurar su posición en la sociedad y en el estado; los campesinos, oprimidos en algunos sitios por las exacciones feudales, y en otros por los prestamistas, los usureros y los leguleyos; los obreros de las ciudades habían sufrido el impacto del descontento general y odiaban tanto al gobierno como a los grandes capitalistas industriales y se dejaban contagiar por las ideas socialistas y comunistas. En suma, existía una masa heterogénea de elemenos oposicionistas movidos por diversos intereses, pero más o menos dirigidos por la burguesía, a cuyas primeras filas marchaba de nuevo la burguesía de Prusia y, particularmente, de la provincia del Rin. Por otro lado, los gobiernos, que discrepaban en muchas cuestiones y desconfiaban los unos de los otros, particularmente del de Prusia, con cuya protección debían contar; en Prusia, rechazado el gobierno por la opinión pública y aun por parte de la nobleza, apoyado por el ejército y la burocracia, que cada día se contagiaba más de las ideas de la burguesía oposicionista y caía bajo el influjo de ésta, el gobierno que, encima de lo dicho, no tenía un céntimo en el más estricto sentido de la palabra y que no podía conseguir ni un céntimo para cubrir su creciente déficit sin entregarse a la discreción de la burguesía, a la cual tenía en contra. ¿Habrá tenido alguna vez la burguesía de cualquier otro país mejor situación en su lucha contra el gobierno establecido?

Londres, septiembre de 1851

IV. AUSTRIA

Veamos ahora a Austria, país que en marzo de 1848 estaba casi tan oculto de la vista de las naciones extranjeras como China antes de la última guerra con Inglaterra.[24]

Por supuesto, aquí podemos examinar sólo la parte alemana de Austria. Los asuntos de la población polaca, húngara e italiana de Austria quedan fuera de nuestro tema, pero habremos de tratarlos luego en la medida en que influyeron desde 1848 en los destinos de los alemanes austríacos.

El gobierno del príncipe Metternich se ha regido por dos principios:

[24] Se trata de la denominada primera guerra del opio (1839-1842), guerra de rapiña de Inglaterra contra China que puso comienzo a la conversión de China en un país semicolonial.

primero, tener sujeta a cada una de las diferentes naciones sometidas a la dominación austríaca mediante las otras naciones que se encuentran en la misma situación; segundo, y éste ha sido siempre el principio fundamental de las monarquías absolutas, apoyarse en dos clases, en los terratenientes feudales y en los grandes capitalistas de la bolsa, contrarrestando al mismo tiempo la influencia y el poder de cada una de estas clases con la influencia y el poder de la otra para dejar completa libertad de acción al gobierno. La nobleza terrateniente, cuyos ingresos íntegros provenían de gabelas feudales de toda clase, no podía menos de apoyar el gobierno que había demostrado ser el único que la protegía contra la clase oprimida de los campesinos siervos, a costa de cuya expoliación vivía; y si la parte menos acaudalada de esta nobleza se decidió a pasar a la oposición al gobierno, como ocurrió en 1846 en la Galitzia rutena, Metternich lanzaba inmediatamente contra ellos a esos mismos siervos que no perdían ocasión de vengarse atrozmente de sus opresores inmediatos.[25] Por otra parte, los grandes capitalistas de la bolsa estaban ligados con el gobierno de Metternich por las grandes sumas que habían invertido en valores del Estado. Austria, que recuperó todo su poder en 1815, que hizo resurgir y apoyó desde 1820 la monarquía absoluta de Italia y que fue eximida de parte de sus deudas por la quiebra de 1810, no tardó, una vez concertada la paz, en recuperar su crédito en los grandes mercados monetarios de Europa, y en la misma proporción que aumentaba su crédito, lo aprovechaba a más y mejor. Así, todos los magnates financieros de Europa habían invertido gran parte de su capital en títulos de la deuda austríaca. Todos ellos estaban interesados en apoyar el crédito público de Austria, y como ésta necesitaba constantemente nuevos empréstitos, ellos se veían obligados a desembolsar de tiempo en tiempo nuevos capitales para mantener en alto el crédito, ofrecer seguridades por los préstamos que ya habían hecho. La larga paz que siguió después de 1815 y la aparente imposibilidad de hundimiento de un viejo imperio milenario, como el de Austria, acrecentaron el crédito del gobierno de Metternich en asombroso grado, haciéndolo incluso independiente de los buenos deseos de los banqueros y corredores de bolsa vieneses; en tanto que Metternich podía obtener suficiente dinero de Francfort y Amsterdam, tenía, naturalmente, la satisfacción de ver a los capitalistas austríacos a sus pies. Por lo demás, éstos se encontraban en todos los otros aspectos a su merced; los grandes beneficios que dichos banqueros, capitalistas de la bolsa y contratistas gubernamentales saben sacar siempre de la monarquía absoluta, eran compensados por el poder casi ilimitado que el gobierno poseía sobre sus personas y fortunas; por lo tanto, no podía esperarse el menor asomo de oposición por parte de ellos. Así, pues, Metternich estaba seguro del apoyo de las dos clases más poderosas e influyentes

[25] En febrero-marzo de 1846 estalló simultáneamente con la insurrección de liberación nacional en Cracovia una gran sublevación campesina en la Galitzia rutena que las autoridades austríacas utilizaron para aplastar el movimiento insurreccional de la nobleza inferior. Luego de sofocar la insurrección en Cracovia, el gobierno austríaco aplastó asimismo la insurrección campesina en la Galitzia rutena.

del imperio y poseía, además, un ejército y una burocracia de lo mejor constituidas para todos los propósitos del absolutismo. Los funcionarios y los militares al servicio de Austria formaban una casta singular; sus padres habían prestado servicio al Kaiser, y lo mismo harían los hijos; éstos no pertenecían a ninguna de las múltiples nacionalidades congregadas bajo el ala del águila bicéfala; eran trasladados, y siempre lo habían sido, de uno al otro confín del imperio, de Italia a Polonia, de Alemania a Transilvania; los húngaros, los polacos, los alemanes, los rumanos, los italianos, los croatas, todo aquel que no llevara la impronta de la autoridad "imperial y real", etc., y mostrara los rasgos de su idiosincrasia nacional era igualmente desdeñado por ellos, que no tenían nacionalidad o, mejor dicho, sólo ellos constituían la verdadera nación austríaca. Es evidente qué arma tan dócil y, al mismo tiempo, tan poderosa debía ser esa jerarquía civil y militar en manos de un gobernante inteligente y enérgico.

Por cuanto a las otras clases de la población, Metternich, totalmente en el espíritu del hambre de estado del *ancien régime*, se preocupaba poco por tener su apoyo. Con relación a ellos, conocía una sola política: sacarles la mayor cantidad posible de dinero en forma de impuestos y, a la vez, mantener la tranquilidad entre ellos. La burguesía industrial y comercial se desarrollaba en Austria con mucha lentitud. El comercio por el Danubio era relativamente insignificante; el país no poseía más que un puerto, el de Trieste, y el comercio por él era muy limitado. En cuanto a los industriales, gozaban de gran protección, llegando incluso en la mayoría de los casos a la completa exclusión de toda competencia extranjera; pero esta ventaja se les había concedido principalmente con vistas a aumentar su posibilidad de pagar impuestos y era en gran medida reducida a la nada por las restricciones internas de la industria, los privilegios de los gremios y otras corporaciones feudales que se respetaban escrupulosamente en tanto no entorpecían los propósitos e intenciones del gobierno. Los pequeños artesanos estaban constreñidos a los estrechos límites de estos gremios feudales que mantenían entre los diversos oficios una perpetua guerra por los privilegios de unos sobre los otros y, al propio tiempo, daban al conjunto de todas estas agrupaciones involuntarias una especie de carácter hereditario permanente, privando a la clase obrera de casi toda posibilidad de subir por la escala social. Por último, los campesinos y los obreros eran tenidos por simples objetos de exacción de impuestos: la única atención que se les concedía era mantenerlos el mayor tiempo posible en las mismas condiciones de vida en que existían ellos y en que habían existido sus padres. Con ese fin, toda vieja autoridad hereditaria, sólidamente establecida, se conservaba en la misma medida que la del Estado. El gobierno mantenía rigurosamente por doquier la potestad de los terratenientes sobre los pequeños campesinos en dependencia feudal, la del fabricante sobre los obreros fabriles, la del pequeño maestro artesano sobre los oficiales y aprendices, la del padre sobre el hijo, y cualquier manifestación de desobediencia era castigada como una infracción de la ley mediante el instrumento universal de la justicia austríaca: el palo.

Finalmente, para agrupar en un vasto sistema todas estas tentativas de crear una estabilidad artificial, se seleccionaba con la mayor precaución el

sustento espiritual permitido para el pueblo y se administraba con la mayor escasez posible. La educación estaba en todas partes en manos del clero católico, cuyas jerarquías se hallaban, igual que los grandes propietarios feudales de tierra, profundamente interesadas en el mantenimiento del sistema existente. Las universidades estaban organizadas de manera que no pudieran salir de ellas sino personas especializadas y capaces de alcanzar, en el mejor de los casos, más o menos provecho en ramas particulares del saber, pero no daban, en absoluto, esa libre enseñanza universal que se espera de otras universidades. La prensa periódica brillaba por su ausencia, a excepción de Hungría, y los periódicos húngaros estaban prohibidos en las otras partes de la monarquía. En cuanto a la literatura, en general, en un siglo no se había extendido nada; después de la muerte de José II, había vuelto incluso a reducirse. Y a lo largo de todas las fronteras de territorio austríaco con algún país civilizado se implantó un cordón de censura literaria ligado con el cordón de los oficiales de aduanas que impedían el paso de cualquier libro o periódico extranjero a Austria antes de haber sido revisado minuciosamente dos y tres veces su contenido y haberse aclarado que estaba libre del menor germen contaminoso del perverso espíritu de la época.

Aproximadamente treinta años después de 1815, este sistema funcionaba con asombrosa precisión. De Austria casi no se sabía nada en Europa, y lo que de Europa se sabía en Austria era igualmente tan poco. Ni la posición social de cada clase ni la misma población como un todo parecían haber sufrido el menor cambio. Por fuerte que fuese la hostilidad existente entre las clases, y la existencia de esta hostilidad era, para Metternich, la principal condición de gobierno, y aun la estimulaba para hacer a las clases superiores instrumento de todas las exacciones gubernamentales y dirigir así el odio del pueblo contra ellas, y por mucho que el pueblo odiase a los funcionarios subalternos de la Administración, casi no se registraba en general o no se registraba en absoluto descontento del gobierno central. El emperador era adorado, y los hechos parecían dar la razón al viejo Francisco I, quien, al dudar una vez de que este sistema pudiera durar mucho, agregó plácidamente: "Así y todo, durará mientras vivamos yo y Metternich".

No obstante, por el país se iba propagando un lento movimiento de fondo, que no afloraba a la superficie y reducía a la nada todos los esfuerzos de Metternich. La riqueza y la influencia de la burguesía industrial y comercial iban aumentando. El empleo de máquinas y de la fuerza del vapor en la industria produjo en Austria, lo mismo que en todas partes, una revolución en todas las relaciones y condiciones anteriores de vida de clases enteras de la sociedad; hizo libres a los siervos, y obreros fabriles a los pequeños agricultores; minó las viejas corporaciones feudales de los artesanos y destruyó los medios de existencia de muchas de ellas. La nueva población comercial e industrial entró por doquier en colisión con las viejas instituciones feudales. Las clases medias, más o menos inducidas por sus ocupaciones a viajar al extranjero, introdujeron algunos conocimientos míticos de los píses civilizados que estaban al otro lado de la línea aduanera imperial; la introducción de los ferrocarriles terminó por acelerar el movimiento

industrial e intelectual. Había asimismo en el edificio estatal austríaco una parte peligrosa, a saber: la Constitución feudal húngara, con sus debates parlamentarios y las luchas de las masas oposicionistas de los nobles venidos a menos contra el gobierno y los magnates, aliados de éste. Presburgo, sede de la dieta, se encontraba ante las puertas de Viena. Todos estos elementos contribuían a crear entre las clases medias de las ciudades un espíritu que no era exactamente de oposición, pues la oposición aún era por entonces imposible, pero sí de descontento, y un deseo general de reformas, más de naturaleza administrativa que constitucional. Y, lo mismo que en Prusia, una parte de la burocracia se adhirió aquí también a la burguesía. Las tradiciones de José II no habían sido olvidadas en esta casta hereditaria de funcionarios de la administración, los más instruidos de los cuales soñaban a veces con posibles reformas, pero preferían mucho más el despotismo progresivo e intelectual de este emperador al despotismo "paternal" de Metternich. Una parte de la nobleza más pobre estaba igualmente al lado de las clases medias, y en cuanto a las clases inferiores de la población, que siempre habían encontrado motivos de sobra para quejarse de las superiores, si no directamente del gobierno, en la mayoría de los casos no podían dejar de adherirse a los anhelos reformadores de la burguesía.

Fue poco más o menos por entonces, entre 1843 y 1844, cuando se puso comienzo en Alemania a un tipo singular de literatura acorde con estos cambios. Algunos escritores, novelistas, críticos literarios y malos poetas austríacos, todos, sin excepción, de talento muy mediocre, pero dotados de la peculiar habilidad propia de la raza semita, se establecieron en Leipzig y otras ciudades alemanas, fuera de Austria, y allí, lejos del alcance de Metternich, publicaron una serie de libros y folletos sobre asuntos austríacos. Tanto ellos como sus editores llevaron "un animado comercio" con esta mercancía. Toda Alemania ansiaba enterarse de los secretos de la política de la China europea; y la curiosidad de los propios austríacos, que recibían estas publicaciones de contrabando al por mayor a través de la frontera de Bohemia, era mayor aún. Naturalmente, los secretos revelados en estas publicaciones no tenían gran importancia, y los planes de reformas ideados por sus bienintencionados autores llevaban la impronta de un candor rayano casi en la virginidad política. La constitución y la libertad de prensa eran tenidas aquí por inalcanzables; las reformas administrativas, la ampliación de los derechos de las dietas provinciales, el permiso de entrada para los libros y periódicos extranjeros y una censura menos severa eran lo más que pedían estos buenos austríacos.

En todo caso, la creciente imposibilidad de impedir la comunicación literaria de Austria con el resto de Alemania, y a través de Alemania, con todo el mundo, contribuyó en gran medida a formar una opinión pública antigubernamental y puso, al menos, alguna información política al alcance de parte de la población austríaca. Así, para fines de 1847, Austria sufrió los efectos, si bien en menor grado, de la agitación política y político-religiosa que entonces sacudía a toda Alemania; y si su progreso en Austria se notó menos, no por eso dejó de encontrar suficientes elementos revolucionarios para influir en ellos: eran los campesinos, siervos o dependientes

de los señores feudales, aplastados por el peso de las exacciones de los terratenientes y el gobierno; luego, los obreros fabriles, obligados por la porra del policía a trabajar en las condiciones que al fabricante se le antojase ponerles; luego, los menestrales, desprovistos por las reglas gremiales de toda oportunidad de alcanzar la independencia en su trabajo; luego, los comerciantes, que topaban a cada paso en sus asuntos con absurdas reglamentaciones; después, los fabricantes, en conflicto ininterrumpido con los gremios de las industrias de oficios, celosos de sus privilegios, o con los funcionarios molestos y codiciosos; por último, los maestros de escuela, los *savants*, los funcionarios más instruidos, que pugnaban en vano contra el clero ignorante y presuntuoso o contra los superiores estúpidos y déspotas. En suma, no había ni una sola clase contenta, ya que las pequeñas concesiones que el gobierno se veía obligado a hacer de cuando en cuando, no las hacía a su propia costa, pues el tesoro no podía afrontarlo, sino a expensas de la alta aristocracia y el clero; y por lo que se refiere a los banqueros y poseedores de títulos de la deuda pública, los últimos sucesos de Italia, la oposición creciente de la dieta húngara, el extraordinario espíritu de descontento y la demanda de reformas que se manifestaban por sí solos en todo el imperio no eran de una naturaleza que pudieran fortalecer su fe en la solidez y solvencia del Imperio austríaco.

Así pues, Austria iba marchando también lenta, pero segura, hacia un gran cambio, cuando ocurrieron de pronto en Francia los sucesos que hicieron estallar de golpe la tempestad que se avecinaba y desmintieron el aserto del viejo Francisco de que el edificio se mantendría en pie mientras viviera él y Metternich.

Londres, septiembre de 1851

V. LA INSURRECCIÓN DE VIENA

El 24 de febrero de 1848 Luis Felipe fue expulsado de París y se proclamó la República francesa. El 13 de marzo siguiente, el pueblo de Viena dio al traste con el poder del príncipe Metternich, a quien puso en vergonzosa fuga del país. El 18 de marzo, el pueblo de Berlín se alzó en armas y, tras obstinada lucha de dieciocho horas, tuvo la satisfacción de ver al Rey entregarse a sus manos. Hubo estallidos simultáneos de naturaleza más o menos violenta, pero todos con el mismo éxito, en las capitales de los estados más pequeños de Alemania. El pueblo alemán, si bien es verdad que no llevó hasta el fin su primera revolución, emprendió al menos abiertamente el camino revolucionario.

Aquí no podemos entrar en detalles de los incidentes de todas estas insurrecciones: pero lo que sí debemos explicar es su carácter y la posición que las diferentes clases de la población adoptaron ante ellas.

Puede afirmarse que la revolución de Viena la hizo la población casi por unanimidad. La burguesía, excepto los banqueros y los capitalistas de la bolsa, se alzó como un solo hombre con los pequeños artesanos y co-

merciantes y el pueblo trabajador contra el gobierno que todos detestaban, contra el gobierno tan odiado por todos, que la pequeña minoría de nobles y acaudalados que lo apoyaban se agazapó al primer ataque. Las clases medias habían estado mantenidas en tal grado de ignorancia política por Metternich que no pudieron comprender en absoluto las noticias que les llegaron de París sobre el reino de la anarquía, el socialismo y el terror y sobre la lucha que se avecinaba entre la clase de los capitalistas y la clase de los obreros. En su candor político, o no concedía importancia a estas noticias o las tenía por una diabólica invención de Metternich para intimidarlas y someterlas a su obediencia. Además, no habían visto nunca a los obreros actuar como clase o defender sus intereses propios, particulares, de clase. Por su vieja experiencia, no podían imaginarse la posibilidad de que surgieran repentinamente contradicciones algunas entre esas mismas clases que habían derrocado con unidad tan enternecedora un gobierno odiado por todos. Habían visto que los obreros estaban de acuerdo con ellas en todos los puntos: en el de la constitución, en el del tribunal de jurados, en el de la libertad de prensa, etcétera. Así, al menos en marzo de 1848, estaban en cuerpo y alma con el movimiento, y el movimiento, por otra parte, las había hecho a ellas desde el mismo comienzo (por lo menos en teoría) las clases dominantes del estado.

Pero todas las revoluciones tienen por destino que la unión de las diferentes clases, que siempre es en cierto grado una condición necesaria de toda revolución, no puede subsistir mucho tiempo. Tan pronto como se conquista la victoria contra el enemigo común, los vencedores se dividen, forman distintos bandos, y vuelven las armas los unos contra los otros. Precisamente este rápido y pasional desarrollo del antagonismo entre las clases en los viejos y complicados organismos sociales hace que la revolución sea un agente tan poderoso del progreso social y político; y precisamente ese continuo y rápido crecer de los nuevos partidos, que se suceden en el poder durante esas conmociones violentas, hace a la nación que recorra en cinco años más camino que recorrería en un siglo en circunstancias ordinarias.

La revolución de Viena hizo a la clase media la clase predominante en el aspecto teórico; es decir, las concesiones que se arrancaron al gobierno eran tales que habrían asegurado inevitablemente la supremacía de la clase media si se hubieran puesto en práctica y se hubieran mantenido algún tiempo. Pero, en realidad, el dominio de esta clase estuvo lejos de establecerse. Es verdad que con la fundación de la Guardia nacional, que dio armas a las clases medias, éstas cobraron fuerza e importancia; también es verdad que con la instauración del "Comité de seguridad", especie de gobierno revolucionario que no respondía ante nadie y en el que predominaba la burguesía, ésta se encumbró en el poder. Pero, al mismo tiempo, parte de los obreros también estaban armados; ellos y los estudiantes cargaban con todo el peso de la lucha siempre que había que apelar a las armas; los estudiantes, unos cuatro mil en total, bien pertrechados y mucho más disciplinados que la Guardia nacional, formaban el núcleo, la fuerza real del ejército revolucionario, y no estaban dispuestos a actuar como simple instrumento en manos del Comité de seguridad. Y aunque los

estudiantes lo reconocían y eran sus defensores más entusiastas, no por eso dejaban de constituir una especie de cuerpo independiente y bastante turbulento que celebraba por su cuenta reuniones en el "Aula" y mantenía una posición intermedia entre la burguesía y los obreros, impidiendo, con su agitación constante, que todo volviese a la tranquilidad cotidiana e imponiendo a menudo sus resoluciones al Comité de seguridad. Por otra parte, los obreros, que habían sido despedidos del trabajo casi todos, hubieron de ser empleados en obras públicas a expensas del estado, y el dinero para pagarles había que sacarlo, naturalmente, de los bolsillos de los contribuyentes o de la caja de la ciudad de Viena. Todo esto no pudo menos de ser muy desagradable para los comerciantes y artesanos de Viena. Las manufacturas de la ciudad, destinadas a satisfacer el consumo de las casas ricas y aristocráticas de un vasto país, quedaron totalmente paralizadas, como se puede suponer, por la revolución, debido a la huida de los aristócratas y de la corte; el comercio decayó, y la agitación y ebullición continuas que partían de los estudiantes y los obreros no eran, por cierto, la mejor manera de "restablecer la confianza", como entonces se decía. Por eso no tardó en producirse cierto enfriamiento entre las clases medias, por un lado, y los turbulentos estudiantes y obreros, por el otro; y si, durante mucho tiempo, este enfriamiento no se transformó en hostilidad abierta, fue debido a que el ministerio y, particularmente, la corte, con su impaciencia por restablecer el viejo orden de las cosas daban constante pie a las sospechas y la actividad turbulenta de los partidos más revolucionarios y hacían aparecer sin cesar, incluso ante los ojos de las clases medias, el espectro del viejo despotismo de Metternich. Así, el 15 de mayo, y de nuevo el 26 del mismo, hubo en Viena más levantamientos de todas las clases debidos a que el gobierno había intentado restringir o anular totalmente algunas de las libertades recién conquistadas, y en cada ocasión, la alianza entre la Guardia nacional o la burguesía armada, los estudiantes y los obreros se volvía a cimentar por cierto tiempo.

En cuanto a las otras clases de la población, la aristocracia y los magnates acaudalados habían desaparecido, y los campesinos estaban demasiado ocupados por todas partes en destruir el feudalismo hasta los últimos vestigios. Gracias a la guerra de Italia[26] y a las preocupaciones que Viena y Hungría daban a la corte, los campesinos gozaban de completa libertad de acción, y en Austria consiguieron en la obra de su emancipación más que en cualquier otra parte de Alemania. La Dieta austriaca sólo tuvo que refrendar muy poco después los pasos dados en la práctica por los campesinos, y por mucho que el gobierno de Schwarzenberg pueda restaurar, jamás podrá restablecer la servidumbre feudal de los campesinos. Y si en el momento presente Austria está de nuevo relativamente tranquila y hasta es fuerte, eso se debe principalmente a que la gran mayoría del pueblo, los campesinos, ha sacado verdaderas ventajas de la revolución y a que, atente

[26] Se trata de la guerra de liberación nacional del pueblo italiano contra la dominación austríaca en 1848 y 1849. La traicionera conducta de las clases dominantes italianas, que temían la unión de Italia por vía revolucionaria, condujo a la derrota en la lucha contra Austria.

el gobierno restaurado contra lo que quiera, estas ventajas materiales sensibles, conquistadas por los campesinos, siguen intactas hasta hoy.

Londres, octubre de 1851

VI. LA INSURRECCIÓN DE BERLÍN

El segundo centro de la acción revolucionaria fue Berlín. Después de lo dicho en los artículos anteriores, puede adivinarse que esta acción estuvo allí lejos de contar con el apoyo unánime de casi todas las clases que la apoyaron en Viena. En Prusia, la burguesía se había enzarzado ya en verdaderas batallas con el gobierno; el resultado de la "Dieta unidad" fue una ruptura; se avecinaba la revolución burguesa, y esta revolución pudo haber sido, en su primer estallido, tan unánime como la de Viena, de no haber estallado la revolución de febrero en París. Este acontecimiento lo precipitó todo, mientras que, al propio tiempo, se hizo bajo una bandera completamente distinta que la enarbolada por la burguesía prusiana para preparar la campaña contra su gobierno. La revolución de febrero derribó en Francia el mismo tipo de gobierno que la burguesía prusiana se proponía establecer en su propio país. La revolución de febrero se dio a conocer como una revolución de la clase obrera contra las clases medias; proclamó la caída del gobierno de la clase media y la emancipación de los obreros. Ahora, la burguesía prusiana había tenido poco antes suficientes agitaciones de la clase obrera en su propio país. Pasado el primer susto que le dio la insurrección de Silesia, intentó incluso encauzar estas agitaciones en su provecho; pero siempre había tenido un horror espantoso al socialismo y al comunismo revolucionarios: por eso, cuando vio al frente del gobierno de París a hombres que ella tenía por los más peligrosos enemigos de la propiedad privada, del orden, la religión, la familia y los otros sagrarios de la moderna burguesía, sintió al punto enfriarse considerablemente su propio ardor revolucionario. Sabía que debía aprovechar la ocasión y que, sin la ayuda de las masas obreras, sería derrotada; y aun con todo, le faltó coraje. Por eso, a los primeros estallidos aislados en las provincias, se adhirió al gobierno e intentó mantener en calma al pueblo de Berlín que se reunía en multitudes durante los primeros cinco días ante el palacio real para discutir las noticias y exigir cambios en el gobierno; y cuando, al fin, después de la noticia de la caída de Metternich, el Rey* hizo algunas concesiones de poca monta, la burguesía consideró que la revolución había terminado y fue a dar las gracias a su majestad por haber satisfecho todos los anhelos de su pueblo. Pero siguieron el ataque de las tropas a la muchedumbre, las barricadas, la lucha y la derrota de la monarquía. Entonces cambiaron todas las cosas. Aquella misma clase obrera que la burguesía procuraba mantener en último plano, salió a primer plano, luchó y triunfó, y todos se percataron de pronto de su fuerza. Las restricciones del sufragio, de la

* Federico Guillermo IV. [E.]

libertad de prensa, del derecho a ser jurado y del derecho de reunión, restricciones que habrían sido muy del agrado de la burguesía debido a que atañían sólo a las clases que estaban por debajo de ella, ya no eran posibles. El peligro de que se repitiesen las escenas parisienses de "anarquía" era inminente. Ante este peligro, desaparecieron todas las discordias anteriores. Los amigos y enemigos de muchos años se unieron contra el obrero victorioso, pese a que éste aún no había manifestado ninguna reivindicación particular para sí mismo, y la alianza entre la burguesía y los defensores del régimen derrocado se concertó en las mismísimas barricadas de Berlín. Hubo de hacerse las concesiones necesarias, pero no más de las ineludibles; hubo de formar gobierno una minoría de los líderes de la oposición de la Dieta unida, y, en recompensa por sus servicios para salvar la corona, le prestaron su apoyo todos los puntales del viejo régimen: la aristocracia feudal, la burocracia y el ejército. Estas fueron las condiciones en las que los señores Camphausen y Hansemann aceptaron formar gabinete.

El pánico de los nuevos ministros a las masas excitadas era tan grande que cualquier medio era bueno para ellos con tal de reforzar los estremecidos cimientos de la autoridad. Estos hombres, despreciables e ilusos, creyeron que ya había pasado el peligro de restauración del viejo sistema; por eso echaron mano de todo el viejo mecanismo del estado para restablecer el "orden". No fue destituido ni un solo funcionario de la burocracia ni oficial del ejército ni se introdujo el menor cambio en el viejo sistema burocrático de administración. Estos ministros constitucionales y responsables de valía hasta restituyeron en sus cargos a los funcionarios que el pueblo, en su primer arrebato de fogosidad revolucionaria, había expulsado por sus anteriores abusos de poder. Nada cambió en Prusia sino las personas que desempeñaban las carteras ministeriales; no se tocó ni siquiera al personal de los diversos departamentos de los ministerios, y todos los arribistas constitucionales, que habían formado corro en torno a los gobernantes de nuevo cuño y esperaban su parte de poder y jerarquía, recibieron por respuesta que esperasen hasta que la estabilidad restablecida permitiera hacer cambios en el personal burocrático, pues, por el momento, eso era peligroso.

El rey, que se había amilanado en el mayor grado después de la insurrección del 18 de marzo, no tardó en ver que hacía tanta falta a estos ministros "liberales" como ellos le hacían a él. El trono había sido respetado por la insurrección; el trono era el último obstáculo existente para la "anarquía"; y las clases medias liberales y sus líderes, hoy en el gobierno, estaban por eso muy interesados en tener las mejores relaciones con la corona. El rey y la camarilla reaccionaria que lo rodeaba no tardaron en comprenderlo y se aprovecharon de ello para impedir que el gobierno llevase a cabo hasta las pequeñas reformas que intentaba realizar de cuando en cuando.

La primera preocupación del gobierno fue dar cierta apariencia de legalidad a los recientes cambios violentos. La Dieta unida fue convocada, a despecho de la oposición del pueblo, para votar, como órgano legal y constitucional del pueblo, una nueva ley electoral para elegir una asamblea que llegase a un acuerdo con la corona sobre la nueva constitución. Las

elecciones tenían que ser indirectas, las masas de votantes elegirían a un número determinado de mandatarios que luego elegirían a los diputados. Pese a toda la oposición, este sistema de elecciones dobles fue aprobado. Luego se pidió a la Dieta unida la sanción para solicitar un préstamo de veinticinco millones de dólares; el partido del pueblo se opuso, pero la Dieta lo aprobó.

Estos actos del gobierno contribuyeron a que el partido del pueblo, o democrático, como se llamaba ya a sí mismo, se desarrollara con la mayor rapidez. Este partido, encabezado por los pequeños artesanos y comerciantes, que agrupaba bajo sus banderas, al comienzo de la revolución, a la gran mayoría de los obreros, pedía el sufragio directo y universal, lo mismo que el implantado en Francia, una sola asamblea legislativa y el reconocimiento completo y explícito de la revolución del 18 de marzo como la base del nuevo sistema gubernamental. La fracción más moderada quedaría satisfecha con una monarquía "democratizada" de esa manera, y los más avanzados exigían que se proclamase en última instancia la república. Ambas fracciones se pusieron de acuerdo en reconocer la Asamblea nacional alemana de Francfort como la autoridad suprema del país, en tanto que la soberanía de esta institución infundía verdadero pánico a los constitucionalistas y reaccionarios, pues la tenían por extraordinariamente revolucionaria.

El movimiento independiente de la clase obrera fue interrumpido temporalmente por la revolución. Las necesidades y circunstancias inmediatas del movimiento no permitían colocar en primer plano ninguna reivindicación particular del partido proletario. Efectivamente, mientras no se había desbrozado el terreno para la acción independiente de los obreros, mientras no se había establecido el sufragio directo y universal y mientras los treinta y seis estados grandes y pequeños seguían desgarrando a Alemania en numerosos jirones, ¿qué otra cosa podía hacer el partido proletario sino estar al tanto del movimiento de París, importantísimo para él, y luchar al lado de los pequeños artesanos y comerciantes para alcanzar los derechos que luego le permitieran batirse por su propia causa?

Por entonces, el partido proletario sólo se distinguía en su acción política del de los pequeños artesanos y comerciantes, o partido propiamente llamado democrático, en tres puntos: primero, en que juzgaban de distinto modo el movimiento francés, impugnando los demócratas el partido extremo de París y defendiéndolo los proletarios revolucionarios; segundo, en que los proletarios expresaban la necesidad de proclamar la República alemana, una e indivisible, mientras que los más extremistas de los demócratas sólo se atrevían a hacer objeto de sus anhelos una república federal; tercero, en que el partido proletario mostraba en cada ocasión esa valentía y disposición a actuar que siempre falta a cualquier partido encabezado y compuesto principalmente por pequeños burgueses.

El partido proletario, o verdaderamente revolucionario, pudo ir sacando sólo muy poco a poco a las masas obreras de la influencia de los demócratas, a cuya zaga iban al comienzo de la revolución. Pero en el momento debido, la indecisión, la debilidad y la cobardía de los líderes democráticos hicieron el resto, y ahora puede decirse que uno de los resultados principa-

les de las convulsiones de los últimos años es que dondequiera que la clase obrera está concentrada en algo así como masas considerables, se encuentra completamente libre de la influencia de los demócratas, que la condujeron en 1848 y 1849 a una serie interminable de errores y reveses. Mas no nos adelantemos; los acontecimientos de estos dos años nos brindarán multitud de oportunidades para mostrar a los señores demócratas en acción.

Los campesinos de Prusia, lo mismo que los de Austria, si bien con menos energía, pues el feudalismo, en general, no los oprimía tanto como en ésta, aprovecharon la revolución para emanciparse de golpe de todas las trabas feudales. Pero la burguesía prusiana, por las razones antes expuestas, se puso en contra de ellos, sus aliados más viejos e indispensables; los demócratas, tan asustados como la burguesía por lo que se dio en llamar ataques a la propiedad privada, tampoco les ayudaron; y así, transcurridos tres meses de emancipación, luego de sangrientas luchas y ejecuciones militares, sobre todo en Silesia, el feudalismo fue restaurado por mano de la burguesía que había sido antifeudal hasta el día de ayer. No hay otro hecho más bochornoso que éste contra ella. Jamás cometió semejante traición contra sus mejores aliados, contra sí mismo, ningún otro partido en la historia, y cualesquiera que sean la humillación y el castigo que tenga deparados este partido de la clase media, los tienen bien merecidos en virtud de este solo hecho.

Londres, octubre de 1851

VII. LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCFORT

El lector quizás recuerde que en los seis artículos precedentes hemos analizado el movimiento revolucionario de Alemania hasta las dos grandes victorias del pueblo del 13 de marzo en Viena y del 18 del mismo en Berlín. Hemos visto que tanto en Austria como en Prusia se formaron gobiernos constitucionales y se proclamaron los principios liberales, o de la clase media, como reglas rectoras de la futura política; y la única diferencia notable entre los dos grandes centros de acción fue que, en Prusia, la burguesía liberal, personificada en dos ricos comerciantes, los señores Camphausen y Hansemann, empuñó directamente las riendas del poder; en tanto que en Austria, donde la burguesía estaba mucho menos preparada en el aspecto político, subió al poder la burocracia liberal, declarando abiertamente que gobernaba por mandato de la burguesía. Hemos visto, además, que los partidos y clases sociales que, hasta entonces, estaban unidos en su oposición al viejo gobierno, se dividieron después de la victoria o incluso durante la lucha; y que esa misma burguesía liberal, la única que sacó provecho de la victoria, se volvió en el acto contra sus aliados de ayer, adoptó una actitud hostil contra toda clase o partido de carácter más avanzado y concertó una alianza con los elementos feudales y burocráticos vencidos. Era en realidad evidente, incluso desde el comienzo del drama revolucio-

nario, que la burguesía liberal no podía sostenerse contra los partidos feudal y burocrático vencidos, mas no destruidos, sino recabando la ayuda de los partidos populares y más avanzados; y que ello requería asimismo, contra el torrente de estas masas más avanzadas, el apoyo de la nobleza feudal y de la burocracia. Así, estaba claro de sobra que la burguesía de Austria y Prusia no poseía fuerza suficiente para mantener su poder y adaptar las instituciones del país a sus propias demandas e ideales. El gobierno liberal burgués no era más que un lugar de tránsito del que el país, según el giro que tomaran las cosas, debía o bien pasar a un grado más alto, llegando a constituir una república unitaria, o bien volver de nuevo al viejo régimen clerical-feudal y burocrático. En todo caso, la lucha real y decisiva aún estaba por delante; los sucesos de marzo no eran sino el comienzo de la lucha.

Como Austria y Prusia eran los dos estados dirigentes de Alemania, cada victoria decisiva de la revolución en Viena o Berlín habría sido también decisiva para toda Alemania. En efecto, tal y como se desarrollaron los acontecimientos de marzo de 1848 en estas dos ciudades, determinaron el sesgo de los asuntos alemanes. Por eso huelga recurrir a los movimientos que hubo en los estados más pequeños; y podríamos realmente constreñirnos a examinar exclusivamente los asuntos de Austria y Prusia si la existencia de estos estados pequeños no hubiese traído a la vida una institución que, por el mero hecho de existir, era la prueba más contundente de la situación anormal de Alemania y de que la última revolución no se había llevado hasta el fin; esta institución era tan anormal y absurda por su misma posición y estaba, además, tan pagada de su propia importancia que, probablemente, la historia jamás volverá a dar nada parecido. Esta institución era la denominada Asamblea nacional alemana de Francfort del Meno.

Después de la victoria del pueblo en Viena y Berlín era natural que se plantease la convocación de una Asamblea representativa de toda Alemania. Esta institución fue elegida y se reunió en Francfort al lado de la vieja Dieta federativa. El pueblo esperaba de la Asamblea nacional alemana que resolviese todas las cuestiones en litigio y actuase como autoridad legislativa suprema para toda la confederación alemana. Pero, al mismo tiempo, la Dieta que la hubo convocado no fijó en modo alguno sus atribuciones. Nadie sabía si sus decretos habrían de tener fuerza de ley o ser sometidos a la sanción de la Dieta federativa o de cada gobierno por separado. Ante situación tan compleja, la Asamblea, si hubiese tenido el mínimo de energía, habría disuelto inmediatamente la dieta, que era el organismo corporativo más impopular de Alemania, y la habría sustituido con un Gobierno federal elegido entre sus propios miembros. Debiera haberse declarado a sí misma única expresión legal de la voluntad soberana del pueblo alemán y, por lo mismo, dar fuerza de ley a todos sus decretos. Ante todo, debiera haberse asegurado a sí misma, organizando y armando en el país una fuerza suficiente para vencer toda oposición de los gobiernos. Eso era fácil, muy fácil de hacer en aquel período temprano de la revolución. Mas eso habría sido esperar demasiado de una asamblea compuesta en su mayoría por abogados liberales y catedráticos doctrinarios, y la asamblea, que mientras pretendía personificar la propia esencia de la mentalidad y la ciencia

alemanas, no era en realidad sino la tribuna donde las viejas personalidades políticas, pasadas de moda, exhibían ante los ojos de toda Alemania su ridiculez involuntaria y su incapacidad para pensar y actuar. Esta asamblea de viejas momias tuvo desde el primer día de su existencia más miedo al menor movimiento popular que a todas las confabulaciones reaccionarias de todos los gobiernos alemanes juntos. Se reunía bajo la vigilancia de la Dieta federativa, y, por si esto fuera poco, casi imploraba a ésta que aprobase sus decretos, ya que las primeras resoluciones de la asamblea habían de ser promulgadas por este odioso cuerpo. En vez de afianzar su propia soberanía, eludió con empeño la discusión de problema tan peligroso. En vez de rodearse de la fuerza armada del pueblo, pasó a tratar las cuestiones ordinarias, haciendo la vista gorda ante los actos de violencia de los gobiernos; en Maguncia se declaró delante de sus narices el estado de sitio, el pueblo fue desarmado, y la Asamblea nacional no movió un dedo. Más tarde eligió al archiduque Juan de Austria regente de Alemania y declaró que todas sus resoluciones tenían fuerza de ley; pero el archiduque Juan no fue elevado a su nuevo cargo hasta que se hubo obtenido el ascenso de todos los gobiernos y el nombramiento no lo recibió de la Asamblea, sino de la dieta; por cuanto a la fuerza legal de los decretos de la Asamblea, jamás la reconocieron los gobiernos de los estados grandes, y la propia asamblea no insistió en ello; por eso quedó pendiente esta cuestión. Así, presenciamos el extraño espectáculo de una asamblea que pretendía ser la única representante legal de una nación grande y soberana sin poseer nunca ni la voluntad ni la fuerza para hacer que se reconocieran sus exigencias. Los debates de esta institución no dieron ningún resultado práctico ni tuvieron siquiera valor teórico alguno, ya que no hacían sino repetir los tópicos más manidos de escuelas filosóficas y jurídicas anticuadas; cada sentencia expresada, mejor dicho, balbuceada en esta asamblea había sido impresa ya mil veces, y mil veces mejor, mucho antes.

Así, la pretendida nueva autoridad central de Alemania dejó todas las cosas tal y como las había encontrado. Lejos de llevar a cabo la unidad tan esperada de Alemania, no depuso ni al más insignificante de los príncipes que gobernaban en ella; no estrechó más los lazos de unión entre las provincias separadas; jamás dio un solo paso para romper las barreras aduaneras que separaban a Hannover de Prusia y a Prusia de Austria; no hizo siquiera la menor tentativa de abolir los aborrecibles impuestos que obstruían en Prusia por doquier la navegación fluvial. Y cuanto menos hacía la Asamblea, tanto más baladroneaba. Creó, pero en el papel, la flota alemana; se anexó Polonia y Schleswig; permitió a la Austria alemana que hiciese la guerra a Italia, pero prohibió a los italianos que persiguieran a las tropas austríacas en territorio alemán, refugio seguro para éstas; dio tres hurras y un hurra más por la República francesa y daba recepción a las embajadas húngaras, que regresaban a su país con ideas mucho más confusas, por cierto, de Alemania que antes de venir.

Esta asamblea había sido al comienzo de la revolución el espantajo de todos los gobiernos alemanes, que esperaban de ella acciones muy dictatoriales y revolucionarias en virtud de lo indeterminado en que se creyó necesario dejar su competencia. Para debilitar la influencia de esta temible

institución, estos gobiernos tendieron una extensísima red de intrigas. Pero tuvieron más suerte que sagacidad, ya que la asamblea ejecutaba la labor de los gobiernos mejor que pudieran haberlo hecho ellos mismos. El rasgo principal de las intrigas de los gobiernos era la convocación de asambleas legislativas locales y, en consecuenia, convocaban estas asambleas no sólo los Estados pequeños, sino que también Prusia y Austria convocaron sus Asambleas constituyentes. En estas asambleas, lo mismo que en la Cámara de representantes de Francfort, la mayoría pertenecía a la burguesía liberal o sus aliados, los abogados y funcionarios liberales; y en todas ellas el sesgo que tomaron los acontecimientos fue aproximadamente el mismo. La única diferencia consistía en que la Asamblea nacional alemana era el parlamento de un país imaginario, ya que declinó la misión de formar lo que había sido la primera condición de su existencia: una Alemania unida; que discutía medidas imaginarias, que jamás se llevarían a cabo, de un gobierno imaginario que ella misma había formado y que adoptaba resoluciones imaginarias que a todos tenían sin cuidado; mientras que en Austria y Prusia las Asambleas constituyentes eran, al menos, parlamentos reales que quitaban y ponían gobiernos reales e imponían, aunque fuese temporalmente, sus resoluciones a los príncipes con los que tenían que enfrentarse. Eran también cobardes y les faltaba amplia comprensión de las medidas revolucionarias; traicionaron también al pueblo y devolvieron el poder al despotismo feudal, burocrático y militar. Pero se veían al menos obligadas a discutir las cuestiones prácticas de interés inmediato y vivir en esta tierra entre la demás gente, mientras que los charlatanes de Francfort jamás habían sido más dichosos que cuando pudieron remontarse "al reino etéreo de los sueños". Así, los debates de las Asambleas constituyentes de Berlín y Viena formaron una parte importante de la historia revolucionaria de Alemania, en tanto que las lucubraciones de la bufonada colectiva de Francfort podían interesar únicamente a algún anticuario o coleccionista de curiosidades literarias.

El pueblo de Alemania, al sentir profundamente la necesidad de poner fin al odioso fraccionamiento territorial, que diseminaba y reducía a la nada la fuerza colectiva de la nación, esperó algún tiempo que la Asamblea nacional de Francfort pusiera al menos comienzo a una nueva era. Pero la infantil conducta de esta congregación de omnisapientes varones enfrió rápidamente el entusiasmo nacional. Su vergonzoso modo de obrar en ocasión del armisticio de Malmoe (septiembre de 1848)[27] promovió un estallido de indignación del pueblo contra esta asamblea, de la que se esperaba

[27] El 26 de agosto de 1848 se concertó en Malmoe el armisticio entre Dinamarca y Prusia que, bajo la presión de las masas populares, se vio obligada a tomar parte en la guerra al lado de los insurrectos de Schleswig y Holstein, que luchaban por la unión con Alemania contra la dominación danesa. Al llevar una guerra aparente contra Dinamarca, Prusia concluyó con ella un vergonzoso armisticio por siete meses que, en septiembre, fue ratificado por la Asamblea nacional de Francfort. La guerra se reanudó en marzo de 1849. Sin embargo, en julio de 1850 Prusia concluyó un contrato pacífico con Dinamarca, lo que permitió a la última derrotar a los sublevados.

diese a la nación campo libre para actuar y, en lugar de eso, dominada por una cobardía sin igual, sólo restableció la anterior solidez de los cimientos sobre los que se ha elevado el presente sistema contrarrevolucionario.

Londres, enero de 1852

VIII. LOS POLACOS, LOS CHECOS Y LOS ALEMANES

Por lo que se ha expuesto ya en los artículos anteriores, resulta evidente que, si no seguía otra revolución a la de marzo de 1848, en Alemania las cosas volverían inevitablemente al estado de antes de este acontecimiento. Pero es tal la complicada naturaleza del tema histórico que tratamos de aclarar, que los subsiguientes sucesos no podrán ser entendidos claramente sin tener en cuenta lo que podrían llamarse relaciones exteriores de la revolución alemana. Y estas relaciones exteriores eran de la misma intrincada naturaleza que los asuntos interiores.

Toda la mitad oriental de Alemania hasta el Elba, el Saale y el Bosque de Bohemia fue reconquistada, como es bien sabido, durante el último milenio a los invasores de origen eslavo. La mayor parte de estos territorios ha sido germanizada durante los últimos siglos hasta la extinción total de la nacionalidad y la lengua eslavas. Y si exceptuamos unos pequeños restos, que suman en total menos de cien mil almas (kassubianos en Pomerania, wends o sorbianos en Lusacia), sus habitantes son alemanes en todos los aspectos. Pero el caso es diferente a lo largo de la frontera de la vieja Polonia y en los territorios de lengua checa: Bohemia y Moravia. Aquí las dos nacionalidades están mezcladas en todos los distritos: las ciudades son, por lo general, más o menos alemanas, en tanto que el elemento eslavo prevalece en las aldeas, donde, sin embargo, va siendo desintegrado y desplazado gradualmente por el aumento continuo de la influencia alemana.

La razón de tal estado de las cosas estriba en lo siguiente. Desde los tiempos de Carlomagno, los germanos han venido haciendo los esfuerzos más pertinaces y constantes para conquistar, colonizar o, al menos, civilizar el este de Europa. Las conquistas de la nobleza feudal entre el Elba y el Oder, así como las colonias feudales de las órdenes militares de caballeros en Prusia y Livonia sólo prepararon el terreno para un sistema de germanización más extensa y eficaz mediante la burguesía comercial y manufacturera cuya importancia social y política venía aumentando en Alemania, como en el resto de Europa oriental, desde el siglo XV. Los eslavos, particularmente los occidentales (polacos y checos), son esencialmente agricultores; el comercio y la manufactura jamás gozaron de gran favor entre ellos. La consecuencia fue que, con el crecimiento de la población y el surgimiento de las ciudades, en estas regiones la producción de artículos manufactureros cayó en las manos de los inmigrados alemanes, y el intercambio de estas mercancías por productos de la agricultura se hizo monopolio exclusivo de los hebreos quienes, si pertencen a alguna nacionalidad, son indudablemente en estos países más alemanes que eslavos. Lo mismo

ha ocurrido, aunque en menor grado, en todo el este de Europa. El artesano, el pequeño comerciante y el pequeño fabricante de San Petersburgo, Pest, Jassy e incluso Constantinopla es alemán hasta hoy día; pero el prestamista, el tabernero y el quincallero, figuras muy importantes en estos países de pequeña densidad de población, es generalmente hebreo, cuya lengua natal es el alemán horriblemente estropeado. La importancia del elemento alemán en las zonas limítrofes eslavas, que fue aumentando siempre con el crecimiento de las ciudades, del comercio y de la industria, aumentó más aún cuando se creyó necesario importar de Alemania casi todos los elementos de la cultura espiritual; tras el mercader y el artesano alemán, se establecieron en tierras eslavas el clérigo alemán, el maestro de escuela alemán y el *savant* alemán. Y, por último, el paso de hierro de los ejércitos conquistadores o las apropiaciones cautelosas y bien meditadas de la diplomacia no sólo siguió, sino que en muchos casos precedió al avance lento, pero seguro, de la desnacionalización que operaba el desarrollo social. Así, grandes partes de Prusia occidental y de Posnania fueron germanizadas desde la primera división de Polonia por las ventas y donaciones de tierras del dominio público a colonos alemanes, por los estímulos concedidos a los capitalistas alemanes para montar fábricas, etc., en estas zonas limítrofes y, muy a menudo también, por las medidas excesivamente despóticas contra los habitantes polacos del país.

De esa manera, en los últimos setenta años ha cambiado totalmente la línea de demarcación entre las nacionalidades alemana y polaca. La revolución de 1848 promovió de golpe la reivindicación de todas las naciones oprimidas, de una existencia independiente y del derecho a decidir por sí mismas sus propios asuntos; por eso era completamente natural que los polacos exigieran inmediatamente la reconstitución de su país en las fronteras de la vieja República polaca que existió hasta 1772.[28] Ahora bien, estas fronteras habían quedado ya anticuadas incluso para entonces, si se toman como delimitación de las nacionalidades alemana y polaca; y cada año que pasaba se quedaban más anticuadas aún a medida que progresaba la germanización; pero como los alemanes propugnaban con tanto entusiasmo la reconstitución de Polonia, debían esperar que les pidiesen, como primera prueba de la sinceridad de sus simpatías, que renunciasen a *su* parte del botín despojado. Por otro lado, ¿es que habían de ser cedidas regiones enteras, pobladas principalmente por alemanes, y grandes ciudades, enteramente alemanas, a un pueblo que aún no había dado ninguna prueba de su capacidad de progreso que le permitiese salir del estado de feudalismo basado en la servidumbre de la población agrícola? La cuestión era bastante complicada. La única solución posible estaba en la guerra contra Rusia; entonces, el problema de la delimitación entre las diferentes naciones revolucionadas pasaría a un plano secundario en comparación con el principal de levantar una frontera segura contra el enemigo común; los polacos, tras de recibir extensos territorios en el Este, se harían más tratables y razona-

[28] Se refiere a las fronteras entre Polonia hasta la primera división de 1772, cuando una gran parte de su territorio quedó dividido entre Rusia, Prusia y Austria-Hungría.

bles en el oeste; después de todo, Riga y Mitau serían para ellos no menos importantes que Danzig y Elbing. Así, el partido avanzado de Alemania, que estimaba necesaria la guerra contra Rusia para ayudar al movimiento en el continente y consideraba que el restablecimiento nacional incluso de una parte de Polonia llevaría inevitablemente a esa guerra, apoyaba a los polacos; en tanto que el Partido liberal de la clase media gobernante preveía su caída en una guerra nacional contra Rusia, que pondría en el poder a hombres más activos y enérgicos; por eso, fingiendo entusiasmo por la extensión de la nacionalidad alemana, declaró la Polonia prusa, foco principal de la agitación revolucionaria polaca, parte inseparable del futuro gran Imperio alemán. Las promesas dadas a los polacos durante los primeros días de agitación quedaron vergonzosamente sin cumplir; los destacamentos armados polacos, organizados con el consentimiento del gobierno, fueron dispersados y cañoneados por la artillería prusiana, y ya en abril de 1848, seis semanas después de la revolución de Berlín, el movimiento polaco fue aplastado, resucitando la vieja hostilidad nacional entre polacos y alemanes. Este servicio inmenso e incalculable lo prestaron al autócrata ruso los ministros Camphausen y Hansemann, comerciantes liberales. Debe agregarse que esta campaña polaca fue el primer medio de reorganizar e infundir moral a ese mismo ejército prusiano que luego derrocó al Partido liberal y aplastó el movimiento que los señores Camphausen y Hansemann habían levantado con tantos esfuerzos. "En el pecado va la penitencia." Ése ha sido siempre el sino de todos los advenedizos de 1848 y 1849, desde Ledru-Rollin hasta Changarnier y desde Camphausen hasta Haynau.

El problema de la nacionalidad motivó también otra lucha en Bohemia. Este país, poblado por dos millones de alemanes y tres millones de eslavos de lengua checa, tenía grandes recuerdos históricos, casi todos relacionados con la anterior supremacía de los checos. Pero la fuerza de esta rama de la familia eslava quedó quebrantada desde la guerra de los husitas en el siglo quince; las provincias de habla checa fueron divididas, y una parte formó el reino de Bohemia, otra el principado de Moravia, y la tercera, el montañoso territorio carpático de los eslovacos, fue incluido en Hungría. Los moravos y los eslovacos habían perdido desde hacía tiempo todo vestigio de sentimiento y vitaliad nacional, si bien conservaban en gran parte su lenguaje. Bohemia estaba rodeada de países enteramente alemanes por tres lados. El elemento alemán había hecho grandes progresos en su propio territorio; incluso en la capital, Praga, las dos nacionalidades eran casi iguales en número; y el capital, el comercio, la industria y la cultura espiritual estaban por doquier en manos de los alemanes. El profesor Palacký, paladín de la nacionalidad checa, no es otra cosa que un erudito alemán trastornado que ni aun hoy puede hablar correctamente el checo sin acento extranjero. Mas, como suele suceder a menudo, la feneciente nacionalidad checa, feneciente según todos los hechos conocidos de la historia de los cuatro siglos últimos, hizo en 1848 un último esfuerzo para recuperar su anterior vitalidad, y el fracaso de este esfuerzo, independientemente de todas las consideraciones revolucionarias, había de probar que Bohemia podía existir en adelante sólo como parte de Alemania, aunque una por-

ción de sus habitantes pudiera seguir hablando en una lengua no germánica durante varios siglos más.

Londres, febrero de 1852

IX. EL PANESLAVISMO. LA GUERRA DE SCHLESWIG-HOLSTEIN

Bohemia y Croacia (otro miembro desgajado de la familia eslava que ha estado sometida a la misma influencia de los húngaros que Bohemia de los alemanes) han sido la patria de lo que se ha dado en llamar "paneslavismo" en el continente europeo. Ni la una ni la otra han tenido la fuerza suficiente para existir como naciones independientes. Sus respectivas nacionalidades, minadas paulatinamente por la acción de causas históricas que dieron lugar a su inevitable absorción por otros pueblos más enérgicos, no podían esperar sino la recuperación de algo parecido a independencia mediante una alianza con otras naciones eslavas. Habiendo veintidós millones de polacos, cuarenta y cinco millones de rusos, ocho millones de servios y búlgaros ¿por qué no formar una poderosa confederación de los ochenta millones de eslavos y expulsar de la santa tierra eslava o exterminar a los intrusos: a los turcos, a los húngaros y, sobre todo, a los odiados pero ineludibles *niemetz*, los alemanes? Así, en los estudios de unos cuantos *dilettanti* eslavos de la historia surgió este movimiento ridículo y antihistórico que no se proponía ni más ni menos que someter el oeste civilizado al este bárbaro, la ciudad al campo, el comercio, la industria y la cultura espiritual a la agricultura primitiva de los siervos eslavos. Pero tras esta absurda teoría se alzaba la terrible realidad del *Imperio ruso*, este imperio que descubre en cada paso que da la pretensión de tener a toda Europa por dominio del género eslavo y especialmente de su única parte enérgica, los rusos; este imperio que, con dos capitales como San Petersburgo y Moscú, aún no ha encontrado su centro de gravedad en tanto que la *Ciudad del zar* (Constantinopla, denominada en ruso Tsargrad, ciudad del zar), conceptuada por todos los campesinos rusos de verdadera metrópoli de su religión y su nación, no sea en realidad la residencia de su emperador; este imperio que, durante los últimos ciento cincuenta años, jamás ha perdido, y sí ha ganado siempre, territorio en todas las guerras que ha comenzado. Y son harto conocidas en Europa central las intrigas con que la política rusa ha sustentado la teoría paneslavista de nueva hornada, teoría cuyo invento viene como anillo al dedo a los fines de esta política. Así, los paneslavistas bohemios y croatas, unos intencionadamente y otros sin darse cuenta, han obrado directamente a favor de Rusia; han traicionado la causa revolucionaria en aras de la sombra de una nacionalidad que, en el mejor de los casos, correría la misma suerte que la nacionalidad polaca bajo la dominación rusa. Debe decirse, no obstante, en honor de los polacos, que ellos jamás han caído seriamente en esta ratonera paneslava; y si bien es verdad que algunos aristócratas se hicieron paneslavistas recalcitrantes, no lo es menos que a sabiendas de que con el sojuzgamiento ruso perdían menos que con una revuelta de sus propios campesinos siervos.

Los bohemios y croatas convocaron un congreso general eslavo en Praga para preparar la alianza universal de los eslavos. Este congreso hubiera fracasado de todas las maneras incluso sin la intervención de las tropas austríacas. Las distintas lenguas eslavas se diferencian tanto como el inglés, el alemán y el sueco, y cuando se inauguraron los debates, se vio que no había ninguna lengua eslava común mediante la cual pudieran hacerse entender los oradores. Se probó hablar en francés, pero tampoco lo entendía la mayoría, y los pobres entusiastas eslavos, cuyo único sentimiento común era el odio común a los alemanes, se vieron por último obligados a expresarse ellos mismos en la odiada lengua alemana, ¡ya que era la única que conocían todos! Pero justamente entonces se reunía otro congreso eslavo en Praga, representado por los lanceros de la Galitzia rutena, los granaderos croatas y eslovacos y los artilleros y coraceros checos; y este congreso eslavo auténtico y armado, bajo el mando de Windischgrätz, en menos de veinticuatro horas desalojó de la ciudad y dispersó por los cuatro costados a los fundadores de esa imaginaria supremacía eslava.

Los diputados bohemios, moldavos y dálmatas y parte de los diputados polacos (de la aristocracia) a la Dieta constituyente austríaca hicieron en esta asamblea una guerra constante al elemento alemán. Los alemanes y parte de los polacos (la nobleza arruinada) fueron en esta asamblea el apoyo principal del progreso revolucionario. El grueso de los diputados eslavos que se oponía a ellos no se contentaba con esa manifestación abierta de las tendencias reaccionarias de todo su movimiento, pero cayeron tan bajo que empezaron a urdir intrigas y conspirar con el mismísimo gobierno austríaco que disolvió su congreso en Praga. Y recibieron el pago merecido por su infame conducta. Después de haber apoyado al gobierno durante la insurrección de octubre de 1848, con lo que éste les aseguró la mayoría en la dieta, esta dieta, ahora casi exclusivamente eslava, fue disuelta por las tropas austríacas, lo mismo que el congreso de Praga, y los paneslavistas fueron amenazados con la cárcel si volvían a moverse. Y lo único que han conseguido es que la nacionalidad eslava esté siendo minada en todas partes por la centralización austríaca, resultado al que deben su propio fanatismo y su ceguera.

Si las fronteras de Hungría y Alemania dejaran lugar a alguna duda, se desencadenaría ciertamente otra lucha aquí. Mas, por fortuna, no hubo pretexto para ello, y como ambas naciones tenían intereses íntimamente relacionados, peleaban contra los mismos enemigos, o sea, contra el gobierno austríaco y el fanatismo paneslavista. El buen entendimiento no fue alterado aquí ni un momento. Pero la revolución italiana enzarzó a una parte, al menos, de Alemania, en una guerra intestina; y aquí debemos consignar, como prueba de lo mucho que el sistema de Metternich había logrado frenar el desarrollo de la opinión pública, que durante los primeros seis meses de 1848 los mismos hombres que en Viena levantaran las barricadas fueron, llenos de entusiasmo, a adherirse al ejército que combatió a los patriotas italianos. Esta deplorable confusión de ideas no duró, sin embargo, mucho.

Por último, estaba la guerra con Dinamarca por Schleswig y Holstein. Estas dos comarcas, indiscutiblemente germanas por la nacionalidad, la

lengua y las predilecciones de la población, son asimismo necesarias a Alemania por razones militares, navales y comerciales. Sus habitantes han luchado con tenacidad durante los tres últimos siglos contra la intrusión danesa. Tenían de su parte, además, el derecho de los tratados. La revolución de marzo los colocó en colisión manifiesta con los daneses, y Alemania los apoyó. Pero, mientras en Polonia, Italia, Bohemia y, posteriormente, en Hungría, las operaciones militares se llevaban con la mayor energía, en esta guerra, la única popular, la única, al menos parcialmente, revolucionaria, se adoptó un sistema de marchas y contramarchas inútiles y se admitió incluso la mediación de la diplomacia extranjera, lo que condujo, tras multitud de heroicas batallas, al fin más miserable. Los gobiernos alemanes traicionaban durante esta guerra, siempre que se presentaba la ocasión, al ejército revolucionario de Schleswig-Holstein y permitían intencionadamente a los daneses que lo aniquilaran cuando quedaba disperso o dividido. El cuerpo alemán de voluntarios fue tratado de igual manera.

Pero mientras el nombre alemán no se granjeaba así nada más que el odio en todas partes, los gobiernos constitucionales y liberales se frotaban las manos de alegría. Lograron aplastar los movimientos polaco y bohemio. Despertaron por doquier la vieja animosidad nacional que impidiera hasta el día todo entendimiento o acción mancomunada de los alemanes, los polacos y los italianos. Habían acostumbrado al pueblo a escenas de guerra civil y represiones por parte de las tropas. El ejército prusiano había recuperado la seguridad en sus fuerzas en Polonia, y el austríaco en Praga. Y mientras el rebosante patriotismo (*die patriotische Überkraft*, según la expresión de Heine) de la juventud revolucionaria, pero miope, fue encauzado a Schleswig y Lombardia para que allí sirviera ésta de blanco de la metralla del enemigo, el ejército regular, instrumento real para la acción tanto en Prusia como en Austria, obtuvo la oportunidad de recuperar la simpatía de la gente con sus victorias sobre los extranjeros. Pero repetimos: tan pronto como estos ejércitos reforzados por los liberales para emplearlos contra el partido más radical, recuperaron la seguridad en sus fuerzas y la disciplina en cierto grado, volvieron las armas contra los liberales y restauraron el poder de los hombres del viejo régimen. Cuando Radetzky recibió en su campamento a orillas del río Adige las primeras órdenes de los "ministros responsables" de Viena, exclamó: "¿Quiénes son estos ministros? ¡Ellos no son el gobierno de Austria! Austria no existe ahora más que en mi campamento; mi ejército y yo somos Austria; ¡y cuando hayamos derrotado a los italianos, reconquistaremos el Imperio para el Emperador!" El viejo Radetzky tenía razón. Pero los imbéciles ministros "responsables" de Viena no detuvieron la atención en él.

Londres, febrero de 1852

X. EL ALZAMIENTO DE PARÍS. LA ASAMBLEA DE FRANCFORT

Ya a comienzos de abril de 1848, el torrente revolucionario quedó deteni-

do en todo el continente europeo mediante la alianza que las clases de la sociedad que habían sacado provecho de la primera victoria concertaron inmediatamente con los vencidos. En Francia, los pequeños comerciantes y artesanos y la fracción republicana de la burguesía se unieron a la burguesía monárquica contra los proletarios; en Alemania e Italia, la burguesía vencedora buscó con ansiedad el apoyo de la nobleza feudal, de la burocracia oficial y del ejército contra las masas populares y los pequeños comerciantes y artesanos. Los partidos conservadores y contrarrevolucionarios unidos no tardaron en recuperar su predominio. En Inglaterra, la manifestación del pueblo (10 de abril), inoportuna y mal preparada, se convirtió en una derrota completa y decisiva del partido del movimiento.[29] En Francia, dos manifestaciones similares (del 16 de abril y del 15 de mayo) fueron igualmente derrotadas. En Italia, el Rey Bomba* recuperó su autoridad de un solo golpe el 15 de mayo.[30] En Alemania, los nuevos gobiernos burgueses de los distintos Estados y sus respectivas Asambleas constituyentes se consolidaron, y aunque la jornada del 15 de mayo, rica en acontecimientos, de Viena hubiese acabado en una victoria del pueblo, este acontecimiento habría sido de importancia secundaria nada más y podría ser tenido por el último estallido con éxito de la energía del pueblo. En Hungría, el movimiento pareció entrar en un manso cauce de perfecta legalidad, y el movimiento polaco, como ya hemos dicho en uno de nuestros artículos anteriores, fue aplastado en germen por las bayonetas prusianas. Sin embargo, todo esto aún no decidía nada en cuanto al sesgo que tomarían las cosas, y cada pulgada de terreno perdido por los partidos revolucionarios en los distintos estados tendía sólo a unir más y más sus filas para acciones decisivas.

Estas acciones decisivas se aproximaban. Podían desplegarse sólo en Francia; pues en tanto Inglaterra no tomase parte en la lucha revolucionaria, o Alemania siguiera dividida, Francia era, merced a su independencia nacional, su civilización y su centralización, el único país que podría dar a los países circundantes el impulso para una poderosa conmoción. Por eso, cuando el 23 de junio de 1848 comenzó la lucha sangrienta en París, cuando cada noticia recibida por telégrafo o por correo exponía con mayor claridad el hecho ante los ojos de Europa que esta lucha estaba empeñada entre las masas del pueblo trabajador, por un lado, y todas las demás clases de la población parisiense con el apoyo del ejército, por el otro lado, cuando los combates se prolongaron varios días con saña inaudita en la his-

[29] La manifestación masiva que los cartistas convocaron para el 10 de abril de 1848 en Londres a fin de entregar al parlamento una petición de que se aprobase la carta del pueblo fracasó debido a la indecisión y las vacilaciones de sus organizadores. El fracaso de la manifestación fue utilizado por las fuerzas de la reacción para emprender la ofensiva contra los obreros y reprimir a los cartistas.

* Fernando II. [E.]

[30] El 15 de mayo de 1848 el rey napolitano Fernando II aplastó la insurrección popular, disolvió la guardia nacional, dispersó el parlamento y anuló las reformas introducidas bajo la presión de las masas populares en febrero de 1848.

toria de las modernas guerras civiles, pero sin ninguna ventaja visible para ninguno de los dos bandos, se hizo evidente para todos que ésta era la gran batalla decisiva que envolvería, si la insurrección triunfaba, a todo el continente en una nueva oleada de revoluciones o, si fracasaba, traería, al menos por el momento, la restauración del régimen contrarrevolucionario.

Los proletarios de París fueron derrotados, diezmados y aplastados hasta el punto de que ni aun hoy se han repuesto del golpe. E inmediatamente, los nuevos y los viejos conservadores y contrarrevolucionarios levantaron la cabeza en toda Europa con tanta insolencia que mostraron lo bien que entendían la importancia del acontecimiento. La prensa fue atacada por todas partes, los derechos de reunión y asociación fueron restringidos, cada pequeño suceso en cada pequeña ciudad de provincia fue aprovechado para desarmar al pueblo, declarar el estado de sitio y adiestrar a las tropas en las nuevas maniobras y tretas que Cavaignac les había enseñado. Además, por primera vez desde febrero, se había demostrado que la invencibilidad de la insurrección popular en una gran ciudad era una ilusión; el honor de los ejércitos quedó restablecido; las tropas, que hasta ahora habían sido derrotadas siempre en las batallas de alguna importancia reñidas en las calles, recobraron la confianza en sus fuerzas incluso en este tipo de pelea.

Los primeros pasos positivos y planes definidos del viejo partido feudal-burocrático de Alemania, encaminados a deshacerse incluso de las clases medias, sus aliadas temporales, y restablecer en Alemania la situación que existía antes de los sucesos de marzo, pueden datarse desde los tiempos de esta derrota de los *ouvriers* de París. El ejército volvió a ser el poder decisivo en el estado, y no pertenecía a las clases medias, sino a dicho partido. Incluso en Prusia, donde se habían observado desde antes de 1848 grandes simpatías al Gobierno constitucional por parte de los oficiales de graduación inferior, el desorden introducido en el ejército por la revolución volvió a estos jóvenes, propensos a pensar, a la fidelidad a su deber militar; tan pronto como los soldados rasos se tomaron algunas libertades con los oficiales, la necesidad de la disciplina y la obediencia a rajatabla quedó de pronto más que clara para ellos. Los nobles y los burócratas vencidos comenzaron a ver lo que debían hacer; no restaba sino mantener en pequeños conflictos con el pueblo al ejército, más unido que nunca, animado por las victorias sobre las pequeñas insurrecciones y en la guerra en el extranjero y celoso de los laureles recién conquistados por la soldadesca francesa; y, cuando llegase el momento decisivo, podría de un solo golpe demoledor aplastar a los revolucionarios y poner fin a la presunción de los parlamentarios burgueses. El momento propicio para ese golpe decisivo llegó muy pronto.

Pasamos por alto los debates parlamentarios y los conflictos locales, a veces curiosos, pero aburridos en la mayoría de los casos, que absorbieron durante el verano a los distintos partidos de Alemania. Baste decir que la mayoría de los defensores de los intereses burgueses, pese a los numerosos triunfos parlamentarios, ninguno de los cuales tuvo resultado práctico, sintió, en general, que su situación entre los partidos extremos era más insostenible cada día; por eso se vieron obligados a buscar la alianza de los reaccionarios y, al día siguiente, ganarse el favor de los partidos más populares.

Esta vacilación constante les dio el golpe final en la opinión pública y, de acuerdo con el sesgo que iban tomando los acontecimientos, ese desdén que despertaron fue aprovechado principalmente en ese momento por los burócratas y la nobleza feudal.

Para el comienzo del otoño, las relaciones entre los diversos partidos empeoraron lo suficiente para hacer inevitable la batalla decisiva. El primer choque en esta guerra desencadenada entre las masas democráticas y revolucionarias, por un lado, y el ejército, por el otro, tuvo lugar en Francfort. Aunque este choque era secundario, fue el primero en el que las tropas sacaron ventaja a los insurrectos y tuvo un gran efecto moral. Prusia, por causas muy comprensibles, permitió al ilusorio gobierno formado por la Asamblea nacional de Francfort concluir, por razones obvias, un armisticio con Dinamarca que no sólo entregó a los alemanes de Schleswig a la venganza danesa, sino que fue también la negación completa de los principios más o menos revolucionarios, en que se basaba, según la convicción general, la guerra danesa. La Asamblea de Francfort rechazó, por una mayoría de dos o tres votos, este armisticio. La votación fue seguida de una comedia de crisis ministerial; sin embargo, a los tres días la asamblea revisó la votación y fue inducida a anularla de hecho y reconocer el armisticio. Este acto vergonzoso provocó la indignación del pueblo. Se levantaron barricadas, pero en Francfort se habían concentrado suficientes tropas y, tras un combate de seis horas, la insurrección fue aplastada. Movimientos similares, si bien menos importantes, relacionados con este acontecimiento, hubo en otras partes de Alemania (Baden, Colonia), pero fueron igualmente derrotados.

Este choque previo dio al partido contrarrevolucionario la gran ventaja de que ahora el único gobierno surgido enteramente, al menos en apariencia, de unas elecciones populares, el gobierno imperial de Francfort, así como la Asamblea nacional se habían desprestigiado a los ojos del pueblo. Este gobierno y esta asamblea se habían visto obligados a apelar a las bayonetas del ejército contra la manifestación de la voluntad del pueblo. Estaban comprometidos, y por pocos que fueran los derechos a ser respetados que hubiesen merecido hasta la fecha, el repudio a su origen y su dependencia de los antipopulares gobiernos y sus tropas convirtieron desde este momento al Regente del imperio, a sus ministros y diputados en completas nulidades. No tardaremos en ver con qué desprecio recibieron primero Austria, luego Prusia y últimamente los pequeños Estados también, toda disposición, toda petición y toda diputación procedente de esta institución de impotentes soñadores.

Llegamos ahora a la inmensa repercusión que tuvo en Alemania la batalla de junio en Francia, acontecimiento que fue tan decisivo para Alemania como la lucha proletaria de París había sido para Francia; nos referimos a la revolución y al subsiguiente asalto de Viena en octubre de 1848. Pero la importancia de esta batalla es tal que la explicación de las diferentes circunstancias que contribuyeron más directamente a su desenlace requeriría tanto lugar en las columnas de *The Tribune* que nos es forzoso dedicar un artículo especial a este tema.

Londres, febrero de 1852

XI. LA INSURRECCIÓN DE VIENA

Llegamos ahora al acontecimiento decisivo que constituyó la contrapartida de la reacción de Alemania a la insurrección parisiense de junio y que, de un solo golpe, inclinó la balanza del lado del partido contrarrevolucionario: la insurrección de octubre de 1848 en Viena.

Hemos visto cuál era la posición de las distintas clases en Viena después de la victoria del 13 de marzo. Hemos visto también que el movimiento de la Austria alemana se había entrelazado con los sucesos de las provincias no alemanas de Austria, que lo frenaron. No nos queda, pues, sino exponer brevemente las causas que condujeron a esta última y la más temible insurrección de la Austria alemana.

La alta aristocracia y la burguesía bursátil, que habían constituido el principal apoyo extraoficial del gobierno de Metternich, pudieron, incluso después de los sucesos de marzo, conservar la influencia decisiva en el gobierno, utilizando no sólo la corte, el ejército y la burocracia, sino aún más el miedo a la "anarquía", que se extendió rápidamente entre las clases medias. No tardaron en aventurarse a lanzar varios globos sonda en forma de ley de la prensa, una estrambótica constitución aristocrática[31] y una ley electoral basada en la vieja división en estamentos.[32] El llamado ministerio constitucional, compuesto de burócratas medio liberales, tímidos e incapaces, del 14 de mayo, incluso aventuró un ataque directo contra las organizaciones revolucionarias de las masas, disolviendo el Comité central de los delegados de la Guardia nacional y de la Legión académica,[33] cuerpo, formado ex profeso para controlar al gobierno y, en caso de necesidad, alzar contra él a las fuerzas populares. Pero este acto no hizo sino provocar la insurrección del 15 de mayo, por lo que el gobierno se vio forzado a reconocer el comité, anular la constitución y la ley electoral y dar atribuciones para redactar una nueva ley fundamental a la Dieta constitucional, que se eligiese por sufragio universal. Todo esto fue confirmado al día siguiente en una proclama imperial. Pero el partido reaccionario, que también tenía a sus representantes en el gobierno, no tardó en compeler a sus colegas "liberales" a atentar de nuevo a las conquistas del pueblo. La Legión académica, baluarte del partido del movimiento y centro de la continua agitación, se hizo por lo mismo odiosa a los ciudadanos más moderados de Vie-

[31] La Constitución del 25 de abril de 1848 fijaba una alta cuota de propiedad y largo período de residencia en el lugar dado para las elecciones a la Dieta, instituía dos cámaras: la inferior y el senado, conservaba las instituciones estamentales representativas y concedía al emprerador el derecho a derogar las leyes aprobadas por las cámaras.

[32] La Ley electoral del 8 de mayo de 1848 privaba del derecho electoral a los obreros, jornaleros y criados. Parte de los senadores era designada por el Emperador, y la otra parte se elegía mediante votaciones de dos etapas entre los mayores contribuyentes. Las elecciones a la Cámara inferior eran también de dos etapas.

[33] Organización civil militarizada compuesta de estudiantes de opiniones radicales de laUniversidad de Viena.

na; el 26 del mismo, un decreto del gobierno la disolvió. Tal vez este golpe hubiese tenido éxito de haberse encomendado el cumplimiento de la orden sólo a parte de la Guardia nacional; pero el gobierno, que tampoco tenía confianza en esta guardia, puso en juego a las tropas, y la Guardia nacional dio la vuelta en el acto y se unió con la Legión académica, desbaratando así los planes del gobierno.

Entretando, el emperador y su corte habían abandonado el 16 de mayo a Viena y huido a Innsbruck, donde, rodeado de tiroleses fanáticos cuya lealtad se despertó con nueva fuerza debido al peligro de que el ejército sardo-lombardo, apoyado por las tropas de Radetzky, que estaban de Innsbruck a tiro de cañón, invadiese el país, encontró asilo el partido contrarrevolucionario, y desde allí, incontrolado, inobservado y seguro, pudo reunir sus fuerzas dispersas, urdir y extender por todo el país una red de intrigas. Se restablecieron las relaciones con Radetzky, Jellachich y Windischgrätz, así como con los hombres de confianza de la jerarquía administrativa de las diferentes provincias; se tramaron también intrigas con los jefes eslavos; y así se formó una fuerza real a disposición de la camarilla contrarrevolucionaria, mientras que se dejó a los impotentes ministros de Viena malversar su breve y débil popularidad en continuos choques con las masas revolucionarias y en los debates de la Dieta constituyente, que se convocó luego. Así, la política consistente en dejar que el movimiento en la capital siguiese su propia marcha durante algún tiempo, política que en un país centralizado y homogéneo, como Francia, debía haber hecho omnipotente al partido del movimiento, en Austria, heterogéneo conglomerado político, fue uno de los medios más seguros de reorganizar las fuerzas de la reacción.

En Viena, la clase media, persuadida de que luego de tres derrotas sucesivas y, ante la faz de la Dieta constituyente, basada en el sufragio universal, el partido de la corte ya no era un enemigo tan temible, fue cayendo más y más en ese cansancio, esa apatía y esa eterna aspiración al orden y la tranquilidad que siempre invaden a esta clase después de las conmociones violentas y de la desorganización consiguiente de la vida económica. Los fabricantes de la capital austríaca se limitan casi exclusivamente a producir artículos de lujo cuya demanda ha disminuido mucho, como es natural, desde el estallido de la revolución y la huida de la corte. Los llamamientos a volver al sistema regular de gobierno y al retorno de la corte, con lo que se esperaba reanimar la prosperidad comercial, se generalizaron entre las clases medias. La apertura de la Dieta constituyente en julio fue aplaudida con entusiasmo como si implicase el fin de la era revolucionaria; de igual manera se aplaudió el retorno de la corte que, después de las victorias de Radetzky en Italia y del advenimiento del gobierno reaccionario de Doblhoff, se creyó lo suficiente fuerte para no temer el empuje del pueblo y que, al mismo tiempo, consideraba necesaria su presencia en Viena para llevar hasta el fin sus intrigas con la mayoría eslava de la dieta. Mientras la Dieta constituyente discutía las leyes sobre la emancipación de los campesinos de las trabas feudales y del trabajo forzado para la nobleza, la corte realizó con éxito una hábil maniobra. Se propuso al emperador pasar revista a la Guardia nacional el 19 de agosto; la familia imperial, los corte-

sanos y los generales rivalizaban en adular a los ciudadanos armados que ya de por sí se ufanaban de verse públicamente reconocidos como uno de los cuerpos importantes del estado; e inmediatamente después, un decreto firmado por el señor Schwarzer, el único ministro popular del gabinete, se publicó una orden según la cual el gobierno suprimía los subsidios que venía concediendo a los obreros sin trabajo. La añagaza salió bien; los obreros hicieron una manifestación; los guardias nacionales burgueses se pronunciaron a favor del decreto de su ministro; fueron lanzados contra los "anarquistas", y el 23 de agosto ellos se arrojaron como tigres contra los obreros inermes, que no les ofrecieron resistencia, y los ametrallaron a mansalva. Así, la unidad de la fuerza revolucionaria fue rota; la lucha de clase entre la burguesía y los proletarios también llegó en Viena a un estallido sangriento, y la camarilla contrarrevolucionaria vio que se aproximaba el día en que podría dar su gran golpe.

Los asuntos húngaros no tardaron en dar la oportunidad de proclamar abiertamente los principios por los que la camarilla contrarrevolucionaria intentaba actuar. El 5 de octubre, un decreto imperial publicado en la *Wiener Zeitung*,[34] gaceta oficial, decreto que no llevaba la firma de ningún ministro responsable de Hungría, declaraba disuelta la Dieta húngara y nombraba gobernador civil y militar de este país a Jělačic, ban de Croacia, líder de la reacción eslava del sur que llevaba una guerra declarada contra las autoridades legales de Hungría. Al mismo tiempo, las tropas dislocadas en Viena recibieron la orden de ponerse en marcha y formar parte del ejército que había de reforzar la autoridad de Jělačic Pero eso significaba enseñar demasiado la oreja; cada habitante de Viena sintió que la guerra contra Hungría era una guerra contra el principio de gobierno constitucional, principio que en el mismo decreto era vulnerado por la tentativa del emperador de promulgar decretos con vigor legal sin la firma del ministro responsable. El 6 de octubre, el pueblo, la Legión académica y la Guardia nacional de Viena se sublevaron en masa y se opusieron al envío de tropas. Algunos granaderos se pasaron al lado del pueblo; hubo una breve escaramuza entre las fuerzas populares y las tropas; el ministro de la guerra, Latour, recibió muerte de mano del pueblo, y por la tarde éste obtuvo la victoria. Mientras tanto, el ban Jelacic, derrotado en Stuhlweissenburg por Perczel, se refugió cerca de Viena en territorio austríaco; las tropas vienesas, que debían ponerse en marcha para ayudarles, adoptaron ahora una posición ostentativa de hostilidad y defensa contra él; y el emperador y la corte huyeron de nuevo a Olmütz, territorio semieslavo.

Pero en Olmütz, la Corte se encontró en circunstancias muy distintas de las que había habido en Innsbruck. Ahora tenía la posibilidad de empezar inmediatamente la campaña contra la revolución. Fue rodeado por los diputados eslavos de la constituyente, que volaron en masa a Olmütz, y por los entusiastas eslavos de todas partes de la monarquía. La campaña debía ser, a ojos suyos, una guerra por el restablecimiento del eslavianismo y de

[34] Título abreviado del periódico oficial del gobierno *Oester-reichische Kaiserische Wiener Zeitung* [Periódico Imperial Austríaco de Viena]; con este título salía desde 1780.

exterminio de los dos invasores de lo que se tenía por suelo eslavo, contra los alemanes y los húngaros. Windischgrätz, el conquistador de Praga, ahora jefe del ejército concentrado alrededor de Viena, se convirtió de pronto en el héroe de la nacionalidad eslava. Y su ejército vino a concentrarse rápidamente desde todas partes. Desde Bohemia, Moravia, Estiria, Austria superior e Italia salieron regimiento tras regimiento por las carreteras que convergían en Viena para adherirse a las tropas de Jělačic y de la ex guarnición de la capital. Más de sesenta mil hombres se unieron así hacia fines de octubre y no tardaron en comenzar a golpear la ciudad imperial por todos los lados hasta que, el 30 de octubre, avanzaron lo suficiente para aventurarse al ataque decisivo.

Entretanto, la confusión y el desamparo se adueñaron de Viena. Tan pronto como se consiguió la victoria, la clase media volvió a desconfiar como antes de los obreros "anárquicos"; los obreros, que recordaban perfectamente el trato que les había dado seis semanas antes la burguesía armada y la política inconsecuente, llena de vacilaciones, de las clases medias en su totalidad, no les querían confiar la defensa de la ciudad y exigieron armas y la organización militar para ellos mismos. La Legión académica, impaciente por combatir el despotismo imperial, era totalmente incapaz de comprender la naturaleza del extrañamiento de las dos clases y, en general, no podía comprender las necesidades de la situación. Cundió la confusión entre la gente y los medios dirigentes. Los restos de la Dieta, diputados alemanes y varios eslavos, que, salvo raros diputados revolucionarios polacos, hicieron de espías para los amigos de Olmütz, se reunieron en sesión permanente, pero, en vez de obrar con resolución, perdieron el tiempo en debates vanos sobre la posibilidad de resistir al ejército imperial sin rebasar los límites de lo tolerable por la constitución. El comité de seguridad, compuesto de diputados de casi todas las instituciones populares de Viena, si bien estaba resuelto a resistir, se encontraba dominado por una mayoría de ciudadanos y pequeña burguesía que jamás permitieron seguir ninguna línea de acción decidida y enérgica. El consejo de la Legión académica adoptó resoluciones heroicas, pero no era capaz en absoluto de asumir la dirección. Los obreros, rodeados de la desconfianza, desarmados y desorganizados, que apenas habían salido de la esclavitud espiritual en que los tenía el viejo régimen, aún no lo suficiente despiertos para comprender, pero sí ya para sentir instintivamente su posición social y la línea política de acción que les convenía, podían hacerse oír sólo en estruendosas manifestaciones; no se podía esperar que vencieran todas las dificultades del momento. Pero, lo mismo que por doquier en Alemania durante la revolución, estaban preparados para luchar hasta el fin en cuanto obtuvieran armas.

Tal era el estado de las cosas en Viena. Fuera de la ciudad, el ejército austríaco reorganizado, que cobró ánimos con las victorias de Radetzky en Italia; sesenta o setenta mil hombres bien armados, bien organizados y, si no bien mandados, al menos con jefes. Dentro, confusión, contradicciones de clase y desorganización; una Guardia nacional con una parte que había decidido no luchar en general, otra parte que estaba indecisa y sólo una pequeña parte dispuesta a actuar; una masa proletaria poderosa en nú-

mero pero sin dirigentes ni preparación política alguna, igualmente presa del pánico que de los arrebatos casi inmotivados de furia, propensa a creer cualquier bulo, ansiosa de entrar en combate, pero sin armas, al menos al principio, y sólo mal armada y organizada de cualquier manera cuando, al fin, fue conducida a la batalla, una Dieta desvalida que seguía enzarzada en disputas sobre sutilidades teóricas cuando el techo que cubría a los diputados estaba ya casi envuelto en llamas; un comité dirigente sin ánimos ni energía. Todo había cambiado desde las jornadas de marzo y mayo cuando, en el campo contrarrevolucionario, todo era confusión y cuando la única fuerza reorganizada era la creada por la revolución. Apenas si podía caber duda de cuál sería el desenlace de la lucha, y si había alguna, la disiparon los acontecimientos del 30 y 31 de octubre y del 1 de noviembre.

Londres, marzo de 1852

XII. EL ASALTO DE VIENA. LA TRAICIÓN A VIENA

Cuando, concentrado al fin, el ejército de Windischrgrätz comenzó el ataque a Viena, las fuerzas que se pudieron movilizar para defender la capital fueron completamente insuficientes. Sólo a cierta parte de la Guardia nacional se pudo enviar a las trincheras. Bien es verdad que, en última instancia, se organizó presurosamente en Guardia proletaria, pero como quiera que la tentativa de utilizar de esa manera esta valiente, enérgica y más numerosa parte de la población fue demasiado tardía, hubo poco tiempo para instruirla en el manejo de las armas y los rudimentos más elementales de la disciplina para que ofreciera venturosa resistencia. Así, la Legión académica, cuyos efectivos eran de tres a cuatro mil hombres bien adiestrados y hasta cierto punto disciplinados, valientes y llenos de entusiasmo, fue, hablando en términos militares, la única fuerza en condiciones de cumplir airosamente su cometido. Mas ¿qué eran ellos, con los pocos Guardias nacionales seguros y con la masa desordenada de proletarios armados frente a las fuerzas regulares mucho más numerosas de Windischgrätz, sin hablar ya de las hordas rufianescas de Jĕlačic, hordas que eran, por la propia naturaleza de sus costumbres, muy útiles para una guerra en la que había que tomar casa por casa y callejón por callejón? ¿Y qué otra cosa, sino varios cañones viejos y desgastados, con malas cureñas y malos servidores, podían oponer los sublevados a la numerosa y perfectamente equipada artillería que Windischgrätz empleó con tan pocos escrúpulos?

Cuanto más cerca estaba el peligro, tanto más aumentaba la confusión en Viena. La dieta no se atrevió hasta el último momento a pedir la ayuda del ejército húngaro de Perczel, acampado a pocas leguas de la capital. El Comité de seguridad adoptó resoluciones contradictorias que reflejaban, lo mismo que las masas populares armadas, los flujos y reflujos de la marea de rumores de lo más dispares. Todos estaban de acuerdo sólo en un punto: en el respeto a la propiedad, respeto tan imponente que, en las circunstancias dadas, parecía casi cómico. Se hizo muy poco para elaborar hasta el

fin el plan de la defensa. Bem, el único que podía salvar a Viena, si es que había por entonces en la capital alguien capaz de hacerlo, como era un extranjero casi desconocido, de origen eslavo, renunció a la tarea bajo el peso de la desconfianza general. Si hubiera insistido, pudo haber sido linchado como traidor. Messenhauser, el jefe de las fuerzas sublevadas, que valía más como novelista que como oficial incluso de graduación inferior, no servía en absoluto para su papel; no obstante, ocho meses después de luchas revolucionarias, el partido popular no produjo ni adquirió a ningún militar más diestro que él. Así comenzó la batalla. Los vieneses, de tomar en consideración sus medios de defensa, totalmente insuficientes, y la ausencia absoluta de preparación y organización militar, opusieron una resistencia de lo más heroica. En muchos lugares, la orden que dio Bem, cuando asumía el mando, de "defender esta posición hasta el último hombre" fue cumplida a rajatabla. Pero pudo más la fuerza. La artillería imperial fue barriendo barricada tras barricada en las largas y anchas avenidas que forman las calles principales de los suburbios; y a la tarde del segundo día de lucha, los croatas ocuparon la fila de casas situadas frente a la explanada de la vieja ciudad. Un ataque débil y desordenado del ejército húngaro acabó en un fracaso completo; y mientras algunas unidades dislocadas en la ciudad vieja capitulaban, otras vacilaban y sembraban la confusión, y los restos de la Legión académica hacían nuevas fortificaciones, las tropas imperiales irrumpieron en la ciudad vieja y, aprovechando la confusión general, la tomaron por asalto.

Las consecuencias inmediatas de esta victoria, las brutalidades y ejecuciones llevadas a efecto por la ley marcial y las inauditas crueldades e infamias que las desenfrenadas hordas eslavas cometieron contra Viena son harto conocidas para entrar aquí en detalles. Las consecuencias ulteriores y el nuevo giro que la derrota de la revolución en Viena dio enteramente a los asuntos alemanes serán expuestos más adelante. Quedan por examinar dos puntos en relación con el asalto a Viena. El pueblo de esta capital tenía dos aliados: los húngaros y el pueblo alemán. ¿Dónde estaban a la hora de la prueba?

Hemos visto que los vieneses, con toda la generosidad de un pueblo recién liberado, se alzaron por una causa que, si bien era en última instancia privativa de ellos, lo era también, en primer orden y sobre todo, de los húngaros. Y prefirieron recibir ellos el golpe primero y más terrible antes que permitir la marcha de las tropas austríacas contra Hungría. Y mientras ellos acudieron así, noblemente, en apoyo de sus aliados, los húngaros, actuando con éxito contra Jĕlačic, lo repelieron hacia Viena y, con su victoria, acrecentaron la fuerza que iba a atacar a esta ciudad. En estas circunstancias, Hungría tenía el indudable deber de apoyar sin demora y con todas las fuerzas disponibles, no a la dieta de Viena y no al Comité de seguridad u otra institución cualquiera de esta capital, sino a la *revolución vienesa.* Y si los húngaros olvidaron incluso que Viena había dado la primera batalla por Hungría, no debieron haber olvidado, en beneficio de su propia seguridad, que Viena era el único puesto avanzado de la independencia húngara y que si ella caía, nada podría detener el avance de las tropas imperiales contra Hungría. Ahora sabemos muy bien todo lo que los húnga-

ros pudieron argüir en defensa de su inactividad durante el sitio y el asalto de Viena: el estado insatisfactorio de sus propias fuerzas, la renuncia de la dieta y de las otras instituciones oficiales de Viena a llamarlos en su ayuda, la necesidad de mantenerse dentro del terreno constitucional y de eludir las complicaciones con el poder central de Alemania. Pero el hecho es, en cuanto al estado insatisfactorio del ejército húngaro, que durante los primeros días siguientes a la revolución de Viena no había ninguna necesidad de emplear las tropas regulares, ya que las austríacas aún estaban muy lejos de concentrarse, y el desarrollo enérgico e incesante del éxito después de la primera victoria sobre Jělačic, incluso con las solas fuerzas del *Landsturm* que combatía cerca de Stuhlweissenburg, habría sobrado para entrar en contacto con los vieneses y demorar medio año toda concentración del ejército austríaco. En la guerra, sobre todo en la guerra revolucionaria, la rapidez de acción, en tanto no se alcance algún éxito decisivo, es una regla fundamental; y afirmamos, sin dejar lugar a ninguna duda, que Perczel, *por razones puramente militares*, no debió haber parado hasta unirse con los vieneses. Es verdad que se corría cierto riesgo, pero ¿quién ha ganado alguna vez una batalla sin arriesgar algo? ¿Y no arriesgaba nada el pueblo de Viena, con una población de cuatrocientos mil habitantes, al atraer contra sí las fuerzas que se habían puesto en marcha para someter a doce millones de húngaros? La falta cometida al aguardar que los austríacos reunieran fuerzas y al hacer luego una débil manifestación en Schwechat que acabó, como era de esperar, en una derrota sin gloria, fue un error militar que entrañaba sin duda más riesgos que una marcha decidida hacia Viena contra las desbandadas hordas de Jělačic.

Pero se dice que ese avance de los húngaros, en tanto no fuese autorizado por alguna institución oficial, habría sido una violación del territorio alemán, habría dado lugar a complicaciones con el poder central de Francfort y habría sido, sobre todo, un abandono de la política constitucional legal que daba fuerza a la causa húngara. ¡Pues las instituciones oficiales de Viena eran unas nulidades! ¿Se habían alzado en defensa de Hungría la Dieta y los comités populares o había sido el pueblo de Viena, y nadie más que él, quien empuñara las armas para dar la primera batalla por la independencia de Hungría? No era ni éste ni el otro cuerpo oficial de Viena el que importaba apoyar: todas estas instituciones podían ser derrocadas, y lo habrían sido sin tardanza durante el desarrollo de la revolución, mas fue el auge del movimiento revolucionario y el avance ininterrumpido de las propias acciones del pueblo lo único que se planteaba y lo único que podía salvar a Hungría de la invasión. Las formas que este movimiento revolucionario pudiera adoptar posteriormente atañían a los vieneses, y no a los húngaros, puesto que Viena y la Austria alemana en general seguían siendo aliadas de los húngaros contra el enemigo común. Pero cabe preguntar si en este vehemente deseo del gobierno húngaro de lograr alguna autorización casi legal no se debe ver el primer síntoma claro de la pretensión a una legalidad bastante dudosa que, si no salvó a Hungría, sí produjo al menos muy buena impresión, algo más tarde, en el público burgués de Inglaterra.

En cuanto al pretexto de posibles conflictos con el poder central de

Alemania en Francfort, no tenía ningún fundamento. Las autoridades de Francfort habían sido derrocadas de facto por la victoria de la contrarrevolución en Viena; y hubieran sido derrocadas igualmente incluso en el caso de que la revolución hubiese contado allí con apoyo suficiente para derrocar a sus enemigos. Por último, el gran argumento de que Hungría no debía abandonar el terreno legal y constitucional, podía ser muy del agrado de los librecambistas británicos, pero la historia jamás lo reconocerá satisfactorio. Supongamos que el 13 de marzo y el 6 de octubre los vieneses se hubieran atenido a los medios "legales y constitucionales". ¿Cuál habría sido el destino de ese movimiento "legal y constitucional" y de todas las gloriosas batallas que dieron a conocer por primera vez a Hungría al mundo civilizado? Ese mismo terreno legal y constitucional sobre el que, se asegura, pisaban los húngaros en 1848 y 1849, fue conquistado para ellos el 13 de marzo por la sublevación en alto grado ilegal y anticonstitucional del pueblo de Viena. No nos proponemos aquí examinar la historia de la revolución de Hungría, pero nos parece oportuno señalar que es totalmente inadecuado aplicar sólo medios legales de resistencia contra un enemigo que se mofa de esos escrúpulos; y si agregamos que, de no haber sido por esa eterna pretensión de legalidad que Görgey aprovechó y volvió contra el gobierno, la devoción del ejército de Görgey a su general y la vergonzosa catástrofe de Vilagos habrían sido imposibles.[35] Y cuando, en las últimas fechas de octubre de 1848 los húngaros cruzaron al fin el Leitha para salvar el honor del Imperio, ¿acaso no era eso ilegal en la misma medida que lo hubiera sido cualquier ataque inmediato y resuelto?

Se sabe que no abrigamos sentimientos de enemistad a Hungría. Estuvimos a su lado durante la lucha; podemos decir con pleno derecho que nuestro periódico, la *Neue Rheinische Zeitung*, contribuyó más que ningún otro a hacer que la causa de los húngaros fuese popular en Alemania, explicando la naturaleza de la lucha entre los magiares y los eslavos y escribiendo de la guerra húngara en una serie de artículos que han tenido el mérito de ser plagiados en casi todos los libros escritos posteriormente sobre este tema, sin exceptuar ni los trabajos de los propios húngaros ni de los "testigos oculares". Incluso hoy vemos en Hungría a una aliada indispensable y natural de Alemania en cualquier futura convulsión que se produzca en el continente. Pero hemos sido lo suficiente severos con relación a nuestros propios compatriotas para tener el derecho de expresar libremente la opinión que nos merecen nuestros vecinos; además, hemos registrado aquí los hechos con la imparcialidad del historiador y debemos decir que, en este caso particular, la generosa valentía del pueblo de Viena ha sido no sólo mucho más noble, sino también mucho más perspicaz que la cautelosa circunspección del gobierno húngaro. Y, como alemanes que somos, podemos permitirnos declarar que no habríamos trocado el alzamiento espontáneo y aislado y la heroica resistencia del pueblo de Viena, compatriotas nuestros que dieron a los húngaros tiempo para organizar el ejército que pudo reali-

[35] Junto a Vilagos, el ejército húngaro, mandado por Görhey, se rindió el 13 de agosto de 1849 a las tropas zaristas enviadas para aplastar la insurrección húngara.

zar tan grandes proezas, por ninguna de las ostentosas victorias y gloriosas batallas de la campaña húngara.

El segundo aliado de Viena era el pueblo alemán. Pero estaba enzarzado en todas partes en la misma lucha que los vieneses. Francfort, Baden y Colonia acababan de ser derrotadas y desarmadas. En Berlín y Breslau el pueblo y las tropas estaban de punta y se esperaba el choque de un día para otro. Lo mismo sucedía en todos los centros locales del movimiento. Por doquier había cuestiones pendientes que podían ventilarse únicamente mediante la fuerza de las armas; y ahí fue donde se dejaron sentir con fuerza por primera vez las consecuencias desastrosas de la continuación del viejo desemembramiento y descentralización de Alemania. Las diversas cuestiones de cada estado, de cada provincia y de cada ciudad eran las mismas en lo fundamental; pero se presentaron en todo lugar de manera diferente y en distintas circunstancias, y su grado de madurez era distinto en cada lugar. Por eso, ocurrió que mientras en cada localidad se sentía la gravedad decisiva de los sucesos de Viena, aún no se podía dar ningún golpe importante con alguna esperanza de que fuese una ayuda para los vieneses o emprender una operación de diversión a favor suyo; nada quedaba en su ayuda más que el parlamento y el poder central de Francfort; y esa ayuda se recabó desde todas partes; ¿pero qué hicieron ellos?

El parlamento de Francfort y el hijo bastardo que dio a luz del incestuoso ayuntamiento con la vieja dieta alemana, el así denominado poder central, aprovecharon el movimiento de Viena para mostrar su completa nulidad. Esta despreciable asamblea, como ya hemos visto, había perdido mucho antes su virginidad y, pese a su juventud, ya se iba cubriendo de canas y adquiriendo experiencia en todos los artificios y prácticas de la prostitución seudodiplomática. De todos los sueños e ilusiones de poderío, de regeneración y unidad de Alemania, que se adueñaron de ella en un principio, no quedaba nada más que un cúmulo de estrepitosas frases teutónicas que se repetían en cada ocasión y una fe firme de cada miembro individual en su propia importancia y en la credulidad del público. La ingenuidad original quedó descartada; los representantes del pueblo alemán se habían convertido en hombres prácticos, es decir, habían sacado en limpio que cuanto menos hiciesen y más charlasen tanto más segura sería su posición de regidores de los destinos de Alemania. Eso no implica que estimasen superfluas sus sesiones; todo lo contrario; pero descubrieron que todas las cuestiones realmente grandes eran terreno vedado para ellos, y mejor harían si se mantuviesen lejos de ellos. Pues bien, lo mismo que en el concilio de los sabios bizantinos de los tiempos de la decadencia del Imperio, discutían con un empaque y una asiduidad, dignos del sino que a la larga les tocó en suerte, dogmas teóricos hacía tiempo dilucidados en todas partes del mundo civilizado o ínfimas cuestiones prácticas que jamás condujeron a ningún resultado práctico. Así, siendo la asamblea una especie de Escuela de lancaster,[36] en la que los diputados se dedicaban a

[36] Escuelas primarias para hijos de padres pobres, en las que se aplicaba el sistema de enseñanza mutua; llevaban el nombre del pedagogo inglés José Lancaster (1778-1831).

instruirse mutuamente y siendo, por tanto, muy importante para ellos mismos, estaban persuadidos de que hacían más aún de lo que el pueblo alemán podía esperar y consideraban traidor a la patria a todo aquel que tuviese la impudicia de pedirles que llegasen a algún resultado.

Cuando estalló la insurreción en Viena, hubo motivo para hacer un montón de interpelaciones, debates, propuestas y enmiendas que, por supuesto, no condujeron a nada. El poder central hubo de interceder. Envió a dos comisarios, los señores Welcker, ex liberal, y Mosle, a Viena. Las andanzas de Don Quijote y Sancho Panza son una verdadera Odisea en comparación con los heroicos descalabros y maravillosas aventuras de los dos caballeros andantes de la unidad de Alemania. No se atrevieron a ponerse en marcha hacia Viena. Windischgrätz les cantó las cuarenta, el imbécil del Emperador los recibió extrañado, y el ministro Stadion los engañó con la mayor de las desvergüenzas. Sus despachos y cuentas rendidas son quizás la única parte de los trámites que tendrán cierto lugar en la literatura alemana; constituyen una novela satírica excelente, escrita según todas las reglas del género, y son un eterno monumento erigido a la ignominia de la Asamblea y del gobierno de Francfort.

El ala izquierda de la Asamblea nacional también envió a Viena a dos comisarios, los señores Fröbel y Roberto Blum, para apoyar allí su autoridad. Cuando se acercaba el peligro, Blum juzgó lleno de razón, que allí se empeñaría la batalla general de la revolución alemana y decidió, sin titubear, jugarse el todo por el todo, Fröbel, por el contrario, era de la opinión de que estaba obligado a conservar su persona para ejercer las importantes funciones de su puesto en Francfort. Blum era tenido por uno de los hombres más elocuentes de la Asamblea de Francfort; y, por cierto, era el más popular. Su elocuencia no satisfaría los requisitos de cualquier parlamento algo experimentado, pues le agradaban demasiado las declamaciones del tipo de los predicadores alemanes disidentes, y sus argumentos estaban faltos de agudeza filosófica y de conocimiento del lado práctico del asunto. En política, pertenecía a la "democracia moderada", tendencia muy indeterminada que tenía éxito precisamente merced a la falta de determinación de los principios. Mas, así y todo, Roberto Blum era, por naturaleza, un verdadero plebeyo, si bien algo pulido, y, en los momentos decisivos, su instinto plebeyo y su energía plebeya prevalecía sobre sus convicciones y opiniones políticas indecisas. En esos momentos se elevaba muy por encima de su capacidad ordinaria.

Así, del primer vistazo en Viena se percató de que el destino de su país se decidía allí, y no en lo debates seudoelegantes de Francfort. Hizo en el acto la elección, abandonó toda idea de retroceso, asumió un puesto de mando en el ejército revolucionario y mostró extraordinaria serenidad y firmeza. El fue quien demoró durante bastante tiempo la caída de la ciudad y mantuvo uno de sus flancos a cubierto de los ataques, incendiando el puente de Tabor sobre el Danubio. Todos saben que después de la toma de Viena por asalto, fue detenido, entregado a los tribunales militares y fusilado. Murió como un héroe. Y la Asamblea de Francfort, aunque llena de miedo, recibió con aparente tranquilidad el sangriento agravio. Adoptó una resolución que, por la suavidad y el comedimiento diplomático de su

lenguaje, era más un ultraje a la tumba del mártir asesinado que una condena de deshonor contra Austria. Mas no se podía esperar que esta despreciable asamblea se resintiera por el asesinato de uno de sus miembros, máxime tratándose de un líder de la izquierda.

Londres, marzo de 1852

XIII. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA. LA ASAMBLEA NACIONAL

Viena cayó el 1 de noviembre, y el 9 del mismo mes, la disolución de la Asamblea constituyente en Berlín mostró cuánto había levantado de golpe este acontecimiento la moral del partido contrarrevolucionario y le había dado fuerza en toda Alemania.

Los sucesos del verano de 1848 en Prusia se cuentan en muy poco tiempo. La Asamblea constituyente, o mejor dicho, "la asamblea elegida con el fin de llegar a un acuerdo con la corona sobre la constitución", y su mayoría compuesta de representantes de los intereses de las clases medias, hacía mucho tiempo que habían perdido la estima del público, ya que, por miedo a los elementos más enérgicos de la población, se complicaba en todas las intrigas de la corte. Confirmó o, mejor dicho, restableció los odiosos privilegios del feudalismo, traicionando así la libertad y los intereses de los campesinos. No fue capaz de redactar una constitución ni de enmendar en modo alguno la legislación general. Se ocupó casi exclusivamente de dar bonitas definiciones teóricas, de meras formalidades y problemas de etiqueta constitucional. La asamblea era, en efecto, más bien una escuela de *savoir vivre* parlamentario para sus miembros que una institución de algún interés para el pueblo. Además, en la asamblea no había ninguna mayoría estable y casi siempre decidían los problemas las vacilaciones del "*centro*" que, inclinándose con sus titubeos tan pronto a la derecha como a la izquierda, dio al traste primero con el Gabinete de Camphausen y luego con el de Auerswald y Hansemann. Pero mientras los liberales, aquí lo mismo que en todos los demás sitios, dejaron perder la ocasión, la corte reorganizó a sus elementos de fuerza entre la nobleza y la parte más atrasada de la población rural, así como entre el ejército y la burocracia. Después de la caída de Hansemann se formó un gobierno de burócratas y militares, todos reaccionarios recalcitrantes, que, sin embargo, daba a entender que estaba dispuesto a tomar en consideración las reivindicaciones del parlamento. Y la asamblea, que se atenía al cómodo principio de que importaban las "medidas, y no los hombres", toleró que la engañasen tan llanamente que llegó a aplaudir a este gabinete, en tanto que ella, naturalmente, no dedicaba la menor atención a que este mismo gabinete iba concentrando y organizando abiertamente las fuerzas contrarrevolucionarias. Por último, cuando la caída de Viena dio la señal, el rey* en-

* Federico Guillermo IV. [E.]

tregó la dimisión a sus ministros y los sustituyó con "hombres de acción" dirigidos por el actual primer ministro, señor Manteuffel. Entonces la dormida asamblea sintió de pronto el peligro; emitió un voto de desconfianza al gobierno, el cual respondió al punto con un decreto que mandaba desplazar la Asamblea de Berlín, donde podía, en caso de conflicto, contar con el apoyo de las masas, a Brandenburgo, pequeña ciudad provincial dependiente enteramente del gobierno. La asamblea, no obstante, declaró que sin su consentimiento no se podía ni aplazar sus sesiones, ni ser trasladada a otro lugar, ni disuelta. Mientras tanto, el general Wrangel entró en Berlín al frente de unos cuarenta mil soldados. Una reunión de los síndicos municipales y de los oficiales de la Guardia nacional acordó no ofrecer ninguna resistencia. Y luego que la asamblea y la burguesía liberal, que la apoyaba, dejaron al partido reaccionario unido que ocupara todas las posiciones importantes y les quitara de las manos casi todos los medios de defensa, comenzó la gran comedia de "resistencia pasiva y legal" que, a juicio de ellos, debía ser una gloriosa imitación del ejemplo de Hampden y de los primeros esfuerzos de los norteamericanos en la guerra de la Independencia.[37] En Berlín se declaró el estado de sitio y se mantuvo la calma; la Guardia nacional fue disuelta por el gobierno, y entregó las armas con la mayor puntualidad. La asamblea fue acosada y trasladó sus sesiones de un lugar a otro durante dos semanas, y en todas partes la disolvían los militares; y los diputados de la asamblea rogaban a los ciudadanos que mantuviesen la tranquilidad. Por último, cuando el gobierno declaró disuelta la asamblea, ésta adoptó una resolución declarando ilegales las exacciones de los impuestos, y sus miembros fueron por el país para organizar la negativa al pago de los impuestos. Pero vieron que se habían equivocado desastrosamente en la elección de medios. Tras unas semanas de agitación, seguidas de severas medidas del gobierno contra la oposición, todos abandonaron la idea de negarse al pago de los impuestos para complacer a esta difunta asamblea que no había tenido siquiera la valentía de defenderse.

El que las primeras fechas de noviembre de 1848 fuese ya demasiado tarde para intentar oponer resistencia armada o el que una parte del ejército, al encontrar seria oposición, se hubiese pasado al lado de la asamblea, decidiendo así el litigio a su favor, es una cuestión que jamás se podrá resolver. Pero en la revolución, lo mismo que en la guerra, es siempre necesario presentar un frente robusto, y el que ataca lleva ventaja. Y en la revolución, lo mismo que en la guerra, es de la mayor necesidad ponerlo todo a una carta en el momento decisivo, cualquiera que sea la oportunidad. No hay una sola revolución triunfante en la historia que no pruebe la verdad

[37] En 1636, John Hampden, luego uno de los dirigentes destacados de la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra, se negó a pagar el "impuesto naval", no aprobado por la Cámara de los comunes. El juicio incoado contra él contribuyó a que aumentase la oposición contra el absolutismo en la sociedad inglesa. La negativa de los norteamericanos, en 1766, a pagar el impuesto del timbre, introducido por el gobierno inglés, y la táctica de boicotear las mercancías inglesas a comienzos de los años 70 del siglo XVIII fue el prólogo de la guerra de la independencia de las colonias norteamericanas contra Inglaterra (1775-1783).

de este axioma. Y aquí, el momento decisivo para la revolución prusiana había llegado en noviembre de 1848; la asamblea, oficialmente a la cabeza de todos los intereses revolucionarios, no mostró ni un frente robusto, ya que retrocedía ante cada avance del enemigo; y aún menos atacó, ya que optó por no defenderse siquiera; y cuando llegó el momento decisivo, cuando Wrangel, al frente de cuarenta mil hombres, llamó a las puertas de Berlín, en vez de encontrar, como lo esperaban él y sus oficiales, todas las calles obstruidas con barricadas y cada ventana convertida en una aspillera, halló las puertas abiertas de par en par y las calles obstruidas únicamente por los pacíficos berlineses disfrutando de la broma que les habían gastado por entregarse atados de pies y manos a los soldados, perplejos. Bien es verdad que la asamblea y el pueblo, de haber resistido, pudieron haber sido derrotados; Berlín pudo haber sido bombardeado, y muchos millares pudieron haber perecido sin evitar la victoria definitiva del partido realista. Pero ésa no era la razón por la cual hubieran de entregar las armas en el acto. Una derrota después de un tenaz combate es un hecho de mucha mayor importancia revolucionaria que una victoria ganada fácilmente. Las derrotas de París en junio de 1848 y de Viena en octubre del mismo año revolucionaron efectivamente más las mentes del pueblo de estas dos ciudades que las victorias de febrero y marzo. La asamblea y el pueblo de Berlín habrían compartido probablemente el destino de las dos antemencionadas ciudades; pero habrían caído con gloria y dejado en pos de sí, en las mentes de los supervivientes, un deseo de venganza que, en tiempos de revolución, es uno de los más altos incentivos para la acción enérgica y apasionada. No cabe la menor duda de que, en toda batalla, el que levanta el guante corre el riesgo de ser derrotado; mas ¿es acaso ésta una razón para que se confiese derrotado y se someta al yugo sin haber desenvainado la espada?

En una revolución, el que manda una posición decisiva y la rinde, en vez de obligar al enemigo a que pruebe sus fuerzas en el asalto, merece siempre el trato de traidor.

El propio decreto del Rey de Prusia para disolver la Asamblea constituyente proclamaba también una nueva constitución fundada en el proyecto que había redactado un comité de esta asamblea, ampliando en algunos puntos los poderes de la corona y poniendo en tela de juicio, en otros, los del parlamento. La constitución estatuía dos cámaras que debían reunirse en breve con el fin de examinarla y aprobarla.

No vale la pena preguntar dónde estaba la Asamblea nacional Alemana durante la lucha "legal y pacífica" de los constitucionalistas prusianos. Estaba, como de costumbre, en Francfort, dedicada a aprobar resoluciones muy tímidas contra los procedimientos del gobierno prusiano y admirar el "imponente espectáculo de la resistencia pasiva, legal y unánime de todo un pueblo contra la fuerza bruta". El gobierno central envió a comisarios a Berlín para interceder entre el gobierno y la asamblea; pero corrieron la misma suerte que sus predecesores en Olmütz y fueron puestos cortesmente de patitas en la calle. La izquierda de la asamblea nacional, es decir, el denominado Partido radical, envió también a comisarios; pero luego de convencerse sobradamente de la completa invalidez de la Asamblea de Ber-

lín y confesar su propio desamparo igual, volvieron a Francfort a dar cuenta del éxito obtenido y testimonio de la admirable conducta pacífica de la población de Berlín. Y por si eso fuera poco, cuando el señor Bassermann, uno de los comisarios del gobierno central, informó que las últimas medidas restrictivas de los ministros prusianos no carecían de fundamento, ya que durante el último tiempo se veían deambular por las calles de Berlín tipos de feroz planta como los que siempre aparecen en la víspera de los movimientos anarquistas (y que desde entonces son denominados siempre "tipos de Bassermann"), estos dignos diputados de la izquierda y enérgicos representantes del interés revolucionario se alzaron de sus escaños en el acto para atestiguar, bajo juramento, ¡que no había ocurrido nada de eso! Así, al cabo de dos meses, la total impotencia de la Asamblea de Francfort fue demostrada con toda evidencia. No se podrían imaginar pruebas más fehacientes de que esta institución no servía en absoluto para cumplir sus funciones; más aún, de que no había tenido ni la idea más remota de cuál era su misión. El hecho de que tanto en Viena como en Berlín se decidiera el destino de la revolución, de que en ambas capitales las cuestiones más importantes y vitales se resolvían como si la Asamblea de Francfort no existiera en absoluto, este solo hecho es suficiente para dilucidar que la institución tratada no era más que un club de discusión compuesto por una sarta de simplones que permitían al gobierno manejarlos como títeres parlamentarios que eran exhibidos para entretener a los tenderos y artesanos de los pequeños estados y de las minúsculas ciudades en tanto se tenía por conveniente distraer la atención de estos partidos. No tardaremos en ver el tiempo que se creyó conveniente. Pero es un hecho merecedor de atención el que entre todas las "eminencias" de dicha asamblea no hubiese ninguna que tuviera el menor escrúpulo por el papel que debían representar y que incluso hasta el día de hoy los ex miembros del Club de Francfort conservan los órganos de percepción histórica peculiares de ellos nada más.

Londres, marzo de 1852

XIV. EL RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN. LA DIETA Y LA CÁMARA

Los primeros meses de 1849 fueron empleados por los gobiernos austríaco y prusiano para aprovechar las ventajas obtenidas en octubre y noviembre de 1848. La dieta austríaca venía arrastrando desde la toma de Viena una mera existencia nominal en una pequeña ciudad provinciana de Moravia, denominada Kremsier, donde los diputados eslavos, que contribuyeron poderosamente con sus electores a sacar al gobierno austríaco de su postración, recibieron singular castigo por su traición a la revolución europea; tan pronto como el gobierno hubo recuperado su fuerza, trató a la dieta y a su mayoría eslava con el mayor de los desprecios, y cuando los primeros éxitos de las armas imperiales anunciaron la rápida terminación de la guerra húngara, la dieta fue disuelta el 14 de marzo, y los diputados desaloja-

dos por la fuerza militar. Entonces los eslavos vieron al fin que los habían engañado y clamaron: ¡Vamos a Francfort a seguir allí la oposición que no podemos hacer aquí! Pero era ya demasiado tarde, y el propio hecho de que no tenían otra alternativa que seguir manteniéndose en calma o adherirse a la impotente Asamblea de Francfort fue suficiente para mostrar su extremo desamparo.

Así acabaron, por el momento, y, más probablemente, para siempre, las tentativas de los eslavos de Alemania de recuperar su existencia nacional independiente. Los restos dispersos de los numerosos pueblos cuyas nacionalidad y vitalidad política se habían extinguido hacía tiempo y que, en consecuencia, se habían visto obligados a seguir durante casi mil años en pos de una nación más poderosa, que los había conquistado, lo mismo que los galeses en Inglaterra, los vascos en España, los bajos bretones en Francia y, en un período más reciente, los criollos españoles y franceses en las regiones de Norteamérica, ocupadas luego por angloamericanos, estas nacionalidades fenecientes de bohemios, carintios, dálmatas y otros habían procurado aprovechar la confusión general de 1848 para recuperar el *statu quo* político que existió en el año 800 de nuestra era. La historia milenaria debió haberles enseñado que semejante regresión era imposible; que si todo el territorio al este del Elba y el Saale hubo estado ocupado en tiempos por eslavos de familias afines, este hecho no probaba sino la mera tendencia histórica y, al mismo tiempo, el poder físico e intelectual de la nación alemana de someter, absorber y asimilar a sus viejos vecinos orientales; que esta tendencia de absorción de parte de los alemanes ha sido siempre y sigue siendo uno de los medios más poderosos de propagar la civilización de Europa occidental al este del continente; que podía detenerse únicamente en el caso de que el proceso de germanización alcanzase la frontera de naciones grandes, compactas y unidas, capaces de una vida nacional independiente, como son los húngaros y, en cierto grado, los polacos; por eso, el destino natural e inevitable de estas naciones fenecientes era permitir el progreso de su disolución y absorción por sus vecinos más fuertes para llevarlo hasta el fin. Por cierto, ésta no es una perspectiva muy halagüeña para la ambición nacional de los soñadores paneslavistas que han alcanzado algunos éxitos agitando a una porción de bohemios y eslavos meridionales; pero ¿pueden esperar ellos que la historia retroceda mil años para complacer a unos cuantos cuerpos enfermizos de personas que en todas las partes del territorio que ocupan están mezclados con alemanes y rodeados de alemanes que, desde tiempos casi inmemoriales, no han tenido por todo medio de civilización otra lengua que la alemana y que han carecido de las primerísimas condiciones de existencia nacional, como son una población considerable y comunidad de territorio? Así, el auge del paneslavismo que, por doquier, en los territorios eslavos de Alemania y Hungría, ha sido el velo para el restablecimiento de la independencia de todas estas pequeñas naciones sin número, ha chocado en todas partes con el movimiento revolucionario europeo, y los eslavos, aun pretendiendo luchar por la libertad, han caído invariablemente (excluidos los demócratas polacos) en el bando del despotismo y la reacción. Así ha ocurrido en Alemania, en Hungría e incluso en muchas partes de Turquía. Los traidores a la causa del pueblo,

los defensores y puntales principales de las intrigas del gobierno austríaco se han colocado ellos mismos fuera de la ley ante los ojos de todas las naciones revolucionarias. Y aunque la masa de la población eslava no ha tomado parte en ningún sitio en las pequeñas querellas sobre la nacionalidad promovidas por los líderes del paneslavismo, por el mero hecho de que son demasiado ignorantes, jamás se olvidará que en Praga, una ciudad medio alemana, multitudes de fanáticos eslavos aclamaron y corearon el grito: "¡Más vale el látigo ruso que la libertad alemana!" Después de su fracasada tentativa de 1848 y de la lección que el gobierno austríaco les dio, no es probable que intenten aprovechar luego ninguna otra oportunidad. Pero si intentasen de nuevo, bajo pretextos similares, aliarse con las fuerzas contrarrevolucionarias, el deber de Alemania es claro. Ningún país que se encuentre en estado de revolución y guerra exterior puede tolerar una *Vendée*[38] en su propio corazón.

Por cuanto a la constitución que proclamó el emperador al mismo tiempo que disolvía la dieta, no hay necesidad de volver a hablar de ella, pues jamás tuvo ninguna existencia práctica y hoy está abolida por completo. El absolutismo fue restaurado en Austria por entero y en todos los aspectos desde el 4 de marzo de 1849.

En Prusia, las cámaras se reunieron en febrero para ratificar y revisar la nueva Constitución proclamada por el rey. Se reunieron durante casi seis semanas y mostraron ante el gobierno bastante cortedad y sumisión, si bien no estuvieron lo suficiente preparadas para ir tan lejos como lo deseaban el rey y sus ministros. Por eso fueron disueltas tan pronto como se presentó la ocasión propicia.

Así, Austria y Prusia se deshicieron por cierto tiempo de las trabas del control parlamentario. Ahora los gobiernos concentraron todo el poder en sus manos y podían aplicarlo allí donde lo creyeran conveniente: Austria, contra Hungría e Italia; Prusia, contra Alemania, ya que Prusia se estaba preparando también para una campaña de restablecimiento del "orden" en los estados pequeños.

Ahora, cuando en Viena y Berlín, los dos grandes centros del movimiento en Alemania, había triunfado la contrarrevolución, la lucha quedaba sin decidir sólo en los pequeños estados, si bien la balanza iba inclinándose allí también más y más en contra de los intereses de la revolución. Estos pequeños estados, hemos dicho, hallaron un centro común en la Asamblea nacional de Francfort. Ahora, la denominada Asamblea nacional, aunque su espíritu reaccionario había sido evidente desde mucho antes, tanto que el propio pueblo de Francfort se había alzado en armas contra ella, su origen era de una naturaleza más o menos revolucionaria; ocupó una posición revolucionaria anormal en enero; jamás había tenido determinada su competencia y había llegado por último a la decisión de que, sin embargo, no había sido reconocida nunca por los estados grandes, que sus

[38] Alusión al motín contrarrevolucionario de la Vandée (provincia occidental de Francia), levantado en 1793 por los realistas franceses que utilizaron a los campesinos atrasados de esta provincia para luchar contra la revolución francesa.

resoluciones tuviesen fuerza de ley. Bajo estas circunstancias, y cuando el partido monárquico constitucionalista veía sus posiciones conquistadas por los absolutistas, que se habían sobrepuesto, no es de extrañar que la burguesía liberal y monárquica de casi toda Alemania cifrara sus últimas esperanzas en la mayoría de esta asamblea, lo mismo que los pequeños comerciantes y artesanos, núcleo del partido democrático, bajo la presión de los crecientes reveses, se unieron en torno a su minoría que constituía realmente la última agrupación parlamentaria compacta de la democracia. Por otra parte, los gobiernos de los estados grandes, particularmente el de Prusia, veía más y más la incompatibilidad de ese cuerpo electivo irregular con el sistema monárquico restaurado de Alemania, y si no forzaron de golpe la disolución fue sólo porque aún no había llegado el momento y porque Prusia esperaba primero echar mano de él para conseguir sus propios fines ambiciosos.

Entretanto, la pobre asamblea fue cayendo por sí sola en mayor confusión cada día. Sus diputados y comisarios eran tratados con el mayor de los desprecios tanto en Viena como en Berlín; uno de sus miembros,* pese a su inviolabilidad parlamentaria, había sido ejecutado en Viena como un rebelde común. Sus decretos no eran obedecidos por nadie. Y si los estados grandes los mencionaban en general, era sólo en notas de protesta en las que se disputaba el derecho de la Asamblea a aprobar leyes y disposiciones obligatorias para todos sus gobiernos. El poder ejecutivo central, representante de la asamblea, estaba enzarzado en querellas diplomáticas con casi todos los gabinetes de Alemania y, a despecho de sus esfuerzos, ni la asamblea ni el gobierno central pudieron hacer que Austria o Prusia declarasen cuáles eran, en última instancia, sus propósitos, planes y demandas. La Asamblea comenzó a ver claramente, al menos, que había dejado escapar el poder de sus manos, que se hallaba a la merced de Austria y Prusia y que, si intentaba dar a Alemania una constitución federal para toda ella, tenía que emprender inmediatamente y con toda seriedad la obra. Muchos de los diputados vacilantes vieron claramente asimismo que los gobiernos los engañaban como querían. Mas ¿qué podían hacer ahora, en su impotente posición? El único paso que aún podía salvarlos habría sido pasarse inmediata y resueltamente al campo del pueblo; pero el éxito, incluso de este paso, era más que dudoso; pero ¿podía haber entre este desamparado, indeciso y miope gentío de seres engreídos que veían bajo el ruido constante de rumores contradictorios y notas diplomáticas su único consuelo y apoyo en las aseveraciones eternamente repetidas de que eran los mejores, los más grandes y sabios del país y que sólo ellos podían salvar a Alemania? ¿Dónde estaban, volvemos a preguntar, entre estas pobres criaturas atontadas por completo en un solo año de vida parlamentaria, los hombres capaces de tomar una resolución rápida y decisiva, sin hablar ya de acciones enérgicas y consecuentes?

El gobierno austríaco se quitó al fin la careta. En su constitución del 4 de marzo proclamó a Austria monarquía indivisible con una hacienda común, un sistema aduanero y una organización militar únicos, borrando

* Roberto Blum. [E.]

con ello todas las barreras y diferencias entre las provincias alemanas y no alemanas. Esta declaración fue hecha en contra de las resoluciones y artículos de la proyectada Constitución federal que ya había sido aprobada por la Asamblea de Francfort. Era un desafío de Austria, y la pobre asamblea no tenía otra opción que recogerlo. Lo hizo con mucha fanfarronería, a lo que Austria, consciente de su fuerza y de la nulidad de la Asamblea, podía tranquilamente no prestar la menor atención. Y para vengarse de Austria por ese insulto, la honorable representación del pueblo alemán, como se denominaba a sí mismo, no vio nada mejor que postrarse ella misma, atada de pies y manos, a las plantas del gobierno de Prusia. Por increíble que pueda parecer, se hincó de rodillas ante los mismos ministros que había condenado como anticonstitucionales y antipopulares y cuya dimisión reclamara en vano. Los pormenores de esta desgraciada transacción y los tragicómicos sucesos que le sucedieron serán tema de nuestro próximo artículo.

Londres, abril de 1852

XV. EL TRIUNFO DE PRUSIA

Llegamos al último capítulo de la historia de la revolución alemana: el conflicto de la Asamblea nacional con los gobiernos de los diferentes estados, especialmente el de Prusia, la insurrección de Alemania del sur y del oeste y su aplastamiento final por Prusia.

Ya hemos visto la Asamblea nacional de Francfort en acción. La hemos visto pateada por Austria, insultada por Prusia, desobedecida por los estados pequeños, engañada por su propio "gobierno" central, impotente y a su vez engañado por todos los príncipes del país. Mas, por último, las cosas comenzaron a tomar un giro amenazador para esta débil, vacilante e insignificante institución legislativa. Se vio forzada a llegar a la conclusión de que "llevar a efecto la idea sublime de la Alemania unida es un peligro", el cual significaba, ni más ni menos, que cuanto la asamblea había hecho y estaba en vías de hacer parecía que acabaría en humo. Así se puso a funcionar con ahínco para llevar hasta el fin lo antes posible su gran obra: la "Constitución imperial".

Hubo, sin embargo, una dificultad. ¿Qué debía ser el poder ejecutivo? ¿Un consejo ejecutivo? Pues no: según el sabio parecer de la asamblea, eso significaría hacer de Alemania una república. ¿Elegir un "presidente"? Eso vendría a ser lo mismo. Así, lo que se debía hacer era restaurar el viejo título imperial. Pero como, naturalmente, el emperador debía ser un príncipe, ¿por quién se optaría? Ciertamente, por ninguno de los *dii minorum gentium*,* empezando por Reuss-Schleiz-Greiz-Lobenstein-Ebersdorf y acabando por el rey de Baviera; no lo habrían consentido ni Austria ni Prusia.

* Literalmente, dioses menores; en sentido figurado, personajes secundarios. [E.]

Podía ser sólo el de uno de estos dos estados. Mas ¿cuál de ellos? No cabe ninguna duda de que, en otras circunstancias favorables, esta augusta asamblea seguiría reunida hasta el presente, discutiendo el importantísimo dilema, sin poder llegar a ninguna conclusión de no haber cortado el gobierno austríaco el nudo gordiano y quitado a la asamblea los quebraderos de cabeza.

Austria comprendía perfectamente que desde el momento en que pudiera aparecer de nuevo, con todas sus provincias sometidas, ante Europa como una gran potencia europea, la propia ley de la gravitación política atraería a su órbita el resto de Alemania sin la ayuda de ninguna autoridad que pudiera darle una corona imperial concedida por la Asamblea de Francfort. Austria se había hecho mucho más fuerte y había cobrado mucha mayor libertad de movimiento desde que arrojó la impotente corona del imperio alemán, que trababa su propia política independiente sin agregarle ni un ápice de fuerza ni dentro ni fuera de Alemania. Y en el caso de que Austria no pudiera mantener sus posiciones en Italia e Hungría, también perdería su fuerza en Alemania y jamás podría pretender ya a la corona que se le había escapado de las manos cuando estaba en plena posesión de sus fuerzas. Por eso Austria se pronunció inmediatamente contra todo género de resurrección del poder imperial y reclamó explícitamente la restauración de la dieta alemana, el único gobierno central de Alemania conocido y reconocido por los tratados de 1815; y el 4 de marzo de 1849 promulgó una constitución que no tenía otro sentido que declarar a Austria monarquía indivisible, centralizada e independiente, distinta incluso de la Alemania que la Asamblea de Francfort debía reorganizar.

Esta explícita declaración de guerra no dejó, verdaderamente, a los sabihondos de Francfort otra opción que excluir a Austria de Alemania y crear con los restos de ese país una especie de Imperio romano oriental, una "Pequeña Alemania" cuyo manto imperial, bastante raído, debía colgar de los hombros de su majestad de Prusia. Debe recordarse que esto era el resurgir de un viejo proyecto concebido hacía ya seis u ocho años antes por el partido de los doctrinarios liberales de Alemania meridional y central que estimaban una providencia divina las humillantes circunstancias que habían vuelto a poner en primer plano su viejo pretexto como última "baza" para salvar el país.

De acuerdo con eso, en febrero y marzo de 1849, la asamblea dio fin a los debates de la constitución imperial junto con la Declaración de los derechos y de la ley electoral del imperio; mas no sin haberse visto obligada a hacer, en muchos puntos importantes, las concesiones más contradictorias, unas veces al partido conservador o, mejor dicho, reaccionario, y otras a las minorías avanzadas de la asamblea. En efecto, era evidente que el liderazgo de la asamblea, que había pertenecido antes a la derecha y al centro derecha (conservadores y reaccionarios), fue pasando poco a poco, si bien con lentitud, a la izquierda o a la parte democrática de esta asamblea. La postura bastante ambigua de los diputados austríacos en la asamblea, que había excluido a su país de Alemania, y a la que aún eran convocados a asistir y votar, propició la ruptura del equilibrio en la asamblea; y así, a fines de febrero, el centro izquierda y la izquierda se vieron

ya, con la ayuda de los votos austríacos, muy a menudo en mayoría, si bien durante algunas ocasiones la minoría conservadora de los austríacos, totalmente de improviso y para hacer gracia, votaba con la derecha, inclinando de nuevo la balanza hacia el otro lado. Con esos *soubresauts* repentinos, intentaban despertar el desprecio a la asamblea, de lo que, por otra parte, no había ninguna necesidad, ya que las masas populares se habían convencido desde hacía tiempo de la total vacuidad e inutilidad de todo lo que partía de Francfort. No es difícil imaginarse qué clase de constitución se redactó entretanto con todos esos bandazos de uno a otro lado.

La izquierda de la asamblea, que se creía ser la flor y nata, el orgullo de la Alemania revolucionaria, estaba totalmente embriagada con los escasos y deplorables éxitos obtenidos por la buena o, mejor dicho, mala voluntad de un puñado de políticos austríacos que obraban instigados por el despotismo austríaco y en beneficio de éste. Tan pronto como la mínima aproximación a sus propios principios, no muy bien definidos, recibía, diluida en dosis homeopáticas, una especie de sanción de la asamblea de Francfort, estos demócratas clamaban que habían salvado el país y el pueblo. Esta pobre gente, corta de entendimiento, ha estado tan poco acostumbrada a lo largo de su vida, nada interesante por lo general, a algo parecido a éxitos que ha creído realmente que sus míseras enmiendas, aprobadas por una mayoría de dos o tres votos, cambiarían la faz de Europa. Desde el mismo comienzo de su carrera legislativa ha estado más contagiada que cualquier otra minoría de la asamblea de la incurable enfermedad denominada *cretinismo parlamentario*, afección que imbuye a sus desgraciadas víctimas la solemne convicción de que todo el mundo, toda su historia todo su porvenir se rige y determina por una mayoría de votos emitidos en esa singular institución representativa que tiene el honor de contarlos entre sus miembros y que cuanto sucede extramuros de su sede: las guerras, las revoluciones, la construcción de ferrocarriles, la colonización de continentes enteros, los descubrimientos de oro en California, los canales de América central, los ejércitos rusos y cualquier otra cosa más que pueda pretender a influir algo en los destinos de la humanidad no es nada en comparación con los inconmensurables sucesos que dependen de la solución de cada problema importante, cualquiera que sea, de los que ocupa justamente en esos momentos la atención de su honorable cámara. De esa manera ha sido cómo el partido democrático de la asamblea, sólo por haber logrado introducir de contrabando en la "Constitución imperial" algunas de sus recetas, se creyó en primer orden obligada a apoyarla, si bien esta constitución contradecía flagrantemente en cada punto esencial sus propios principios proclamados tan a menudo; y cuando, al fin, los autores principales de este aborto lo abandonaron a su suerte, dejándoselo en herencia al partido democrático, éste aceptó y defendió dicha constitución *monárquica* incluso en oposición a cuantos propugnaban *por entonces* los propios principios *republicanos* de este partido.

Pero se debe confesar que la contradicción que se manifestaba en ella era sólo aparente. El carácter indeterminado, autocontradictorio e inmaduro de la constitución imperial era la mismísima imagen de las políticas inmaduras, confusas y contradictorias de estos señores democráticos. Y si

sus propiosdichos y escritos, en la medida que ellos podían escribir, no eran una prueba suficiente de ello, sus obras lo serían de sobra: pues entre la gente sensata es algo natural juzgar a una persona no por sus palabras, sino por sus obras; no por quien se quiere hacer pasar, sino por lo que hace y lo que es en realidad; y los hechos de estos héroes de la democracia alemana, como veremos más adelante, hablan con bastante elocuencia por sí mismos. Como quiera que sea, la Constitución imperial, con todos sus apéndices y galas, fue aprobada definitivamente y el 28 de marzo el Rey de Prusia fue elegido emperador de Alemania, excluida Austria, por 290 votos con 248 abstenciones y unas 200 ausencias. La ironía de la historia fue completa; la farsa imperial representada en las calles del estupefacto Berlín tres días después de la revolución del 18 de marzo de 1848 por Federico Guillermo IV[39] en un estado que en cualquier otro sitio le habría sido aplicada la ley del estado de Meine contra las bebidas alcohólicas, esta repugnante farse fue sancionada un año exactamente después por la ficticia Asamblea representativa de toda Alemania. ¡Tal fue, entonces, el resultado de la revolución alemana!

Londres, julio de 1852

XVI. LA ASAMBLEA NACIONAL Y LOS GOBIERNOS

La Asamblea nacional de Francfort, tras de haber elegido emperador de Alemania (sin Austria) al rey de Prusia, envió una diputación a Berlín a ofrecerle la corona, y luego aplazó sus sesiones. El 3 de abril de 1848, Federico Guillermo recibió a los diputados Les dijo que si bien aceptaba el derecho de supremacía sobre todos los otros príncipes de Alemania que la votación de los representantes del pueblo le concedía, no podía aceptar la corona imperial mientras no tuviera la seguridad de que los restantes príncipes reconocerían su supremacía y la constitución del Imperio que le otorgaba esos derechos. Agregó que era cosa de los gobiernos alemanes estudiar si la constitución era tal que ellos pudieran ratificarla. En todo caso, dijo para terminar, ciñese la corona imperial o no, estaría siempre dispuesto a desenvainar la espada contra cualquier enemigo exterior o interior. No tardaremos en ver cómo cumplió su promesa de manera bastante inesperada para la Asamblea nacional.

Luego de una profunda indagación diplomática, los sabihondos de Francfort llegaron finalmente a la conclusión de que esa respuesta era tanto como renunciar a la corona. Entonces (el 12 de abril) resolvieron que la constitución imperial era la ley del país y debía ser sostenida, y como no

[39] El 21 de marzo de 1848, a iniciativa de los ministros burgueses de Prusia, se organizó en Berlín un solemne cortejo real acompañado de manifestaciones en pro de la unificación de Alemania. Federico Guillermo IV pasó por las calles de Berlín con un brazelete negro, rojo y dorado, símbolo de la Alemania unida, y pronunció discursos seudopatrióticos.

sabían cómo obrar en adelante, eligieron el comité de los treinta para que propusiera modos de cumplimiento de esta constitución.

Esta resolución fue la señal para el conflicto que se declaró entonces entre la Asamblea de Francfort y los gobiernos alemanes.

Las clases medias, especialmente los pequeños comerciantes y los artesanos, se pronunciaron inmediatamente en pro de la nueva constitución de Francfort. No podían aguardar más el momento que debía ser "la cumbre de la revolución". En Austria y Prusia la revolución había acabado, por el momento, mediante la intervención de las fuerzas armadas; las clases mencionadas habrían preferido un modo menos violento de llevar a cabo esta operación, pero les faltó la oportunidad; la cosa estaba hecha, y había que resignarse a ello: ésa era la resolución que adoptaron en seguida y cumplían de la manera más heroica. En los estados pequeños, donde las cosas habían ido transcurriendo con suavidad relativa, las clases medias hacía mucho que se limitaban a la agitación parlamentaria, tan adecuada a su espíritu, vistosa pero ineficaz por no estar respaldada con fuerza alguna. Los diversos estados de Alemania, cada uno por separado, parecían haber adquirido así esa forma nueva y definitiva que se suponía les permitiría emprender desde ese momento la vía del desarrollo pacífico y constitucional. Sólo quedaba una cuestión pendiente, y era la de la nueva organización política de la Confederación alemana. Y esta cuestión, la única que aún parecía entrañar peligros, se creía necesario resolverla de golpe. De ahí, la presión ejercida sobre la Asamblea de Francfort por las clases medias para inducirla a que tuviese preparada la constitución lo antes posible; de ahí la resolución entre la gran burguesía y la pequeña burguesía a aceptar y apoyar esta constitución, comoquiera que fuese, con tal de crear sin demora un orden estable de las cosas. Así, desde el mismo comienzo, la agitación en pro de la constitución imperial dimanaba de un sentimiento reaccionario y partió de las clases que hacía ya mucho estaban cansadas de la revolución.

Pero había otro aspecto más de la cuestión. Los principios primeros y fundamentales de la futura constitución alemana habían sido votados durante la primavera y el verano de 1848, meses en que la agitación popular aún estaba en ascenso. Las resoluciones aprobadas entonces, si bien eran completamente reaccionarias *para aquel tiempo*, luego de los actos arbitrarios de los gobiernos austríaco y prusiano, parecieron extraordinariamente liberales y hasta democráticos. Había cambiado la medida de comparación. La Asamblea de Francfort no podía, sin suicidarse moralmente, borrar de la cuenta estas resoluciones ya votadas y rehacer la constitución imperial a imagen de las que los antemencionados gobiernos habían dictado espada en mano. Además, como ya hemos visto, la mayoría de esta asamblea había cambiado a favor de los partidos liberal y democrático, cuya influencia iba en aumento. Así, la constitución imperial no sólo se distinguió por su origen, exclusivamente popular en apariencia, sino que, al mismo tiempo, aun estando llena de contradicciones, era la constitución más liberal de Alemania. Su mayor falta estribaba en que no era más que una hoja de papel sin poder efectivo alguno para su aplicación en la vida.

En esas circunstancias era natural que el denominado partido demo-

crático, es decir, la masa de los pequeños comerciantes y artesanos, se aferrara a la constitución imperial. Esta clase había ido siempre en sus reivindicaciones más allá que la burguesía liberal monárquico-constitucional; había actuado con la mayor intrepidez, había amenazado muy a menudo con oponer resistencia armada y no había escatimado promesas de dar su sangre y su vida en la lucha por la libertad; pero ya había dado multitud de pruebas de que, en el momento de peligro, no se la veía por ninguna parte y de que jamás se había sentido tan bien como al siguiente día de la derrota decisiva, cuando todo estaba ya perdido y le quedaba al menos el consuelo de saber que, de una manera u otra, el asunto *ya estaba* arreglado. Por eso, mientras la adhesión de los grandes banqueros, fabricantes y comerciantes era de carácter más reservado, más como una simple demostración a favor de la constitución de Francfort, la clase social que se encontraba justamente por debajo de ellos, nuestros valientes tenderos democráticos dieron un paso adelante con gran ostentación y, como tenían por costumbre, proclamaron que antes derramarían hasta la última gota de sangre que dejarían tirar por los suelos la constitución imperial.

Apoyado por estos dos partidos, el de la burguesía partidaria de la monarquía constitucional y el de los pequeños comerciantes más o menos democráticos, el movimiento en pro de la inmediata puesta en vigor de la constitución imperial ganó terreno con rapidez y encontró su expresión más poderosa en los parlamentos de varios estados. Las cámaras de Prusia, Hannover, Sajonia, Baden y Württemberg se pronunciaron a favor de ella. La lucha entre los gobiernos y la Asamblea de Francfort adquirió carácter alarmante.

No obstante, los gobiernos obraron con rapidez. Las cámaras de Prusia fueron disueltas de manera anticonstitucional, pues aún tenían que estudiar y aprobar la constitución; en Berlín hubo desórdenes provocados intencionadamente por el gobierno; y al día siguiente, el 28 de abril, el gobierno prusiano hizo pública una circular en la que se conceptuaba la constitución imperial de documento de lo más anárquico y revolucionario que los gobiernos de Alemania debían revisar y depurar. Así, Prusia rechazó de plano el soberano poder constitutivo que los sabihondos de Francfort habían pregonado a bombo y platillos pero nunca implantado. Se convocó un congreso de príncipes,[40] y la vieja Dieta federal fue renovada para discutir la constitución que ya había sido promulgada con fuerza de ley. Simultáneamente, Prusia concentró tropas en Kreuznach, a tres días de camino desde Francfort, y exhortó a los pequeños estados a que siguieran su ejemplo, disolviendo también sus cámaras tan pronto como se

[40] Se refiere a la conferencia convocada para revisar la denominada Constitución imperial. Como resultado de la conferencia, el 26 de mayo de 1849 se concluyó un convenio ("unión de los tres reyes") entre los monarcas de Prusia, Sajonia y Hannover. La "unión" era una tentativa de la monarquía prusiana de lograr la hegemonía en Alemania, ya que el regente del imperio debía ser el rey de Prusia. No obstante, bajo la presión de Austria y Rusia, Prusia se vio obligada a retroceder y, ya en noviembre de 1850, a renunciar a la "unión".

adhirieran a la Asamblea de Francfort. Este ejemplo fue seguido en el acto por Hannover y Sajonia.

Era evidente que no se podía eludir el desenlace de la lucha por la fuerza de las armas. La hostilidad de los gobiernos y la agitación entre el pueblo se iban mostrando cada día con colores más subidos. Los ciudadanos democráticos procuraban convencer en todas partes a los militares, y en el sur de Alemania lo hicieron con gran éxito. Por doquier se celebraban grandes reuniones de masas que aprobaban resoluciones en apoyo de la constitución imperial y de la Asamblea nacional, incluso con la fuerza de las armas si era necesario. En Colonia se celebró una reunión de concejales de todos los municipios de la Prusia renana con el mismo fin. En el Palatinado, Bergen, Fulda, Nuremberg y Odenwald se reunieron grandes multitudes de campesinos llenos de entusiasmo. Al mismo tiempo, se disolvió la Asamblea constituyente de Francia y se prepararon nuevas elecciones en un ambiente de inmensa agitación mientras que al cabo de un mes, tras una serie de brillantes victorias en la frontera oriental de Alemania, los húngaros alejaron del Tissa hacia el Leitha la invasión austríaca y se esperaba de un día para otro la toma de Viena por asalto. Así, mientras la imaginación popular era excitada al máximo grado en todas partes, y quedaba más clara cada día la agresiva política de los gobiernos, no se podía eludir el choque violento, y sólo una cobarde imbecilidad pudo persuadir de que la lucha acabaría pacíficamente. Pero esta cobarde imbecilidad estaba muy generalizada en la Asamblea de Francfort.

Londres, julio de 1852

XVII. LA INSURRECCIÓN

El conflicto inevitable entre la Asamblea nacional de Francfort y los gobiernos de los estados de Alemania estalló al fin. Las hostilidades comenzaron en los primeros días de mayo de 1849. Los diputados austríacos, reclamados por su gobierno, habían abandonado ya la asamblea y regresado a sus casas a excepción de los pocos miembros del partido de izquierda, o democrático. La gran mayoría de los diputados conservadores, conscientes del giro que iban a tomar los acontecimientos, abandonaron la asamblea antes incluso de que se lo mandaran hacer sus respectivos gobiernos. Así, incluso independientemente de las causas indicadas en los artículos precedentes, causas que reforzaron la influencia de la izquierda, la simple deserción de los diputados de la derecha fue suficiente para convertir la vieja minoría en mayoría de la asamblea. La nueva mayoría, que jamás había soñado antes con obtener esa dicha, aprovechó sus escaños de la oposición para echar peroratas contra la debilidad, la indecisión y la indolencia de la antigua mayoría y de su regencia imperial. Ahora todos *ellos* tuvieron que ocupar de pronto el puesto de la vieja mayoría. *Ellos* tenían que mostrar ahora de qué eran capaces. Naturalmente, *su* actuación debía ser enérgica, resuelta y activa. *Ellos*, la *flor y nata* de Alemania, pronto podrían empujar

al senil regente del imperio y a sus vacilantes ministros, y en el caso de que eso fuera imposible, destituirían, y no podía caber ninguna duda de ello, por la fuerza del derecho soberano del pueblo a ese impotente gobierno y lo reemplazarían con un Comité ejecutivo enérgico e infatigable que aseguraría la salvación de Alemania. ¡Pobrecitos! *Su* gobernación, si puede llamarse gobernación donde nadie obedece, era más ridícula aún que la de sus predecesores.

La nueva mayoría declaró que, a despecho de todos los obstáculos, la constitución imperial debía ponerse en práctica y *sin demora;* que el 15 de julio siguiente el pueblo tenía que elegir a los diputados de la nueva cámara de representantes y que esta cámara se reuniría en Francfort el 22 de agosto siguiente. Eso era ya una explícita declaración de guerra a los gobiernos que no habían reconocido la constitución imperial, ante todo a los de Prusia, Austria y Baviera, que abarcaban a más de las tres cuartas partes de la población alemana; era una declaración de guerra que fue aceptada en el acto por ellos. Prusia y Baviera llamaron también a los diputados enviados desde sus territorios a Francfort y apresuraron los preparativos militares contra la Asamblea nacional; por otra parte, las manifestaciones del partido democrático (fuera del parlamento) a favor de la constitución imperial y de la Asamblea nacional adquirieron un carácter más turbulento y violento, y las masas obreras, dirigidas por hombres del partido más extremista, estaban listas para empuñar las armas por una causa que, si no era la de ellas, les concedía al menos la oportunidad de acercarse algo a la conquista de sus fines, librando a Alemania de sus viejas cadenas monárquicas. Así, el pueblo y los gobiernos se vieron por doquier en grave conflicto entre sí; el estallido era inevitable; la mina estaba cargada, sólo faltaba la chispa que la hiciera explotar. La disolución de las cámaras en Sajonia, el llamamiento a filas de la Lanwehr (los reservistas) en Prusia y la resistencia declarada del gobierno a la constitución imperial eran esa chispa; la chispa saltó, y todo el país quedó envuelto en el acto por las llamas. En Dresde, el pueblo victorioso tomó la ciudad el 4 de mayo y expulsó al rey,* en tanto que todos los distritos circundantes enviaban refuerzos a los sublevados. En la Prusia renana y Westfalia, los reservistas se negaron a ponerse en marcha, se apoderaron de los arsenales y se armaron en defensa de la Constitución imperial. En el Palatinado, el pueblo detuvo a los funcionarios gubernamentales de Baviera, se apoderó del tesoro público e instituyó un Comité de defensa que puso la provincia bajo la protección de la Asamblea nacional. En Württemberg, el pueblo obligó al Rey a reconocer la constitución imperial, y en Baden el ejército, unido al pueblo, puso en fuga al Gran duque y erigió un Gobierno provisional. En otras partes de Alemania el pueblo sólo esperaba la señal decisiva de la Asamblea nacional para alzarse en armas y ponerse a su disposición.

La postura de la Asamblea nacional fue mucho más favorable de lo que se hubiera podido esperar después de su indigno pasado. La parte occidental de Alemania había empuñado las armas en defensa de la asamblea; las tropas vacilaban por todas partes; en los estados pequeños se inclinaban

* Federico Augusto II. [E.]

evidentemente por el movimiento. Austria había sido puesta al borde del precipicio por la victoriosa ofensiva de los húngaros, y Rusia, baluarte de reserva de los gobiernos alemanes, ponía en tensión todas sus fuerzas para ayudar a Austria contra los ejércitos húngaros. Sólo quedaba por vencer a Prusia, y con las simpatías revolucionarias que había en este país, la probabilidad de éxito era más que posible. Todo, pues, dependía de la conducta de la asamblea.

Ahora bien, la insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdeña. Estas reglas, lógica deducción de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que uno ha de tratar en cada caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 las ha dado a conocer de sobra a los alemanes. La primera es que jamás se debe jugar a la insurrección a menos se esté completamente preparada para afrontar las consecuencias del juego. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual; si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos, aunque pequeños, pero diarios; mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad; obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas; en suma, hay que obrar según las palabras de Danton, el maestro más grande de la política revolucionaria que se ha conocido: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!*

¿Qué debía hacer, pues, la Asamblea nacional de Francfort para evitar el seguro fracaso que la amenazaba? Ante todo, aclarar la situación y convencerse de que no había otra salida que someterse a los gobiernos incondicionalmente o adoptar la causa de la insurrección armada sin reservas ni titubeos. Segundo, reconocer públicamente todas las insurrecciones que ya habían estallado y llamar en todas partes al pueblo, a empuñar las armas en defensa de la representación nacional, poniendo fuera de la ley a todos los príncipes, ministros y demás personajes que se atrevieran a oponerse a la soberanía del pueblo representado por sus mandatarios. Tercero, destituir en el acto al regente imperial de Alemania y fundar un Comité ejecutivo fuerte, activo, *que no retrocediera ante nada*, llamar a las tropas rebeldes a Francfort para contar inmediatamente con su protección, ofreciendo así al propio tiempo un pretexto legal para extender la sedición, organizar en un cuerpo compacto todas las fuerzas a su disposición y aprovechar rápidamente, sin tardanza ni titubeos, todo medio propicio para reforzar su posición y debilitar la de sus adversarios.

Los virtuosos demócratas de la Asamblea de Francfort hicieron precisamente todo lo contrario. No contentos con dejar que las cosas transcurriesen según su curso natural, estos venerables varones fueron tan lejos

que, con su oposición, dejaron que se aplastasen los movimientos insurreccionales que se estaban preparando. Así obró, por ejemplo, el señor Carl Vogt en Nuremberg. Toleraron que se aplastaran las insurrecciones de Sajonia, la Prusia renana y Westfalia sin más ayuda que la de la protesta póstuma y sentimental contra la insensible violencia del gobierno prusiano. Mantuvieron en secreto relaciones diplomáticas con la insurrección del sur de Alemania, pero no le concedieron la ayuda de reconocerla públicamente. Sabían que el regente del imperio estaba al lado de los gobiernos, y a pesar de ello, *lo* exhortaban, sin hacer él ningún caso, a oponerse a las intrigas de estos gobiernos. Los ministros del imperio, todos viejos conservadores, ridiculizaban por doquier esta impotente asamblea, y ellos lo toleraban. Y cuando Wilhelm Wolff, diputado de Silesia y uno de los redactores de *Neue Rheinische Zeitung*, los conminó a que la asamblea pusiera fuera de la ley al regente del imperio, que era, como decía en verdad Wolff, el primer y mayor traidor del imperio, ¡esos demócratas revolucionarios le taparon la boca con unánimes gritos de virtuosa indignación! En suma, que siguieron hablando, protestando, clamando y perorando, pero nunca con valentía ni intenciones de actuar; entretanto, las tropas hostiles de los gobiernos se iban aproximando más y más, y su propio poder ejecutivo, el regente del imperio, se dedicaba tesoneramente a confabularse con los príncipes alemanes para acelerar la destrucción de la asamblea. Así, hasta el último vestigio de consideración perdió esta despreciable asamblea; los sublevados, que se habían alzado para defenderla, dejaron de preocuparse por su suerte, y cuando, como veremos más adelante, se llegó por último a su vergonzoso fin, la asamblea feneció sin que nadie se cuidara de su muerte sin pena ni gloria.

Londres, agosto de 1852

XVIII. LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES Y ARTESANOS

En nuestro último artículo hemos mostrado que la lucha entre los gobiernos alemanes, por un lado, y el Parlamento de Francfort, por el otro, había adquirido últimamente tal grado de violencia que, en los primeros días de mayo, en gran parte de Alemania estallaron insurrecciones: primero en Dresde, luego en el Palatinado bávaro, en parte de la Prusia renana y, por último, en Baden.

En todos los casos, las *verdaderas fuerzas combativas* de los insurrectos, las que empuñaron primero las armas y dieron la batalla a las tropas, eran *los obreros de las ciudades*. Parte de la población más pobre del campo, los jornaleros y los pequeños campesinos, se adherían a ellos por lo general después de que estallaba el conflicto. El mayor número de jóvenes de todas las clases inferiores a la de los capitalistas se encontraba, al menos por algún tiempo, en las filas de los ejércitos insurrectos, pero esta multitud, bastante abigarrada, de jóvenes, disminuyó rápidamente tan pronto como las cosas tomaran un giro algo serio. Particularmente los estudiantes,

estos "representantes del intelecto", como les agradaba denominarse, fueron los primeros en abandonar sus banderas, a menos que se lograse sujetarlos, ascendiéndolos a oficiales, para lo cual, por supuesto, sólo muy rara vez tenían los dones necesarios.

La clase obrera participó en esta insurrección como lo hubiera hecho en otra cualquiera que les permitiera o retirar algunos de los obstáculos interpuestos en su progreso hacia la dominación política y la revolución social o, al menos, obligara a las clases sociales más influyentes, pero menos valientes, a seguir un rumbo más decidido y revolucionario del que habían seguido hasta entonces. La clase obrera empuñó las armas con pleno conocimiento de que esa lucha, por sus fines directos, no era la suya; pero se atuvo a la única política acertada para ella: no permitir a ninguna clase, encumbrada a costa suya (como había hecho la burguesía en 1848), que consolidase su dominación de clase si no le dejaba, al menos, el campo libre para la lucha por sus propios intereses; en todo caso, aspiraba a provocar una crisis por la que o la nación fuese resuelta e inconteniblemente encauzada por la senda revolucionaria o se la condujese al restablecimiento más completo posible del *status quo* prerrevolucionario y, por lo mismo, hiciese inevitable una nueva revolución. En ambos casos, la clase obrera representaba los intereses reales y bien entendidos de toda la nación, acelerando cuanto pudiera el rumbo revolucionario que, para las viejas sociedades de la civilizada Europa, era ya una necesidad histórica y sin el cual ninguna de ellas podía aspirar de nuevo a un desarrollo más tranquilo y regular de sus fuerzas.

En cuanto a la población rural, que se había adherido a la insurrección, ésta se lanzó en lo fundamental a los brazos del partido revolucionario, en parte, por el enorme peso de los impuestos y, en parte, por las cargas feudales que la agobiaban. Faltos de iniciativa propia, iban a la cola de las otras clases incorporadas a la insurrección, vacilando entre los obreros y la clase de los pequeños artesanos y comerciantes. Su propia posición social privada decidía en casi todos los casos el camino que elegían; los obreros agrícolas apoyaban por lo general a los artesanos de la ciudad, y los pequeños campesinos optaban por ir de la mano con la pequeña burguesía.

Esta clase de los pequeños comerciantes y artesanos, cuyas gran importancia e influencia hemos advertido ya varias veces, puede ser considerada la clase dirigente de la insurrección de mayo de 1849. Como en esta ocasión entre los centros del movimiento no figuraba ninguna ciudad grande de Alemania, dicha clase, que predomina siempre en las ciudades medianas y pequeñas, encontró los medios de tomar en sus manos la dirección del movimiento. Hemos visto, además, que en esta lucha por la constitución imperial y por los derechos del parlamento alemán se ponían en juego precisamente los intereses de la clase que estamos tratando. Los gobiernos provisionales que se formaron en todas las regiones sublevadas representaban en su mayoría a esta parte del pueblo; por eso puede juzgarse de lo que es capaz de hacer, en general, la pequeña burguesía alemana, por la magnitud del movimiento y, como veremos, es sólo capaz de frustrar cualquier movimiento que se confíe a su dirección.

La pequeña burguesía, grande en jactancia, es completamente incapaz

de actuar y muy cobarde para arriesgar algo. El carácter *mezquino* de sus transacciones comerciales y de sus operaciones de crédito es de lo más apto para imprimir un sello de falta de energía y espíritu emprendedor; por eso era de esperar que estas mismas cualidades marcasen su rumbo político. Efectivamente, la pequeña burguesía incitaba a la insurrección con palabras rimbombantes y gran jactancia de lo que iba a hacer; ansiaba adueñarse del poder tan pronto como la insurrección, en mucho contra su voluntad, estallara; e hizo uso de su poder con el único propósito de reducir a la nada los efectos de la insurrección. Dondequiera que el conflicto armado llevaba a una seria crisis, la pequeña burguesía era presa del mayor pánico por la peligrosa situación que la crisis creaba; era presa de pánico ante el pueblo que había tomado en serio sus jactanciosos llamamientos a las armas; presa de pánico del poder que de ese modo le había caído en las manos; presa de pánico, sobre todo, de las consecuencias que tendría para ella, para sus posiciones sociales y para sus fortunas la política en que se habían metido ellos mismos. ¿No se esperaba de ella que arriesgara "la vida y la propiedad", como acostumbraba a decir, por la causa de la insurrección? ¿No se había visto obligada a tomar posiciones oficiales en la insurrección, por lo que, en caso de derrota, ella corría el peligro de perder su capital? Y en caso de victoria, ¿no estaba ella segura de verse inmediatamente desplazada de sus puestos y ver radicalmente trastocada su política por los proletarios triunfantes que constituían la fuerza principal de su ejército combativo? Colocada así entre los peligros opuestos que la rodeaban por todos lados, la pequeña burguesía no supo aprovechar su poder más que para dejar que las cosas fuesen al azar, en virtud de lo cual se malogró, como es natural, la pequeña oportunidad de éxito que pudo haber y, así, condenar definitivamente la insurrección a la derrota. La política o, mejor dicho, la falta de política de la pequeña burguesía fue la misma por doquier, y, por eso, las insurrecciones de mayo de 1849 en todas las tierras de Alemania estuvieron cortadas por el mismo patrón.

En Dresde, la lucha duró cuatro días en las calles. La pequeña burguesía de la ciudad, la "guardia municipal", ya no se mantuvo al margen de la lucha, sino que, en muchas ocasiones, favoreció las operaciones de las tropas contra los insurrectos, que eran casi exclusivamente obreros de los distritos fabriles circundantes y encontraron *un jefe capaz y sereno en el refugiado ruso Mijaíl Bakunin,* que fue hecho prisionero y se encuentra actualmente recluido en la fortaleza de Munkacs, en Hungría. La intervención de numerosas tropas prusianas aplastó esta insurrección.

En la Prusia renana, la lucha era de poca monta. Como todas las grandes ciudades eran fortalezas dominadas por ciudadelas, las acciones de los sublevados hubieron de limitarse a escaramuzas aisladas. En cuanto hubo bastantes tropas concentradas, se puso fin a la resistencia armada.

En el Palatinado y en Baden, por el contrario, los sublevados se adueñaron de una región rica y fértil y de un estado entero. El dinero, las armas, los soldados, las municiones, todo estaba a su disposición. Los soldados del ejército regular se adhirieron voluntariamente a los insurrectos; es más, en Baden formaban en las primeras filas. Las insurrecciones de Sajonia y de la Prusia renana se sacrificaron por ganar tiempo para organizar

este movimiento del sur de Alemania. Jamás hubo, como en este caso, condiciones tan propicias para una insurrección provincial y parcial. En París se esperaba una revolución; los húngaros estaban a las puertas de Viena; en todos los estados centrales de Alemania estaban a favor de la insurrección no sólo el pueblo, sino incluso las tropas, que sólo esperaban una oportunidad para adherirse a ella abiertamente. Sin embargo, como el movimiento cayó en manos de la pequeña burguesía, fue frustrado desde el mismo comienzo. Los gobernantes pequeñoburgueses, particularmente los de Baden, encabezados por el señor Brentano, jamás olvidaron que, usurpando el puesto y las prerrogativas del soberano "legal", el Gran duque, incurrían en alta traición. Se mantuvieron quietos en sus sillones ministeriales, sintiéndose delincuentes en el alma. ¿Qué se podía esperar de esos cobardes? No sólo abandonaron la insurrección a la espontaneidad, dejándola descentralizada y, por lo mismo, ineficaz, sino que hicieron cuanto pudieron para restar al movimiento toda la energía, debilitarlo y malograrlo. Y lo consiguieron merced al celoso apoyo de la clase de los profundos políticos, de los héroes "democráticos" de la pequeña burguesía que estaban seriamente convencidos de que "salvaban el país" mientras toleraban que los engañasen unos cuantos trapacistas como Brentano.

Por cuanto al aspecto bélico del asunto se refiere, jamás se llevaron las operaciones militares con tanto desaliño y mentecatez como bajo la dirección del ex teniente general del ejército regular Sigel, general en jefe de Baden. Todo estaba en completo desorden, se dejaron pasar todas las oportunidades propicias y perder todos los momentos preciosos, planeando proyectos colosales, pero impracticables, y cuando, al fin, se hizo cargo del mando el polaco de talento Mieroslawski, el ejército estaba desorganizado, derrotado, desmoralizado, mal abastecido y teniendo que hacer frente a un enemigo el cuádruple más numeroso. Mieroslawski no pudo hacer otra cosa que dar en Waghäusel una batalla gloriosa, pero sin éxito, replegarse inteligentemente, ofrecer un último combate sin esperanzas ante los muros de Rastatt y deponer el mando. Lo mismo que en todas las guerras insurreccionales, en las que los ejércitos son mezclas de soldados adiestrados y reclutas sin preparación, en el ejército revolucionario hubo mucho heroísmo y, a la vez, mucho pánico, impropio del soldado; pero, con toda la imperfección que no podía menos de tener, le cupo al menos la satisfacción de ver que la cuádruple superioridad numérica del enemigo no pareció a éste suficiente para derrotarlo y de que cien mil hombres de un ejército regular en una campaña contra veinte mil insurrectos les tenían en el aspecto militar tanto respeto como si hubiesen tenido que pelear contra la Vieja guardia de Napoleón.

La insurrección estalló en mayo de 1849, y a mediados de julio del mismo año fue aplastada por completo, acabando así la primera revolución alemana.

XIX. EL FIN DE LA INSURRECCIÓN

Mientras el sur y el oeste de Alemania se encontraban abiertamente suble-

vados, y los gobiernos tardaron más de diez semanas, desde el comienzo de las hostilidades en Dresde hasta la capitulación de Rastatt, en sofocar esta llamarada de la primera revolución alemana, la Asamblea nacional desapareció de la escena política sin que nadie lo notara.

Dejamos a esta augusta institución en Francfort desconcertada por los insolentes ataques de los gobiernos contra su dignidad, por la impotencia y la traicionera inactividad del poder central que ella misma había creado, por los alzamientos de los pequeños comerciantes y artesanos en defensa de este poder y por las insurrecciones de la clase obrera que perseguían un objetivo final más revolucionario. Entre los miembros de la asamblea reinaban el abatimiento y la desesperación; los acontecimientos tomaron en seguida un sesgo tan determinado y decisivo que en pocos días se disiparon las ilusiones de estos doctos legisladores respecto a su fuerza e influencia reales. Los conservadores, a una señal dada por los gobiernos, se retiraron de una institución que, desde ese momento, ya no podía existir más que desafiando a las autoridades constituidas. Los liberales, desconcertados en grado sumo, tuvieron por irremediablemente perdida la causa; y también renunciaron a sus funciones representativas. Los honorables señores desertaban por centenares. De ochocientos o novecientos que eran al principio, su número fue disminuyendo con tanta rapidez que pronto se hubo de declarar un quórum de ciento cincuenta, y pocos días después, de cien diputados. Y aun así, era difícil reunir este número mínimo, pese a que el partido democrático quedó íntegro en la asamblea.

Estaba suficientemente claro lo que debía hacer el resto del parlamento. Sólo adherirse abierta y resueltamente a la insurrección, dándole con ello toda la fuerza que podía conferirle la legalidad en tanto que adquiría, al mismo tiempo, un ejército para su defensa. Debió exigir del poder central el cese inmediato de todas las hostilidades; y si, como pudo haberse previsto, esta autoridad no pudiera ni quisiera hacerlo, destituirla en el acto y formar un gobierno más enérgico en su lugar. Si las tropas insurrectas no podían ser desplazadas a Francfort (cosa que, al principio, cuando los gobiernos de los estados se hallaban poco preparados y aún dudaban, pudo haberse hecho con facilidad), entonces la asamblea pudo haber trasladado sin demora su sede al mismo centro de la región insurrecta. Todo eso, si se hubiera hecho en seguida y con energía, no más tarde de mediados o fines de mayo, podían haberse dado probabilidades de éxito tanto para la insurrección como para la Asamblea nacional.

Pero no se podían esperar pasos tan decididos de los representantes de los tenderos alemanes. Estos ambiciosos estadistas no se habían librado en absoluto de sus ilusiones. Los diputados que habían perdido su fatal fe en la fuerza e inviolabilidad del parlamento, habían tomado ya las de Villadiego; los demócratas, que seguían en sus sitios, no se dejaban inducir tan fácilmente a abandonar los sueños de poder y grandeza que habían acariciado durante doce meses. Fieles al rumbo que habían tomado antes, eludían toda acción enérgica hasta que, al fin, desaparecieron todas las oportunidades de éxito e incluso la menor posibilidad de sucumbir, al menos, con honores de guerra. Desplegando una apariencia de actividad, cuya total infructuosidad, unida a sus grandes pretensiones, no podía sino despertar

compasión y mover a risa, siguieron tomando resoluciones, enviando mensajes y solicitudes a un regente imperial que no les hacía el menor caso y a ministros que estaban abiertamente aliados con el enemigo. Y cuando, al fin, *Wilhelm Wolff*, diputado por Striegau, uno de los redactores de la *Neue Rheinische Zeitung*, el único hombre verdaderamente revolucionario en toda la asamblea, les dijo que si tomaban en serio sus propias palabras debían poner fin a su propia charlatanería y declarar fuera de la ley al regente imperial, primer traidor del país, la virtuosa indignación tanto tiempo contenida de estos señores parlamentarios estalló de pronto con tanta violencia como jamás mostraran cuando el gobierno les lanzaba un insulto tras otro. Y así tenía que ser, ya que la propuesta de Wolff fue la primera palabra sensata pronunciada entre las paredes de la catedral de San Pablo; pues él exigía justamente lo que hacía falta hacer, y esa claridad de expresión, en la que todo se llamaba con su nombre, no podía sino ofender a unas almas sentimentales resueltas sólo en su irresolución y demasiado cobardes para actuar que se habían metido en la cabeza de una vez para siempre que, no haciendo nada, hacían exactamente lo que debían hacer. Cada palabra que les aclaraba, como el fogonazo de un relámpago, la fatua nebulosidad intencionada de sus mentes, cada sugerencia capaz de sacarlos del laberinto en que se habían obstinado en meterse ellos mismos y en el que se habían obstinado en seguir el mayor tiempo posible, cada concepción clara de las cosas tales y como eran, sonaba para ellos como un agravio a la majestad de esta asamblea soberana.

Poco después de que la situación de los honorables señores de Francfort se hizo insostenible, a despecho de las resoluciones, llamamientos, interpelaciones y proclamas, se retiraron, pero no a las regiones sublevadas; eso habría sido un paso demasiado decidido. Se fueron a Stuttgart, donde el gobierno de Württemberg mantenía una especie de neutralidad expectante. Allí, al menos, declararon que el regente del imperio había perdido su derecho al poder y eligieron entre ellos a una regencia de cinco personas. Esta regencia procedió en el acto a adoptar una ley sobre la milicia que fue enviada a todos los gobiernos de Alemania, observando las formalidades debidas. ¡A esos enemigos declarados de la asamblea se ordenaba que reuniesen fuerzas en su defensa! Así se formó, claro que en el papel, un ejército para la defensa de la Asamblea nacional. Divisiones, brigadas, regimientos, baterías: todo quedaba regulado y ordenado. No faltaba nada más que la realidad, ya que este ejército, naturalmente, jamás existió.

Un último esquema se ofrecía por sí solo a la Asamblea nacional. La población democrática de todas las partes del país envió diputaciones para ponerse a disposición del parlamento y hacerle que obrase con resolución. El pueblo, que conocía cuáles eran las intenciones del gobierno de Württemberg, pidió a la Asamblea nacional que lo obligase a colaborar abierta y activamente con sus vecinos sublevados. Pero no. La Asamblea nacional, en vez de hacer eso, se fue a Stuttgart y se entregó a la buena merced del gobierno de Württemberg. Los diputados se daban cuenta de lo que hacían y por eso se opusieron a la agitación entre el pueblo. Así perdieron la poca influencia que les podía haber quedado. Se ganaron el desprecio merecido, y el gobierno de Württemberg, presionado por Prusia y el regente imperial,

puso fin a la farsa democrática, cerrando el 18 de junio de 1849 la sala donde se reunía el parlamento y ordenando a los miembros de la regencia que abandonaran el país.

Entonces se fueron a Baden, al campo de la insurrección, pero allí ya no hacían ninguna falta. Nadie les hacía caso. La regencia, sin embargo, en nombre del soberano pueblo alemán, continuó salvando el país con sus esfuerzos. Hizo una tentativa de que lo reconociesen las potencias extranjeras, entregando *passports* a cuantos desearan recibirlos. Editó proclamas y envió comisarios a sublevar las regiones de Württemberg a las que había negado la ayuda cuando aún era tiempo; y como es natural, sin resultado alguno. Ahora tenemos a la vista un informe original de los enviados a la regencia por uno de esos comisarios, el señor Roesler (diputado por Oels), cuyo contenido es bastante característico. Está fechado el 30 de junio de 1849 en Stuttgart. Después de describir las aventuras de media docena de esos comisarios en una búsqueda infructuosa de dinero, da una serie de excusas por no haber llegado aún a su lugar de destino y luego se explaya en argumentaciones de más peso respecto a las posibles disensiones entre Prusia, Austria, Baviera y Württemberg con sus posibles consecuencias. Después de haberlo pensado bien todo, llega, sin embargo, a la conclusión de que ya no queda ninguna oportunidad. A continuación propone formar con hombres de confianza un servicio de información y un sistema de espionaje para conocer las intenciones del gobierno de Württemberg y los movimientos de las tropas. Esta carta no llegó a sus destinatarios, ya que, cuando fue escrita, la "regencia" había pasado ya enteramente al "departamento de asuntos extranjeros", es decir, a Suiza. Y en tanto que el pobre señor Roesler aún se rompía los cascos en cuanto a las intenciones del terrible gobierno de un reino de sexta categoría, cien mil soldados prusianos, bávaros y hesianos habían ventilado ya todas las cuestiones en la última batalla reñida al pie de los muros de Rasttat.

Así se desvaneció el parlamento alemán y, con él, la primera y última creación de la revolución. Su convocación había sido la primera evidencia de que allí *había habido* realmente una revolución en enero; y existió hasta que se puso fin a esta primera revolución moderna de Alemania. Elegido bajo la influencia de las clases capitalistas, por una población rural desmembrada y dispersa, cuya mayor parte acababa de salir de la mudez del feudalismo, este parlamento sirvió para unir en un cuerpo en el terreno político todos los grandes nombres populares de 1820 y 1848 y luego anularlos por completo. Todas las celebridades de la clase media liberal estaban reunidas en él; la burguesía esperaba maravillas y se ganó la vergüenza para ella y sus representantes. La clase capitalista industrial y comercial sufrió en Alemania una derrota más completa que en cualquier otro país; primero fue vencida, quebrantada y destituida de los cargos oficiales en todos los estados de Alemania; luego fue tirada por los suelos, vejada y puesta en ridículo en el Parlamento central de Alemania. El liberalismo político, la gobernación de la burguesía, tanto en forma monárquica como republicana, es imposible para siempre en Alemania.

En el último período de su existencia, el parlamento alemán sirvió para envilecer eternamente a la fracción que encabezó desde marzo de

1848 la oposición oficial, a los representantes demócratas de los intereses de los pequeños artesanos y comerciantes y parte de los campesinos. En mayo y junio de 1849 se dio a esta clase una oportunidad de mostrar su capacidad para formar un gobierno firme en Alemania. Ya hemos visto el fracaso que tuvo; y no tanto por las adversas circunstancias como por su evidente y constante cobardía, que siempre se manifestó en todos los movimientos decisivos que hubo desde el estallido de la revolución; y eso porque, en política, ha mostrado la misma miopía, pusilanimidad y vacilación típicas de sus operaciones mercantiles. En mayo de 1849, en virtud de esa conducta, perdió ya la confianza de la clase obrera, verdadera fuerza combativa de todas las insurrecciones europeas. Y aun con todo, tuvo probabilidades de triunfar. Desde el momento en que los reaccionarios y los liberales abandonaron el parlamento, éste les pertenecía exclusivamente a ellos. La población rural se puso a su lado. Dos terceras partes de los ejércitos de los estados pequeños, una tercera parte del prusiano y la mayoría de la Landwehr (reserva o milicia) prusiana estaban dispuestas a adherirse a él si hubiese actuado con resolución y coraje en consecuencia de una clara visión de la marcha de las cosas. Pero los políticos que continuaban dirigiendo a esta clase no eran más sagaces que la masa de pequeños comerciantes y artesanos que los seguían. Demostraron ser más ciegos aún, estar más aferrados a las ilusiones que alimentaban ellos mismos por propia voluntad, ser más crédulos y más incapaces de tener resueltamente en cuenta los hechos que los liberales. Su importancia política también cayó por debajo del punto de congelación. Pero como, de hecho, no pusieron en práctica sus triviales principios, habrían podido, ante la concurrencia de circunstancias *muy* favorables, resurgir por un momento, pero esta última esperanza se les frustró lo mismo que a sus colegas de la "democracia pura" en Francia con *el golpe de estado de Luis Bonaparte.*

La derrota de la insurrección del sudoeste de Alemania y la dispersión del Parlamento alemán ponen fin a la historia de la primera revolución alemana. No nos queda más que echar un vistazo de despedida a los victoriosos miembros de la alianza contrarrevolucionaria. Lo haremos en nuestro siguiente artículo.[41]

Londres, 24 de septiembre de 1852

[Publicado en español en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1973, t. I, pp. 307-396.]

[41] El último artículo de esta serie no se publicó en el *New York Daily Tribune.* En la edición inglesa de 1896, preparada para la prensa por Eleonora Marx-Eveling, hija de Karl Marx, así como en varias ediciones subsiguientes, se insertó como último artículo el de Engels, que no se incluía en esta serie y llevaba por título *El reciente proceso de Colonia.*

KARL MARX

TURQUÍA

[. . .] El príncipe Menschikov después de revistar las fuerzas rusas estacionadas en los principados del Danubio, y después de inspeccionar el ejército y la flota de Sebastopol, donde quiso ver ejércicios de embarque y desembarque de tropas, entró el 28 de febrero en Constantinopla de la manera más teatral, acompañado por un séquito de doce personas, que incluía al almirante de la escuadra rusa del Mar Negro, un general de división y varios oficiales de estado mayor, con el conde Nesselrode, hijo, como secretario de la embajada. Lo recibieron los habitantes griegos y rusos como si fuese el propio zar ortodoxo que entraba en "Zarigrad" para devolverla a la fe verdadera. Aquí y en París hubo mucha excitación por las noticias de que el príncipe Menschikov, no conforme con el despido de Fuad Efendi, había pedido que el sultán dejase al emperador de Rusia no solamente la protección de todos los cristianos de Turquía, sino también el derecho de nombrar el patriarca ortodoxo; que el sultán había acudido a la protección de Inglaterra y Francia; que el coronel Rose había despachado el vapor *Wasp* a Malta, rápidamente, para requerir la presencia inmediata de la flota inglesa en el archipiélago, y que barcos rusos habían anclado en Kili, cerca del Bósforo. El *Moniteur* de París nos informa que la escuadra francesa de Tolón ha recibido órdenes de ir hacia aguas griegas. Sin embargo el almirante Dundas está en Malta todavía. Por todo esto es evidente que la Cuestión oriental está otra vez a la *ordre du jour* europea, lo que no asombra a los que conocen de historia.

Cada vez que el huracán revolucionario se calmó por un momento, presentóse una cuestión: la eterna "*Cuestión oriental*". Así, cuando pasaron las tormentas de la primera revolución francesa y Napoleón y Alejandro se repartieron después de la paz de Tilsit todo el continente europeo, Alejandro aprovechó la calma momentánea para mandar un ejército a Turquía, y "dar una mano" a las fuerzas que desde adentro estaban desarmando el imperio decadente. Y en cuanto los congresos de Leibach y Verona sofocaron los movimientos revolucionarios de Europa occidental, Nicolás, el sucesor de Alejandro, probó otra vez con Turquía. Unos años después, cuando pasó la revolución de julio y las consecuentes insurrecciones de Polonia, Italia, Bélgica y la Europa remodelada de 1831 parecía a salvo de chubascos domésticos, la cuestión oriental de 1840 pareció a punto de meter a las "grandes potencias" en una guerra general. Y ahora, cuando la miopía de los enanos gobernantes se enorgullece de haber liberado a Europa de los peligros de la anarquía y la revolución, surge otra vez el tema eterno, la dificultad infaltable: ¿Qué haremos con Turquía?

Turquía es la llaga de la legitimidad europea. Desde la primera revolu-

ción francesa la impotencia del gobierno legítimo y monárquico se resumió en un axioma: mantener el *status quo.* En el acuerdo universal de conservar las cosas como estén, por casualidad o por accidente, se ve un *testimonium paupertatis,* una confesión de la incompetencia universal de las potencias gobernantes. Napoleón podía disponer de todo un continente entero inmediatamente y disponer de él con genio y determinación. A toda la "sabiduría colectiva" de la legitimidad europea, reunida en el Congreso de Viena, le llevó dos años hacer lo mismo; disputó por eso, hizo un desastre con eso y encontró que eso era tan fastidioso que se hartó, y desde entonces no trató de acomodar a Europa. Mirmidones de la mediocridad, como los llama Beranger, sin saber histórico ni comprensión de los hechos, sin ideas, sin iniciativa, adoran el *status quo* que hicieron a empujones, sabiendo qué fabricación chapucera y disparatada es.

Pero Turquía, como el resto del mundo, no queda estacionaria; y cuando el partido reaccionario consiguió volver a Europa a lo que consideran el *status quo ante,* se observa que entre tanto el *status quo* de Turquía ha cambiado mucho; que aparecieron cuestiones, relaciones, intereses nuevos y que los pobres diplomáticos tienen que empezar otra vez a partir del lugar donde los interrumpió el terremoto general de hace ocho o diez años. ¡Mantener el *status quo* en Turquía! De la misma manera podría tratarse de mantener el grado exacto de putrefacción por el que pasó el cadáver de un caballo en un momento determinado antes de la disolución. Turquía sigue deteriorándose, y seguirá haciéndolo mientras se mantenga el sistema actual de "equilibrio de fuerzas" y sostenimiento del *status quo;* y a pesar de los congresos, protocolos y ultimata, producirá su cuota anual de dificultades diplomáticas y disputas internacionales, de la misma manera que cualquier otro cuerpo podrido proveerá al vecindario de una cuota adecuada de hidrógeno carburado y otras materias gaseosas igualmente aromáticas.

Veamos la cuestión en seguida. Turquía se compone de tres partes o sectores completamente distintos: los principados vasallos de África, es decir, Egipto y Túnez; Turquía asiática; y Turquía europea. Podemos dejar fuera, por ahora, las posesiones africanas, de las que solamente Egipto puede considerarse como vasalla del sultán. Egipto es más de los ingleses que de cualquier otro, y será necesariamente su parte de cualquier división futura de Turquía. Turquía asiática es el asiento de la fuerza verdadera que pudiere haber en el imperio; Asia Menor y Armenia, residencia principal de los turcos por cuatrocientos años, desde los que amenazaron las murallas de Viena, hasta los que se dispersaron frente a las maniobras no muy hábiles de Diebitsch, en Kulewtscha. Turquía, aunque poblada densamente en Asia, es una masa demasiado compacta de fanatismo musulmán y nacionalismo turco para invitar a la conquista por ahora; y en realidad cuando se discute la "cuestión oriental" solamente se toman en cuenta Palestina y los valles cristianos del Líbano.

Turquía europea es de lo que verdaderamente se trata, la gran península al sur del Save y el Danubio. Este territorio, espléndido, tiene la desgracia de estar habitado por un conglomerado de diferentes razas y nacionalidades acerca de las cuales resulta difícil decir cuál es la más inepta para

progresar y civilizarse. Eslavos, griegos, valacos, arnaútes, doce millones de hombres sometidos por un millón de turcos. Hasta hace poco parecía dudoso que los turcos, de entre todas estas razas, no fuesen lo más competente para ejercer la supremacía, que con población tan mezclada no podía menos que tocar en suerte a una de estas naciones. Pero cuando vemos cómo fracasaron lamentablemente los intentos de civilización de las autoridades turcas, cómo el fanatismo del islam, sostenido principalmente por la multitud turca, se ha valido de la ayuda de Austria y Rusia, invariablemente, para retomar fuerza y terminar con cualquier progreso que se hubiese conseguido; cuando vemos la autoridad central turca debilitada año tras año por insurrecciones en las provincias cristianas, ninguna de las cuales, gracias a la debilidad de la Puerta otomana y a la intervención de los estados vecinos, es casi nunca y del todo infructuosa; cuando vemos conseguir su independencia a Grecia, partes de Armenia conquistadas por Rusia, Moldavia, Valaquia, Servia, pasar sucesivamente al protectorado de ésta, nos enfrentamos a la obligación de admitir que la presencia de los turcos en Europa es un verdadero obstáculo para el desarrollo de los recursos de la península tracio-iliria.

No podemos describir a los turcos como a la *clase gobernante* de Turquía, porque las relaciones de las distintas clases de la sociedad están allá tan mezcladas como las distintas razas. El turco es, según los lugares y las circunstancias, trabajador, granjero, pequeño propietario, comerciante, señor feudal en la etapa más baja y bárbara del feudalismo, funcionario o soldado; pero en todas estas situaciones sociales distintas pertenece a la fe y a la nación privilegiadas, es el único que puede llevar armas, y el cristiano más encumbrado tiene que ceder la vereda al musulmán más bajo. En Bosnia y Herzegovina la nobleza de ascendencia eslava se pasó al islam mientras la masa del pueblo sigue siendo raya, es decir, cristianos. En esta provincia, entonces, la fe principal y la clase principal se identifican, ya que el musulmán bosnio está en el mismo nivel que su correligionario de origen turco.

La fuerza principal de la población turca de Europa, independiente de las reservas siempre listas en Asia, está en la multitud de Constantinopla y de algunas otras grandes ciudades. Es fundamentalmente turca, y aunque vive de trabajos que hace para los capitalistas cristianos, mantiene con celo la superioridad imaginaria y la real impunidad para cometer los excesos que le confieren los privilegios del islam respecto de los cristianos. Es sabido que en cada *coup d'état* hay que ganarse a esta multitud con sobornos y halagos. Esta multitud, con excepción de unos cuantos distritos poblados, es la única masa compacta e importante de población turca en Europa. Y por cierto que tarde o temprano será necesario liberar una de las mejores partes del continente de la autoridad de una masa, comparada con la cual la masa de Roma imperial resulta una asamblea de sabios y héroes.

De entre las otras naciones, podemos disponer de los arnaútes con pocas palabras: un pueblo de aborígenes montañeses resistentes, que habita las faldas que dan al Adriático, que habla un idioma propio, que aparece, sin embargo, indoeuropeo. Son en parte ortodoxos y en parte musulmanes, y por lo que sabemos están todavía lejos de la civilización. Sus

costumbres rapaces obligarán a cualquier gobierno vecino a mantenerlos bajo control militar, hasta que el progreso industrial de los distritos vecinos los emplee como leñadores y aguateros; lo que pasó con los gallegos en España, y con los montañeses en general.

Los valacos o daciorromanos, los habitantes principales del distrito ubicado entre el Danubio inferior y el Dniester, tienen una población muy mezclada, de religión ortodoxa y con un idioma derivado del latín, y bastante parecido al italiano. Los de Transilvania y la Bukovina pertenecen al Imperio austríaco; los de Besarabia al Imperio ruso; los de Moldavia y Valaquia, los dos únicos principados donde la raza daciorromana ha tomado existencia política, tienen príncipes propios, bajo la soberanía nominal de la Puerta otomana y bajo el dominio real de Rusia. Oímos mucho de los valacos transilvanos durante la guerra de Hungría; oprimida por el feudalismo de los terratenientes húngaros, que de acuerdo con el sistema austríaco eran instrumento de todas las exacciones del gobierno. A esta masa embrutecida, como a los siervos rutenos de Galitzia en 1846, la conquistaron las promesas y los sobornos, y empezó la guerra de devastación que hizo de Transilvania un desierto. Los daciorromanos de los principados turcos tienen por lo menos una nobleza propia e instituciones políticas y a pesar de todos los esfuerzos de Rusia, están penetrados por el espíritu revolucionario, como lo demostró la insurrección de 1848. No puede dudarse que las exacciones y penalidades que les infligió la ocupación rusa desde 1848 ha de haber estimulado este espíritu, a pesar del lazo de la religión común y la superstición zarista-papista que hasta ahora los ha hecho considerar al jefe imperial de la iglesia ortodoxa como su protector natural. Y si se trata de esto, la nación valaca ha de tomar parte importante en la organización de estos territorios.

Los griegos de Turquía son en su mayoría de ascendencia eslava, pero han adoptado el griego moderno; en realidad, se acepta que con excepción de algunas familias nobles de Constantinopla y Trebisonda, hay poca sangre helena pura en Grecia. Los griegos, junto a los judíos, son los principales comerciantes de los puertos y de muchas ciudades mediterráneas. También son agricultores en algunos distritos. En ningún caso, ni su número, densidad ni espíritu nacional les da importancia política como nación, excepto en Tesalia y quizás Epiro. La influencia de los dragomanes (intérpretes) de algunas familias nobles griegas está desapareciendo rápidamente desde que los turcos se educan en Europa, y las legaciones europeas tienen agregados que hablan turco.

Llegamos ahora a la raza que es la masa mayor de la población y cuya sangre prepondera donde hay mezcla racial. En realidad puede decirse que es el tronco principal de la población cristiana, desde Morea, al Danubio, y desde el Mar Negro a las montañas arnaútas. Esta raza es la eslava, y en especial esa rama que se continúa con el nombre de Iliria (Ilirski) o eslava del sur (Yugoslavenski). Después de la eslava occidental (polaca y bohemia) y eslava oriental (rusa), es la tercera rama de esa numerosa familia eslava que ha ocupado Europa oriental durante los últimos mil doscientos años. Estos eslavos del sur ocupan no solamente la mayor parte de Turquía, sino Dalmacia, Croacia, Eslavonia y el sur de Hungría. Hablan todos el mis-

mo idioma, que es familiar con el ruso, y para los oídos occidentales la más musical de las lenguas eslavas. Los croatas y parte de los dálmatas son católicos; los demás ortodoxos. Los católicos usan el alfabeto latino, pero los ortodoxos escriben en caracteres cirílicos que se emplea en el ruso y en el antiguo eslavo o idioma litúrgico. Esto y la diferencia de religiones han contribuido a retardar cualquier evolución nacional de todo el territorio eslavo del sur. Un hombre de Belgrado puede no entender un libro impreso en su idioma en Agram o Becse;* y hasta puede oponerse a tomarlo en razón del alfabeto "heterodoxo" y la ortografía "heterodoxa" empleados en el texto; mientras que no tendrá mayor dificultad en leer y comprender un libro impreso en Moscú, en ruso, porque los idiomas, en especial por el sistema etimológico de ortografía, se parecen, y porque el libro está impreso con el alfabeto "ortodoxo" *(pravoslavni).* La mayoría de los griegos eslavos no hace imprimir en su propio país ni su biblia, libros litúrgicos o de oraciones porque están convencidos de que hay una corrección, y ortodoxia, y olor a santidad en cualquier cosa impresa en la santa Moscú o en la imprenta imperial de San Petersburgo. A pesar de todos los esfuerzos de los entusiastas paneslavistas de Agram y Praga, los servios, los búlgaros, los rajahs bosnios, los campesinos eslavos de Macedonia y Tracia, tienen más simpatía nacional, más medios de contacto intelectual con los eslavos rusos que con los eslavos católicos del sur que hablan el mismo idioma. Pase lo que pasare, miran a Moscú esperando la llegada del mesías que los librará de todo mal; y si llaman a Constantinopla su Zarigrad, o ciudad imperial, es tanto en anticipación a la llegada del zar ortodoxo, que venga del norte y entre para restaurar la fe verdadera, como en recuerdo del zar ortodoxo que la mantuvo antes de que los turcos tomaran la ciudad.

Sujeta en la mayor parte de Turquía al dominio directo del turco, pero con autoridades locales elegidas por ella, convertida en parte (en Bosnia) a la fe del conquistador, la raza eslava tiene, ha mantenido o conquistado, la existencia política en dos localidades. Una es Servia, el valle del Morava, una provincia con límites naturales bien definidos, que tuvo un papel importante en la historia de estas regiones hace seiscientos años. Sometida momentáneamente por los turcos, la guerra rusa de 1806 le dio oportunidad de conseguir una existencia individual, aunque bajo la supremacía turca. Ha estado desde entonces bajo la protección directa de Rusia. Pero como en el caso de Moldavia y Valaquia, la existencia política ha traído consigo nuevas necesidades y obligado a Servia a un contacto mayor con Europa occidental. La civilización comenzó a instalarse, se extendió el comercio, surgieron ideas nuevas, y así encontramos en el corazón mismo del baluarte de la influencia rusa, en la Servia eslava u ortodoxa un partido progresista antirruso (por supuesto que de exigencias reformistas limitadas) encabezado por el ex ministro de finanzas, Garaschanin.

No hay duda de que si la población grecoeslava obtuviese el control de la tierra que habita, y de la que representa las tres cuartas partes (siete millones), las mismas necesidades fabricarían a su tiempo un partido pro-

* Designación servia de Viena. [E.]

gresista antirruso, cuya existencia ha sido la consecuencia inevitable de que cualquier parte de ella se hubiese separado parcialmente de Turquía.

En Montenegro no tenemos un valle fértil con ciudades grandes, sino un país montañoso y estéril, de difícil acceso. Aquí se ha instalado un equipo de ladrones que se provee en los valles, y almacena en la seguridad de las montañas. Estos caballeros románticos, pero un tanto rústicos, hace tiempo que fastidian a Europa, y corresponde a las políticas de Rusia y Austria el sostener los derechos del pueblo de la Montaña Negra (Tserno-Gorgi) a quemar aldeas, con sus habitantes, y llevarse el ganado.

[*Turkey*, *New-York Daily Tribune*, núm. 3736 del 7 de abril de 1853. Incluido en MEW, t. 9, pp. 5-12. Traducido del inglés por M. H. Giacchini.]

FRIEDRICH ENGELS

EL VERDADERO PROBLEMA EN TURQUÍA

Nos asombra que mientras se trataba la cuestión oriental, los periódicos ingleses no hayan demostrado el provecho para Gran Bretaña, antagonista celosa e inflexible de los proyectos rusos de anexión y expansión. Inglaterra no puede permitir que Rusia se apodere de los Dardanelos y del Bósforo. Esto resultaría un golpe grave o mortal, comercial y políticamente, para la fuerza de Gran Bretaña. Se verá en un planteamiento de su comercio con Turquía.

Antes de que se descubriese el camino directo a la India, Constantinopla era el mercado de un comercio importante; y ahora todavía, aunque los productos de la India llegan a Europa por tierra, por Persia, Teherán y Turquía, los puertos turcos tienen sin embargo un tráfico muy importante y creciente con Europa y el interior de Asia. Para comprender esto basta con mirar el mapa. Desde la Selva Negra hasta las alturas arenosas de Novgorod Veliki, todo el terreno está recorrido por ríos que desembocan en el Mar Negro o el Caspio. El Danubio y el Volga, los dos gigantescos ríos de Europa, el Dniester, Dnieper y Don, forman sendos canales naturales para transportar al Mar Negro los productos de tierra adentro, ya que al Caspio sólo se llega por el Mar Negro. Dos tercios de Europa, es decir, parte de Alemania y Polonia, toda Hungría, y las partes más fértiles de Rusia, además de Turquía en Europa, se trasladan así al Euxino* para exportar y cambiar su producción; y con más razón porque estos países son esencialmente agrícolas, y la mayor parte de sus productos tienen que tener el transporte por agua como fundamental. Los cereales de Hungría, Polonia, el sur de Rusia, las lanas y los cueros de los mismos países, aparecen todos los años en cantidades crecientes, en nuestros mercados occidentales, y se embarcan todos en Galatz, Odessa, Taganrog y otros puertos euxinos. Hay además otra rama comercial importante en el Mar Negro. Constantinopla y especialmente Trebisonda, en la Turquía asiática, son los mercados principales del comercio de las caravanas que van hacia el interior de Asia, a los valles del Eúfrates y el Tigris, a Persia y el Turquestán. Este comercio aumenta rápidamente también. Los comerciantes griegos y armenios de las ciudades antes mencionadas, importan muchos productos manufacturados ingleses, cuyo bajo precio está reemplazando a la industria doméstica de los harenes asiáticos. Trebisonda está en mejor situación para este comercio que cualquiera otra. Tiene a sus espaldas las sierras de Armenia, que son más transitables que el desierto sirio, y está a una distancia conveniente de Bagdad, Schiraz y Teherán. Esta última sirve de mercado intermedio para

* Antigua designación del Mar Negro. [E.]

las caravanas de Jiva y Bujara. Puede verse la importancia de este comercio en la bolsa de Manchester, donde hay cada vez más compradores griegos, de piel oscura, y más importantes, y donde se oyen los dialectos griegos y eslavos del sur junto al alemán y el inglés.

El comercio de Trebisonda se está convirtiendo también en un asunto de importancia política, porque ha sido la causa de un nuevo enfrentamiento de los intereses de Rusia e Inglaterra en el interior del Asia. Los rusos tuvieron en la región, hasta 1840, el monopolio casi exclusivo del comercio en productos manufacturados extranjeros. Los productos rusos se habían colocado hasta el Indo y en casos se los prefería a los ingleses. Hasta la época afgana y la conquista de Sindh y del Punjab, puede afirmarse que el comercio de Inglaterra con el interior de Asia casi no existía. Ahora es distinto. La necesidad fundamental de extender siempre el comercio —el *fatum* que es el fantasma de la Inglaterra contemporánea, y que hay que apaciguar para que no provoque esas reacciones que se sienten de Nueva York a Cantón y desde San Petersburgo a Sidney— esta necesidad inflexible ha hecho que Inglaterra atacase por dos flancos el interior del Asia con su comercio: el Indo y el Mar Negro; y aunque no sabemos mucho de las exportaciones de Rusia a esa parte del mundo, podemos pensar, de acuerdo con el aumento de las exportaciones de los ingleses, que el comercio ruso ha de haberse reducido mucho. El campo de batalla comercial de Inglaterra y Rusia se trasladó del Indo a Trebisonda, y el comercio ruso que llegaba hasta los límites del imperio oriental de Inglaterra está en retirada hacia su propia frontera aduanera. Es evidente la importancia que tiene esto respecto de cualquier solución de la cuestión oriental, y de la parte que tendrán Inglaterra y Rusia en ella. Son y serán siempre antagonistas en oriente.

Pero estimemos más concretamente el comercio del Mar Negro. Las exportaciones británicas a los dominios turcos, incluyendo Egipto y los principados del Danubio eran, de acuerdo con *The Economist* londinense:

En 1840	£ 1 440 592
En 1842	" 2 068 842
En 1844	" 3 271 333
En 1846	" 2 707 571
En 1848	" 3 626 241
En 1850	" 3 762 480
En 1851	" 3 548 959

De estas cantidades, por lo menos dos tercios han de haber ido a puertos del Mar Negro, incluyendo Constantinopla. Y este aumento comercial depende de la confianza que se pueda tener en la potencia que domina los Dardanelos y el Bósforo, las puertas del Mar Negro. El que las controle puede abrir y cerrar, a su gusto, el paso a este último hueco del mediterráneo. ¿Quién esperará que si Rusia consigue Constantinopla deje abierta la puerta por la que Inglaterra invadió sus dominios comerciales?

Esto en cuanto a la importancia comercial de Turquía y en especial de los Dardanelos. Es evidente que no sólo un comercio importante sino la

unión principal de Europa y Asia y, por consecuencia, el medio fundamental para recivilizar estos lugares, dependen de la libertad continuada de comerciar por estas puertas del Mar Negro.

Ahora, algunas consideraciones estratégicas. La importancia comercial de los Dardanelos y el Bósforo los hace posiciones militares de primera, es decir, posiciones de influencia decisiva en cualquier guerra. Esto sucede con Gibraltar y con Helsinborg, en el Öresund. Pero los Dardanelos, por su ubicación, son más importantes. Los cañones de Gibraltar o Helsinborg no cubren completamente los estrechos sobre los que están, y necesitan una flota para controlarlos; mientras que la estrechez de los Dardanelos y del Bósforo permitiría que unas cuantas fortificaciones bien armadas —como las que Rusia no tardaría un momento en construir, si estuviese en el lugar—, para que desafiasen a las flotas combinadas de todo el mundo, si tratasen de pasar. Entonces el Mar Negro sería verdaderamente un lago ruso, más que el Ladoga que está en el medio mismo del país. Se vencería a los caucasianos por hambre; Trebisonda sería un puerto ruso; el Danubio un río ruso. Además, al caer Constantinopla se corta el imperio turco en dos. La Turquía asiática y la europea quedan sin medios de comunicación; y mientras que el ejército turco rechazado a Asia no es peligroso, Macedonia, Tesalia y Albania rodeadas y separadas del cuerpo principal no le dará a su conquistador el trabajo de someterlos; no tendrán más remedio que pedir clemencia y un ejército que les mantenga el orden interno.

¿Puede creerse que habiendo llegado hasta aquí en camino hacia un imperio universal, esta potencia gigantesca e inflada, pueda detenerse? Las circunstancias, más que su voluntad, se lo impiden. Con la anexión de Turquía y Grecia tiene puertos marítimos excelentes y los griegos le proveen marineros hábiles. Con Constantinopla está en el umbral del Mediterráneo; con Durazzo y la costa albanesa de Antivari a Arta, está en el centro mismo del Adriático; a la vista de las islas británicas del Jónico y a treinta y seis horas de vapor de Malta. Flanqueando los dominios austríacos del Norte, Este y Sur, Rusia tendrá a los Habsburgo como vasallos. Y hay algo más posible, hasta probable. Deberá rectificarse la frontera occidental del imperio, quebrada y ondulante, no tan definida como las de límites naturales; y sucedería que la frontera natural de Rusia iría de Danzig o quizás desde Stettin a Trieste. Y como las conquistas siguen a las conquistas y las anexiones van detrás de las anexiones, también es cierto que la conquista de Turquía por Rusia sería sólo el preludio para la anexión de Hungría, Prusia y Galitzia, y para completar el imperio eslavo con el que soñaron algunos paneslavistas fanáticos.

Rusia es, evidentemente, una nación conquistadora, y lo fue durante un siglo, hasta que el movimiento de 1789 marcó el comienzo de la actividad de una antagonista formidable. Nos referimos a la revolución europea, la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la natural necesidad de libertad del hombre. Desde entonces ha habido solamente dos potencias en Europa, Rusia y el Absolutismo, la revolución y la democracia. Por ahora, parece que la revolución ha sido eliminada, pero vive y es tan temida como siempre. Vean el terror de la reacción al anuncio del levantamiento de Milán. Pero Rusia toma Turquía, y aumenta su fuerza en casi un cincuenta

por ciento, y es superior al resto de Europa junta. Esto sería una calamidad sin nombre para la causa revolucionaria. El mantenimiento de la independencia turca o en caso de disolución del imperio otomano, el detener los planes de anexión rusos, son de la mayor importancia. Aquí van de la mano los intereses de la democracia revolucionaria y de Inglaterra. Ninguna de las dos puede dejar que el zar convierta a Constantinopla en una de sus capitales, y veremos cómo puestas entre la espada y la pared, las dos se le opondrán con determinación igual.

[Friedrich Engels, *The real issue in Turkey*, *New-York Daily Tribune*, núm. 3740 del 12 de abril de 1853. Incluido en MEW, t. 9, pp. 13-17. Traducción del inglés de M. H. Giacchini.]

FRIEDRICH ENGELS

LA CUESTIÓN TURCA

Hace poco tiempo que la gente de Europa occidental y Norteamérica puede formarse un juicio adecuado de los asuntos turcos. Hasta la insurrección griega, Turquía era, en todo sentido, *terra incognita*, y lo que la gente se imaginaba se refería más a las Mil y una Noches que a los hechos históricos. Los diplomáticos que habían estado allá alardeaban de conocimientos más acertados, pero esto tampoco quería decir nada, ya que ninguno de estos funcionarios se había tomado el trabajo de aprender turco, eslavo del sur o el griego moderno, y estaban a merced de las versiones de los intérpretes griegos y comerciantes galos. Además, siempre había suficientes intrigas a mano para entretener a estos diplomáticos descansados, entre los que la excepción honorable era la de Joseph von Hammer, el historiador alemán de Turquía. Estos señores no se ocupaban del pueblo, de las instituciones, de la situación social del país; se ocupaban solamente de la corte y especialmente de los griegos fanariotas, mediadores astutos entre ambas partes, cada una de las cuales desconocía la situación, la fuerza y los recursos de la otra. Las ideas y opiniones que se apoyaban en esta información tan pobre, fueron por mucho tiempo y, aunque parezca raro, siguen siéndolo con mucho, los principios de la acción de la diplomacia occidental respecto de Turquía.

Pero mientras Inglaterra, Francia y durante mucho tiempo Austria también, buscaban a oscuras una política oriental definida, otra potencia les ganó. Rusia, que era semiasiática por su estado, costumbres, tradiciones e instituciones, encontró suficientes hombres como para captar la situación y el carácter de Turquía. Su religión era la misma de nueve décimos de la población de Turquía europea; su idioma casi igual al de siete millones de súbditos turcos; y la conocida solvencia de los rusos para conversar en un idioma extranjero, aun sin asimilarlo, facilitó a los agentes, bien pagados, el familiarizarse con las cuestiones turcas. De manera que Rusia se valió tempranamente de su posición muy favorable en el sureste de Europa. Cientos de agentes de Rusia andaban por Turquía, señalándole a los griegos ortodoxos la figura del zar como cabeza, protector natural y libertador de la oprimida iglesia oriental, y especialmente presentando ese mismo zar a los eslavos del sur como el todopoderoso que tarde o temprano uniría a todas las ramas de la raza eslava bajo un cetro, convirtiéndolas en la raza dominante de Europa. El clero de la iglesia ortodoxa inició en seguida una gran conspiración para difundir estas ideas. La insurrección servia de 1809 y el levantamiento griego de 1821 fueron provocados, más o menos, por el oro y las influencias rusos; y donde los bajás turcos levantaban la bandera de la revuelta contra el gobierno central, no faltaban las

intrigas ni el dinero rusos; y mientras los asuntos turcos intrigaban a los diplomáticos occidentales, que no sabían del asunto más que lo que conocían del hombre de la luna, entonces se declaraba la guerra, los ejércitos rusos iban hacia los Balcanes y el Imperio otomano se perdía a pedazos.

Es cierto que durante los últimos treinta años se ha hecho mucho por iluminar la situación de Turquía. Filólogos y críticos alemanes nos han presentado su historia y su literatura; residentes y comerciantes ingleses han recogido mucha información sobre las condiciones sociales del imperio. Pero los diplomáticos sabihondos parecen despreciar todo esto, y se aferran tan obstinadamente como pueden a las tradiciones iniciadas por el estudio de los cuentos orientales, mejorados por las versiones de los mercenarios griegos más corrompidos que jamás hayan existido.

¿Y qué había que esperar? Rusia ha conseguido sus fines en todo lo fundamental, uno tras otro y continuadamente, gracias a la ignorancia, torpeza, y por consecuencia, contradicciones y cobardías de los gobiernos occidentales. Desde la batalla de Navarino hasta esta crisis oriental, la acción de las potencias occidentales se ha visto entorpecida por querellas de la una con la otra —originadas casi todas en su ignorancia de los asuntos orientales y en envidias que debieron resultar incomprensibles para los orientales, con directo beneficio para Rusia. No son los griegos, tanto de Grecia como de Turquía, y los eslavos, los únicos que ven a Rusia como su verdadera protectora; hasta el gobierno de Constantinopla, defraudado una y otra vez, al tratar de trasmitir sus reales necesidades y su situación a los embajadores occidentales, que se enorgullecen de su incompetencia para ver los problemas turcos, este mismo gobierno turco debió pedir siempre a Rusia su misericordia y buscar protección de la potencia que admite abiertamente su intención de hacer cruzar el Bósforo hasta el último turco, y de poner la bandera de San Andrés en los minaretes de la Hagia Sofía.

A pesar de toda la tradición diplomática, estos abusos constantes y exitosos de Rusia han proporcionado a los gabinetes occidentales sólo una vaga y lejana percepción del peligro que se acerca. Esto dio lugar a la aplicación del gran remedio diplomático, consistente en el mantenimiento del *status quo* de Turquía como prenda de paz para el mundo. La grandilocuente incapacidad de ciertos estadistas modernos, no podía haberles hecho confesar más claramente su ignorancia e inutilidad que mediante el axioma que habiendo sido siempre letra muerta, ha sido santificado por la tradición durante el corto período de veinte años, y se ha vuelto tan albo como la Carta magna del rey Juan. ¡Mantener el *status quo*! ¡Si fue para mantener el *status quo*, precisamente, que Rusia provocó la revuelta de Servia, hizo independiente a Grecia, se apropió del protectorado de Moldavia y Valaquia y retuvo una parte de Armenia! Inglaterra y Francia no movieron un dedo mientras sucedía todo esto y la única vez que lo movieron fue para proteger, en 1849, no a Turquía, sino a los refugiados húngaros. A los ojos de la diplomacia europea y aun de la prensa europea, toda la cuestión oriental se resuelve en el dilema: los rusos en Constantinopla o el mantenimiento del *status quo.* No les cabe en la cabeza otra cosa que esta alternativa.

Véanlo en la prensa londinense. *The Times* apoya la división de Tur-

quía y proclama la ineptitud de la raza turca para seguir gobernando esa hermosa esquina de Europa. Hábil como siempre, *The Times*, ataca abiertamente la antigua tradición diplomática del *status quo* y sostiene que no puede seguir. Todo el talento de que dispone el periódico está dedicado a probar esta imposibilidad en razón de distintas circunstancias y a atraer la simpatía inglesa para una nueva cruzada contra lo que queda de los sarracenos. Es innegable el valor de un ataque tan inescrupuloso a una frase sacrosanta y sin sentido que hace dos meses era todavía sagrada para *The Times*. Pero el que conoce el periódico, sabe que esta audacia desacostumbrada va a beneficiar a Rusia y Austria. Las premisas ciertas, mostradas en sus columnas, sobre la imposibilidad de sostener a Turquía en su estado actual, no son más que para preparar al público británico y al del mundo para el momento en que se cumpla la parte principal del testamento de Pedro el grande, esto es, la conquista del Bósforo.

The Daily News, el órgano de los liberales, representa la opinión contraria. *The Times* toma por lo menos un aspecto nuevo y cierto del asunto para transformarlo después con fines interesados. En las columnas del periódico liberal, por otra parte, está la razón evidente, pero una especie de *razón de entrecasa*. Por cierto que no ve más allá del umbral de la suya. Ve claramente que una división de Turquía *en estos momentos* llevaría a los rusos a Constantinopla, y que esto sería una gran desgracia para Inglaterra; que amenazaría la paz del mundo, arruinaría el comercio del Mar Negro, y requeriría más armamentos en las bases y flotas británicas del Mediterráneo. Por lo tanto, *The Daily News* se esfuerza por provocar la indignación y el temor del público británico. ¿La división de Turquía no es un crimen como la división de Polonia? ¿No tienen los cristianos más libertad religiosa en Turquía que en Austria y Rusia? ¿El gobierno turco no es suave y patriarcal y no permite que las distintas naciones, y credos, y corporaciones locales regulen sus asuntos? ¿No es un paraíso Turquía comparada con Austria y Rusia? ¿No están seguras la vida y la propiedad allá? ¿Y el comercio británico con Turquía, no es mayor que el comercio con Austria y Rusia juntas y no aumenta todos los años? Y sigue ditirámbicamente, tan ditirámbicamente como puede hacerlo *The Daily News*, con la apoteosis de Turquía, de los turcos y de todo lo turco, que ha de resultar completamente incomprensible para la mayoría de sus lectores.

La clave de este raro entusiasmo por los turcos está en las palabras del señor diputado David Urquhart. Este caballero, escocés por nacimiento, con recuerdos medievales y patriarcales, y con una educación británica moderna, después de haber peleado tres años contra los turcos en Grecia, pasó a su país y fue el primero en enamorarse de ellos. El montañés romántico volvió a encontrarse en casa en los barrancos del Pindo y de los Balcanes, y sus trabajos sobre Turquía, aunque tienen valiosas informaciones, pueden resumirse en las tres paradojas siguientes, que se nos dan casi literalmente así: si el señor Urquhart no fuese súbdito británico, preferiría ser turco; si no fuese calvinista presbiteriano, no sería de otra religión que la musulmana; y en tercer lugar, Gran Bretaña y Turquía son los dos únicos países del mundo que tienen gobierno autónomo y libertades civiles y religiosas. Este mismo Urquhart se ha convertido desde entonces en la gran autoridad

sobre oriente de los liberales ingleses que están en desacuerdo con Palmerston, y es él quien provee al *The Daily News* de los materiales para los panegíricos sobre Turquía.

El único argumento que merece considerarse por este lado de la cuestión es el que sigue: "Se dice que Turquía está en decadencia; pero ¿cómo decae? ¿No se extiende con rapidez la civilización y el comercio en Turquía? Donde no ven más que decadencia, nuestras estadísticas no muestran más que progreso". Sería una falacia adjudicar a Turquía todo el crédito por el tráfico del mar Negro; y sin embargo esto es lo que se hace, como si las posibilidades industriales y comerciales de Holanda y la carretera para la mayor parte de Alemania fueran a medirse por sus exportaciones e importaciones brutas, cuando nueve décimos de ellas son solamente en tránsito. Pero lo que cualquier estadístico rechazaría como una invención para Holanda, toda la prensa liberal inglesa, incluyendo el versado *Economist*, quiere, en el caso de Turquía, hacérselo creer al público. ¿Y quiénes son los comerciantes de Turquía? Por cierto que no los turcos. Su manera de promover el comercio, cuando todavía eran nómadas, fue robar las caravanas; y ahora que están un poco más civilizados, consiste en toda clase de exacciones arbitrarias y abusivas. Saquen a todos los turcos de Europa y el comercio no lo sentirá. Y en cuanto al progreso de la civilización en general, ¿quiénes son los que hacen el progreso en toda la Turquía europea? No son los turcos, pocos y dispersos; y no puede decirse que estén asentados en ninguna parte, excepto Constantinopla y en dos o tres distritos campesinos. Es la clase media griega y eslava la que apoya verdaderamente la civilización en todos los puntos de tráfico que le importan. Esa parte de la población crece siempre en dinero e influencia, y los turcos quedan cada vez más atrás. Si no fuera por su monopolio del poder civil y militar, desaparecerían pronto. Pero ese monopolio no será posible en el futuro, y su poder se vuelve impotencia, excepto para obstaculizar el progreso. En realidad hay que librarse de ellos. Decir que para librarse de ellos hay que poner en su lugar a los rusos y austríacos significa decir que la constitución política de Europa es para siempre. ¿Quién va a afirmar esto?

[*New-York Daily Tribune*, núm. 3746 del 19 de abril de 1853. Incluido en MEW, t. 9, pp. 22-27.]

KARL MARX

LA CUESTIÓN TURCA EN LA CÁMARA DE LOS LORES

David Urquhart ha publicado cuatro artículos sobre la cuestión oriental, destinados a aclarar cuatro errores: el primero se refiere a la identidad de la Iglesia rusa y la oriental, el segundo a la querella diplomática entre Inglaterra y Rusia, el tercero a la posibilidad de una guerra entre Inglaterra y Rusia y el cuarto, finalmente, a la ilusión de que Inglaterra y Francia sean aliados. Como pienso volver en detalle a éstos próximamente, me limito aquí por el momento a comunicarles la siguiente carta de Bem a Reshid Bajá, carta que publicó por primera vez el señor Urquhart.

"Señor: Como no ha llegado todavía la orden que dispone mi estancia en Constantinopla, considero deber mío exponer a vuestra señoría algunas consideraciones que me parecen urgentes. Empiezo por declarar que las tropas turcas que he visto, caballería, infantería y artillería de campaña, son excelentes. Su apostura, corrección y espíritu militar no podrían ser mejores. Sus jinetes superan a cualquier otra caballería europea. Es de inapreciable valor el ansia que todos los oficiales y soldados tienen de combatir contra Rusia. Con tales tropas yo me comprometería gustoso a atacar a un ejército ruso el doble de grande y a vencerlo. Y como el Imperio otomano está en condiciones de movilizar contra Rusia más tropas de las que esta potencia podría oponerle, es evidente que el Sultán puede tener la satisfacción de ver restablecido su cetro en todas las provincias que a sus antepasados les arrebataron a traición los zares moscovitas. . ."

BEM

El ministro austríaco de Relaciones Exteriores ha enviado a todas las cortes europeas acerca de la actitud de la fragata norteamericana "Saint Louis" en el caso Koszta una nota que denuncia públicamente la política estadounidense en general. Austria insiste en que tiene derecho de detener en el territorio a una fuerza extranjera neutral por la fuerza, mientras que los Estados Unidos no tienen ningún derecho de tomar medidas bélicas para defenderla.

En la Cámara alta, el viernes, el conde de Malmesbury no trató de descubrir los secretos de la Conferencia de Viena ni las proposiciones hechas por él a los zares, y tampoco fue más preciso en informarse acerca del estado actual de las negociaciones. Su curiosidad fue más bien *retrospectiva*, arqueológica por decirlo así. No pedía más que "simples traducciones" de ambos manifiestos, dirigidos por el emperador en mayo y junio a sus agentes diplomáticos y que publicó el *Diario de San Petersburgo*; también le interesó "la respuesta que el gobierno de Su majestad hubiera debido dar a las afirmaciones allí contenidas". El conde de Malmesbury no es ningún

romano de la Antigüedad. Nada más contrario a su sentimiento que la usanza romana de escuchar a los emisarios extranjeros delante de los *patres conscripti** reunidos. Él mismo comprobó que "las dos circulares rusas fueron publicadas en toda Europa en su lengua materna y que en los periódicos también aparecieron en inglés y en francés".

¿Qué objeto tiene entonces retraducirlas de la lengua del redactor del periódico a la del redactor del ministerio de Asuntos extranjeros? "El gobierno francés respondió inmediatamente a las circulares y en forma hábil. . . La respuesta inglesa, según nos comunican, seguirá de cerca a la francesa. . ." El conde de Malmesbury parece francamente ansioso de ver qué efecto hace la corriente prosa del señor Drouyn de Lhuys traducida a la elegante prosa del conde de Clarendon.

Se vio obligado a recordar "frente a su noble amigo" que John Bull después de treinta años de paz se había puesto "algo nervioso" al tratarse de *guerra*, y que ese nerviosismo había aumentado desde el pasado mes de marzo "a consecuencia de los continuados e incesantes secreteos de que rodea el gobierno sus acciones y deliberaciones". En el interés de la paz interpelaba, pues, lord Malmesbury, pero también en el interés de la paz calla el gobierno.

Nadie más indignado que el mismo noble lord a las primeras señales de un ataque ruso contra la Turquía europea. Nunca había tenido la menor sospecha de los designios de Rusia relativos a Turquía. No podía creer lo que veían sus ojos. ¿Cómo se compaginaba esto con el "honor del emperador de Rusia"? ¿Había jamás el engrandecimiento de un imperio quebrantado el honor de un emperador? Y ¿qué había sido de "la política conservadora que el zar había seguido tan rotundamente durante las revoluciones de 1848?" Porque el soberano de todos los rusos no tenía nada en común con aquellas malditas revoluciones. En particular en el año de 1852, cuando tenía la cartera de Relaciones el noble conde, "no había soberanos que con mayor frecuencia insistieran en el mantenimiento de los tratados que comprometían a Europa o se esforzaran por ellos con mayor sinceridad, ni que respetaran más la observación del concierto territorial, que llevaba tantos años de existencia para bien de Europa, que los zares". Y sin duda el barón Brunnov, cuando animaba al conde de Malmesbury a firmar el acuerdo del 8 de mayo de 1852 relativo a la sucesión danesa, lo cautivó con la repetida seguridad de que su sublime señor sentía una debilidad por todos los tratados existentes. Y cuando convenció al conde, que precisamente había saludado con alegría el golpe de estado de Bonaparte, de que concluyera una alianza secreta con Rusia, Prusia y Austria contra ese mismo Bonaparte, naturalmente también dio muestras de su sincero interés por la conservación de los tratados territoriales existentes.

Para aclarar ahora el súbito e inesperado cambio del emperador de Rusia, el conde de Malmesbury somete a un análisis psicológico "las nuevas impresiones en el *ánimo del emperador ruso*". Los "sentimientos" del emperador, asegura, "habían sido provocados por la conducta de Francia en relación a los Lugares Santos". Ciertamente había Bonaparte, para cal-

* Los senadores de la antigua Roma.

mar esa excitación, enviado a Constantinopla al señor Delacour, "hombre de carácter particularmente bueno y conciliador". "Pero", prosigue el conde, "parece que para el emperador ruso lo hecho ya no puede deshacerse" y que le quedaba algo de amargura contra Francia. Hay que confesar que el señor Delacour solucionó la cuestión definitiva y satisfactoriamente, aun antes de que el príncipe Menshikov llegara a Constantinopla. "Pero a pesar de esto la impresión no se borró del ánimo del emperador ruso." Estas impresiones y la idea errónea que a ellas se debe fueron tan fuertes "que el emperador siempre tuvo sospechas del gobierno turco y de que pondría a Rusia condiciones que no tenía ningún derecho de imponer". El conde de Malmesbury confiesa que no sólo a ningún "ser humano" sino ni siquiera a un lord inglés le es posible "leer en el alma de los hombres"; no obstante "se considera capaz de aclarar aquellas curiosas impresiones del ánimo del emperador ruso". Había llegado el momento —decía—, tan esperado por generaciones y generaciones de la población rusa, "el momento predestinado de la conquista de Constantinopla y el restablecimiento del Imperio bizantino". Suponía ahora que "el emperador actual" había compartido "estos sentimientos". Originalmente pensaba el clarividente conde aclarar la tenaz sospecha del emperador, que se sentía disminuido en sus derechos por el gobierno turco, y ahora, de pasada, nos explica que el emperador sólo sospechaba de Turquía porque creía llegado el momento de engullirla. Llegado a este punto, el noble lord no tenía más remedio que operar una conversión. En lugar de tomar en cuenta las nuevas impresiones en el ánimo del emperador ruso, en que influían las antiguas relaciones, toma ahora en consideración las circunstancias que impidieron durante cierto tiempo al ambicioso ánimo del zar y sus sentimientos heredados el "sucumbir a la tentación". Estas circunstancias consisten en el importante hecho de que el conde de Malmesbury estaba antes "en el gobierno" y después "fuera de él".

Cuando estaba "dentro", él fue el primero no sólo en reconocer al Boustrapa[1] sino incluso en aprobar sus perjurios, asesinatos y actos de violencia. Pero entonces "los periódicos criticaban continuamente la política sumisa y servil —como la llamaban— para con el emperador francés". Vino el ministerio de coalición, y con él sir J. Graham y sir Charles Wood, "que en asambleas públicas reprobaron la política y el carácter del emperador francés y aun condenaban al pueblo francés, por haberse escogido semejante príncipe para soberano". Después se dio el asunto de Montenegro,[2] y el

[1] Apodo de Luis Napoleón Bonaparte, formado con las primeras sílabas de los nombres de ciudades Boulogne, Strassburg y París. Este apodo aludía al intento de un pronunciamiento bonapartista en Estrasburgo (30 de septiembre de 1836) y en Boloña (6 de agosto de 1840), así como al golpe de estado en París el 2 de diciembre de 1851, que condujo a la instauración de la dictadura bonapartista en Francia.

[2] En 1852 hubo un conflicto armado entre Turquía y Montenegro, que había obtenido la plena independencia respecto del sultán, de quien empero seguía siendo nominalmente vasallo. La Puerta rechazó una mediación rusa en el conflicto y al empezar el 1853, el ejército turco, mandado

ministerio de coalición "permitió que el Austria persistiera en que el sultán no ejerciera ninguna violencia más contra los rebeldes montenegrinos y el ejército turco ni siquiera se le asegurara una retirada tranquila y sin obstáculos, de modo que Turquía padeció una pérdida de 1 500 a 2 000 hombres."

La ulterior orden al coronel Rose de regresar de Constantinopla y después la negativa del gobierno inglés a enviar su flota al mismo tiempo que Francia hacia Esmirna o Besikai dieron al emperador de Rusia la impresión de que el pueblo y el gobierno inglés eran hostiles al emperador francés y que entre los dos países era imposible una alianza verdadera.

Después de haber descrito, con una destreza que haría honor a cualquier novelista exponiendo los cambiantes sentimientos de su heroína, la sucesión de circunstancias que obraron en el impresionable ánimo del emperador ruso y lo llevaron por el camino de la virtud, el conde de Malmesbury se lisonjea de haber quebrantado mediante una estrecha alianza con el sojuzgador del pueblo francés los antiguos prejuicios y antipatías que desde hacía siglos oponían el pueblo francés al inglés y felicita al actual gobierno por habernos dejado esta estrecha alianza con el zar de occidente, que era la cosecha de lo que los *tories* habían sembrado. Se le olvidó añadir que era precisamente con esta íntima alianza, por la cual fue sacrificado el sultán a Rusia, con la que el emperador francés sostuvo el gabinete de coalición; porque este Soulouque francés[3] sencillamente ansía introducirse subrepticiamente a hombros de los musulmanes en una suerte de Congreso de Viena para ganar prestigio. Y en el mismo momento en que felicita al ministerio por su estrecha alianza con Bonaparte vilipendia la política que sólo era el fruto de aquel impropio maridaje.

Dejemos ahora al conde con sus efusiones sobre la importancia de la integridad turca, su negación de la decadencia de Turquía, su rechazo del protectorado religioso ruso y sus reproches al gobierno por no haber visto la irrupción en los principados danubianos como *casus belli* y porque al paso del Pruth no siguió el envío de su flota. No aporta nada nuevo más que la siguiente carta, "a cuya impudencia nada podría superar", del príncipe Menshikov a Reshid Bajá antes de su salida de Constantinopla.

"Buyukdere, 9 (21) de mayo. En el momento de salir de Constantinopla se entera el abajo firmante, enviado ruso, de que la Alta Puerta ha ma-

por Omer Bajá, penetró en Montenegro. El gobierno austríaco, que temía que las acciones bélicas en Montenegro y la entrada de Rusia en favor de los montenegrinos provocaran disturbios en los territorios eslavos del Imperio de los Habsburgos, envió inmediatamente al conde Leiningen con una misión extraordinaria a Constantinopla, para pedir la retirada de las tropas turcas de Montenegro y el restablecimiento de la situación que allí había imperado antes del conflicto. La concentración de tropas austríacas en la frontera con Montenegro obligó a la Puerta a ceder y detener las operaciones en las condiciones propuestas por Leiningen.

[3] *Soulouque, Faustin,* presidente de la República de Haití, se proclamó el 26 de agosto de 1849 emperador Faustin I; famoso por su ignorancia, su crueldad y su vanidad. La prensa antibonapartista dio al presidente Luis Bonaparte este nombre como apodo.

nifestado la intención de proclamar una garantía para el ejercicio de los derechos espirituales de que está investido el clero de la Iglesia oriental, lo que en realidad hace parecer dudoso el mantenimiento de los demás privilegios de que goza esta Iglesia. Cualquiera que haya sido la razón de esta decisión, el abajo firmante se ve en la necesidad de informar a su excelencia el ministro de Relaciones de que una aclaración o cualquier otro documento, aunque sean para mantenr la integridad de los meros derechos espirituales de la Iglesia oriental ortodoxa, apuntarían sin embargo a debilitar los demás derechos, privilegios e inmunidades concedidos a su religión y su clero desde los tiempos más antiguos y de que goza en el momento actual, y serían considerados por el gabinete imperial como una acción hostil a Rusia y su religión. El abajo firmante ruega, etc. Menshikov."

El conde de Malmesbury "no puede creer que el emperador ruso apruebe la conducta del príncipe Menshikov ni su modo de obrar". Las notas de Nesselrode, que siguieron a la salida de Menshikov, y el ejército ruso, que siguió a las notas de Nesselrode, sancionaban esta duda.

El "callado" Clarendon, "aunque le resultara doloroso", hubo de "dar una y otra vez la misma respuesta", o sea ninguna. Consideraba "su obligación manifiesta no decir nada" que no hubiera ya dicho antes, a saber, "que no tenía ninguna comunicación que hacer ni ningún despacho especial que mostrar". El noble conde no podía, pues, añadir nada, cosa que de todos modos ya sabíamos. Su máximo orgullo está en afirmar que durante todo el tiempo en que el gabinete austríaco y el ruso siguieron su agresiva política estuvo con ellos "en estrecho contacto". Así pues, estaba también en estrecho contacto con el gobierno austríaco cuando éste envió al príncipe Leiningen a Constantinopla y mandaba sus tropas a la frontera, porque "temía una sublevación de sus propios súbditos de los confines", al menos así decía, como nos asegura el inocente Clarendon, "el motivo indicado". Después de haber el sultán cedido al Austria y retirado sus fuerzas, el enérgico Clarendon "nuevamente estaba en contacto con Austria, para garantizar el puntual cumplimiento del tratado". "*Creo*", dice el crédulo lord, "que será cumplido, porque el gobierno austríaco nos *aseguró* que así sería".

¡Excelente, milord! ¡La *entente cordiale*[4] con Francia existía ya desde 1815! Sobre la decisión que tomaron el gobierno francés y el inglés relativa al "envío de sus flotas" tampoco había "la menor sombra de desunión". Bonaparte dio orden de que su flota navegara hacia Salamina, "porque creía que había un peligro inminente" y a pesar de que él [Clarendon] "decía que el peligro por el momento no era tan amenazador y la flota francesa no necesitaba de momento salir de los puertos franceses", Bonaparte dio "de todos modos orden de partir; *pero en definitiva daba exac-*

[4] *Entente cordiale*, buen entendimiento. Expresión que caracterizó el acercamiento entre Francia e Inglaterra después de la revolución de julio de 1830. A pesar de la *entente cordiale*, las contradicciones anglo-francesas no tardaron en agudizarse, tanto en los años treintas como en el período siguiente, en una serie de cuestiones internacionales, en particular en la cuestión oriental.

tamente igual, puesto que era mucho más ventajoso y cómodo tener una flota en Salamina y la otra en Malta que una en Malta y la otra en Toulon".

Más adelante observa lord Clarendon que "era harto satisfactorio" que en todo el tiempo que Menshikov ejerció una desvergonzada presión sobre la Puerta "la flota no hubiera recibido orden de salir, porque nadie puede afirmar ahora que el gobierno turco ha obrado por imposición nuestra".

Según lo ocurrido, es efectivamente probable que el sultán hubiera tenido que retirarse si se hubiera enviado entonces la flota. En cuanto a la "carta de despedida" de Menshikov, Clarendon dice que ciertamente era correcta, "pero espero que semejante lenguaje en las negociaciones diplomáticas con los gobiernos sea afortunadamente raro y lo siga siendo".

Finalmente, en lo tocante a la invasión de los principados danuabianos, el gobierno inglés y el francés han "aconsejado al sultán que renuncie provisionalmente a su indudable derecho de considerar la ocupación de los principados un *casus belli*".

Sobre las negociaciones todavía pendientes sólo puede decir una cosa: "Sir Hamilton Seymour ha recibido hoy una comunicación oficial de que las proposiciones convenidas por el enviado en Viena serán recibidas en Petersburgo *si se modifican algo*." Pero preferiría morir antes que pudiera quedar fuera la menor palabra sobre las condiciones del convenio.

Respondieron al noble lord el conde de Hardwicke, lord Beaumont, el marqués de Clanricarde y el conde de Ellenborough. Ni una sola voz se alzó para felicitar al gobierno de Su majestad por el camino tomado en aquellas negociaciones. Por todas partes se emitió la viva opinión de que la política de los ministros había sido equivocada; que habían obrado como mediadores en favor de Rusia, en lugar de como defensores de Turquía y que Francia e Inglaterra, si se hubieran presentado con energía a su debido tiempo, ocuparían hoy una posición mejor. El anciano obstinado Aberdeen les respondió que "era fácil especular después del hecho lo que hubiera debido hacerse y decir lo que hubiera podido ocurrir si se hubiera obrado de otro modo". Pero lo más sorprendente e importante fue la siguiente observación: "Los lores deberían tener presente que no los ligó ningún tipo de contrato. Replicó que Inglaterra en virtud de algún convenio tenía la obligación de participar en cualquier tipo de hostilidades en apoyo del Imperio turco."

Cuando Inglaterra y Francia se mostraban inclinadas a intervenir en la indecisa cuestión turca, el emperador de Rusia no quiso saber absolutamente nada de que el acuerdo de 1841 tenía fuerza obligante, es decir, mientras se tratara de sus propias relaciones con la Puerta y del consiguiente derecho a la intervención de las potencias occidentales. Pero al mismo tiempo insistía, con base en el mismo acuerdo de 1841, en la exclusión de los buques de guerra de las demás potencias de los Dardanelos. Y ahora confirma lord Aberdeen en pública y solemne sesión parlamentaria, esta arrogante interpretación de un convenio que sólo respeta el autócrata ruso si la Gran Bretaña es excluida por él del Ponto Euxino.

[Karl Marx, *The Turkish question in the House of lords*, *New-York Daily Tribune*, núm. 3862 del 2 de septiembre de 1853. Incluido en MEW, t. 9, pp. 265-272. Traducido del alemán por Félix Blanco.]

KARL MARX

LA CUESTIÓN TURCA EN LOS COMUNES

Después de haber lord John Russell diferido una y otra vez sus aclaraciones sobre la cuestión turca hasta que por fin la última semana de sesiones parlamentarias se acercaba felizmente, el lunes pasado se hizo de pronto el anuncio de que el martes haría la aclaración tan largo tiempo diferida. El noble lord estaba enterado de que el señor Disraeli había salido de Londres el lunes por la mañana. Con la misma subitaneidad presentó sir Charles Wood su *bill* sobre la India que había enmendado la Cámara Alta, cuando supo que sir J. Pakington y sus partidarios no estarían presentes, y fue aprobada por la cámara, escasamente nutrida, la reposición del monopolio de la sal. En tales mínimas y mezquinas tretas radica la fuerza de la táctica parlamentaria de los whigs.

El debate sobre la cuestión de oriente en la Cámara baja fue un espectáculo sumamente interesante. Abrió la representación lord J. Russell en un tono perfectamente adecuado a su papel. Este minúsculo varón, al parecer el último representante de una poderosa estirpe de whigs habló lenta, suave, apagada, monótona e insignificantemente, no como un ministro sino como un reportero policiaco que atenúa lo atroz de su informe con una elocuencia trivial, común y comercial. No fue un "alegato" sino un reconocimiento. El único rasgo conciliador de su oración fue precisamente esa rigidez tras la cual parecen esconderse algunas impresiones dolorosas, que hacían padecer al hombrecito. La misma inevitable frase de "la independencia e integridad del Imperio otomano" sonaba como una antigua reminiscencia que se deslizaba de vez en cuando en la oración fúnebre por aquel imperio. La impresión que causaba aquel discurso, que había sido pensado como la solución del enredo de oriente, no podría juzgarse mejor que por el hecho de que los valores bajaron en París en cuanto el telégrafo transmitió su contenido.

Lord John tenía razón cuando afirmaba que el gobierno no necesitaba defenderse, puesto que nadie lo había atacado; en cambio la cámara se mostraba plenamente inclinada a dejar al ejecutivo las negociaciones. Efectivamente, ni un solo miembro del parlamento había presentado una moción que obligara a los ministros a intervenir en el debate, y no hubo fuera de la cámara ninguna reunión que hubiera podido impulsar a los miembros del parlamento a presentar tal moción. Siendo la política del gobierno todo secreto y burla, contaba con el callado asentimiento del parlamento y el público. El que no se publicaran los documentos mientras todavía estaban en suspenso las negociaciones era, según aseguraba lord John, una ley sagrada de la tradición parlamentaria desde siempre. Hubiera sido fatigoso seguirle en la enumeración de acontecimientos que todo el mundo conoce y que él, con su arte de enumerar en lugar de contar, no es capaz

de presentar animadamente. De todos modos, hay algunos importantes puntos que antes de lord John no ha confirmado ningún otro funcionario.

Antes de la llegada del príncipe Menshikov en Constantinopla, el enviado ruso comunicó a lord John que el zar tenía la intención de enviar una misión extraordinaria a Constantinopla, que se ocuparía exclusivamente en propuestas acerca de la Santa Cruz y de los privilegios inherentes de la Iglesia ortodoxa griega. El enviado inglés en Petersburgo y el gobierno inglés no tenían ninguna sospecha relacionada con los designios de Rusia. Solamente a principios de marzo comunicó el ministro turco a lord Stratford (según afirma el señor Layard, el coronel Rose y otras muchas personas de Constantinopla estaban ya antes en el secreto) que el príncipe Menshikov había propuesto un convenio secreto[1] incompatible con la independencia de Turquía, y declarado al respecto que Rusia vería como un acto de hostilidad directa contra ella si Francia e Inglaterra tenían conocimiento de ese hecho. Al mismo tiempo se decía, y no sólo como rumor sino según informes auténticos, que Rusia estaba concentrando grandes cantidades de tropa junto a la frontera con Turquía y cerca de Odesa.

La nota que la Conferencia de Viena dirigió a los zares y que fue aceptada por ellos había sido preparada en París por el señor Drouyn de Lhuys, quien había tomado como base la respuesta de Reshid Bajá a la última nota rusa.[2] Austria la recibió después, el 24 de julio, en forma distinta de su propia proposición. Anteriormente la había transmitido el ministro austríaco al enviado ruso en Viena, quien la había enviado ya a San Petersburgo el 24 de julio, antes de su redacción definitiva, y sólo el 2 de agosto, después de haber dado su acuerdo el zar, fue enviada a Constantinopla. Es, pues, propiamente una nota rusa enviada al sultán por mediación de las cuatro potencias, y no una nota enviada por las cuatro potencias a Rusia y Turquía. Observa lord John Russell que esta nota no concuerda *exactamente en la forma con la nota del príncipe Menshikov*, pero reconoce que

[1] El príncipe Menshikov propuso este *Convenio secreto sobre una alianza defensiva* al gobierno turco al mismo tiempo que el proyecto de convención ruso-turca que debía hacer de los zares los protectores de los súbditos griegos ortodoxos del sultán.

El borrador de este convenio preveía que el zar prestaría ayuda militar al sultán en el caso de que alguna potencia quisiera impedir la realización de la convención mencionada acerca de los privilegios de la Iglesia ortodoxa griega en Turquía. El gobierno turco, apoyado por los enviados inglés y francés en Constantinopla, declinó tanto el proyecto de convención como el del convenio secreto sobre una alianza defensiva.

[2] Se trata de la respuesta del ministro de Relaciones turco, Reshid Bajá, el 16 (4) de junio de 1853, al enérgico escrito del canciller ruso Nesselrode, el 19 (31) de mayo de 1853. En su respuesta rechazaba Reshid Bajá las enérgicas reclamaciones e inculpaciones contenidas en la misiva de Nesselrode. Al mismo tiempo comunicaba que el sultán estaba dispuesto a enviar a Petersburgo una misión extraordinaria para poner fin al conflicto en condiciones tales que confirmaran los privilegios de la Iglesia ortodoxa griega en Turquía y de forma que la soberanía del sultán no quedara afectada.

tiene el mismo contenido. Y para que no quede ninguna duda añade: "*El emperador cree poder conseguir lo que se propone.*"

El proyecto no contiene ni una sola alusión a la evacuación de los principados danubianos. Dice lord John que "aunque Turquía y Rusia se pongan finalmente de acuerdo sobre esta nota, *queda todavía por resolver la cuestión de la evacuación de los principados*". Añade al mismo tiempo que el gobierno inglés "considera necesaria esa evacuación", pero que se le permita no exteriorizarse más acerca del modo como deba realizarse. Sin embargo, deja traslucir claramente que era probable que la flota francesa y la inglesa deberían evacuar la Besikabai* antes que los rusos los principados. "No debíamos aceptar ningún arreglo en virtud del cual pudiera verse el acercamiento de las flotas a los Dardanelos como una acción equivalente a una invasión efectiva del territorio turco. Naturalmente, si el asunto se olvida y la paz se asegura, la Besikabai dejará de ser para Inglaterra o Francia un punto de apoyo de alguna utilidad."

Como ninguna persona en su sano juicio ha supuesto nunca que la flota inglesa y la francesa deberían quedarse en la Besikabai para siempre, ni que Francia e Inglaterra firmarían un pacto formal que les prohibiera avanzar por las inmediaciones neutrales de los Dardanelos, estas ambiguas y pomposas frases, si acaso significan algo, sólo puede ser que las flotas se retirarán en cuanto el sultán acepte la nota y el ruso prometa evacuar los principados.

Dice lord John: "Cuando el gobierno ruso ocupó los principados declaró el Austria que de acuerdo con el convenio de 1841 era indispensable que los representantes de las potencias se reunieran en conferencia y se esforzaran en hallar caminos pacíficos para el obvio de las dificultades surgidas, porque de otro modo estaría en peligro la paz de Europa." Al contrario de esto declaró lord Aberdeen unos días antes en la Cámara alta y además, como hemos sabido por otras fuentes, en una nota formal enviada en junio a los gobiernos de Constantinopla y San Petersburgo, que "el convenio de 1841 de ninguna manera impone a las potencias firmantes la obligación de ayudar a la Puerta en forma efectiva [pero sí renunciar de momento al paso por los Dardanelos] y que el gobierno de Su majestad se reservaba el intervenir o no, según juzgara y de acuerdo con sus intereses". Lord Aberdeen rechaza todas las obligaciones para con Turquía sólo para no tener que hacer valer ningún derecho respecto de Rusia.

Termina lord John Russell con la "consoladora seguridad" de que el término de las negociaciones se acercaba. En este momento esto nos parece demasiado confiar, si consideramos que la nota rusa convenida en Viena, que Turquía debe presentar al zar, no ha sido aceptada en absoluto por el sultán y que el *sine qua non* de las potencias occidentales, a saber la evacuación de los principados danubianos, todavía ni siquiera se le ha presentado al zar seriamente.

El señor Layard, el primer orador que se levantó para responder a lord Jonh, pronunció el discurso mejor, con mucho, y el más vigoroso; audaz, breve y conciso, pleno de contenido, de material fáctico, demostró

* Ensenada situada al sur de los Dardanelos.

que el distinguido erudito conocía a Nicolás tan bien como a Sardanápalo y las actuales intrigas en oriente tanto como las misteriosas tradiciones de su pasado.

Lamentó el señor Layard que Lord Aberdeen "en diferentes ocasiones y lugares ha declarado que su política se basaba esencialmente en la paz". Si Inglaterra vacila en defender su honor y sus intereses *manu militari*, dejará crecer una potencia tan anárquica como Rusia, con una arrogancia que tarde o temprano conducirá irremediablemente a la guerra. La conducta actual de Rusia no debía considerarse algo casual y transitorio, sino parte y componente de un plan político de gran envergadura.

En cuanto a las "concesiones" hechas en Francia y las "intrigas" del señor de Lavalette, no podían ofrecer a Rusia el menor pretexto, porque "la Puerta entregó ya hace varios días, si es que no semanas, al señor Titov un proyecto de firmán que contiene las concesiones reclamadas ahora por Rusia, y no pudo ponerse objeción de ningún tipo al tenor de este firmán".

Los planes de Rusia en relación con Servia, Moldavia y Valaquia y la población cristiana de Turquía no debían entenderse mal. Inmediatamente después de su entrada oficial en Constantinopla exigió el príncipe Menshikov el despido de Garashanin[3] de su puesto de ministro en Servia. Se accedió a su deseo, aunque el sínodo servio protestó. El señor Garashanin era uno de los que habían subido con la sublevación de 1842, aquel movimiento nacional contra la influencia rusa que barrió al príncipe Miguel de Servia, entonces en el poder y que había sido, junto con su familia, un mero instrumento en manos de Rusia. En 1843 se arrogó ésta el derecho de intervenir en Servia. No autorizada por ningún convenio y de ninguna manera para ello, recibió de lord Aberdeen, entonces ministro de Relaciones, los plenos poderes, cuando el lord declaró que "*Rusia tiene el derecho de interpretar sus convenios como mejor le parezca*". Dijo el señor Layard: "Rusia demuestra con su éxito en estas negociaciones que domina en Servia y que a toda nacionalidad que aspire a la independencia debe ponérsele un freno."

En los principados danubianos aprovechó Rusia primero el movimiento nacional de 1848 obligando a la Puerta a expulsar a toda persona que representara ideas liberales y de independencia. Después impuso al sultán el convenio de Balta-Liman,[4] por el cual confirmaba su derecho a in-

[3] El partido antirruso en Servia, con Garashanin a la cabeza, se orientaba hacia el apoyo por las potencias occidentales. A principios de 1853, el príncipe Alejandro de Servia, por instigación del príncipe Menshikov, entonces embajador extraordinario de Rusia en Constantinopla, había depuesto a Garashanin de los cargos de jefe del gobierno y ministro de Relaciones. La lucha de los distintos partidos políticos condujo en 1853 a la agudización de la situación política interior de Servia.

[4] Convenio entre Rusia y Turquía, del 1 de mayo de 1849, a propósito de la presencia de sus tropas en Moldavia y en Valaquia. Las tropas habían sido enviadas allí para sofocar el movimiento revolucionario. De acuerdo con la Convención, el régimen de ocupación debía mantenerse hasta que el peligro revolucionario quedara completamente extinguido (las tropas extranjeras sólo se retiraron de los principados en 1851). Según

tervenir en todos los problemas internos de los principados danubianos; "y su actual ocupación de los mismos ha demostrado que Moldavia y Valaquia son ahora de hecho provincias rusas".

Todavía quedan los griegos en Turquía y los eslavos en Bulgaria de confesión cristiana.

"Se ha apoderado de los griegos un espíritu de crítica e independencia que, junto con sus relaciones comerciales con los estados libres de Europa, ha provocado la consternación del gobierno ruso. Había también otro motivo, que era la difusión del protestantismo entre los cristianos de oriente. La influencia y las enseñanzas de los misioneros norteamericanos debe considerarse causa principal, ya que apenas queda una ciudad importante en Turquía en que no haya ya el núcleo de una comunidad protestante. [Otra razón para la intervención norteamericana.] El clero ortodoxo griego, tras del cual estaba la misión rusa, hizo cuanto le fue posible para estorbar ese movimiento, y como todas las persecuciones resultaran inútiles, se presentó el príncipe Menshikov. Era la firme intención de Rusia erradicar el espíritu de la independencia religiosa y política que en los últimos años empezó a manifestarse entre los súbditos cristianos de la Puerta."

En relación a la erección de un llamado *Imperio griego con Constantinopla por capital*, el señor Layard, que naturalmente habla de los griegos sólo como distintos de los eslavos, comprueba que apenas hay 1 750 000 griegos; que los eslavos y búlgaros hace años que se esfuerzan con sumo celo en romper toda conexión con ellos negándose a tener sacerdotes de nacionalidad griega en calidad de religiosos y obispos; que los servios crearon su propio patriarcado en lugar del de Constantinopla; y que significaría entregar toda Turquía a Rusia el que los griegos se establecieran en Constantinopla.

En la cámara se alzaron voces para declarar que no tenía importancia el que Constantinopla estuviera o no en manos de Rusia; pero el señor Layard replicó que si caía Constantinopla, todas las grandes provincias de que se compone Turquía, como por ejemplo Anatolia, Siria y Mesopotamia, serían presa del caos y la anarquía. La potencia en cuyas manos cayeran dominaría también la India. La potencia que domine Constantinopla siempre será considerada la dueña del mundo en oriente.

Por lo demás, Rusia comprendía que ningún estado europeo le permitiría ahora tomar posesión de Constantinopla. "De momento, pues, se esfuerza en hacer imposible la existencia en esas tierras de toda nacionalidad independiente, pero en minar lenta y seguramente la potencia turca y mostrar a cuantos se opongan a sus planes que toda resistencia de ese tipo no sólo es inútil sino que provocaría su venganza. En suma, hará imposible

la Convención, los hospodares serían nombrados por un acuerdo entre los zares y el sultán; además se habían previsto una serie de medidas por parte de Rusia y Turquía, entre ellas una nueva ocupación militar de los principados en el caso de que se produjeran nuevos sucesos revolucionarios. En otro lugar expone Marx libremente el contenido del artículo 4 de la Convención.

todo gobierno que no sea el suyo en Turquía. *Esta vez sus designios se han logrado plenamente*."

El señor Layard expuso que el gobierno, después de haber el príncipe Menshikov requerido un convenio secreto y hecho Rusia grandes preparativos bélicos en la frontera y en Odessa, se había dado por satisfecho con las explicaciones y seguridades dadas en San Petersburgo y había olvidado declarar que Inglaterra y Francia considerarían *casus belli* el paso del Pruth; y tampoco había prohibido a Rusia entrar en pactos o negociaciones con Turquía sin la cooperación de Inglaterra. "Si hubiéramos dado ese paso, Rusia nunca hubiera osado pasar el Pruth."

El señor Layard prosiguió diciendo que la independencia de los principados unidos con Besarabia y protegidos por Hungría en definitiva era el único medio para proteger a Constantinopla de los rusos y dividir a la dilatada raza eslava en dos partes. Opina que Rusia *evacuará* los principados. "Rusia pensará que no vale la pena entrar en guerra con las grandes potencias de Europa por estas provincias que en realidad le pertenecen en todo y por todo. Rusia ha obtenido sin disparar un tiro lo que de otro modo le hubiera costado una gravosa y sangrienta campaña; ha consolidado su potencia en oriente y humillado a Turquía; la ha obligado a soportar todos los gastos de la guerra y ha agotado totalmente sus expedientes; pero, lo que es todavía más importante, ha rebajado a Inglaterra y Francia a los ojos de sus propios súbditos y de los pueblos de oriente."

La nota redactada por la Conferencia de Viena tendrá por resultado, según Layard, que "si la Puerta no la satisface, Rusia se volverá hacia nosotros y hará de nosotros sus aliados contra Turquía, para obligar a ésta a aceptar la injusta proposición. Pero si la Puerta acepta, Inglaterra tiene el derecho de sancionar directamente a Rusia por intervenir en los asuntos de doce millones de cristianos súbditos de la Puerta. . . Según nos planteamos la cuestión, una cosa es segura, y es que vamos a la zaga, mientras que es Rusia sola la que hace el papel principal. . . Tuvimos una ocasión, que tal vez nunca vuelva a presentarse, de resolver esta gran cuestión oriental en forma decente. . . y en lugar de eso dejamos que Rusia asestase un golpe del que Turquía nunca se repondrá. . . Pero éste no será el único resultado de la política de nuestro país. Suecia, Dinamarca y todos los estados débiles de Europa, que hasta ahora contaban con el apoyo de nuestro país, verán que en adelante será en vano querer defenderlos de Rusia".

Aquí hizo sir John Parkington unas observaciones que tienen importancia, por representar una manifestación de las opiniones de la oposición tory. Lamentaba que lord John Russell no pudiera comunicar nada satisfactorio a la Cámara y la población. Aseguró al gobierno que su decisión de considerar la evacuación de los principados *sine qua non* "contará no sólo con el apoyo de esta Cámara sino además con el apoyo casi totalmente unánime del pueblo de nuestro país". Hasta la publicación de los documentos tendría que seguir ateniéndose a su juicio sobre la política que había aconsejado a Turquía no considerar *casus belli* la ocupación de los principados, que no había intervenido ya con mayor vigor y en forma más decisiva y que había dañado a los intereses de Turquía y Gran Bretaña y su comercio durante seis meses de negociaciones prolongadas y ahora los tenía en suspenso.

Lord Dudley Stuart se lanzó a una de sus caras declamaciones democráticas, seguramente más edificantes para el lector que para el auditor. Sus ampulosas frases son como globos aerostáticos; si uno las aprieta en la mano no queda nada, ni siquiera el aire que hacía algo de ellas. Repitió las afirmaciones ya muy repetidas sobre las reformas en Turquía y sobre el mayor liberalismo del gobierno del sultán *in puncto* a religión y comercio en comparación con Rusia. Dijo con razón que no tenía objeto alabarse de paz mientras los desdichados habitantes de los principados danubianos estaban todavía viviendo los horrores de la guerra. Europa debía proteger a los habitantes de esas provincias de la temible opresión de que eran víctimas ahora. Apoyándose en hechos de la historia del Parlamento demostró que los miembros de la cámara tenían el derecho de hablar aun cuando todavía estuvieran en curso las negociaciones. Casi no olvidó mencionar nada de cuanto todo fiel y constante lector del *Daily News* tiene costumbre de leer. En su discurso había dos puntadas:

"Si bien la declaración del noble lord [J. Russell] no era muy amplia, pues no había dicho en la Cámara más que lo que ya se sabía antes, precisamente por lo que había callado se llegaba, desgraciadamente, a la conclusión de *que el noble lord había cometido algo de lo que debería avergonzarse*." El conde de Aberdeen "había dicho ciertamente que la paz se había conservado durante treinta años con gran ventaja para la libertad y la prosperidad de Europa, pero [Dudley Stuart] niega que la paz haya favorecido a Europa. ¿Dónde quedaban, pregunta él, Polonia, Italia, Hungría y la misma Alemania? Arrebatado por su propia verborrea, tercero y fatal don de este tipo de oradores, el democrático lord no veía más fin que el de que los déspotas del continente llegaran a tener sus monarquías, "que latían en los corazones de sus súbditos".

El señor M. Milnes, vasallo ministerial, en cuya frente está escrito "no hablen de él de otro modo que como de una propiedad",* no se atrevía a pronunciar un discurso ministerial decidido. Su oración estaba compuesta de por-una-parte y por-otra-parte. Por una parte, le parecía que los ministros, al retener los documentos en la cámara "obraban con mucha prudencia y precaución", por otra parte les daba a entender que hubiera sido "más enérgico y decidida" si hubieran obrado de otra manera. Por una parte opinaba que el gobierno hubiera tenido razón en aceptar las pretensiones rusas; por otra parte le parecía cuestionable que el gobierno hubiera alentado hasta cierto punto a Turquía a una política que no estaba dispuesto a apoyar, etc. Finalmente descubría que "cuanto más reflexiona en estas cosas, más reconoce las extraordinarias dificultades" que se ofrecen a su entendimiento. . . y cuanto menos las entiende, mejor comprende la actitud expectante del gobierno.

Después de los subterfugios y la falta de recursos del señor Monckton Milnes, la ruda sinceridad del señor Muntz, diputado por Birminham y uno de los personajes importantes del parlamento de reforma de 1831, nos pareció verdaderamente un alivio: "Una vez el embajador holandés hizo a Carlos II una propuesta muy desagradable, y el rey exclamó: —¡Dios me

* Shakespeare, *Julio César*, acto cuarto, escena primera.

valga! ¡A Oliver Cromwell nunca le propuso usted una cosa semejante! —No, repuso el embajador, pero usted es otro hombre que Oliver Cromwell. Si nuestro país tuviera ahora un hombre como Oliver Cromwell, tendríamos otro ministro y otro gobierno muy distintos, y Rusia nunca hubiera invadido las provincias danubianas. El emperador de Rusia sabía que Inglaterra no se dejaría por nada empujar a una guerra: véase Polonia, véase Hungría. Inglaterra cosechó ahora los frutos de su conducta con esos países. La situación de Inglaterra en lo tocante a su política exterior le parecía muy censurable y sumamente insatisfactoria. Creía además que el pueblo inglés se sentía degradado y que todo sentimiento de honor se reducía para el gobierno a consideraciones de libras esterlinas, chelines y peniques. El gobierno se ocupaba hoy exclusivamente en la cuestión de cuánto costaría una guerra y si les parecería conveniente a los distintos comerciantes del país."

Como da la casualidad de que Birmingham es el centro de la fabricación de armas y su población vive de la venta de armamento, los birminghameses se burlan, naturalmente, de los pacíficos algodoneros de Menchester.

El señor Blackett, diputado de Newcastle-upon-Tyne, no creía que los rusos fueran a evacuar los principados danubianos. Y advertía al gobierno *que no se dejara llevar por simpatías o antipatías dinásticas.*

Apremiados por todas partes y por los representantes de todas las tendencias, los ministros sesionaban taciturnos, tristes, abatidos y quebrantados, cuando súbitamente se alzó Richard Cobden para felicitarlos de haberse convertido en partidarios de la paz. Y aplicaba ahora sus tesis al caso presente, en que hizo gala de ingeniosa sagacidad, de la hermosa sinceridad del monómano de todas las contradicciones del ideólogo y de toda la calculadora cobardía del tendero. Proclamaba en alta voz lo que el ministerio a menudo hacía, lo que el Parlamento consentía en silencio y lo que las clases dominantes permitían hacer al gobierno y aceptar al Parlamento. El temor a la guerra le infundió por primera vez algo semejante a ideas históricas. Denunció el secreto de la política burguesa y por eso fue considerado traidor. Puso sin miramientos a la burguesía inglesa ante el espejo, y como la imagen no era nada halagüeña, lo silbaron ignominiosamente. Fue inconsecuente, pero en su misma inconsecuencia resultaba consecuente. ¿Dependía de él si las pomposas frases tradicionales del pasado aristocrático no armonizaban con los pusilánimes hechos de la actualidad jugadora de bolsa?

Empezó declarando que en la cuestión en sí no había diferencias de opinión. "Pero el asunto de Turquía creaba visiblemente una gran intranquilidad." ¿Por qué? En el curso de los últimos veinte años se había ido robusteciendo más y más el convencimiento de que los turcos europeos eran verdaderamente intrusos en Europa; que su patria no era Europa, sino Asia; que en los estados civilizados no podía existir la religión de Mahoma; que no estábamos en condiciones de defender la libertad de un país que no era capaz de defenderla por sí mismo; que era un hecho que en la Turquía europea había tres cristianos por cada turco. "No deberíamos seguir una política por la cual la Turquía de Europa asegure su independencia respecto de Rusia, a menos que la gran masa de la población comparta con

nosotros el deseo de impedir que otra potencia ocupe ese país. . . Sin duda deberíamos enviar nuestra flota a la Besikabai y tener alejados a los rusos, porque Rusia no querrá entrar en conflicto con una potencia marítima; pero sólo continuaríamos así incesantemente los ingentes preparativos de guerra sin por ello resolver la cuestión oriental. . . Se trata de saber qué será de Turquía y de su población cristiana. El mahometismo no podría subsistir allí, y nos dolería mucho si tuviéramos que ver a nuestro país luchando en Europa en favor del mahometismo."

Lord Dudley Stuart dijo que había que salvar a Turquía por mor del comercio. Él (Cobden) no estaba dispuesto a guerrear por las tarifas aduaneras. Consideraba los principios del libre comercio demasiado poderosos como para que hubiera que ir a la guerra por ellos. Las exportaciones a Turquía habían sido sobrestimadas. Era un pequeña parte de ellas la que consumían los países dominados por Turquía. "Todo el comercio que hacemos en el mar Negro se lo debemos al avance ruso por la costa turca. Nuestro trigo y nuestro lino no lo recibimos ahora de Turquía sino de Rusia. ¿Y si Rusia no nos enviara tan fácilmente su cáñamo, su trigo y su sebo al continuar sus ataques contra Turquía? Comerciábamos con Rusia en el Báltico. . . ¿Qué perspectivas nos presenta el comercio con Turquía? . . . Era un país sin carreteras. Los rusos eran los mejores comerciantes. Pensemos nada más en San Petersburgo, con sus muelles, sus astilleros y sus graneros. . . Y ¿qué alianza nacional podríamos formar con un país como Turquía? . . . También se habló del equilibrio de las potencias. Era éste un aspecto político de la cuestión. . . Se habló mucho del poderío de Rusia y del peligro que representaba para Inglaterra el que Rusia ocupara los países del Bósforo. Era cosa de locura oír hablar de que Rusia vendría a meterse en Inglaterra. Rusia no podría llevar ningún ejército más allá de sus fronteras sin un préstamo de Europa occidental. . . Un país tan pobre que —comparado con Inglaterra— no era en realidad más que un montón de pueblecitos reunidos al azar, sin capital y sin medios, nunca podría llegar a acercarse a nosotros, ni a Francia ni a los Estados Unidos. . . Inglaterra era ahora diez veces más poderosa que antes y estaba en condiciones mucho mejores para oponer resistencia a los ataques de un país como Rusia."

Y ahora detallaba Cobden cómo los peligros de una guerra para Inglaterra en su situación actual eran incomparablemente mayores que en épocas anteriores. La población industrial de Inglaterra había crecido mucho, Inglaterra dependía mucho más de la exportación de sus productos y de la importación de materias primas. Ya no tenía el monopolio de la industria. La abolición de las leyes de navegación[5] hubiera expuesto a Inglaterra a la

[5] *Leyes de navegación* promulgadas por Cromwell en 1651 y renovadas o completadas después varias veces, estaban dirigidas especialmente contra el comercio de tránsito holandés y tenían por objeto consolidar el dominio colonial inglés. Disponían que las mercancías más importantes de Europa, así como todas las de Rusia y Turquía sólo pudieran introducirse en barcos ingleses o del país de origen, y que la navegación de cabotaje inglesa se reservase totalmente a los barcos ingleses. Estas leyes fueron abolidas entre 1793 y 1854.

competencia mundial no sólo en la navegación sino en cualquier otro respecto. "Daba qué pensar al señor Blackett el que ningún puerto había de padecer más que el representado por él. El gobierno hubiera obrado prudentemente en no escuchar el griterío de personas que no pensaban. . . Él no criticaba la voluntad del gobierno de garantizar la inviolabilidad del Imperio turco, porque tal había sido la política tradicional. . . Al gobierno actual se le tendría en mucho el haber sido tan pacífico como la población se lo permitía."

Richard Cobden fue el verdadero protagonista del drama y como tal tuvo el trágico destino de todos los héroes. Pero después llegó el falso héroe, el foco de todos los engaños, el hombre de las mentiras elegantes y de las promesas cortesanas, embocadura para todos los gritos valientes que se lanzan huyendo: Lord Palmerston. Aquel anciano experto e intrigante polemista vio a la primera ojeada que el culpable podría escapar a la sentencia si él desmentía a su abogado. Vio que el ministerio atacado por doquier podría cambiar de opinión si arremetía en un ataque brillante contra la única persona que había osado defenderlo y si renunciaba a las únicas razones que tal vez hubieran podido servir de disculpa para su política. Nada más fácil que señalar las contradicciones de Cobden. Había empezado éste por expresar su cabal concordancia con los oradores anteriores y había terminado apartándose de ellos en todo punto. Había defendido la inviolabilidad de Turquía y después hecho todo cuanto pudo para demostrar que en realidad no merecía ser defendida. Él, el apóstol de la paz, había aprobado los ataques de Rusia. Rusia era débil, pero una guerra con Rusia podía entrañar la ruina segura para Inglaterra. En Rusia un montón de aldeas esparcidas al azar, pero Constantinopla era una ciudad más hermosa que San Petersburgo, y por eso tenía Rusia el derecho de ocuparla. Cobden era ciertamente partidario del libre cambio, pero prefería el sistema aduanero protegido de los rusos al libre comercio turco. Podía Turquía consumir por sí misma las mercancías que importaba o ser sólo el canal para su transporte a otras partes de Asia, pero ¿era indiferente para Inglaterra que continuara el libre acceso a ella? El señor Cobden, el ardiente defensor del principio de la no intervención, quería ahora decidir en el Parlamento los destinos de mahometanos, griegos y otras razas del Imperio turco. Y lord Palmerston exageraba ahora los adelantos de Turquía y las fuerzas de que podía disponer. "Turquía, ciertamente, no tiene polacos ni circasianos." Pero siendo tan fuerte Turquía, tenía naturalmente que gustarle a lord Palmerston que Rusia ocupara algunas de sus provincias. Un Imperio fuerte puede aguantarlo todo. Y demostraba lord Palmerston a Richard Cobden, que tampoco había ningún motivo razonable para proceder como lo habían hecho lord Palmerston y sus colegas, y tras de haber arrancado entusiastas aplausos en recompensa a sus alegatos, el anciano malabarista se retiró con esta desvergonzada frase con que se contradecía a sí mismo: "Basta para mi satisfacción que Turquía tenga los elementos para vivir y prosperar, y creo que la política seguida por el gobierno de Su Majestad es razonable, que merece el aplauso del país y que seguirla será la obligación de todo gobierno inglés. [Aplausos.]"

Palmerston fue grande en su "temerosa obstinación", como dice

Shakespeare.* Mostró, según dijera Sidney, "un tímido arrojo que, con decisión, podría hacer aquello que le consta que no sabía cómo hacerlo".

[Karl Marx, *The Turkish question in the Communs, New York Daily Tribune*, núm. 3862, del 2 de septiembre de 1853. Incluido en MEW, t. 9, pp. 273-285. Traducido del alemán por Félix Blanco.]

* Shakespeare, *Julio César*, acto V, escena primera.

FRIEDRICH ENGELS

LA CUESTIÓN ORIENTAL

Para comprender tanto la naturaleza de las relaciones entre el gobierno turco y las autoridades de Turquía, y las dificultades que tiene ahora el primero respecto de la cuestión del protectorado de los súbditos cristianos de la Puerta, como la cuestión que está en el fondo de todas las actuales complicaciones de oriente, es necesario ahondar en su historia y examinar su evolución.

El Corán y la legislación musulmana a que de origen, reducen la geografía y etnografía de los distintos pueblos a la distinción simple y conveniente de dos naciones y dos países: los fieles y los infieles. El infiel es *harby*, esto es, el enemigo. El islamismo proscribe la nación de los infieles declarando un estado de hostilidad permanente entre el musulmán y el no creyente. En este sentido, los barcos corsarios de los Estados berberiscos constituían la flota sagrada del Islam. ¿Cómo se concilia, entonces, la existencia de súbditos cristianos de la Puerta con el Corán? La legislación musulmana dice: "Si una ciudad capitula y sus habitantes aceptan ser *rayas*, es decir, súbditos de un príncipe musulmán, sin abandonar su credo, deben pagar el *kharatch* (impuesto de cautiverio), con lo que obtienen tregua de los fieles y quedan a cubierto de la confiscación de sus pertenencias y propiedades [. . .] En este caso, sus iglesias forman parte de sus propiedades y tienen permiso para oficiar en ellas. Pero no pueden construir otras. Sólo pueden repararlas y reconstruirlas. Durante ciertas épocas los gobernadores provinciales enviarán comisarios para asegurarse de que no se han agregado edificios a las iglesias y santuarios cristianos con la excusa de repararlos. Si se toma una ciudad por la fuerza, los habitantes conservan las iglesias, pero sólo a título de viviendas o refugios, sin permiso para oficiar."

Como Constantinopla había capitulado, de igual manera que la mayor parte de Turquía europea, los cristianos del lugar dispusieron de privilegios únicamente por haber aceptado la protección musulmana. Es sólo por esto que los cristianos se someten al gobierno de musulmanes, de acuerdo con la ley musulmana, y que el patriarca de Constantinopla, su jefe espiritual, es al mismo tiempo su representante político y su juez. Del mismo modo, cuando encontramos en el Imperio musulmán un conglomerado de rayas griegos, los arzobispos y obispos son —por ley— miembros del concejo municipal, y con la dirección del patriarca, administran los impuestos que se aplican a los griegos. El patriarca es responsable ante la Puerta por la conducta de sus correligionarios. Como tiene el derecho de juzgar a los rayas de su iglesia, lo delega en los metropolitanos y los obispos en los límites de sus diócesis, y sus sentencias son obligatorias para los funcionarios cadís, etc. de la Puerta, que deben cumplirlas. Los castigos que pueden aplicar

consisten en multas, prisión, azotes y exilio. Además su iglesia les concede el derecho de excomulgar. También del producido de las multas, obtienen diversas entradas procedentes de los juicios civiles y comerciales. Cada puesto de la jerarquía eclesiástica tiene su precio. El patriarca paga un alto tributo al Diván para conseguir su investidura, pero vende a su vez los arzobispados y obispados a los clérigos de su fe. Éstos, a su vez, se resarcen vendiendo dignidades subalternas y con el tributo que reciben de los popes. Finalmente, los popes venden al menudeo los poderes que han comprado a sus superiores y comercian con todas las funciones del ministerio, como bautismos, casamientos, divorcios y testamentos.

Resulta evidente por esta *exposé* que la construcción teocrática de los ortodoxos de Turquía, toda la estructura de su sociedad, tiene su origen en la sujeción de los rayas por el Corán, que al tratarlos como infieles, es decir, como nación sólo en sentido religioso, determina el poder espiritual y temporal de sus sacerdotes. De ahí que si se elimina su sujeción por el Corán, por la emancipación civil, se elimina también, al mismo tiempo, su sujeción al clero, y se provoca una verdadera revolución en el marco de sus relaciones sociales, políticas y religiosas que, en primer lugar, ha de llevarlos hacia Rusia. Si se cambia el Corán por un *code civil*, hay que occidentalizar toda la estructura de la sociedad bizantina.

Una vez descritas las relaciones entre los musulmanes y sus súbditos cristianos, cabe la pregunta: ¿Cuáles son las relaciones entre los musulmanes y los extranjeros que no son creyentes?

Como el Corán trata a todo los extranjeros como a enemigos, nadie se atreve a presentarse en un país musulmán sin tomar las debidas precauciones. Los primeros traficantes europeos que se arriesgaron a comerciar con esta gente se aseguraron trato y privilegios especiales, limitados al comienzo a sus personas, aunque después se extendieron a sus respectivas naciones. Éste es el origen de las capitulaciones. Las capitulaciones son diplomas imperiales, cartas de privilegios, concedidas por la Puerta a distintas naciones europeas, autorizando a sus súbditos a entrar libremente a los países musulmanes y llevar a cabo con libertad sus negocios y practicar su religión. Son distintos de los tratados, porque no son recíprocos y discutidos por ambas partes para obtener ventajas mutuas. Por el contrario, las capitulaciones son concesiones unilaterales, de manera que el gobierno que las extiende puede revocarlas cuando le parezca. La Puerta lo ha hecho varias veces anulando los privilegios de una nación y concediéndolos a otra, o los ha derogado simplemente. Este carácter precario de las capitulaciones fue eterna fuente de disputas, de continuas quejas de los embajadores y de un prodigioso intercambio de contradictorias notas que se renovaban al comienzo de cada reinado.

De estas capitulaciones surgió el derecho de un *protectorado* de las potencias extranjeras, no sobre los súbditos cristianos de la Puerta —los rayas— sino sobre sus correligionarios que visitasen Turquía, o que viviesen allí como extranjeros. La primera potencia que obtuvo un protectorado fue Francia. Las capitulaciones entre Francia y la Puerta otomana, acordadas en 1535 bajo Solimán el Grande y Francisco I, en 1604 bajo Ahmet I y Enrique IV, y en 1673 bajo Mustafá II y Luis XIV, se renovaron, confir-

maron, recapitularon y aumentaron en la compilación de 1740, llamada "viejas y nuevas capitulaciones y tratados entre la corte de Francia y la Puerta otomana".

El artículo 32 de este acuerdo fija el derecho de Francia a proteger todos los monasterios de fe francesa, sea cual fuere su nacionalidad, y a los visitantes galos de los Santos Lugares.

Rusia fue la primera potencia que, en 1774, incluyó la capitulación, y fue imitada por Francia, en un *tratado*, el tratado de Kainardij. En 1802 Napoleón creyó conveniente asegurar la existencia y perdurabilidad de la capitulación, incluyéndola en un artículo de tratado para darle el carácter de un contrato sinalagmático.

¿En qué relación está la cuestión de los Santos lugares respecto del protectorado?

La cuestión de los Santos lugares es la cuestión de un protectorado que ampare las comunidades ortodoxas de Jerusalén, y de sus edificios en la tierra santa, y en especial de la Iglesia del Santo sepulcro. Posesión no debe entenderse como propiedad, que el Corán niega a los cristianos, sino como derecho de *usufructo*. Este derecho de *usufructo* no excluye de ninguna manera a otras comunidades que no gozan de más privilegio que el de tener las llaves, reparar los edificios y entrar en ellos, atender la lámpara sagrada, limpiar las habitaciones con escobas, y colocar las alfombras que es el símbolo oriental de la posesión. De la misma manera que el cristianismo culmina en el Santo lugar, la cuestión del protectorado tiene allí su punto más alto.

Una parte de los Santos lugares y de la iglesia del Santo sepulcro la tienen los latinos, griegos, armenios, abisinios, sirios y coptos. Entre todos estos pretendientes hubo un diferendo. Los soberanos de Europa, que vieron en la disputa religiosa cuestionadas sus respectivas influencias en el oriente, se dirigieron primeramente a los amos del lugar, los bajás fanáticos y codiciosos, que abusaban de su posición. La Puerta otomana, usando un *système de bascule* fastidioso, fallaba por turno a favor de los latinos, griegos y armenios, pidiendo y recibiendo oro de todo el mundo, y riéndose de todos. Apenas habían concedido un firmán los turcos, decidiendo el derecho de los latinos a la posesión de un lugar disputado, cuando se presentaban los armenios con una bolsa más grande para obtener instantáneamente un firmán que negaba el anterior. Lo mismo con los griegos, que además sabían obtener títulos falsos, como lo demuestran distintos firmanes de la Puerta y *hudgts* (fallos) de sus agentes. Otras veces, las decisiones del gobierno del sultán eran alteradas por la codicia y mala voluntad de los bajás y agentes subalternos de Siria. Entonces había que volver a negociar, designar nuevos comisarios, y hacer más sacrificios de dinero. Lo que la Puerta hacía por razones pecuniarias, se hace ahora por miedo, para obtener protección y favor. Habiendo hecho justicia a las reclamaciones de Francia y de los latinos, se apuró a dar las mismas condiciones a Rusia y a los griegos, tratando de escapar a una tormenta que no quería desafiar. Ni un santuario, ni una capilla, ni una piedra de la Iglesia del Santo sepulcro quedó sin remover para provocar peleas entre las distintas comunidades cristianas.

Alrededor del Santo sepulcro encontramos una asamblea de las distintas sectas cristianas, detrás de cuyas pretensiones religiosas se esconde igual cantidad de rivalidades políticas y nacionales.

Jerusalén y los Santos lugares están habitados por individuos de distinta nacionalidad y religión: latinos, griegos, armenios, coptos, abisinios y sirios. Hay dos mil griegos, mil latinos, trescientos cincuenta armenios, cien coptos, veinte sirios y veinte armenios, en total tres mil cuatrocientos noventa. En el Imperio otomano hay trece millones setecientos treinta mil griegos, dos millones cuatrocientos mil armenios y novecientos mil latinos. Cada grupo subdividido a su vez. La iglesia ortodoxa de la que hablé, la que acepta al patriarca de Constantinopla, se distingue de la ortodoxa rusa, cuya autoridad espiritual máxima es el zar, y de los helenos, de los cuales el rey y el sínodo de Atenas son las autoridades principales. De la misma manera, los latinos están divididos en católicos, griegos unidos y maronitas; y los armenios en gregorianos y latinos, lo mismo que los coptos y los abisinios. Las tres naciones religiosas predominantes de los Santos lugares son los griegos, los latinos y los armenios. Puede decirse que la iglesia latina representa principalmente a razas latinas; la iglesia ortodoxa a razas eslavas, turco eslavas y helénicas; y las otras iglesias a razas asiáticas y africanas.

Imagínense estas distintas gentes asediando el Santo sepulcro y con monjes dirigiendo la batalla, teniendo como objetivos ostensibles de su rivalidad la obtención de una estrella de la gruta de Belén, un tapiz, la llave de un santuario, un altar, un relicario, una silla, un almohadón, esto es, cualquier ridícula prioridad. Para comprender esta cruzada monástica es indispensable considerar primero su modo de vida y después dónde viven.

"Todos los residuos religiosos de las distintas naciones, dice un reciente viajero, viven en Jerusalén separadas, hostiles y celosas; una población nómada, reclutada de las peregrinaciones y diezmada por la peste y la opresión. Los europeos mueren o vuelven a Europa en unos años; los bajás y sus guardias se van a Damasco o Constantinopla; y los árabes se escapan al desierto. Jerusalén es un lugar para acampar y donde nadie se queda. En la ciudad santa todo el mundo vive de su religión, los griegos o los armenios de los doce o trece mil peregrinos que visitan Jerusalén cada año, y los latinos de los subsidios y limosnas de sus correligionarios de Francia, Italia, etcétera."

Además de sus monasterios y santuarios, las naciones cristianas tienen en Jerusalén pequeñas habitaciones o celdas, anexas al Santo sepulcro, ocupadas por los monjes que tienen que vigilarlo día y noche. Los monjes son relevados periódicamente por sus hermanos. Estas celdas tienen una sola puerta que da al interior del templo, y los monjes guardianes reciben la comida de afuera por algunas ventanas. Las puertas de la iglesia están cerradas, y custodiadas por turcos, que no las abren más que por dinero, y las cierran de acuerdo con su capricho o codicia.

Mazarino dice que las peleas entre sacerdotes son las más venenosas. ¡Imagínense entonces a estos sacerdotes que no sólo tienen que vivir de los santuarios, sino que tienen que vivir entre ellos, todos juntos!

Para completar la imagen, recuérdese que los padres de la iglesia latina,

compuesta casi exclusivamente de romanos, cerdeños, napolitanos, españoles y austríacos, están celosos del protectorado francés y querrían reemplazarlo por el de Austria, Cerdeña o Nápoles, cuando los reyes de estos dos últimos países tienen el título de reyes de Jerusalén, y que la población sedentaria de Jerusalén es de quince mil quinientas almas, de las que cuatro mil son musulmanas y ocho mil judías. Los musulmanes son más o menos un cuarto del total, y son turcos, árabes y moros y, por supuesto, amos en todo sentido, porque no los afecta la debilidad de su gobierno de Constantinopla. No hay nada igual a la miseria y el sufrimiento de los judíos de Jerusalén, que viven en el barrio más sucio de la ciudad, llamado *haret-el-yahoud*, entre Zion y la Moria, donde están sus sinagogas, objeto de la opresión y la intolerancia musulmana, insultados por los griegos, perseguidos por los latinos, y viviendo de las pocas limosnas de sus hermanos de Europa. Los judíos, sin embargo, no son nativos, son de países distintos y lejanos y van a Jerusalén sólo para vivir en el valle de Josafat, y morir en el mismo lugar donde se espera la redención.

Para agravar la situación de los judíos, Inglaterra y Prusia designaron en 1840 un obispo anglicano para Jerusalén, cuya confesada meta es su conversión. En 1845 le dieron una paliza terrible, y lo despreciaron por igual los judíos, los cristianos y los turcos. En realidad, podría decirse que ésta fue hasta ahora la única causa en torno a la cual hayan podido unirse todas las religiones de Jerusalén.

Ahora se comprende cómo la fe común de los cristianos de los Santos lugares deriva en una serie de camorras entre ellos; que estas santas peleas ocultan sencillamente una lucha profana, no solamente de naciones, sino de razas y que el protectorado de los Santos lugares, que parece ridículo a occidente, pero muy importante a los orientales, es una de las fases de la cuestión oriental que de continuo se reaviva, se apaga siempre pero nunca se soluciona.

KARL MARX

LA DECLINACIÓN DE LA AUTORIDAD RELIGIOSA

Parecería que han pasado hace mucho tiempo los días en que la religión era un elemento principal en las guerras de Europa occidental. El tratado de Westfalia, de 1648, que puso fin a la guerra de los treinta años en Alemania, marca el momento en que esas cuestiones perdieron su fuerza y dejaron de ser causa de las disputas internacionales. La actitud de las dos grandes potencias de Europa occidental en la actual guerra con Rusia, es una evidente muestra de esta verdad. Vemos a Inglaterra, que se declara protestante, aliada con Francia, que se declara católica ("condenablemente heréticas" como son la una para la otra, de acuerdo con la fraseología ortodoxa de ambas), para defender a Turquía, una potencia musulmana, contra las agresiones de la Rusia "santa", una potencia cristiana como ellas; y aunque la posición de Austria y Prusia es más equívoca que la de Inglaterra y Francia, el mantenimiento de la integridad del Imperio Musulmán contra el asalto de su vecino cristiano del norte, es un compromiso que las dos potencias de la Alemania cristiana han tomado con Francia e Inglaterra. Las consideraciones religiosas no las detienen, evidentemente, en su acción contra Rusia.

Para comprender este estado de cosas debemos recordar la época de las cruzadas, cuando Europa occidental, ya en el siglo XIII, emprendió una "guerra santa" contra los turcos "infieles", por la posesión del Santo Sepulcro. Europa occidental no sólo admite ahora la jurisdicción musulmana sobre el Sepulcro, sino que llega a reírse de las disputas y rivalidades de los monjes griegos y latinos por la posesión de un santuario que antes codiciaba toda la cristiandad; y cuando la Rusia cristiana se presenta para "proteger" a los súbditos cristianos de la Puerta, la Europa occidental de hoy se arma contra el zar para desbaratar sus planes que una vez les hubiesen parecido meritorios y justos. En una época Inglaterra y Francia se hubiesen dedicado celosamente a echar a los turcos de Europa; ahora la resolución de evitar que los echen es la más firme para ellas. ¡Tanto hay entre la Europa del siglo XIX y la del siglo XII! ¡Tanto ha perdido desde entonces en influencia política el dogma religioso!

Hemos buscado prolijamente cualquier expresión del punto de vista eclesiástico de esta crisis europea y sólo hemos encontrado el folleto de un doctor en teología de Cambridge, y un comentarista más en Inglaterra y el *Univers* de París en Francia, que han declarado dogmáticamente que la defensa de la potencia musulmana, por la cristiandad es un pecado; y estos pronunciamientos no han tenido eco en ninguno de los dos países. ¿Por qué?

Desde la reforma protestante, las clases altas de cada nación europea,

permaneciendo católicas o adoptando el protestantismo, en especial los estadistas, los legistas y diplomáticos, comenzaron a liberarse individualmente de las creencias religiosas, y a transformarse en los llamados libre pensadores. En los círculos más altos de este movimiento se manifestó sin reservas, en Francia desde la época de Luis XIV, resultando en la predilección universal de lo que se llamó la filosofía en el siglo XVIII. Pero cuando Voltaire encontró que ya no estaba seguro en Francia, no por sus opiniones ni por haberlas expresado oralmente, sino porque las había comunicado al público lector, se fue a Inglaterra y declaró que encontraba los *salons* de la vida mundana londinense "más libres" que los de París. Por cierto que los hombres y las mujeres de la corte de Carlos II, Bolingbroke, los Walpole, Hume, Gibbon, y Charles Fox, son nombres que sugieren un descreimiento prevalente en los dogmas religiosos, y una adhesión general a la filosofía del momento por parte de las clases altas, estadistas y políticos de Inglaterra. Ésta puede llamarse, para distinguirla, la época de la rebelión aristocrática contra la autoridad eclesiástica. Comte caracterizó la situación con una breve frase:

"Desde el principio del período revolucionario del siglo XVI, este sistema hipócrita se ha hecho cada vez más elaborado en la práctica, permitiendo la emancipación de los espíritus de cierta altura, con la condición tácita de que ayude a prolongar la sumisión de las masas. Ésta fue la política de los jesuitas, especialmente."

Esto nos lleva hasta la Revolución Francesa, cuando las masas, primero de Francia y después de toda Europa occidental, comenzaron a sentir, junto con el deseo de libertad política y social, una animadversión creciente por el dogma religioso. La abolición por la Convención Republicana Francesa de 1793, del cristianismo como institución estatal aceptada, y su rechazo gradual en Europa occidental desde entonces, donde haya tenido fuerza la voz del pueblo, de juramentos religiosos y descalificaciones civiles y políticas del mismo tipo, junto con el movimiento italiano de 1848, anuncia decididamente la dirección conocida de la mente popular en Europa. Somos testigos todavía de esta época, que puede caracterizarse como la era de la rebelión democrática contra la autoridad eclesiástica.

Pero este movimiento de las masas desde la Revolución Francesa, como estaba ligado con el movimiento por la igualdad social, originó en los medios más altos una violenta reacción en favor de la autoridad de la Iglesia. La nobleza y el clero, los señores temporales y los señores espirituales, se encontraron amenazados por igual por el movimiento temporal y sucedió, naturalmente, que las clases altas de Europa echaron a un lado su escepticismo en la vida pública e hicieron una alianza visible con las iglesias oficiales y sus sistemas. Esta reacción fue más evidente en Francia, primero bajo Bonaparte, y durante la restauración bajo la rama más vieja de los Borbones, pero no sucedió menos en el resto de Europa occidental. En nuestros mismos días hemos visto, en escala menor, recomponerse una alianza ofensiva y defensiva entre las clases altas y los intereses eclesiásticos. Desde 1830 los estaditas habían empezado a manifestar un nuevo espíritu de independencia respecto del control eclesiástico, pero lo que pasó en 1848 los devolvió a los brazos de la madre Iglesia. Otra vez el ejemplo

más claro lo brindó Francia. En 1849, cuando el terror del diluvio democrático estaba en su punto más alto, los señores Thiers, De Hauranne y los universitarios (que habían pasado por ateos), junto con la llamada oposición liberal, apoyaron en forma unánime al admirablemente calificado "salvador de la religión", el señor Bonaparte, en su proyecto para la restauración violenta del Papa en Roma, mientras el ministerio liberal de Inglaterra, protestante, a cuya cabeza estaba un miembro de la familia ultra protestante de Russell, aprobaba cálidamente la expedición. Por estos medios la restauración religiosa se salvó del ridículo universal. La muy crítica situación del momento, no permitió, en interés del "orden", a los hombres públicos de Europa ponerse en ridículo.

Pero la sumisión de las clases influyentes al control eclesiástico, que era vacío e hipócrita a principios de este siglo, después de la revolución de 1792 ha sido cada vez más precario y superficial desde 1848, y sólo es aceptado por esas clases mientras conviene a sus intereses políticos inmediatos. La posición humillante, de dependencia completa, que tiene la potencia eclesiástica respecto del brazo temporal del gobierno, se ha hecho manifiesta desde 1848. El Papa está en deuda con el gobierno francés por la posesión de la silla de San Pedro; el clero francés, por sus sueldos, bendice árboles de la libertad y canoniza después al emperador de Francia como instrumento de Dios y Salvador de la religión, dejando de lado, cada vez que cae el *régime* político correspondiente, sus doctrinas de legitimidad y el derecho divino de los reyes. El clero anglicano, cuya cabeza *ex officio* es una reina temporal, que depende para los ascensos de las recomendaciones del primer ministro, ahora por lo general liberal, y que busca favor y apoyo contra la usurpación popular en el parlamento, donde hay cada vez más elementos liberales, constituye un *ensemble* del que sería absurdo esperar actos de independencia eclesiástica, excepto en el caso normalmente imposible de un apoyo popular abrumador que lo respaldase.

Tal era la situación en 1853, cuando las clases gobernantes de Inglaterra y Francia consideraron políticamente necesario unirse a la causa de la Puerta Otomana contra el zar cristiano; y no solamente se sancionó esa política, sino que en alguna medida los forzó a ella el sentimiento popular de las dos naciones. Los gobiernos de Francia e Inglaterra iniciaron entonces una política en la que dejaron totalmente de lado las consideraciones religiosas. La corriente de rebelión de la clase alta (que durante tanto tiempo había estado escondida) se unió finalmente a la ancha corriente popular y las dos juntas como el Missouri y el Mississipi, llevaron adelante una marea de opinión que el poder eclesiástico vio que sería loco enfrentar. Ante este doble asalto el punto de vista eclesiástico no se atrevió a manifestarse mientras que, por el contrario, el clero oficial de Inglaterra, en el día fijado para ayuno y humillación, tuvo que rezar y predicar sermones patrióticos en favor del éxito de la media luna y sus aliados. Esto parece constituir una explicación racional acerca de las dos aparentes anomalías, con las que comenzamos, a saber, la defensa de la media luna por la Europa católica y protestante contra el asalto de la cruz, representada por la Rusia cristiana, y el hecho de que ninguna voz importante haya denunciado al cristianismo la falsa posición en que está.

Esta coalición de los estadistas de Europa occidental y de la opinión popular en favor de una política secular, habrá de deparar, posiblemente, consecuencias posteriores y afectará más la influencia eclesiástica que los actos de sus antiguos cómplices, los políticos. Es indudable que teniendo en cuenta la madurez mental del pueblo sobre este particular, lord Palmerston se arriesgó a rechazar el pedido del tribunal eclesiástico de Edimburgo, que pretendía imponer un día de ayuno y humillación para evitar el azote divino del cólera. El ministro del interior aseguró audazmente que los rezos no servirían para nada si no se limpiaban las calles y las casas, y que al cólera lo producían causas naturales, como gases deletéreos de vegetales en descomposición. Palmerston, vanidoso e inescrupuloso, sabía que combatir al clero sería una manera barata y fácil de conseguir popularidad; de otra manera no se hubiera atrevido a hacer la prueba.

Otra muestra de la incompetencia de la política eclesiástica para responder a las exigencias de la situación europea, está dada por la consideración de que la idea eclesiástica, si se condujese lógicamente, condenaría a la Europa católica a la indiferencia total en esta crisis; porque aunque fuese permisible que la ortodoxia anglicana tomara el partido de la cruz griega contra la media luna turca, la Europa católica no podría unirse a un refutador tan impío de la autoridad del sucesor de San Pedro, o a un pretendiente tan profano de las más altas funciones espirituales como lo es el zar de Rusia y, aparentemente, no tendría otra opinión que dar que la que se expresaría diciendo que los dos beligerantes están inspirados por Satanás.

Para completar, diremos que el menosprecio que ha sufrido la autoridad eclesiástica en esta crisis europea, se hace evidente en el hecho de que mientras las comunidades progresistas de Europa occidental muestran en ese sentido un avanzado estado de decadencia, en la Rusia bárbara, por el contrario, la iglesia oficial retiene sin merma alguna una fuerza poderosa. Mientras la Europa occidental, descartando los prejuicios religiosos, ha avanzado en defensa del "derecho contra la fuerza" y por la "independencia de Europa", la "santa" Rusia ha buscado la justificación religiosa para su guerra de agresión, como guerra del virrey de Dios contra los turcos infieles. Es cierto que Nesselrode, en sus memorias oficiales, nunca se tuvo confianza frente a Europa para apelar al aspecto eclesiástico de la cuestión, síntoma importante de la declinación del sentimiento eclesiástico. Este sistema lo reserva la corte de Rusia para uso interno con los moscovitas, ignorantes y crédulos, y las imágenes milagrosas, las reliquias, las proclamas de cruzadas de los generales rusos muestran el énfasis que se pone en el aspecto religioso de la lucha para inflamar el celo del pueblo y el ejército rusos. Hasta los periódicos de San Petersburgo no dejan de reprochar a Francia e Inglaterra que están luchando por la media luna odiosa, contra la religión de la cruz. Este contraste entre la Rusia religiosa y la Francia y la Inglaterra seglares, merece un examen profundo y prolijo, que no podemos hacer ahora porque nuestro objeto es llamar simplemente la atención hacia estos grandes hechos, importantes y nuevos, un grado de atención que nunca recibieron. Son hechos que, quizás, solamente los futuros historiadores de la filosofía y de la religión podrán apreciar en su justo valor. Parecen, sin embargo, ser un paso importante dentro del movimiento univer-

sal por revocar la autoridad absoluta y establecer la independencia del juicio y la conciencia individuales tanto en lo religioso como en lo político. No es nuestro propósito defender o atacar ese movimiento. Nuestro deber se cumple con el simple hecho de dar fiel testimonio en su desarrollo.

FRIEDRICH ENGELS

¿QUÉ TIENE QUE VER LA CLASE OBRERA CON POLONIA?[1]

I

[*The Commonwealth*, núm. 159 del 24 de marzo de 1866]

Al jefe de redacción del "Commonwealth"

Señor: dondequiera que la clase obrera actúe autónomamente dentro de movimientos políticos, su política exterior se puede expresar desde el vamos con estas pocas palabras: *restauración de Polonia.* Eso rigió para el movimiento cartista mientras existió; eso rigió para los obreros franceses mucho antes de 1848, como así también en el memorable año 1848, cuando el 15 de mayo marcharon hacia la Asamblea nacional gritando: "*¡Vive la Pologne!*", ¡Viva Polonia![2] Eso rigió para Alemania, cuando en 1848 y 1849 los órganos de la clase obrera exigían la guerra contra Rusia para res-

[1] Esta serie de artículos, que quedó incompleta, fue escrita por Engels a pedido de Marx en conexión con la lucha emprendida dentro del Consejo central en torno a la resolución de la Conferencia de Londres de 1865, según la cual la cuestión de la independencia de Polonia tendría que ser tratada en el próximo Congreso de Ginebra. Para fundamentar el punto de vista de la Internacional en cuanto a la cuestión nacional, fue menester salir al encuentro del nihilismo de los proudhonistas en la cuestión nacional, así como también desenmascarar el carácter reaccionario del llamado "principio de la nacionalidad", levantado demagógicamente por los círculos bonapartistas.

The Commonwealth, semanario inglés y órgano del Consejo central o general de la internacional, apareció en Londres desde febrero de 1866 hasta julio de 1867. Marx perteneció al Comité de redacción hasta junio de 1866, y Eccarius fue jefe de redacción de febrero a abril de 1866. El periódico publicaba informes de las sesiones del Consejo general y documentos de la internacional. Por obra de la política conciliadora de los dirigentes tradeunionistas que se hicieron cargo de la conducción del periódico, éste cambió su orientación durante la lucha por la reforma electoral y en los hechos se convirtió en órgano de la burguesía radical.

[2] El 15 de mayo de 1848 se produjo en París una manifestación de masas de la que tomaron parte 150 000 personas. Los manifestantes marcharon hacia la Asamblea nacional constituyente, donde ese día se debatía la cuestión polaca, y penetraron en la sala de sesiones exigiendo ayuda militar para Polonia en lucha por su independencia. Como las exigencias de los manifestantes fueron rechazadas, éstos intentaron disolver la Asamblea nacional y constituir un nuevo gobierno provisorio. Pero la manifestación fue dispersada violentamente por tropas del ejército y secciones de la Guardia nacional.

taurar a Polonia.[3] Eso rige también para hoy; salvo una excepción —sobre la que hablaremos más adelante— los obreros de Europa proclamaron al unísono la restauración de Polonia como un ingrediente esencial de su programa político, como la expresión más abarcativa de su política exterior. Incluso la burguesía tuvo y sigue teniendo "simpatías" por Polonia; pero estas simpatías no les impidieron dejar en la estacada a los polacos en 1831, 1846 y 1863, no; ni siquiera les impidieron dejar mano libre al acérrimo enemigo de Polonia, a gentes como lord Palmerston, que de hecho respaldaban a Rusia, mientras aquellas intercedían de palabra en favor de Polonia. Con la clase obrera es otra cosa. Ésta quiere intervención, y no no-intervención; quiere guerra con Rusia mientras Rusia no deje tranquila a Polonia, y ha dado pruebas de ello cuantas veces los polacos se alzaron contra sus opresores. Hace poco la Asociación internacional de trabajadores, en tanto actúa como su representante, otorgó a este sentimiento instintivo y omniabarcativo de la clase una expresión aún más fuerte al escribir sobre su bandera: "¡Resistencia contra la intrusión rusa en Europa! ¡Restauración de Polonia!"[4]

Este programa de política exterior de los obreros de Europa occidental y central encontró la unánime adhesión de la clase a la que estaba dirigido, salvo una excepción, que ya dijimos. Entre los obreros de Francia hay una pequeña minoría de adeptos a la escuela del bienaventurado P. J. Proudhon. Esa escuela se diferencia *in toto* de la mayoría de los obreros progresistas e inteligentes, declara a éstos tontos ignorantes y en la mayor parte de las cuestiones defiende opiniones completamente contrapuestas a las de ellos. Esto también se efectiviza en su política exterior. Los proudhonistas, que administran justicia sobre la oprimida Polonia, dictan el mismo fallo que el *jury* de Stalybridge sobre este país: "Bien hecho". Admiran a Rusia como el gran país del futuro, como la nación más progresista de la Tierra, junto a la cual un país tan pobre como los Estados Unidos no vale la pena de ser nombrado. Han acusado al Consejo de la aso-

[3] Alusión a la prensa democrática y obrera de Alemania, especialmente la *Neue Rheinische Zeitung.* Este órgano de lucha del ala proletaria de la democracia intercedió decididamente por la independencia de Polonia, cuya liberación ponía aquella [la democracia] en relación con el derrocamiento del reaccionario régimen zarista ruso. Este régimen constituía en aquel tiempo el principal apoyo de la reacción feudal-absolutista de Europa.

[4] Tal el tema del punto 9 del orden del día de la Conferencia de Londres celebrada por la Internacional en 1865. La Conferencia de Londres tuvo lugar del 25 al 29 de setiembre de 1865. De ella tomaron parte los miembros del Consejo central y los presidentes de cada sección.

La Conferencia hizo suyo el informe del Consejo central, aprobó su informe financiero y el orden del día para el próximo congreso. Pero a pesar de la resistencia de los proudhonistas, Marx consiguió que en ese orden del día se incluyese la exigencia de restaurar la independencia de Polonia. La Conferencia de Londres, cuya preparación y realización dirigió Marx, tuvo gran significación para el afianzamiento organizativo y político de la Internacional.

ciación internacional de trabajadores de aplicar el principio bonapartista de la nacionalidad y declarar que el magnánimo pueblo ruso está fuera de las fronteras de la Europa civilizada, lo cual sería un grave pecado contra los principios de la democracia universal y la fraternidad de todas las naciones. Así son sus acusaciones.[5] Si uno prescinde de su fraseología democrática, es evidencia de inmediato que en palabras y estilo repiten lo que los *tories* extremos de todos los países tienen que decir sobre Polonia y Rusia. Acusaciones tales no merecían ninguna refutación, pero como proceden de un sector de la clase obrera, por más que sea pequeño, consideramos oportuno investigar otra vez la cuestión ruso-polaca y fundar lo que aquí en adelante se puede designar como la política exterior de los obreros unidos de Europa.

Pero ¿por qué nombramos siempre y solamente a Rusia cuando hablamos de Polonia? ¿Acaso dos potencias alemanas —Austria y Prusia— no tomaron parte en la rapiña? ¿Acaso no mantienen igualmente sojuzgadas a partes de Polonia y acaso no aspiran a reprimir todo movimiento nacional polaco en alianza con Rusia?

Poco a poco se va conociendo hasta qué punto culebreó Austria para mantenerse fuera del negocio polaco y cuánto tiempo se opuso a los planes de partición de Rusia y de Prusia. Polonia era un aliado natural de Austria contra Rusia. Luego, como Rusia se convertía en una potencia temible, nada podía estar más en el interés de Austria que conservar con vida a Polonia entre ella y el afanoso imperio. Recién cuando Austria vio que el destino de Polonia estaba sellado y que las otras dos potencias, con o sin Austria, se hallaban resueltas a aniquilarla, recién entonces Austria se les asoció por razones de autoconservación, para no salir con las manos vacías en el reparto del territorio. Pero ya en 1815 intercedió en favor de la restauración de una Polonia independiente, y en 1831 y 1863 estaba preparada para ir a la guerra por esa meta y renunciar a su participación en Polonia, presuponiendo que Inglaterra y Francia se prestarían a respaldar a Austria. Durante la guerra de Crimea no fue distinto. [Pero] todo esto no tiene que justificar la política general del gobierno austríaco. Austria probó con bastante frecuencia que la opresión de una nación más débil se cuenta entre los hábitos de sus soberanos. Pero en el caso de Polonia, el instinto de autoconservación resultó más fuerte que la avidez de nuevos territorios a los hábitos del gobierno. Por eso, y por de pronto, Austria queda fuera de nuestras consideraciones.

En lo tocante a Prusia, su participación en Polonia es demasiado fútil para ser de peso, Rusia, su amiga y aliada, se las arregló para aligerar a

[5] Engels se refiere a expresiones del proudhonista Héctor Denis una serie de artículos sobre la cuestión polaca que aparecieron en *La Tribune du Peuple* de marzo a julio de 1864, así como a acusaciones levantadas en diciembre de 1865 contra el Consejo central en *L'Écho de Verviers.*

La Tribune du Peuple, periódico democrático y órgano de la asociación obrera "Pueblo", apareció en Bruselas de 1861 a 1868; a partir de enero de 1866 fue el órgano de las secciones belgas de la Internacional; De Paepe perteneció a la redacción del periódico.

Prusia de los nueve décimos de lo que ésta obtuviera en las tres particiones. Pero lo poco que le ha quedado pesa como un mal sueño sobre ella. [Ese poco] unció a Prusia al carro triunfal de Rusia; puso a su gobierno en estado de practicar en la Polonia prusiana, y poco después también en todo el resto del país, violaciones incontrovertidas de la ley, incluso en 1863 y 1864, e infracciones contra la libertad personal, el derecho a reunión y la libertad de prensa y deformó todo el movimiento liberal de la burguesía, que por temor a arriesgar un par de millas cuadradas de tierra en la frontera oriental permitió que el gobierno pusiese fuera de la ley a Polonia. Antes que todos los demás obreros, los obreros no sólo de Prusia sino de Alemania entera tienen un especial interés por la restauración de Polonia, y en cada movimiento revolucionario probaron ser conscientes de ello. Para ellos la restauración de Polonia quiere decir liberación de su propio país del sojuzgamiento ruso. Y por eso, opinamos, Prusia también queda fuera de nuestras consideraciones. Si la clase obrera de Rusia (presuponiendo que en este país se dé algo semejante en el sentido con que se lo entiende en Europa occidental) levantare un programa político y este programa contuviere la liberación de Polonia, entonces, pero sólo entonces, Rusia también quedará fuera de nuestras consideraciones en cuanto nación, y únicamente el gobierno zarista seguirá estando incriminado.

II

[*The Commonwealth*, núm. 160 del 31 de marzo de 1866]

Al jefe de redacción del "Commonwealth"

Señor: Se sostiene que fomentar la independencia de Polonia significaría reconocer el "principio de la nacionalidad", y que el principio de la nacionalidad sería una invención bonapartista fraguada para apoyar al despotismo napoleónico en Francia. Ahora bien, ¿qué es ese "principio de nacionalidad"?

Mediante los tratados de 1815, las fronteras de los diferentes estados europeos fueron trazadas solamente según el albedrío de la diplomacia y, de modo principal, según el albedrío de la potencia continental más fuerte de entonces: Rusia. No se tomó en cuenta ni los deseos e intereses ni las diferencias nacionales de la población. De esta manera se partió Polonia, se partió Alemania y se partió Italia, para no hablar de las diversas nacionalidades menores que habitan Europa meridional, y de las que sólo algunos pocos sabían algo en aquel tiempo. Por consiguiente, el primero de todos los pasos de cada movimiento político en Polonia, Alemania e Italia fue el conato de restaurar la unidad nacional, sin la cual la vida nacional sólo resultaba una sombra. Y como después del sofocamiento de los intentos revolucionarios en Italia y España entre 1821 y 1823, y, nuevamente, después de la revolución de julio de 1830 en Francia, los políticos radicales de la mayor parte de la Europa civilizada entablaron relaciones entre sí

intentando elaborar una especie de programa común, la liberación y unificación de las naciones oprimidas y desgarradas se convirtió en su consigna común.[6] Así fue también en 1848, cuando el número de naciones oprimidas se acrecentó con una nación más, a saber: Hungría. Realmente, no podía haber dos opiniones sobre el derecho de cada una de las grandes formaciones nacionales de Europa a autodeterminarse en todos los asuntos internos, independientemente de sus vecinas, en tanto ello no menoscabase la libertad de las demás. En efecto, este derecho era una de las condiciones fundamentales de la libertad interior para todas. ¿Cómo podría Alemania aspirar a la libertad y unidad, por ejemplo, si al mismo tiempo secundara a Austria en mantener sojuzgada a Italia de modo directo o bien a través de sus vasallos? ¡Si hacer completamente trizas la monarquía austríaca es la primera condición de la unificación de Alemania!

Este derecho de las grandes formaciones nacionales de Europa a la independencia política, reconocido por la democracia europea, debía hallar naturalmente el mismo reconocimiento de parte de la clase obrera en especial. En efecto, ello no significaba otra cosa que el reconocimiento del igual derecho a la propia existencia nacional para otras grandes naciones, indudablemente viables, que reivindicaban para sí los obreros de cada país por separado. Pero este reconocimiento y la simpatía hacia los empeños nacionales se restringían a las grandes naciones históricas de Europa, exactamente definidas, que eran Italia, Polonia, Alemania y Hungría. Francia, España, Inglaterra y Escandinavia, que ni habían sido divididas ni estaban bajo control extranjero, sólo tenían un interés indirecto en la cosa, y en lo que a Rusia concierne, uno sólo puede hacer mención de ella como la poseedora de una enorme cantidad de propiedad robada, que debe devolver el día que se ajusten las cuentas.

Tras el *coup d'état* de 1851, Luis-Napoleón, emperador "por la gracia de Dios y la voluntad del pueblo", debió encontrar un nombre democratizado y que sonara a popular para su política exterior. ¿Qué podía ser mejor que escribir sobre su pendón el "principio de la nacionalidad"? Toda nacionalidad es árbitro de su propio destino; toda parte separada de una nacionalidad tiene derecho a anexarse a su gran madre patria: ¿qué hubiera podido ser más liberal? Repárese solamente en que ahora ya no se hablaba de *naciones*, sino de *nacionalidades*.

No existe país de Europa donde no haya diferentes nacionalidades bajo el mismo gobierno. Sin duda, los gaélicos de los *highlands* y los galeses son de nacionalidades distintas a la de los ingleses, aunque nadie dará a esos residuos de pueblos hace rato desaparecidos el título de naciones, como tampoco a los habitantes celtas de Bretaña en Francia. Fuera de ello, ninguna frontera estatal coincide con la frontera natural de la nacionali-

[6] En 1834, a iniciativa de Mazzini, se fundó en Suiza la organización secreta *Joven Europa*, liga internacional de organización opositoras pequeñoburguesas de emigrantes, que existió hasta 1836. A Joven Europa pertenecían, entre otras, las siguientes organizaciones políticas nacionales: Joven Italia, Joven Polonia y Joven Alemania. La liga se fijó la meta de erigir en los estados europeos un orden republicano.

dad, con la frontera lingüística. Hay muchos hombres fuera de Francia cuyo idioma materno es el francés, así como fuera de Alemania hay muchos hombres de lengua alemana y, según toda probabilidad, esto siempre seguirá siendo así. Un resultado natural del confuso y paulatino desarrollo histórico de Europa durante los últimos mil años es que casi toda nación mayor debió separarse de algunas partes marginales de su cuerpo, que se desprendieron de la vida nacional y la mayoría de las veces se anexaron a la vida nacional de otro pueblo, y ello tan radicalmente que no tienen necesidad de reanexarse a su tronco principal. Los alemanes de Suiza y Alsacia no anhelan reunifircarse con Alemania, y los franceses de Bélgica y Suiza tampoco desean agregarse políticamente a Francia. Y, finalmente, no es de poca ventaja que las diferentes naciones, tal como se han constituido políticamente, asimilando las más de las veces algunos elementos de países extraños, formen los eslabones de enlace con sus vecinas y aporten una diversificación a la de otro modo demasiado monótona homogeneidad del carácter nacional.

Aquí, pues, percibimos la diferencia entre el "principio de las *nacionalidades*" y el viejo postulado de la democracia y de la clase obrera relativa al derecho de las grandes *naciones* europeas a la existencia separada e independiente. El "principio de las nacionalidades" deja totalmente intacta la gran cuestión del derecho a la existencia nacional de los pueblos históricos de Europa, y si la toca, es solamente para perturbarla. El principio de las nacionalidades plantea dos tipos de cuestiones: primero que todo, cuestiones de fronteras entre esos grandes pueblos históricos, y segundo, cuestiones relativas al derecho a la existencia nacional independiente de esos numerosos y pequeños restos de pueblos que, tras haber figurado por un período más o menos largo en la escena de la historia, fueron finalmente absorbidos como porciones integrales en una u otra de esas naciones más poderosas, cuya mayor viabilidad las capacitaba para superar mayores obstáculos. La importancia europea, la viabilidad de un pueblo, son nada a ojos del principio de las nacionalidades; ante él, los rumanos de Valaquia, que jamás tuvieron historia ni la energía necesaria para tener una, poseen la misma importancia que los italianos, que tienen una historia de 2 000 años, y una viabilidad nacional incomparable; los galeses y los nacidos en [la isla de] Man, si lo desearan, tendrían igual derecho a la existencia política independiente, por absurbo que sea, como los ingleses. Todo es una absurdidad, arropada en vestido popular para dorarle la píldora a la gente sencilla, que uno puede usar como palabrerío cómodo o hacer a un lado si las circunstancias lo requieren.

Por simple que sea esta invención, se necesitaba una cabeza más inteligente que la de Luis-Napoleón para forjarla. El principio de la nacionalidad no es en modo alguno una invención bonapartista para el renacimiento de Polonia, sino nada más que *una invención rusa fraguada para aniquilar a Polonia.* Rusia se tragó la mayor parte de la antigua Polonia con el pretexto del principio de la nacionalidad, como veremos más adelante. Ya hace más de cien años que existe esa idea, de la que ahora se sirve permanentemente Rusia. ¿Qué es el paneslavismo, si no la aplicación por Rusia y en los intereses rusos, del principio de las nacionalidades a los serbios,

croatas, rutenos, eslovacos, checos y otros residuos de pueblos eslavos desaparecidos de Turquía, Hungría y Alemania? Incluso en el momento presente el gobierno ruso manda a sus agentes a recorrer de arriba abajo las comarcas laponas de Noruega septentrional y de Suecia para que propaguen entre los salvajes nomadizados la idea de una "gran nacionalidad finesa" que tiene que ser restaurada en el extremo norte de Europa, se sobreentiende que bajo protectorado ruso. El "grito desesperado" de los lapones oprimidos retumba muy alto en los diarios rusos, pero no lo profieren esos nómadas oprimidos, sino los agentes rusos. ¡De veras que es una opresión terrible obligar a esos pobres lapones a aprender las civilizadas lenguas noruega o sueca, en vez de restringirlas a su propio y bárbaro dialecto semiesquimal! De hecho, el principio de la nacionalidad sólo podía inventarse en Europa oriental, sobre la que por espacio de mil años se volcó una y otra vez la marejada de la invasión asiática, que en la orilla dejó aquel montoncito de surtidos escombros de naciones que incluso hoy apenas puede desenredar el etnólogo, y donde el turco, el fino-húgrico, el rumano, el judío y aproximadamente una docena de tribus eslavas se mezclan en ilimitado entrevero. Tal fue el terreno sobre el que pudo desarrollarse el principio de la nacionalidad, y pronto veremos en el ejemplo de Polonia cómo lo desarrolló Rusia.

III

[*The Commonwealth*, núm. 165 del 5 de mayo de 1866]

La aplicación de la doctrina de la nacionalidad a Polonia

Polonia, como casi todos los países europeos, está habitada por hombres de diferentes nacionalidades. Sin duda que la masa de la población, su núcleo, lo constituyen los polacos propiamente dichos que hablan polaco. Pero ya desde 1390 la Polonia propiamente dicha estaba unificada con el gran ducado de Lituania,[7] que hasta la última partición de 1794 formó parte integrante de la república polaca. Ese gran ducado de Lituania fue habitado por las más diferentes tribus. Las provincias bálticas septentrionales, junto al Báltico, estaban en posesión de los *lituanos* propiamente dichos, pueblo que hablaba un idioma distinto al de sus vecinos eslavos. En gran parte, estos lituanos habían sido sometidos por inmigrantes alemanes, que apenas se defendían a su vez de los grandes duques lituanos. Luego, al sur y al este del actual reino de Polonia, se asentaron los bielorrusos, que hablan una lengua que es una cosa intermedia entre el polaco y el ruso, pero está más cerca del último y, por fin, las provincias meridionales fueron habitadas por los llamados *pequeños rusos*, de cuya lengua la mayor

[7] La piedra angular de la unificación de Polonia y Lituania fue colocada en 1385 por la unión de Lituania y Polonia, que preveía la agregación del gran principado de Lituania al reino polaco.

parte de las autoridades de hoy dicen que se diferencia completamente del gran ruso (lengua que habitualmente denominamos ruso). Si la gente dice que reclamar la restauración de Polonia es apelar al principio de las nacionalidades, prueba meramente que no sabe de qué está hablando, pues el restablecimiento de Polonia significa el restablecimiento de un estado compuesto de por lo menos cuatro diferentes nacionalidades.

Pero ¿qué fue de Rusia cuando por obra de la unión con Lituania se constituyó el antiguo estado polaco? Se retorció bajo el yugo del conquistador mongol, al que 150 años antes polacos y alemanes unidos habían rechazado hacia el este, del otro lado del Dniéper. Fue necesaria una larga lucha hasta que los grandes príncipes de Moscú se sacudieron finalmente el yugo mongólico y se pusieron a unificar en un estado los muchos y diferentes principados de la Gran Rusia. Pero este éxito sólo parece haber aguijoneado su ambición. Apenas había caído en poder de los turcos Constantinopla, cuando el gran príncipe de Moscú plantó en su escudo de armas el águila bicéfala del emperador bizantino y con ello hizo valer sus reivindicaciones como sucesor y futuro vengador suyo. Desde entonces, como es sabido, los rusos persiguieron la meta de conquistar Zargrad, la ciudad de los zares, como ellos denominan en su lengua a Constantinopla. Las ricas llanuras de la Pequeña Rusia estimularon después su apetito anexionista, pero los polacos ya eran desde siempre un pueblo valiente, y también fuerte por entonces, que no sólo sabía sostenerse sino también desquitarse: a comienzos del siglo diecisiete mantuvieron ocupado incluso a Moscú durante algunos años.[8]

La paulatina demoralización de la aristocracia dominante, la carencia de fuerza para desarrollar una burguesía y las guerras permanentes que asolaban el país, quebraron finalmente el poder de Polonia. Un país que se aferraba insistentemente al orden social feudal, mientras todos sus vecinos iban para adelante, formaban una burguesía, desarrollaban industria y comercio y creaban grandes ciudades: un país como ése, estaba condenado al ocaso. En verdad, fue la aristocracia la que llevo a Polonia al ocaso, al completo ocaso, y después que los aristócratas hubieron hecho esto, se echaron a reprochárselo unos a otros y a venderse ellos y su país a los extranjeros. La historia polaca de 1700 a 1772 es nada más que una crónica de la usurpación rusa del dominio de Polonia, posibilitada por la venalidad de la nobleza. Los soldados rusos mantuvieron casi permanentemente ocupado el país, y los reyes polacos, aunque no quisieron ser traidores, cayeron más y más bajo el poder del embajador ruso. Este juego transcurrió tan exitosamente y se prolongó tanto que en Europa no se oyó ni una protesta cuando Polonia fue finalmente aniquilada, y todos se maravillaron solamente de

[8] En 1605 Moscú fue ocupado por los incursores polacos. Éstos fueron expulsados en mayo de 1606 por una insurrección popular. En setiembre de 1610 los polacos volvieron a penetrar en Moscú y se apoderaron del trono moscovita. Todo el pueblo ruso se alzó en una lucha de liberación contra los incursores. La nación en armas, bajo el mando de Minin y Posharski, liberó Moscú en octubre de 1612.

cómo Rusia pudo ser tan longánima para ceder a Austria y a Prusia una parte tan grande del territorio.

Resultan especialmente interesantes el modo y la manera como se emprendió esa partición. En aquella época ya había una "opinión pública" ilustrada en Europa. Aunque el *Times* aún no había empezado a fabricar este artículo, se daba sin embargo aquel tipo de opinión pública que se formara por la pujante influencia de Diderot, Voltaire, Rousseau y los demás escritores franceses del siglo dieciocho. Rusia supo invariablemente lo importante que es tener de su lado, en lo posible, la opinión pública, y no dejó de servirse de ella. La corte de Catalina II se convirtió en cuartel general de los hombres ilustrados de aquellos días, especialmente de los franceses; la zarina y su corte profesaban los más elevados principios de la Ilustración, y lograron engañar tan acertadamente a la opinión pública que Voltaire y muchos otros cantaron loas a la "Semíramis del norte" y ensalzaron a Rusia como el país más progresista del mundo, como la patria de los principios liberales y el campeón de la tolerancia religiosa.

Tolerancia religiosa. . . : aquí estaba la palabra que faltaba, y con la cual se podía rematar a Polonia. Polonia ha sido siempre extremadamente liberal en cosas de religión; lo atestigua el hecho que allí encontraron asilo los judíos cuando eran perseguidos en todas las demás partes de Europa. La mayor parte de la población de las provincias orientales pertenecía al credo greco-ortodoxo, mientras que los polacos propiamente dichos eran católicos romanos. Una parte cuantiosa de esos griegos ortodoxos había sido obligada en el siglo dieciséis a reconocer la supremacía del papa: se los denominaba griegos unidos; muchos de ellos, no obstante, se aferraban en todo aspecto a su antiguo credo greco-ortodoxo. En general lo eran los siervos, mientras que sus nobles señores eran casi todos católicos romanos; por nacionalidad, los siervos eran pequeños rusos. Ahora bien, este gobierno ruso que en su casa no toleraba otra religión que la griega ortodoxa y castigaba como un crimen la apostasía; que conquistaba naciones extranjeras y anexionaba provincias extranjeras a diestra y siniestra; que en aquel tiempo estaba en tensar más firmemente aún las cadenas del siervo ruso...: este mismo gobierno ruso pronto cayó sobre Polonia en nombre de la tolerancia religiosa, porque Polonia oprimía presuntamente a los griegos ortodoxos; en nombre del principio de la nacionalidad, porque los habitantes de esas provincias orientales eran *pequeños* rusos y por lo tanto debían ser incorporados a la *Gran* Rusia, y en nombre del derecho a la revolución, puesto que él armaba a los siervos contra sus señores. Rusia no supo de escrúpulos en la elección de sus medios. Se dice que la guerra de clase contra clase sería algo extremadamente revolucionario; Rusia ya hacía unos 100 años que había promovido en Polonia una guerra semejante, y fue una linda muestra de guerra de clases cuando soldados rusos y siervos pequeños rusos se pusieron a incendiar mancomundamente los castillos de los nobles polacos sólo para preparar la anexión rusa; ni bien ésta se completó, los mismos soldados rusos volvieron a poner a los siervos bajo el yugo de sus señores.

Todo esto sucedió en nombre de la tolerancia religiosa, porque en Europa occidental aún no estaba de moda por ese entonces el principio

de la nacionalidad. Pero ya por ese entonces éste hizo que los campesinos pequeños rusos vieran claro y a partir de ahí desempeñó un papel significativo en los asuntos polacos. El primer y preeminente empeño de Rusia es la unificación de todas las tribus rusas bajo el zar, que se denomina a sí mismo soberano de todas las Rusias *(Samodergetz vseckh Rossyiskikh)*, con lo cual también incluye la Bielorrusia y la Pequeña Rusia. Para demostrar que sus empeños no van más allá, cuidó muy minuciosamente de anexar sólo provincias bielorrusas y pequeñorrusas durante las tres particiones, y abandonó a sus cómplices el territorio habitado por los polacos, y en rigor hasta una parte de la Pequeña Rusia (Galitzia oriental). Pero actualmente, ¿cómo están las cosas? Actualmente la mayor parte de las provincias anexadas en 1793 y 1794 por Austria y Prusia se halla bajo dominio ruso y lleva la designación de reino de Polonia, y de tiempo en tiempo despiertan entre los polacos esperanzas de que ellos sólo tendrían que someterse a la suprema alteza rusa y desistir de todas las reivindicaciones sobre las antiguas provincias lituanas para poder aguardar la reunificación de todas las demás provincias polacas y la restauración de Polonia con el emperador ruso como rey. Y si Prusia y Austria viniesen a las manos en las críticas circunstancias actuales, es más que probable que, en última instancia, esa guerra no se jugará en torno a la anexión de Slesvig-Holstein por Prusia o de Venecia por Italia, sino más bien en torno a la anexión de una parte de la Polonia austríaca y, al menos, de una parte de la Polonia prusiana por Rusia.

Esto, en cuanto al principio de la nacionalidad en los asuntos polacos.

FRIEDRICH ENGELS

KARL MARX

LA MISIÓN EUROPEA DE POLONIA

Hace unos treinta años estalló una revolución en Francia. Fue algo imprevisto por la Providencia de San Petersburgo, que acababa de convenir un pacto secreto con Carlos X para mejorar la administración y la geografía de Europa. En cuanto le llegaron las tristes nuevas al zar Nicolás reunió a los oficiales de su guardia y los arengó breve y bélicamente, terminando con las palabras "¡A caballo, señores!" No era una amenaza hueca. Enviaron a Paskievitch a Berlín, para dirigir la invasión de Francia. Pocos meses después estaba todo listo. Se esperaba que los prusianos desplegasen su concentración del Rhin, que el ejército polaco entrase en Prusia y los moscovitas avanzasen en la retaguardia. Pero entonces, como dijo Lafayette en la cámara de diputados, "la avanzada se volvió contra la masa del ejército"; el levantamiento de Varsovia salvó a Europa de una segunda guerra antijacobina.

Dieciocho años más tarde hubo otra erupción del volcán revolucionario, o más bien, un terremoto que sacudió todo el continente. Hasta a Alemania empezó a moverse, a pesar del andador en que la había puesto Rusia desde la llamada guerra de la independencia. Y lo que es más sorprendente, Viena fue la primera en probar las barricadas callejeras, y con éxito. Esta vez, quizá la primera en la historia, el ruso perdió la serenidad, El zar Nicolás arengó a sus guardias en seguida. Publicó un manifiesto a su pueblo diciendo que la peste francesa había llegado a infectar a Alemania, que se acercaba a las fronteras del imperio y que la Revolución en su delirio miraba con ojos arrebatados a la Santa Rusia. Esto no es raro, gritó. Durante años la misma Alemania había sido fermento de infidelidad. El cáncer de una filosofía sacrílega había llegado a los órganos vitales de este pueblo, que parecía tan sano por fuera. Y terminaba con este mensaje a los alemanes: "¡Dios está con nosotros! ¡Oíd esto infieles y rendíos a nosotros, porque Dios está con nosotros!" Poco después envió a los alemanes otro mensaje, con su fiel servidor Nesselrode, pero lleno esta vez de ternura para con este pueblo pagano. ¿Por qué este cambio?

Porque la gente de Berlín no había hecho sólo una revolución, sino que también había proclamado la rehabilitación de Polonia, y los polacos de Prusia engañados por el entusiasmo popular estaban en tren de instalar campamentos militares en Posen. De ahí la amabilidad del zar. ¡Una vez más era Polonia, el caballero inmortal de Europa, el que infundía pavor al mongol! Solamente después que los alemanes traicionaron a los polacos, en especial la Asamblea nacional alemana de Francfort, Rusia recuperó su fuerza como para apuñalar a la Revolución de 1848 en su último refugio, Hungría. Y ahí el último hombre que dirigió una campaña contra rusia fue un polaco, el general Bem.

Hay gente tan inocente que cree que todo cambió, que Polonia no es más una "nación necesaria", como la llamó un escritor francés, y que ahora es una recuerdo sentimental. Y ustedes saben que los sentimientos y los recuerdos no se cotizan en la bolsa.

Pero yo pregunto, ¿qué cambió? ¿Disminuyó el peligro? No, solamente que la ceguera intelectual de las clases dirigentes de Europa llegó a su cenit.

En primer lugar, la política de Rusia es inmutable de acuerdo con la admisión de su historidador oficial, el moscovita Karamsin. Sus métodos, sus tácticas, sus maniobras pueden cambiar, pero la estrella polar de su política —el dominio del mundo— es una estrella fija. En nuestra época sólo un gobierno civilizado rigiendo masas bárbaras puede concebir y ejecutar un plan semejante. Como escribiera Pozzo di Borgo, el más grande diplomático ruso de los tiempos modernos, a Alejandro I, cuando el Congreso de Viena, Polonia es el gran instrumento para la ejecución de los designios rusos del mundo, pero es también un obstáculo invencible para los mismos hasta el momento en que los polacos, agotados por las traiciones acumuladas de Europa, se conviertan en un látigo en manos del moscovita.

¿Acaso ha intervenido algo que no fuera la disposición polaca para frustrar los planes de Rusia o detener su acción? No hace falta decir que el proceso de sus conquistas en Asia ha sido continuo. No hace falta decir que la llamada guerra de Inglaterra y Francia contra Rusia dio a ésta la fortaleza montañesa del Cáucaso, el control del Mar Negro, y derechos marítimos que Catalina II, Pablo y Alejandro I habían tratado en vano de arrebatar a Inglaterra. Los ferrocarriles unen y concentran sus fuerzas dispersas en una gran extensión. Sus reservas materiales de Polonia Rusa, donde se ha atrincherado, en Europa, han aumentado enormemente. Las fortalezas de Varsovia, Modlin, Ivangorod —lugares elegidos por el primer Napoleón— controlan todo el curso del Vístula, y son una base formidable para ataques hacia el norte, oeste y sur. La propaganda paneslavista ha resultado en el debilitamiento de Austria y Turquía. Y en cuanto al significado de esta propaganda paneslavista se tuvo un adelanto en 1848-1849, cuando invadieron Hungría, devastaron Viena y aplastaron Italia los eslavos que peleaban bajo las banderas de Jĕlačic. Windischgraetz y Radetzky. Además de todo esto, los crímenes de los ingleses contra los irlandeses han creado un aliado nuevo y fuerte a Rusia del otro lado del Atlántico.

El plan de la política rusa sigue inmutable; sus medios han aumentado considerablemente desde 1848, pero hasta ahora hay una cosa fuera de su alcance, y Pedro el Grande señaló este punto débil cuando escribió que para conquistar al mundo los moscovitas necesitaban solamente almas. Bueno, el espíritu vivificador que necesita Rusia para su esqueleto lo conseguirá cuando los polacos sean súbditos rusos. ¿Qué habrá que poner en el otro plato de la balanza entonces?

Un europeo continental contestará tal vez que con la emancipación de los siervos Rusia entró en la familia de las naciones civilizadas, que el poder de los alemanes, concentrado hace poco en manos de los prusianos puede resistir todos los choques asiáticos y, finalmente, que la revolución

social de Europa occidental terminará con el peligro de los conflictos internacionales. Un inglés que lea solamente el *Times* podrá decir que en el peor de los casos, por ejemplo, si Rusia toma Constantinopla, Inglaterra tomará Egipto y se asegurará así el camino a su gran mercado hindú.

Respecto del primer punto, la emancipación de los siervos liberó al gobierno de obstáculos que podían ponerle los nobles en su camino para la centralización de la acción. Creó una reserva grande para los reclutamientos del ejército, disolvió la propiedad pública de los campesinos rusos, los aisló, y sobre todo fortaleció su fe en su autócrata y Papa. No les quitó su barbarie asiática, la herencia pegajosa de siglos. Se castiga como un crimen cualquier intento de elevar su nivel moral. Sólo hace falta recordar la oposición a las asociaciones por la sobriedad, que trataron de separar al moscovita de lo que Feuerbach llama la sustancia material de su religión, la vodka. Cualesquiera sean los efectos futuros, por ahora, la emancipación de los siervos ha aumentado las fuerzas de que dispone el zar.

Pasemos a Prusia. De vasalla de Polonia pasó a ser una potencia de primer orden bajo el auspicio de Rusia y por la división de Polonia. Si Prusia perdiese mañana su presa polaca, ésta volvería a Alemania en vez de incorporarla. Para seguir siendo una potencia distinta de Alemania debe buscar el apoyo del moscovita. El aumento reciente de su fuerza ha hecho indisolubles sus lazos en vez de aflojarlos. Además, el aumento de fuerza ha aumentado el antagonismo de Prusia con Francia y Austria. Al mismo tiempo Rusia es la base donde se apoyan el poder arbitrario de los Hohenzollern y de sus dependientes feudales. Es su garantía contra el desafecto popular. De manera que Prusia no es un baluarte contra Rusia, sino su instrumento predestinado para la invasión de Francia y la ingestión de Alemania.

En cuanto a la revolución social ¿qué quiere decir sino lucha de clases? Es posible que la lucha entre trabajadores y capitalistas sea menos cruel y sangrienta que las luchas entre los señores feudales y los capitalistas de Inglaterra y Francia. Esperemos que así sea. Pero de todas maneras, aunque una crisis de esta clase puede aumentar la energía de los pueblos occidentales, como todos los conflictos internos atraerá también la agresión exterior. Este conflicto dará a Rusia otra vez el papel que tenía en la guerra antijacobina y desde la Santa alianza, el de salvador predestinado del orden. Llevará a las filas de Rusia a todas las clases privilegiadas de Europa. Ya durante la Revolución de febrero, el conde de Montalembert no fue el único que puso la oreja en el suelo para oír el ruido lejano de los cascos cosacos. Los patanes campesinos prusianos no fueron los únicos que proclamaron al zar su "Padre protector" en los cuerpos representativos de Alemania. Todas las bolsas de comercio de Europa subían con las victorias rusas sobre los magiares y bajaban con sus derrotas.

Finalmente, en cuanto a lo que dice el *Times* —dejen a Rusia tomar Constantinopla si no impide a Inglaterra instalarse en Egipto— ¿qué quiere decir? Quiere decir que Inglaterra le dará Constantinopla a Rusia, si Rusia le permite oponerse a las reclamaciones de Francia por Egipto. Ésta es la perspectiva agradable que nos presenta el *Times*. En cuanto al amor de Rusia por Inglaterra, por más afecto que le tenga a sus libras, chelines y

peniques, es suficiente referirse a la *Moscow Gazette* de diciembre de 1851: "No, le llegará el turno a la pérfida Albión y dentro de poco no tendremos que hacer más acuerdos con esta gente, excepto en Calcuta".

Sólo hay una alternativa para Europa. La barbarie asiática bajo conducción moscovita le caerá como una avalancha si no rehabilita a Polonia, poniendo así veinte millones de héroes entre ella y Asia y ganando tiempo para su renacimiento social.

[Discurso pronunciado en inglés en un mitin organizado por la Asociación internacional de los trabajadores y la emigración polaca el 22 de enero de 1867, aniversario de la sublevación de 1863. Traducido de *The Russian Menace to Europe, By K. Marx and F. Engels*, Gleucox, Illinois, The Free Press, 1952, pp. 104-108.]

FRIEDRICH ENGELS

UN LLAMAMIENTO POLACO

Cuando el emperador ruso llegó a Inglaterra, toda la policía estaba en acción. Se decía que los polacos querían asesinarlo, que se había encontrado un nuevo Beresowski y que estaba mejor armado que en París. La policía rodeó con agentes de civil las casas de polacos conocidos; hasta se trajo al jefe de policía de París, que había vigilado a los allí exiliados. Los arreglos policiales a lo largo de la ruta del zar, de su residencia a la ciudad, se hicieron prácticamente de acuerdo con las reglas de la estrategia. Y todo para nada. No apareció ningún Beresowski, no se oyó ningún tiro. Y el zar, que no temblaba menos que su hija, la pasó sin más que el susto. Sin embargo, el trabajo no fue inútil, porque el zar dejó de propina cinco libras esterlinas para cada comisario y dos para cada inspector (cien, y cuarenta, marcos, respectivamente).

Mientras tanto, los polacos pensaban en otras cosas y no en el asesinato del noble Alejandro. La sociedad "el pueblo polaco", publicó un "Llamamiento de los refugiados polacos al pueblo inglés", firmado por el general B. Wroblewski, presidente, y J. Krynski, secretario. Esta arenga se distribuyó en grandes cantidades durante la estadía del zar en Londres. Con excepción del *Reynolds News*, la prensa de Londres se negó unánimemente a mencionarla. ¡No había que ofender al "huésped de Inglaterra"!

El llamamiento comienza señalando a los ingleses que el zar no los honra, sino que más bien los insulta al visitarlos, mientras se prepara en Asia central para terminar con el dominio inglés de la India, y que si en vez de caer en las redes de su seducción Inglaterra no fuese indiferente a las tentativas de independencia polacas, entonces ella y el resto de Europa podrían poner fin sin peligros a su enorme carrera armamentista. Y esto es cierto. Detrás del militarismo europeo está el militarismo ruso. Como reserva a favor de Francia en la guerra de 1859, en 1866 y 1870 a favor de Prusia, el ejército ruso hizo posible en cada oportunidad que la potencia militar principal venciese sola a su enemigo. Prusia, como la primera potencia militar, es creación directa de Rusia, aunque desde entonces creció demasiado para su santo patrono.

El llamamiento prosigue diciendo: "Por su posición geográfica y su disposición permanente para levantarse por la causa de la humanidad, Polonia ha sido y será el primer defensor de la justicia, de la civilización y el progreso social en todo el noreste de Europa. Polonia no ha probado irrefutablemente con sus siglos de resistencia, por un lado a las invasiones de los bárbaros orientales, y por otro contra la inquisición que oprimió a casi todo el mundo occidental. ¿Por qué precisamente durante los momentos más decisivos de los tiempos modernos, los pueblos de Europa occidental

pudieron dedicarse sin molestias al desenvolvimiento de sus fuerzas sociales vitales? Sólo porque en las fronteras orientales de Europa el soldado polaco estuvo en su puesto, siempre alerta, siempre listo a disparar, siempre listo a dar su vida, sus bienes. Europa debe agradecer a la protección de las armas polacas la posibilidad de evolucionar en el marco de su nueva vida, en las artes y las ciencias, durante el siglo XVI, el hecho de que el comercio, la industria y la riqueza pudiesen llegar a los asombrosos niveles actuales. ¿Qué hubiera pasado, por ejemplo con el legado de la civilización ganado por Occidente en dos siglos de trabajo, si los polacos, aunque amenazada su retaguradia por las hordas mongólicas, no hubiesen ayudado a Europa central contra los turcos, y no hubiesen terminado con la fuerza de los otomanos con su brillante victoria frente a los muros de Viena?"

La proclama desarrolla luego la necesidad de la resistencia polaca aun hoy para impedir que Rusia vuelque todas sus fuerzas hacia occidente. Se trata de una resistencia que consiguió desarmar a los aliados más peligrosos de Rusia, los agentes paneslavistas. El principal historiador ruso, Pogodin, dice, en un libro publicado por orden y a expensas del gobierno ruso, que Polonia, hasta ahora una espina en la piel de Rusia, debe convertirse en su mano derecha, restaurándola como un reino pequeño y débil bajo un príncipe ruso. Así se cazará a los eslavos turcos y austríacos: "Anunciaremos esto con una proclama; Inglaterra y Francia se morderán los labios, y será el golpe final para Austria... Todos los polacos hasta los más irreconciliables correrán a nuestros brazos; los polacos austríacos y prusianos se reunirán con sus hermanos. Todas las tribus eslavas oprimidas ahora por Austria —checos, croatas, húngaros (!), hasta los eslavos turcos— suspirarán por el día en que puedan respirar tan libremente como lo harán entonces los polacos. Seremos entonces una raza de cien millones bajo un centro y entonces vosotros, pueblos de Europa, podréis venir a medir vuestras fuerzas con nosotros!" Por desgracia, a este plan tan bueno le falta su premisa básica: el consentimiento de Polonia. Pero "todo el mundo sabe que a estas tentaciones Polonia contestó: 'He de vivir y viviré, si lo hago, no como instrumento de los planes de conquista de un zar extranjero, sino como un pueblo libre entre los pueblos libres de Europa' ".

El llamamiento detalla después cómo Polonia cumplió con su firme decisión. En un momento crítico de su existencia, al comienzo de la Revolución francesa, Polonia estaba ya mutilada por la primera división y separada en cuatro estados. Sin embargo, tuvo el coraje, en su constitución de 1791, de poner la bandera de la Revolución francesa en el Vístula, hecho que la colocaba por encima de sus vecinos. Esto condenaba al antiguo desorden polaco. Unas cuantas décadas de evolución pacífica, sin molestias del exterior, y Polonia hubiese sido el país más avanzado y fuerte al este del Rhin. Pero las potencias divisoras no podían permitir que Polonia se levantase otra vez, y menos todavía permitirle revivir por la domesticación de la revolución en el noreste de Europa. Su suerte estaba echada: los rusos hicieron en Polonia lo que las tropas prusianas, austríacas y alemanas habían tratado en vano de hacer en Francia. "Kosciusko peleaba al mismo tiempo por la independencia de Polonia y por el principio de igualdad. Y todo el mundo sabe que desde el momento de la pérdida de su independencia na-

cional, y a pesar de la pérdida, Polonia ha sido la defensora principal de los derechos ofendidos, donde fuere, tomando parte en todas las batallas contra la tiranía, gracias a su amor patrio y a su solidaridad con todos los pueblos que luchan por la causa de la humanidad. Inquebrantable a pesar de su desgracia, inconmovible por la ceguera y mala fe de los gobiernos europeos, Polonia no ha abandonado por un momento los deberes que se impuso por ella, su historia y su preocupación por el futuro." Pero al mismo tiempo desarrolló los principios de acuerdo con los cuales debería organizarse su futuro la nueva República polaca. Estos principios se sentaron en las proclamas de 1830, 1845 y 1863. "El primer manifiesto proclamaba, además, el derecho firme de Polonia a ser nación independiente, la *emancipación de los campesinos.* El manifiesto de 1845, publicado en tierra polaca en la entonces ciudad libre de Cracovia y respaldado por representantes de todas partes de Polonia, proclama no sólo este derecho a la emancipación, sino también el principio de que los campesinos *serán propietarios de la tierra* que cultivaron durante siglos. En las partes de Polonia robadas por los moscovitas, los terratenientes, basando su acción en estos manifiestos como base de la ley nacional polaca, decidieron solucionar estas cuestiones internas (1859-1863) que habían pesado sobre su conciencia, voluntariamente y de acuerdo con los campesinos, mucho antes de la llamada Proclama de la emancipación zarista. La cuestión de la tierra polaca había sido resuelta en principio por la constitución del 3 de mayo de 1791. Si el campesino polaco, sin embargo, siguió oprimido, fue sólo por culpa del despotismo y maquiavelismo del zar, que basaba su dominio en la enemistad entre terratenientes y campesinos. Esta decisión, que se había tomado mucho antes de la proclama zarista del 18 de febrero de 1861, que fue aplaudida por Europa entera y que se suponía que daba a los campesinos igualdad ante la ley, fue máscara de uno de los intentos periódicos del zar para obtener más propiedad extranjera. Los campesinos polacos están ahora tan oprimidos como antes, pero *el zar es actualmente el propietario de la tierra.* Y como castigo por la sangrienta rebelión que Polonia llevó a cabo en 1863 contra la extrema barbarie de sus opresores, tuvo que sufrir una serie de brutales torturas ante las cuales se estremecería hasta la tiranía de otros siglos."

"Y sin embargo, ni el yugo cruel de los zares, aunque duró un siglo entero, ni la indiferencia de Europa, han podido matar a Polonia. Hemos vivido y viviremos por virtud de nuestra voluntad, por nuestra fuerza y nuestra evolución social y política, que nos pone por encima de nuestros opresores; su existencia está basada, de principio a fin, en la fuerza bruta, la cárcel y el cadalso; y sus instrumentos principales en el extranjero son las conspiraciones, las traiciones y finalmente, la conquista por la fuerza."

Dejemos ahora el llamamiento pues deseamos relacionarlo con algunas observaciones acerca de la importancia que tiene la cuestión polaca para los trabajadores alemanes.

Hasta que tomó Polonia, Rusia fue un país tan extraeuropeo como, por ejemplo, Turquía, a pesar de su desarrollo y del aumento de su influencia en Europa desde Pedro el grande (proceso en el que a pesar de conocer exactamente su posición, Federico II de Prusia tuvo un papel importante).

La primera división de Polonia tuvo lugar en 1772. Ya en 1779 Rusia buscó y consiguió en la Paz de Teschen el derecho legal de intevenir en los asuntos alemanes. Eso debió haberle bastado a los príncipes alemanes; sin embargo, Federico Guillermo II —el único Hohenzollern que se opuso alguna vez, con seriedad, a la política rusa— y Francisco II, consintieron en la completa destrucción de Polonia. Además, después de las guerras napoleónicas, Rusia se quedó con la parte del león de las provincias que habían sido prusianas y austropolacas, y se convirtió en el árbitro de Europa, papel que jugó constantemente hasta 1853. Prusia estaba muy orgullosa de poder rebajarse ante Rusia; Austria lo hacía a disgusto, pero cediendo siempre por medio de la revolución, contra la que el zar seguía siendo el último recurso. Rusia se convirtió así en el santuario de la reacción europea sin renunciar por ello al placer de preparar las siguientes conquistas —en Austria y en Turquía— mediante la agitación paneslavista. Durante los años de revolución, la eliminación de Hungría por Rusia fue un elemento tan decisivo en Europa central y oriental como la batalla de junio en París para Occidente; y cuando poco después el zar Nicolás juzgó en Varsovia al rey de Prusia y al emperador de Austria, se aseguró la preponderancia de la reacción europea junto con la preponderancia de Rusia en Europa. La guerra de Crimea libró a occidente y a Austria de la insolencia del zar. Prusia y los pequeños estados de Alemania se humillaban de mejor gana ante él. Pero ya en 1859 castigó a los austríacos por su desobediencia, haciendo que sus vasallos no la apoyasen, y en 1866 Prusia terminó de disciplinar a Austria.

Ya hemos visto cómo el ejército ruso ha sido el pretexto y el sostén del militarismo europeo. En 1853 sólo porque Nicolás, apoyado por su millón de soldados —que por cierto, en su mayor parte existía únicamente en los papeles— desafió a occidente, Luis Napoleón consiguió, con el pretexto de la guerra de Crimea hacer del ejército francés, entonces algo debilitado, el más fuerte de Europa. Sólo porque el ejército ruso impidió a Austria, en 1870, ponerse al lado de Francia, pudo Prusia vencerla y obtener como resultado la monarquía militar prusiano-germana. Vemos al ejército ruso detrás de todos estos actos de importancia vital para las naciones. Y si la evolución interna de Rusia no toma pronto un camino revolucionario, la victoria de Alemania sobre Francia traerá con seguridad una guerra entre Rusia y Alemania, como la victoria de Prusia sobre Austria en Sadowa trajo la guerra franco-prusiana.[1] Pero el ejército ruso estará siempre a la orden contra un movimiento interno revolucionario en Prusia. Hoy la Rusia oficial sigue siendo el santuario y escudo de la reacción europea, sus ejércitos son la reserva de todos los otros ejércitos que se ocupan de la eliminación de las clases trabajadoras de Europa.

Los trabajadores alemanes del llamado Imperio alemán constituyen el próximo frente que se opone a este enorme ejército de opresión. Mientras los rusos apoyen a la burguesía y a los gobiernos de Austria y de Alemania,

[1] Esto se afirmaba ya en el Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, sobre la guerra franco-prusiana (fechada el 9 de septiembre de 1870).

todo el movimiento laborista alemán se entorpece. De ahí que nuestro primer objetivo consista en sacarnos de encima a la reacción rusa y al ejército ruso. Y para esto sólo tenemos un aliado de confianza, uno solo de quien fiarse en todos los casos: *el pueblo polaco.*

Polonia, más que Francia, por su evolución histórica y su situación actual, se enfrenta con la disyuntiva de hacerse revolucionaria o morir. Y esto termina con la tontería de decir que el movimiento polaco tiene un carácter esencialmente aristocrático. Hay muchos entre los emigrados polacos que tienen ambiciones aristocráticas, pero en cuanto Polonia misma empieza a moverse el movimiento se convierte en revolucionario por completo, como se vio en 1846 y 1863. Estos movimientos fueron no solamente nacionales, sino directamente conducidos a la liberación de los campesinos y a la obtención de la propiedad de sus tierras. En 1870 la mayor parte de los emigrados polacos se alistaron con la Comuna. ¿Fue algo propio de aristócratas? ¿No prueba que estos polacos están en la avanzada del movimiento moderno? ¿Qué pasó desde que Bismarck introdujo la *Kultur-Kampf* en Polonia, cuando con el pretexto de atacar al Papa hizo desaparecer los libros polacos, eliminó el idioma polaco y realizó todo lo posible para echar a Polonia en brazos de Rusia? La aristocracia polaca se acercó cada vez más a Rusia para unir a Polonia, por lo menos bajo el dominio ruso. Las masas revolucionarias contestaron ofreciendo una alianza al Partido Laborista alemán, y peleando en las filas de la Internacional.

Polonia ha demostrado, desde 1863, y lo prueba cada día, que no puede morir. No puede negarse su reclamo de existencia independiente en la familia europea de naciones. Pero su rehabilitación se ha convertido en una necesidad, especialmente para dos pueblos: para los alemanes y para los mismos rusos.

Un pueblo que oprime a otros no puede emanciparse. La fuerza que emplea para eliminarlas se vuelve siempre y finalmente contra él. Mientras los soldados rusos estén en Polonia, el pueblo ruso no podrá liberarse ni política ni socialmente. Pero en el actual momento de la evolución rusa, es cierto que el día en que Rusia pierda a Polonia el movimiento revolucionario de la propia Rusia será suficientemente fuerte como para terminar con este orden de cosas. La independencia de Polonia y la revolución de Rusia se determinan recíprocamente. La independencia de Polonia y la revolución rusa —que está más cerca de lo que parece, por el ilimitado desorden social, político y financiero y la corrupción de la Rusia oficial— significan para los trabajadores alemanes: la limitación de la burguesía, de los gobiernos y de la reacción en Alemania a sus propios recursos. Con estas fuerzas podremos vérnoslas a su tiempo.

[Publicado en *Der Volksstaat*, órgano del Partido obrero socialdemócrata de Alemania, Leipzig, edición del 11 de junio de 1874. Se traduce del inglés de *The Russian Menace to Europe*, cit.]

FRIEDRICH ENGELS

[LA CUESTIÓN POLACA]*

Londres, 7 de febrero de 1882

¡Querido señor Kautsky! Por fin consigo contestar a su carta del 8 de noviembre. Una de las tareas *reales* de la Revolución de 1848 -- y las tareas reales y no ilusorias de una revolución se resuelven siempre como consecuencia de esta misma revolución— fue la de restablecer las nacionalidades eliminadas y dispersas de Europa central, siempre que fuesen viables y, especialmente, siempre que estuviesen maduras para la independencia. Esta tarea fue hecha por los albaceas de la revolución, Bonaparte, Cavour y Bismark, para Italia, Hungría y Alemania, de acuerdo con las condiciones del momento. Quedaban Irlanda y Polonia. Podemos omitir a Irlanda porque sólo afecta en forma indirecta la situación del continente europeo. Pero Polonia está en el centro del continente, y su división es lo que une a la Santa alianza. Estamos entonces muy interesados en Polonia.

En efecto, a un gran pueblo le resulta históricamente imposible discutir con seriedad la menor cuestión interna mientras le falte la independencia nacional. Antes de 1859 no era posible el socialismo en Italia; hasta los republicanos eran pocos, aunque continuasen siendo el elemento más activo. Apenas después de 1861 los republicanos aumentaron su influencia y más tarde traspasaron sus mejores elementos a los socialistas. Lo mismo ocurrió en Alemania. Lassalle estaba a punto de abandonar su trabajo cuando tuvo la fortuna de que lo asesinaran. Sólo en 1866, cuando se decidió la gran unión prusiana de la pequeña Alemania, los partidos lassalliano y eisenachiano adquirieron una cierta significación, y sólo después de 1870, cuando las apetencias anexionistas de Bonaparte fueron definitivamente eliminadas, la situación dio un viraje. Si tuviésemos aún la antigua Dieta, ¿dónde estaría nuestro partido? Lo mismo sucedió en Hungría. Sólo después de 1860 fue atraída al movimiento moderno: el fraude arriba y el socialismo abajo.

Un movimiento internacional del proletariado sólo es posible entre naciones independientes. Lo poco que había de internacionalismo republicano en 1830-1848 se agrupó alrededor de Francia, que debía liberar a Europa, y por lo tanto *reforzó el chovinismo francés* hasta tal punto que la vocación liberadora universal de Francia y por consiguiente su derecho originario de situarse a la cabeza, se entromete permanentemente en nuestro camino (como caricatura en el caso de los blanquistas, pero de una manera

* El título sólo es redaccional. Se trata de una carta de Engels a Karl Kautsky del 7 de febrero de 1882. [E.]

aun más pronunciada en el caso de Malon y compañía). También en la Internacional los franceses daban el hecho por sentado. Sólo los acontecimientos históricos les han demostrado —como a muchos otros— y todavía deben enseñarles diariamente, que la colaboración internacional sólo es posible entre *iguales* y que un *primus inter pares* sólo puede existir para la acción inmediata. Mientras Polonia siga dividida y sojuzgada no podrá desarrollarse un fuerte partido socialista en el país, no podrá haber un verdadero intercambio internacional *entre polacos que no estén en la emigración* y los demás partidos proletarios de Alemania, etc. Cada campesino y cada obrero polaco que sale de su letargo para participar en los intereses generales se enfrentan de inmediato con el hecho de la sumisión nacional, que es el primer obstáculo que se levanta en su camino. Suprimir ese obstáculo es la condición fundamental de todo desarrollo libre y sano. Los socialistas polacos que no querrían poner la liberación de su país en el primer punto de su programa, me recuerdan a los socialistas alemanes que no querrían reivindicar como objetivo prioritario la supresión de las leyes de excepción contra los socialistas, la libertad de prensa, de asociación y de reunión. Para poder luchar, hay que tener un terreno donde poder pararse, aire, luz y un margen de maniobra. Todo lo demás es charlatanería.

Saber si la independencia de Polonia es posible *antes* de la próxima revolución no tiene ninguna importancia. Pero en cualquier caso, *nosotros* no podemos desviar a los polacos de sus esfuerzos por conquistar las condiciones vitales de su evolución futura, ni persuadirlos de que la independencia nacional es una cuestión muy secundaria desde el punto de vista internacional. Todo lo contrario, la independencia es la base de cualquier acción internacional común. Además, la guerra entre Alemania y Rusia estaba a punto de estallar en 1873, y el restablecimiento de *alguna clase* de estado polaco, núcleo de la verdadera Polonia del mañana, era perfectamente posible. Y si los señores rusos no terminan pronto sus intrigas y sus provocaciones paneslavistas en Herzegovina, pueden verse metidos en una guerra que los desbordará, tanto a ellos que a Austria y a Bismarck. El partido paneslavista ruso y el zar son los únicos que tienen interés en que empeoren las cosas en Herzegovina. Nosotros podemos interesarnos tan poco en los ladrones bosnios como en los ministros y burócratas austríacos que hacen tanto ruido por allí. De manera, pues, que aun *sin* sublevación alguna, por el simple juego de los choques meramente europeos, el restablecimiento de una pequeña Polonia independiente no es totalmente imposible. Téngase en cuenta que tampoco la pequeña Alemania prusiana inventada por los burgueses se estableció por la vía revolucionaria y parlamentaria que ellos habían previsto, sino por la guerra.

Creo entonces que hay *dos* naciones en Europa que tienen no sólo el derecho, sino también el deber de ser nacionalistas antes de ser internacionalistas: los irlandeses y los polacos. Cuanto más nacionales sean, más internacionales serán. Los polacos así lo han entendido en todas las crisis y lo han demostrado en todos los campos de batalla revolucionarios. Si se les elimina la perspectiva de una Polonia independiente, o se les convence de que la nueva Polonia caerá pronto en sus manos, variará profundamente su interés por la revolución europea.

No tenemos ninguna razón para oponernos a la aspiración de los polacos a la independencia. *Primo*, ellos han inventado y aplicado en 1863 una forma de lucha que los rusos imitan actualmente con gran éxito (véase *Berlin und Petersburg*, anexo 2);* y *segundo*, ellos fueron en la Comuna de París los únicos combatientes experimentados y dignos de confianza.

¿Quienes son, por lo demás, los que se oponen a las aspiraciones nacionalistas polacas? En primer lugar, los burgueses europeos, para quienes los polacos han perdido el respeto que merecían desde la insurrección de 1846 por sus inclinaciones socialistas; después, los paneslavistas rusos y los que están influenciados por ellos, como Proudhon, que todo lo veía con los ojos de Herzen. Entre los rusos, incluso entre los mejores, sólo un reducido grupo está exento hasta ahora de tendencias y reminiscencias paneslavistas; la creencia en la vocación paneslavista de Rusia está tan firmemente arraigada entre ellos, como lo está en los franceses la de la iniciativa revolucionaria innata de Francia. Pero en realidad, el paneslavismo es una engañosa teoría de la dominación universal con apariencia de una nacionalidad *eslava* que en realidad no existe, y que por ello es entonces el peor de los enemigos nuestro y del pueblo ruso. El engaño acabará por ser descubierto, pero mientras tanto puede causar muchos perjuicios. En estos momentos se prepara una guerra paneslavista como última salida desesperada del zarismo y la reacción rusa. ¿Llegará a estallar? Nadie lo sabe, pero si estalla, una cosa es segura: el avance revolucionario que tan magníficamente se desarrolla en Alemania, en Austria y en la misma Rusia será totalmente desbaratado y desviado por otros caminos, que de momento resultan imprevisibles. En el mejor de los casos, perderemos de 3 a 10 años; y la hipótesis más verosímil es que sea eso la penitencia a pagar por una "nueva era" constitucional en Alemania y quizás en la misma Rusia, que aparezca una pequeña Polonia bajo la hegemonía alemana, que se produzca una guerra de desquite con Francia, una nueva excitación de los pueblos, unos contra otros, y finalmente una nueva Santa alianza. El paneslavismo es, por lo tanto, ahora más que nunca, nuestro mortal enemigo, aunque esté agonizando, o quizás precisamente por eso. Los Katkov, Aksakov, Ignatiev y compañía** saben perfectamente que su imperio se perderá para siempre cuando el zarismo sea derrocado y el pueblo ruso entre en escena. De ahí su febril apostura en favor de la guerra, en el momento en que el tesoro es negativo y ningún banquero está dispuesto a conceder el menor crédito al gobierno ruso.

Por esto todos los paneslavistas odian a muerte a los polacos, porque son los únicos *anti*-paneslavistas, traidores por lo tanto a la causa sagrada del eslavismo, y tienen que ser incluidos por la fuerza en el Gran imperio de los zares cuya capital futura es Zarigrado, es decir, Constantinopla.

Quizá se le ocurra preguntarme si siento alguna simpatía por los pequeños pueblos y restos de pueblos eslavos que han quedado separados por las cuñas

* Título de un libro de reciente aparición en Berlín. [E.]

** Mijáil Katkov e Ivan Aksakov eran conocidos publicistas rusos defensores del paneslavismo; Nikolai Pavlovich Ignatiev: general y diplomático ruso que durante largo tiempo fue ministro en Constantinopla. [E.]

hendidas entre los eslavos, es decir, por alemanes, magiares y turcos. En realidad, no me importan. El grito de angustia de los checoeslovacos:

> Bože ak juš nikto nenj na zemi
> Ktoby Slavom (sic) spraviedlivost činil?
> [Dios, ¿no hay nadie en la tierra
> que a los eslavos haga justicia?]

lo contestan desde Petersburgo, y todo el movimiento nacional checo va en una dirección por la que el zar les *spraviedlivost činiti* [dará lo suyo]. Lo mismo ocurre con los demás: servios, búlgaros, eslovenos, rutenos de Galitzia (al menos en parte). Nosotros no podemos movilizarnos en favor de estos objetivos. Sólo cuando las aspiraciones nacionales de esos pueblos enanos sean liberadas, gracias al hundimiento del zarismo, de su amalgama con las tendencias paneslavistas de dominación universal, podremos dejar que se expresen libremente, y estoy seguro de que seis meses de independencia serán suficientes para que los eslavos de Austria-Hungría imploren de nuevo su reintegración. Pero en ningún caso se reconocerá a esos pequeños pueblos el derecho que ahora se arrogan en Servia, Bulgaria y Rumelia oriental, de impedir la prolongación de la red ferroviaria europea hasta Constantinopla.

En cuanto a las diferencias de los polacos de Suiza, se trata de peleas entre emigrados, que rara vez tienen importancia, y menos en un grupo de emigrados que dentro de tres años celebrará su centenario, y en el cual un plan ha seguido al otro por el impulso de todos los emigrados de hacer o de preparar algo nuevo. Por lo que dije se ve que no compartimos las ideas de los asociados de Równość, y así se lo dijimos en una declaración cuando la celebración del cincuentenario del 29 de noviembre de 1830, que se leyó en la reunión de Ginebra. Esta declaración se imprimió en polaco en las actas de la reunión (*Sprawozdanie z miedzynarodowego zebrania zwolanego w 5o letnia rocznice listopadowgo powstania przez redakcje Ráwności w Genewie*, Biblijoteka Równości núm. 1, pp. 30 y ss.). Parece que el grupo Ráwnośćse impresionó con las sonoras palabras de los rusos de Ginebra, y ahora quiere probar también que no se le puede reprochar un chovinismo nacionalista. Este extravío, sólo posible por causas locales y pasajeras, se disolverá sin causar mayor efecto en Polonia y no vale la pena refutarlo en detalle.

La manera como los polacos llegarán a un acuerdo con los lituanos, los rusos blancos y los pequeños rusos de la antigua Polonia, así como con los alemanes, sobre las cuestiones de fronteras, no nos concierne por ahora. Por otra parte, la maravillosa colaboración entre obreros checos y alemanes en Bohemia prueba hasta qué punto los obreros están poco contaminados, aun en los países pretendidamente "oprimidos", por las apetencias paneslavistas de los profesores y los burgueses.

Por ahora suficiente. Los mejores saludos para usted.

F. E.

[*Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Viena, Danubia Verlag, 1955, pp. 50-53, traducido del alemán por Conrado Ceretti.]

FRIEDRICH ENGELS

[EL DESTINO DE LOS PUEBLOS ESLAVOS]*

[...] Es sumamente comprensible que mi carta no lo convenza, ya que sus simpatías ya estaban comprometidas de parte de los eslavos del sur "sojuzgados". En principio, puesto que todos nosotros hemos pasado primero por el liberalismo y el radicalismo, hemos arrastrado con nosotros mismos esas simpatías por todas esas "nacionalidades oprimidas", y bien sé yo cuánto me ha costado —en tiempo y en estudio— desembarazarme de ellas, pero esta vez seriamente.

No obstante, me es necesario ahora que le solicite no atribuirme opiniones que jamás he expresado. Los argumentos de cancillería austríaca defendidos a lo largo del año en la *Allgemeine Zeitung* de Habsburgo no son de mi incumbencia. Lo que allí había de exacto está permitido, y lo que no ha permitido es inexacto. No tengo absolutamente ningún motivo de adherirme al movimiento centrífugo en Austria.

Un "dique contra Rusia" será superfluo desde el momento en que la revolución estalle en Rusia, es decir, desde que algún tipo de asamblea representativa se reúna. A partir de ese día, y al estar Rusia ocupada en sus asuntos internos, el paneslavismo se hundirá en su nada, y comenzará la descomposición del imperio. El paneslavismo no es más que un producto artificial de las "clases cultivadas" de las ciudades y de las universidades, del ejército y de los empleados; el campo lo ignora totalmente, e incluso la nobleza agraria se halla en tal atolladero que encomienda toda guerra al diablo. Desde 1815 hasta 1859, Austria constituía efectivamente un dique contra Rusia, por cobarde y estúpida que pudiera ser su política. Ahora, en vísperas de la revolución en Rusia, darle una vez más a Austria la oportunidad de desempeñar el papel de un "dique" volvería a significar otorgarle un nuevo plazo de gracia, un nuevo derecho histórico a la existencia, y sería diferir el hundimiento que seguramente la espera. Y por una ironía completamente histórica, la propia Austria revela que al permitir a los eslavos advenir a la autonomía, por ese mismo motivo ella ha perdido el único derecho a la existencia de que gozaba hasta el presente. Una guerra con Rusia pondría fin, por lo demás, en veinticuatro horas al reino de los eslavos en Austria.

Usted dice que tan pronto como los pueblos eslavos (¡siempre exceptuando a los polacos!) no tuviesen más motivos para ver en Rusia a su única liberadora, el paneslavismo estaría perdido. Eso se dice fácilmente, y

* Carta de Engels a Eduard Bernestein del 22/25 de febrero de 1882; cf. *Eduard Bernestein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, presentada por Helmut Hirsch, Assen, Van Gorcum, 1970, pp. 80-84.

parece plausible. Pero en primer lugar el peligro del paneslavismo, en la medida en que éste existe, reside no en la periferia sino en el centro, no en los Balcanes sino en los ochenta millones de esclavos de los que el zarismo extrae su ejército y sus finanzas. Es allí donde hay que aplicar la palanca, y ella está en su lugar. ¿Es preciso que una guerra la desplace de allí?

En segundo lugar, no quiero ponerme a investigar cómo los pequeños pueblos eslavos han llegado a considerar al zar como a su único liberador. Poco importa: así es, nosotros no podemos cambiar nada en esa situación, y así será hasta que el zarismo resulte quebrado. En caso de guerra, todas esas interesantes pequeñas naciones se alinearán del lado del zarismo, del lado del enemigo de todo el Occidente en pleno desarrollo burgués. Mientras esta situación perdure, no podré interesarme en su liberación inmediata e instantánea; ellas siguen siendo nuestras enemigas directas al mismo nivel que su aliado y soberano, el zar.

Nosotros debemos colaborar con la liberación del proletariado de Europa occidental y tenemos que subordinar todo lo demás a ese fin. Y los eslavos de los Balcanes, etc., pueden muy bien ser también muy dignos de interés, pero a partir del momento en que su deseo de liberación entre en conflicto con el interés del proletariado, ¡ellos pueden muy bien irse al diablo! Los alsacianos están igualmente oprimidos, y yo estaría muy contento si por fin nos desembarazáramos de ellos. Pero si en la víspera de una revolución que visiblemente se aproxima ellos provocaran una guerra entre Francia y Alemania, si quisieran nuevamente exasperar a estos dos pueblos, aplazando así la revolución, entonces yo les diría: ¡alto ahí! Ustedes también pueden armarse de tanta paciencia como el proletariado europeo. Si éste se libera, ustedes serán libres en el mismo acto; pero mientras esperamos eso, no toleraremos que pongan obstáculos al proletariado en lucha. Y lo mismo para los eslavos. La victoria del proletariado los liberará efectiva y necesariamente, y no aparente y temporariamente como lo haría el zar. Por esto ellos deben tener por lo menos tanta paciencia como nuestros proletarios; ellos, que no sólo no han hecho nada por Europa y su desarrollo, sino que incluso son un freno para ella. Embarcarse en una guerra mundial, que costará mil veces más hombres que los habitantes de toda Herzegovina, debido a algunos herzegovinos: no es así como yo entiendo la política del proletariado.

¿Y cómo "libera" el zar? Pregúnteselo a los campesinos pequeño-rusos, a los que Catalina liberó primero de la "opresión polaca" (pretexto: la religión) simplemente para anexárselos luego. ¿Qué pretende entonces toda esta engañifa ruso-paneslavista? Ninguna otra cosa que la toma de Constantinopla. Únicamente esta conquista actuaría poderosamente sobre las tradiciones religiosas de los campesinos rusos, los inflamaría en defensa de la santa Zarigrado y le otorgaría al zarismo un nuevo plazo de gracia. Y una vez con los rusos en Constantinopla, adiós independencia y libertad de los serbios y de los búlgaros —y los pequeños hermanos (*bratanki*) se darían cuenta rápidamente de que su suerte era mejor incluso bajo los turcos—. Es preciso que esos *bratanki* tengan una ingenuidad colosal para creer que el zar busca el interés de ellos y no el suyo propio.

Usted dice que una Gran Serbia constituye, contra Rusia, un dique tan

bueno como Austria. Ya he dicho que no le acuerdo ningún valor a toda esta teoría del dique a partir del momento en que un movimiento revolucionario haya adquirido fuerza en Rusia; también he dicho que presencio con alegría el hundimiento de Austria. Pero ahora tornemos sobre la calidad de esas pequeñas naciones, calidad que nos es necesario examinar igualmente sin tener en cuenta nuestras simpatías.

Una Gran Serbia sería ciertamente posible después de dos o cuatro generaciones, y después de una conmoción general en Europa; en la actualidad —dado el nivel cultural de sus elementos— es ciertamente imposible.

1. Los serbios se hallan divididos en tres religiones (las cifras han sido extraídas del libro de Šafařik *Slovansky Národopis* y son válidas para el año 1849):[1] griegos ortodoxos, 2 880 000; católicos —incluidos los sedicentes croatas, que sin embargo hablan serbio—, 2 664 000, y 1 884 000 sin los croatas; musulmanes, 550 000. Pero para estas gentes la religión cuenta más que la nacionalidad, y cada confesión quiere dominar. De manera que una Gran Serbia no significaría otra cosa que guerra civil, en tanto no haya en ella un progreso cultural que haga al menos posible la tolerancia. Vea usted el ejemplar de *The Standard* adjunto.

2. El país posee tres centros políticos: Belgrado, Montenegro, Agram [Zagreb]. Ni los croatas ni los montenegrinos quieren someterse a la soberanía de Belgrado. Por el contrario. Los montenegrinos y sus amigos de usted, las pequeñas tribus primitivas de Krivosija y de Herzegovina, defenderán su "independencia" contra Belgrado y contra todo otro gobierno central, serbio o no, de la misma manera que contra los turcos y los austríacos. Dicha independencia consiste en esto: para probar su odio contra el opresor, les roban a sus propios campesinos serbios "oprimidos" el ganado y otros bienes muebles, tal como lo hacen desde hace un milenio, y lo que atenta contra este derecho de rapiña, atenta también contra su independencia. Yo soy lo suficientemente autoritario como para considerar anacrónica la existencia, en pleno centro de Europa, de semejantes tribus primitivas. E incluso si estas bravas gentes fuesen tan evolucionadas como los antiguos escoceses celebrados por Walter Scott —que eran igualmente, aunque parezca imposible, ladrones de ganado de la peor especie—, podríamos a lo sumo condenar la manera en que la sociedad contemporánea los trata. Si nosotros estuviésemos en el poder, también estaríamos obligados a poner fin a las aventuras heredadas de los ancestros —a la manera de Rinaldo-Rinaldini y de Schinderhannes—[2] de estos zagales. Ahora bien: el gobierno de la Gran Serbia no podría hacer otra cosa. Y en ese caso también una Gran Serbia significaría la renovación de la lucha que los herzegovinos sostienen en este momento, y por lo tanto la guerra civil con todos los montañeses de Montenegro, de Cátaro, de Herzegovina.

Examinando más de cerca, el problema de esta Gran Serbia no es tan

[1] 3a. edición, Praga, 1849. Pavel Josef Safarik (1795-1861), filólogo, historiador y arqueólogo eslovaco; formó parte del ala izquierda del movimiento nacional checo y eslovaco.

[2] Rinaldo-Rinaldino: Héroe de la novela de ladrones del mismo nombre de Christian August Vulpius (1798); Schinderhannes: jefe de una ban-

sencillo y evidente como los paneslavistas y los liberales a la Rasch* quieren hacernos creer.

A fin de cuentas, usted puede tener toda la simpatía que quiera por esos pueblos primitivos —yo admito que tienen un cierto lustre poético—. Tienen incluso cantos populares completamente en el estilo de los antiguos cantos serbios (y éstos son muy bellos), e incluso le voy a enviar a título de prueba un artículo del *Standard*. No por ello dejan de ser ni de seguir siendo los hombres incondicionales del zarismo, y en política las simpatías poéticas no cuentan. Y si una guerra mundial —que nos echará a perder toda nuestra situación revolucionaria— amenaza con estallar como consecuencia del levantamiento de estos mozos, ellos deben —ellos y su derecho a robar ganado— ser sacrificados sin piedad a los intereses del proletariado europeo.

Además, la Gran Serbia, en la medida en que fuese creada, no sería sino un engrandecimiento del principado de Serbia. ¿Y qué ha hecho éste? Ha creado sobre el modelo austríaco una burocracia compuesta por gentes de Belgrado y de otras ciudades que han estudiado en Occidente, particularmente en Viena; ellos ignoran por completo las condiciones de la propiedad comunal de los campesinos, y —según el modelo austríaco— elaboran leyes opuestas a sus tradiciones, de modo tal que los campesinos se empobrecen en masa y son expropiados, mientras que en el tiempo de los turcos gozaban de plena autonomía política, se enriquecían y pagaban muchos menos impuestos.

Los búlgaros se han descrito a sí mismos en sus cantos populares, recientemente recopilados por un francés y editados en París.[3] El fuego desempeña en ellos un papel muy significativo. Una casa se incendia, la joven esposa se quema con ella porque su esposo, en lugar de salvarla, prefiere salvar a su negra yegua. En otra oportunidad, una joven, por salvar sus joyas, deja quemar a su niño. Si, por excepción, se realiza un acto noble y de coraje, está a cargo de un turco. ¿Dónde encontrará usted otro pueblo tan repugnante?

Por lo demás, si usted mira una carta lingüística pasable de esta comarca (por ejemplo, la de Safarik en el libro citado, o la de Kiepertsch de Austria y de los países danubianos, 1867), observará que el problema de la liberación de los eslavos balcánicos no es tan sencillo, y que, a excepción del territorio serbio, el conjunto está sembrado de colonias turcas y bordeado por una costa griega —sin hablar de Salónica, que es una ciudad de judíos españoles—. Por cierto que estos bravos búlgaros arreglan cuentas actualmente con los turcos en Bulgaria y en Ostrumelia asesinándolos, expulsándolos y prendiendo fuego a sus casas sobre sus cabezas.

Si los turcos hubiesen actuado de la misma manera, en lugar de acor-

da de ladrones que sembró el terror en el valle del Rin en la época de la Revolución francesa; fue decapitado en Maguncia en 1803.

[3] Se trata de una recopilación de canciones populares búlgaras publicadas y traducidas por Auguste Dozon, París, 1875.

* "El periodista radical-demócrata Gustav Rasch, un polígrado para saborear, por cierto, con precaución." [Nota de Bernstein.]

darles más autonomía y de gravarlos menos pesadamente que en la actualidad, entonces ya no habría problema búlgaro.

[*Eduard Berustein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Asseu, Van Gorcum, 1970, pp. 80-84. Traducido del alemán por Conrado Ceretti.]

HECHO EN MEXICO

papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en litográfica cultural, s. a.
isabel la católica 922 - méxico 13, d. f.
tres mil ejemplares y sobrantes para reposición
11 de diciembre de 1980

Cuadernos de Pasado y Presente

1 MARX, K. **Introducción general a la crítica de la economía política (1857) y otros escritos sobre problemas metodológicos**
2 LÉVI-STRAUSS, C. **Elogio de la antropología**
3 BARAN, P.A. **Excedente económico e irracionalidad capitalista** [ed. ampliada]
4 ALTHUSSER, L. **La filosofía como arma de la revolución**
7 CERRONI, U./MAGRI, L./JOHNSTONE, M. **Teoría marxista del partido político.** Vol. 1
8 BADIOU, A./ALTHUSSER, L. **Materialismo histórico y materialismo dialéctico**
9 GORZ, A. Y OTROS. **Sartre y el marxismo** [ed. corregida y aumentada]
10 SANTI, P. Y OTROS. **Teoría marxista del imperialismo**
12 LUKÁCS, G./LENIN, V. I./LUXEMBURG, R. **Teoría marxista del partido político.** Vol. 2
13 LUXEMBURG, R. **Huelga de masas, partido y sindicatos** [ed. ampliada]
15 KRASSÓ, N./MANDEL, E./JOHNSTONE, M. **El marxismo de Trotski**
16 PIANA, G. Y OTROS. **El joven Lukács**
19 PIZZORNO, A. Y OTROS. **Gramsci y las ciencias sociales**
20 MARX, K./HOBSBAWM, E.J. **Formaciones económicas precapitalistas**
21 BUJARIN, N. I. **La economía mundial y el imperialismo**

23 COLLOTTI PISCHEL, E. Y OTROS. **La revolución cultural china**
24 AMIN, S./PALLOIX, CH./EMMANUEL, A./BETTELHEIM, CH. **Imperialismo y comercio internacional**
25 LENIN, V.I. **Contra la burocracia/Diario de las secretarias de Lenin**
27 TROTSKI, L. **El nuevo curso/Problemas de la vida cotidiana** [ed. corregida y aumentada]
28 **Los bolcheviques y la Revolución. Actas del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolchevique): agosto de 1917 y febrero de 1918**
29 BUJARIN, N.I. **Teoria económica del periodo de transición**
30 MARX, K./ENGELS, F. **Materiales para la historia de América Latina**
31 BUJARIN, N.I. **Teoría del materialismo histórico** [ed. corregida y aumentada]
32 PANZIERI, R. Y OTROS. **La división capitalista del trabajo**
33 GERRATANA, V. Y OTROS. **Consejos obreros y democracia socialista**
34 TROTSKI, L./BUJARIN, N.I./ZINÓVIEV, G. **El gran debate (1924-1926).** Vol. 1: **La revolución permanente**
35 LUXEMBURG, R. **Introducción a la economia política**
36 STALIN, J./ZINÓVIEV, G. **El gran debate (1924-1926).** Vol. 2: **El socialismo en un solo pais**
37 MARX, K./ENGELS, F. **sobre el colonialismo**
38 ROSSANDA, R. Y OTROS. **Teoría marxista del partido político.** Vol. 3
39 LUPORINI, C. Y OTROS. **El concepto de "formación económico-social"**
40 ASSADOURIAN, C.S. Y OTROS. **Modos de producción en América Latina**
41 LUKÁCS, G. **Revolución socialista y antiparlamentarismo**
42 PANNEKOEK, A. Y OTROS. **Lenin filósofo**
43 **Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.** Primera parte
44 MALLET, S. Y OTROS. **Economía y política en la acción sindical**
45 KORSCH, K. **¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico**
46 SWEEZY, P.M. Y OTROS. **Teoría del proceso de transición**
47 **Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.** Segunda parte
48 POULANTZAS, N. **Hegemonía y dominación en el Estado moderno** [ed. corregida]
49 HILFERDING, R./BOHM-BAWERK, E./BORTKIEWICZ, L. **Economía burguesa y economía marxista**
50 MOSZKOWSKA, N. **Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis**
51 LUXEMBURG, R. Y BUJARIN, N.I. **El imperialismo y la acumulación de capital**

52 SCHLESINGER, R. **La Internacional Comunista y el problema colonial**
53 RUBIN, I.I. **Ensayos sobre la teoria marxista del valor**
54 PORTANTIERO, J.C. **Los usos de Gramsci.** GRAMSCI, A. **Escritos políticos**
55 **El V Congreso de la Internacional Comunista.** Vol. 1
56 **El V Congreso de la Internacional Comunista.** Vol. 2
57 BUJARIN, N.I. **La economia politica del rentista**
58 KAUTSKY, K. **Ética y concepción materialista de la historia**
59 ENGELS, F./PLEJÁNOV, G. **Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofia clásica alemana.** Notas al **Ludwig Feuerbach**
60 VARIOS. **Mariátegui y los orígenes del marxismo en América Latina** (compilación de JOSÉ ARICÓ)
61 LAGARDELLE, H. **Teoría y práctica de la acción obrera.** Vol. 1: **Huelga general y socialismo**
62 PARVUS Y OTROS. **Teoria y práctica de la acción obrera.** Vol. 2: **Debate sobre la huelga de masas** (Primera parte)
63 LUXEMBURG, R./KAUTSKY, K./PANNEKOEK, A. **Teoria y práctica de la acción obrera.** Vol. 3: **Debate sobre la huelga de masas** (Segunda parte)
64 MEHRING, F. **Sobre el materialismo histórico y otros escritos filosóficos**
65 MAO TSE-TUNG/STALIN, J. **La construcción del socialismo en la URSS y China**
66 **El VI Congreso de la Internacional Comunista.** Vol. 1. **Tesis, manifiestos y resoluciones**
67 **El VI Congreso de la Internacional Comunista.** Vol. 2. **Informes y discusiones**
68 KAUTSKY, K. **El camino del poder. La revolución social**
69 MARX, K./ENGELS, F. **La cuestión nacional y la formación de los estados**
70 ROSENBERG, A. **Historia del bolchevismo**
71 LUXEMBURG, R. **El desarrollo industrial en Polonia y otros escritos sobre la cuestión colonial**
72 MARX, K./ENGELS, F. **Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda**
73 KAUTSKY, K., Y OTROS. **La II Internacional y el problema nacional y colonial.** Vol. 1
74 KAUTSKY, K., Y OTROS. **La II Internacional y el problema nacional y colonial.** Vol. 2
75 LENIN, V.I., Y OTROS. **Clausewitz y el pensamiento marxista**
76 **El VII Congreso de la Internacional Comunista**
77 MOSZKOWSKA, N. **El sistema de Marx**
78 KORSCH, K./MATTICK, P./PANNEKOEK, A. **¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?**
79 GROSSMANN, H. **Ensayos sobre la teoria de las crisis**
80 CABALLERO, M. **La Internacional Comunista y América Latina. La sección venezolana**
81 LUXEMBURG, R. **La cuestión nacional y la autonomia**